

REVOLUCION

DE FRANCIA

2

DC179
L3

1020133158

G. Mezquerya de Garcia Chiarri

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REVOLUCION
DE FRANCIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848.

POR

Alfonso de Lamartine

TOMO II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

México: 1849.

IMPRENTA DE VICENTE G. TORRES,
en el ex-convento del Espíritu Santo.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE 1848,

POR

Alfonso de Lamartine.

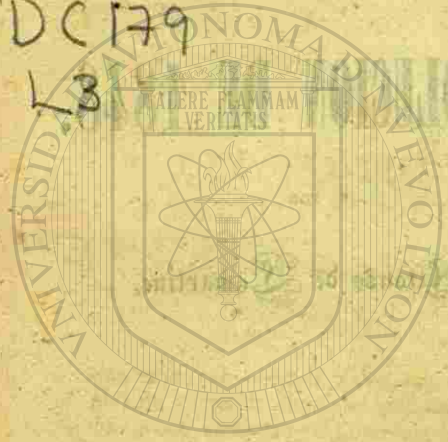
LIBRO IX.—TOM. II.

México: 1849.

IMPRENTA DE VICENTE G. TORRES,
en el ex-convento del Espíritu Santo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

0137-47860
DC179
L3





FONDO
PEREZ MALDONADO

LIBRO NOVENO.

I.

El gobierno habia llenado de entusiasmo á todo el pueblo, haciendo cesar la efusion de sangre, protegiendo las personas, salvando las propiedades, proclamando la república y rechazando los símbolos del terror y de la anarquía. A su voz habíase restablecido la concordia entre todos los ciudadanos, resaltaba la alegría en los rostros, la fraternidad de las palabras se convertia en hechos, y la revolucion parecia una fiesta mas bien que una catástrofe.

Las disposiciones del gobierno eran secundadas por las tres pasiones mas poderosas del corazon humano: el miedo, la esperanza y el entusiasmo. Las clases ricas, la clase acomodada, la clase media de propietarios, de industriales, de comerciantes, que habian temido funda-

damente que el hundimiento del trono y el nombre de *república* fuesen la señal de las espoliaciones, de las matanzas, de los cadalsos, cuyo recuerdo se confundia hacia cincuenta años con la imágen de las instituciones republicanas, se admiraban y hasta se enternecian de ver y oir programas y decretos que repudiaban altamente toda analogía y toda relacion entre ambas repúblicas. Estas clases olvidaban por un momento las ventajas, los monopolios, los empleos públicos, los emolumentos y los favores que perdian con la caida del trono de Julio, para no pensar mas que en la seguridad que el gobierno les proporcionaba por su título y por su fortuna; y reuniéndose, agrupándose anhelosos á su al rededor, como los náufragos se asen á una tabla con la esperanza de salvar su vida, afluian al Hotel de Ville á ofrecer sus bolsas, sus brazos, sus corazones, á los hombres que se habian apoderado del timon de la sociedad para salvarla de un abismo, resignándose á la república, con tal que ella fuese la salvacion de todos.

El pueblo propietario ó industrial, que vive con el órden, el crédito, el cambio, el trabajo, habia abrigado los mismos temores y participado de los mismos sentimientos. Los proletarios, los obreros, los trabajadores, que no tienen mas capital que sus brazos, mas rentas que su salario, mas patrimonio social que su moralidad y su economía, se hallaban fanatizados de reconocimiento y de esperanzas por una revolucion que los elevaba al rango de ciudadanos, y que les restituia la participacion debida en los derechos sociales y en la soberanía política,

poniendo para lo sucesivo su suerte en sus manos. La república, admitiendo en sus consejos representantes escogidos por ellos, y algunas veces de entre sí, prometia una era providencial, de igualdad y de justicia, para una clase inmensa y desheredada largo tiempo hácia de toda participacion en las leyes. Sin embargo, no exageraban entonces ni sus quejas, ni sus derechos, ni sus exigencias; antes por el contrario, proclamaban en alta voz el respeto á la propiedad, la inviolabilidad de los capitales, la libre apreciacion de los salarios entre el trabajador y el traficante, que los proporciona en beneficio suyo. Puede decirse que la sociedad tenia la inteligencia, la conciencia de sí misma, y de lo que convenia á su conservacion y progreso. Durante medio siglo habia penetrado por todos los poros en esta parte de la poblacion, una masa incalculable de razon, de luces, de moderacion en los deseos y de moralidad religiosa; y no solo se calmaba, se resignaba, se clasificaba á la voz de un gobierno desarmado, sino que tomaba las armas para apoyarle, le concedia tiempo para las determinaciones que debia tomar en su favor, y le manifestaba su paciencia, contentándose con medio salario en sus talleres libres, ó con un débil socorro alimenticio en los talleres nacionales abiertos por los *maires* de Paris, en sus respectivos distritos. Algunos obreros rehusaban con desinteres este salario de socorro, para no agravar las cargas de la república, y algunos hasta hacian mas: reuniéndose por gremios, al solo impulso de su patriotismo, contribuia cada uno con la cuota que le era posible, y de hora en hora lle-

vaban á las arcas del tesoro el impuesto voluntario escatimado de su alimento, el diezmo de su sudor; y esto lo hacian sin ostentacion, por virtud, con las lágrimas en los ojos. Quien vió entonces á esta parte del pueblo, no desesperará jamas de ella. Es el corazon del pais, y basta conmoverlo para que salgan de él tesoros de desinteres, de resignacion y de valor. La esperanza solamente los gobernaba.

II.

En fin, la audacia con que algunos hombres exentos de ambicion habian arriesgado su vida, poniéndose en el Hotel de Ville á la cabeza del pueblo para evitar la anarquía, y salvar al mismo tiempo la revolucion y la sociedad; la resistencia desesperada y victoriosa de estos hombres á la bandera roja, al terror, á los escesos, á las locuras que se les habian exigido, todo habia inspirado á las partes sanas de la poblacion una verdadera deferencia hácia ellos. Las relaciones de las escenas dramáticas del Hotel de Ville, estendidas y exageradas en Paris y en los departamentos por cien mil testigos, habian demostrado á la nacion que no tenia á su cabeza débiles juguetes de las insurrecciones, sino hombres capaces de hacerles frente y de vencerlas. Estas jornadas, en que algunos hombres lucharon sin ceder contra las masas armadas, habian inspirado confianza y dado una inmensa autoridad al gobierno provisional, quien, aventurando su popularidad, la consolidó, y de aérea que era, la convirtió en un poder. El nombre de Lamartine, el menos popular al prin-

cipio, se habia grabado profundamente en la imaginacion del pueblo, por sus actos y sus palabras, y su popularidad, que en vez de gastarse se aumentaba con la resistencia, habia llegado á ser para el pueblo, que lo veia y lo oia de contínuo, una especie de inviolabilidad. El favor público, que lo hunde todo, sostenia al gobierno al borde de tantos abismos. Todo parecia volver á entrar naturalmente en las vias de la legalidad, de la razon, de la regularidad, del órden, por esa fuerza oculta que impulsa á las naciones á levantarse á la altura que les corresponde, cuando han caido en los trastornos y en las revoluciones. El instinto organizador de las agregaciones humanas que los materialistas denominan *hábito de la sociedad*, que la historia denomina *civilizacion*, y que el filósofo llama por su verdadero nombre, *ley divina de nuestra naturaleza, el dedo de Dios*, jamas fué mas visible al espíritu y casi á la vista del hombre religioso, que en esta crísis en que un pueblo sin gobierno, fué para sí mismo su verdadero dominador, su propia fuerza y su única ley.

III.

Pero mientras que el antiguo gobierno se retiraba del pais y el nuevo se constituia en el interior, la Europa entera no se separaba un momento de la imaginacion de éste. Tiempo era ya de ocuparse de ella. La revolucion, la república, las disposiciones necesarias para evitar la guerra civil y hacer aceptar el nuevo régimen por la armada, por el ejército, por la Argelia;

el laborioso restablecimiento del órden en Paris, el proporcionar subsistencias á esta capital, la creacion de talleres, la organizacion de socorros para tres millones de bocas sin pan, la reorganizacion del ministerio, las medidas preparatorias para la formacion de la nueva guardia nacional en que debia alistarse á todos los vecinos; la necesidad, en fin, de renovar y estender los resortes de la administracion en un pais de tantos millones de almas, de vaciar y llenar el tesoro todos los dias, de completar el ejército, de cubrir las fronteras, de vigilar los puestos, de pronunciar arengas, de recibir los consejos y las diputaciones tumultuosas, y de rechazar los asaltos sediciosos en el foco siempre atestado de gente, siempre voraz, del Hotel de Ville, habian ocupado hasta entonces al gobierno de dia y de noche.

IV.

Hasta la noche del sesto dia de haberse instalado el gobierno provisional en el Hotel de Ville no pudo Lamartine abandonarlo para ir á tomar posesion del ministerio de negocios estrangeros. El ministro del interior y los demas ministros, que eran á la vez miembros del gobierno, encargados de los inmensos detalles de la administracion y de sus diversas atribuciones mas urgentes, habian tomado desde el 24 por la tarde la direccion de sus respectivos departamentos. Los negocios estrangeros podian esperar sin inconveniente á que se apaciguase la Francia, cuando la presencia del ministro mas en contacto con el pueblo habia sido mas necesaria

en el foco de la revolucion que en el gabinete de su ministerio.

El 27 habia nombrado á Mr. Bastide subsecretario de Estado, y rogádole que fuese en su nombre á hacer evacuar el palacio del ministerio, ocupado todavia por los combatientes, y al que un destacamento de guardia nacional de la primera legion habia preservado de la destruccion y del saqueo. El celo voluntario de estos ciudadanos y el respeto espontáneo del pueblo á los principales elementos de su organizacion social, habian sido mas fuertes que el ódio y la cólera de los insurrectos contra la habitacion del ministro fugitivo; y aunque el palacio fué invadido por la multitud, se respetó el interior de él, así como el personal, el despacho del ministro y los archivos. Mr. Bastide, hombre de sangre fria y de resolucion, á quien una larga oposicion republicana en *El Nacional* habia hecho muy popular, gozaba de una reputacion merecida de probidad. Lamartine no le conocia antes del 24 de Febrero; pero durante el tumulto de aquella noche y los asaltos del dia siguiente en el Hotel de Ville, habia llamado su atencion la actitud, el buen sentido, la impasibilidad de un hombre de elevada estatura, de rostro severo, con el continente de un soldado que se dá á sí mismo una consigna que observar, y pensado que este hombre seria un auxilio precioso en una revolucion que iba á ser un combate diario, durante muchos meses, contra la demagogia; revolucion en la cual sus gefes querian permanecer puros ó morir. Habia calculado ademas, que la notoriedad del nombre de Bastide republicano rancio, cubriria el de Lamartine, cuyo republi-

canismo, puramente filosófico hasta entonces, seria muy pronto sospechoso á la multitud. A la vista, y con la intervencion de Bastide, no era de temer que se hiciese traicion á la república; y el ministro podia moderar la revolucion en sus relaciones con la Europa, impedir ó contener la guerra, y salvar la sangre de la Francia y de la humanidad, sin ser acusado de vender á la revolucion. Bastide aceptó con modestia un puesto que le parecia superior á sus fuerzas, pues su única ambicion era servir la causa que habia abrazado, sacrificándole su reposo y su vida. Sus palabras y su carácter conmovieron profundamente á Lamartine, como si hubiese vuelto á hallar la estátua casi destruida de la incorruptibilidad en una época de intrigas, de molicie y de corrupcion.

V.

Lamartine escogió tambien sobre el campo de batalla para gefe de su secretaria particular á Payer, jóven activo, honrado, intrépido, adicto, á quien desde el 24 de Febrero por la tarde se le habia visto siempre en los momentos mas críticos en el Hotel de Ville, en la mesa de las deliberaciones, ó al lado de aquel, y le escogió sin conocerle mas que de vista; pero no se arrepintió, porque en semejantes momentos las horas se cuentan por años, un rasgo de carácter revela una aptitud, y cuando se pone la mano sobre un hombre, es difícil engañarse sobre sus cualidades, porque se sorprende su carácter en accion.

Cuando Lamartine entró en el ministerio de negocios estrangeros, lo halló ocupado por destacamentos de guardias nacionales y de combatientes. Bastide habia establecido un órden militar en el servicio, y los soldados vivaqueaban en los patios, en las antesalas, en los salones y sobre las escaleras. Mas bien que un palacio ministerial, parecia aquello una plaza de guerra.

El nuevo ministro penetró en el despacho y en la cámara de Mr. Guizot, en los que parecia distinguirse aún su sombra. Las habitaciones, el techo, las mesas, los muebles, los papeles esparcidos en el mismo estado en que el hombre de la monarquía los habia dejado en la noche del 23, todo manifestaba la partida precipitada de un ministro que cree haber salido por un instante y que ha salido para siempre. Una amiga del antiguo ministro acompañaba á Lamartine en esta primera inspeccion del aposento, y reclamó en nombre de la madre y de los hijos del proscripto los papeles íntimos, las reliquias queridas del esposo ó del padre, los objetos de pertenencia particular del ministro, y el poco oro que habia dejado allí. Lamartine hizo entregar con respetuosa inviolabilidad estas propiedades del corazon á la persona que representaba á la familia de Mr. Guizot, y se apresuró á dejar aquellas habitaciones donde dos gobiernos se encontraban y se sorprendian, por decirlo así, en tan pocas horas. Sin ódio contra la familia destronada, sin animosidad contra un hombre eminente cuya caida habria enternecido hasta á su misma enemistad, si hubiese sido capaz de ella, Lamartine no veia en este inventario mas que un triste juego de las vicisitudes políticas, la versatilidad de un pueblo, el eclipse de una gran fortuna y de un elevado talento, el lu-

to de una familia, el abandono de una casa ocupada y llena de felicidad la víspera: repugnóle, pues, habitar un aposento que habia hecho desgraciados á sus huéspedes. Aunque exento de supersticion, era sensible; y sin temor á los presagios, pero sí á los recuerdos que estas paredes despertarian en él, hizo colgar las de los salones sombríos y descubiertos del piso bajo, y resolvió aposentarse en ellos, mas bien que instalarse en un palacio que devoraba á sus habitantes.

VI.

Examinando los papeles políticos olvidados por el ministro de la monarquía sobre la mesa de su despacho reservado, Lamartine distinguió su propio nombre en uno de ellos, y la curiosidad le hizo fijar en él la vista: era una nota de su último discurso en la cámara de los diputados, tomada por Mr. Guizot, y que contenia estas palabras: "Cuanto mas escucho á Mr. de Lamartine, mas me persuado de que jamas podremos entendernos." La revolucion habia interrumpido la discusion y hundido la tribuna antes de que tuviese lugar la réplica. ¡Estraño juego de la suerte el que habia hecho arrojar á Mr. Guizot esta nota sobre la mesa, para que la hallase su sucesor! Lamartine no vió un triunfo en ella, como no veia un despojo en aquel ministerio, donde entraba arrojado por las olas de la revolucion, sino una vicisitud, una tarea, y un acto de abnegacion que cumplir. Pasó, pues, una parte de la noche reflexionando sobre la actitud que haria tomar á la república en el esterior.

VII.

La república, tal como la entendia Lamartine, no era un trastorno completo, y enteramente á la ventura de la Francia y del mundo, sino un advenimiento de la democracia, revolucinario, accidental, repentino en la reforma, pero regular en su desarrollo; un progreso en las vías de la filosofía y de la humanidad; una segunda tentativa, mas feliz que la primera, de un gran pueblo para sustraerse á la tutela de las dinastías y para aprender á gobernarse á sí mismo.

La guerra, lejos de ser un progreso para la humanidad, es un asesinato en masa, que la retarda en su camino de perfeccion y de mejora, que la aflige, la diezma y la deshonra. Los pueblos que juegan con la sangre son instrumentos de ruina y no instrumentos de vida en el mundo: estos pueblos se engrandecen á veces, pero se engrandecen contra los designios de Dios, y acaban por perder en un dia de justicia todo lo que han conquistado en muchos años de violencia. El homicidio ilegítimo no es menor crímen en una nacion que en un individuo: la conquista y la gloria lo ocultan, pero no lo disculpan: todo crímen nacional es un cimiento falso que no hunde, pero que retrasa el edificio de la civilizacion. Bajo este punto de vista filosófico, moral y religioso, y el punto de vista mas elevado es siempre el mas exacto en política, no queria Lamartine que la guerra fuese la tendencia ni la distraccion de la nueva república, porque una distraccion de sangre so-

lo puede convenir á los tiranos ó á los sectarios de Maquiavelo.

Bajo el punto de vista republicano, no disgustaba menos á Lamartine la guerra, porque preveia damasiado la instabilidad del pueblo cuya historia habia escrito, para no comprender que antes que el tiempo y las costumbres hubiesen cimentado la república, pereceria á la primera victoria brillante que ganase. Al volver á Paris un general victorioso, acompañado de la popularidad de su nombre y apoyado por un ejército numeroso, debia hallar el ostracismo ó la dictadura. El ostracismo seria la deshonra de la revolucion, la dictadura el fin de la libertad.

Por último, bajo el punto de vista político y nacional, Lamartine consideraba la guerra ofensiva como funesta á la institucion de la misma república, y como fatal á la nacion.

VIII.

La situacion de la Europa era esta. Los tratados de 1815, base del derecho público europeo, habian reducido á la Francia á límites territoriales demasiado estrechos para su orgullo, y quizá tambien para su actividad, dejándola en un aislamiento diplomático que la hacia constantemente recelosa é inquieta. La restauracion, gobierno impuesto á la Francia, tanto como aceptado por ella, habria podido renovar sus alianzas y crear sobre el continente y sobre los mares un sistema de influencia frances, ora coaligándose con la Alemania contra la Rusia y la Inglaterra, ora con la Rusia contra la Inglaterra y el Austria.

En el primer caso, la Francia habria obtenido la estension de su territorio en Savoya, en Suiza y en las provincias pruso-renanas, por concesiones hechas al Austria en Italia, en el bajo Danubio y en litoral del Adriático.

En el segundo caso, la Francia habria estrechado y ahogado al Austria entre sí y la Rusia, desbordándose libremente en Italia, recobrado la Bélgica y las fronteras del Rhin, y ejercido influencia en España, asegurándole estas conquistas la concesion de Constantinopla, el mar Negro, los Dardanelos y el Adriático á la ambicion rusa. Esta alianza es el grito de la naturaleza; la revelacion de la geografía; la alianza de guerra para las eventualidades del porvenir de dos grandes naciones; el equilibrio de la paz por medio de dos grandes pesos á las estremidades del continente, que deberian contener su centro y relegar á la Inglaterra como potencia satélite sobre el Oceano y el Asia.

A cualquiera de estas alianzas ofrecia garantías la restauracion por su naturaleza monárquica y anti-revolucionaria: como de la familia legítima de los reyes tenia el parentesco de los tronos, y no podia amenazarlos sin trastornar su propia naturaleza.

IX.

La dinastía de Orleans bien hubiera querido llevar consigo estas condiciones de seguridad moral para las casas reinantes, y naturalizarse pronto en las familias soberanas, pero tenia dos tachas sobre sí que la hacian reconocer y temer:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una apariencia de usurpacion en su advenimiento al trono, y una naturaleza semi-revolucionaria en su eleccion popular de 1830. La Rusia rechazaba sus insinuaciones; el Austria se hacia pagar cara su tolerancia; la Prusia la observaba: únicamente era aceptada por la Inglaterra, pero con condiciones de dependencia, y algunas veces de humillante complicidad con la política británica. Aquella dinastía, odiosa á la revolucion que habia falseado; sospechosa á los pueblos que nada esperaban de ella; inquietante para los reyes que la acusaban de haber usurpado el trono, no podia tener otra política que una persona aislada, temporal, de treguas con todo el mundo, pero con nadie de alianzas. Su misma caida, aun cuando alarmase á los reyes, les causaba una especie de satisfaccion secreta, en contradiccion con su interes, pero en armonía con su naturaleza. La revolucion de Febrero era á sus ojos una espiacion, y aun cuando con aquella sufriese un contratiempo su política, dilatábase su corazon con la venganza.

La Rusia, que no tenia ningun contacto con la Francia, no se inquietaba mucho por la revolucion de Paris, pues estaba bien convencida de la imposibilidad material de la intervencion de la Francia en Polonia mientras que la Alemania no le abriese el camino y auxiliase la independencia de los polacos.

Por el contrario, el Austria debia alarmarse de la revolucion de Febrero; pero el eminente hombre de estado, el príncipe de Metternich, que gobernaba hacia treinta años la monarquía austriaca, seguia desde mucho antes de aquel movimiento una política senil que lo sumergia

todo en su letargo y que permitia á la fatalidad monárquica gobernar en su lugar. Hombre de gran esperiencia, pero lleno de cansancio, habia visto con tanta frecuencia á la fortuna abandonar y volver á favorecer al Austria, que no se ocupaba ya de sus movimientos. Tambien la Hungría, la Croacia, la Galitzia, la Bohemia y la Italia se agitaban y desconcertaban bajo su gobierno, tocando á su cenit la influencia de la casa de Austria. La república vino á agitar este letargo, sin disiparlo enteramente.

Pero el punto sensible, vivo y activo de la revolucion era la Rusia. La Inglaterra fundaba sobre esta córte los cimientos de su diplomacia continental, y tambien la Rusia obraba por medio de ella sobre la Alemania. Mas, disgustados los pueblos prusianos del ascendiente que el gabinete británico ejercia sobre ellos, humillados de la omnipotencia rusa, inquietados por la ambicion de gobernar á la Alemania, y atacados, por medio de su provincia renana, del contagio de las ideas liberales, se inclinaban de parte de la Francia, arrastrando hácia ella á sus hombres de estado. La república les parecia el cumplimiento del doble destino de la Prusia; el sistema constitucional, en vez de la monarquía militar; la influencia sobre el Austria, en vez de un papel secundario, poco en armonía con su civilizacion y con su ejército. La inquietud que la Prusia podia concebir sobre las provincias del Rhin no era bastante á turbar el gozo de la ambicion nacional, pues aunque debiera perderlas para ser agregadas al centro frances, entreveia compensaciones en Alemania, en el Hannover, en el Holstein y en otras partes.

X.

En cuanto á la Inglaterra, desde luego habia sido favorable á la dinastía de Orleans, porque mal cimentada debia hacer oscilar á la Francia por largo tiempo, y mantener á la Europa en un sistema de indecision y de recelo, de que el gabinete británico sabria aprovecharse en beneficio de su nacion, pero los vanos intentos y amenazas del ministerio de Mr. Thiers en 1840 de disputar á la Inglaterra su derrotero natural para las Indias y su necesario ascendiente en Egipto, enagenando la voluntad de aquella potencia, habia irritado el espíritu nacional de ambos pueblos, renovado antiguas preocupaciones, y resucitado ódios mal estinguidos. Verdad es que este ministerio habia retrocedido ante la guerra en el último momento y terminado la querella por la nota humillante de 8 de Octubre; pero á pesar de esta reconciliacion, siempre subsistia la desconfianza.

La Inglaterra, viendo al rey levantar las fortificaciones de Paris y animar con la voz y con los ademanes el canto de la *Marsellesa*, señal de guerras estremas, se habia inclinado mas hácia la Rusia; y aunque el ministerio de Mr. Guizot le habia hecho desde luego todas las concesiones necesarias para recobrar su confianza, este ministro, grato en un principio á la Inglaterra, porque parecia haber sido formado solo el modelo de los hombres de Estado de la Gran-Bretaña, y porque adoptaba con una gran actividad y un gran talento el papel de un tory de la revo-

lucion, habia perdido tambien bastante en el ánimo de los ingleses.

Embajador en Lóndres durante el ministerio belicoso de Mr. Thiers, Mr. Guizot se habia hallado en la situacion eminentemente falsa de un hombre que quiere la paz y que amenaza con la guerra á sus amigos por una mala causa. Llamado á Francia por el rey y por los conservadores para reparar faltas de que él mismo habia sido cómplice como miembro de la coalicion parlamentaria en Paris y como embajador en Lóndres, su posicion era falsa en Francia y mas falsa aún en Inglaterra, pues necesitaba á un mismo tiempo sostener y repudiar hasta cierto punto lo que en la oposicion habia dicho en la tribuna, y lo que, como agente del ministerio de 1840, habia hecho en Lóndres; necesitaba ademas, á á vez tranquilizar, halagar, pacificar al partido conservador, del que habia llegado á ser gefe. No hay genio humano que esté á la altura de una situacion falsa. Mr. Guizot, concediendo enteramente la razon á la Inglaterra en la cuestion de Egipto, se veia impulsado á inquietarla con una lucha de influencia en España, por la necesidad de reconquistar cierta popularidad. De este modo servia ó lisonjeaba tambien la ambicion del rey, dejándole entrever en Madrid una corona mas para su casa.

El impolítico matrimonio del duque de Monpensier con la hermana de la reina de España, dispuesto como una intriga, descubierto como una emboscada y proclamado en seguida como una victoria, habia ofendido vivamente á la Inglaterra, y su frialdad impulsado al gabinete de las Tullerías á acercarse al Austria, haciéndole

concesiones en los negocios de Suiza, contrarias á la seguridad de la Francia, á la independencia de los pueblos, y mas aun al espíritu de la revolucion. Este matrimonio que llevaba en sí tales gérmenes de destruccion para la política y hasta para el trono de Luis Felipe, que sorprendian á los diplomáticos, debia producir inevitablemente un rompimiento con la Inglaterra y una guerra de sucesion, en que la Francia tendria que prodigar su sangre y sus tesoros por un interes puramente dinástico. El dia en que se supo este pretendido triunfo de la dinastía de Orleans, Lamartine dijo ante muchos hombres políticos.—"La casa de Orleans dejará de reinar en Francia por haber querido reinar tambien en España. Antes de dos años se verificará la revolucion en Paris."

XI.

La Inglaterra debia, pues, ver sin pena hundirse una dinastía que, despues de haberla lisonjeado largo tiempo, la habia amenazado una vez en Egipto y engañado otra en España. La noticia del establecimiento de república fué por tanto recibida en Lóndres sin repugnancia. Los hombres de estado de Inglaterra eran bastante imparciales, bastante sensatos, y estaban demasiado versados en la historia para no comprender que cincuenta años de revolucion, de esperiencia, de libertad y de progreso en la razon pública, introducirian entre la nueva república y la república de 1793, la diferencia que existe entre la razon y la cólera, entre una esplosion y una institucion. Una nacion como la

Francia no dá á su revolucion sino lo que tiene en su naturaleza: la república del 24 de Febrero no podia ser otra cosa que la Francia del dia anterior, pasando á sus instituciones del dia siguiente.

En las disposiciones de la Inglaterra se hallaba cifrada toda la cuestion de paz ó de guerra para la república. No es posible coalicion alguna de las naciones si la Inglaterra no la fomenta, porque tiene á su sueldo al continente desde el momento en que se arma: sin ella toda guerra continental no puede ser mas que parcial. No pudiendo inquietar á la Francia ninguna guerra de esta clase, la paz era, por consiguiente, posible; pero para que fuese verdadera se necesitaban dos cosas: respetar la Bélgica, cuya independencia era á un mismo tiempo un interes ingles y un interes prusiano, y á la Alemania, cuya violacion por la Francia habria armado contra ella al Austria, aliada á la Inglaterra y á la Rusia.

En cuanto á la España, la caida de la dinastía de Orleans desvanecia las pretensiones rivales de la Francia y de la Inglaterra al otro lado de los Pirineos.

La Italia no se agitaba aun, y únicamente comenzaba á pedir á sus príncipes el primer grado de libertad por medio de instituciones constitucionales, y el primer grado de independencia itálica, por medio de una confederacion de sus diversos y pequeños estados

Pero si era fácil á los hombres de estado comprender esta situacion de la Europa, y la feliz coincidencia de la república con unas circunstancias europeas que permitian conservar

la paz en el continente, no lo era tanto hacer comprender á una revolucion nueva y ardiente que era necesario se contuviese, se encerrase en su pais, y brillase desde él sobre el horizonte de los pueblos, sin desbordarse sobre otros estados, y sin incendiarlos al instante. Los tratados de 1815 pesaban fatalmente en los recuerdos de la Francia: los desastres de 1813, de 1814 y de 1815 se habian acumulado como remordimientos de la gloria en el corazon de las poblaciones; y ella, tan esencialmente militar, estaba, no solo cansada de la paz, sino humillada por su causa. La revolucion parecia abrir por sí misma las puertas del templo de la guerra; el ejército la deseaba vivamente; el pueblo la cantaba; el esceso de brazos ociosos y activos la motivaban y hasta la fraternidad por la emancipacion de las naciones oprimidas parecia santificarla; el ódio de los republicanos reflexivos contra los tronos la hacia reclamar por la pasion; los labios y las acciones de hombres de estado violento proclamábanla á la multitud; y en fin, hasta los hombres de estado empíricos veian en la guerra un recurso precioso que se debia aprovechar para desembarazarse de los revolucionarios de las ciudades, para hacer una feliz diversion á las agitaciones interiores, y para arrojar sobre las fronteras los tizones de la hoguera, que ésta devoraria en el interior, si no se echaban sobre el continente. Las revoluciones no duran mas que una hora, decian para justificar sus pretensiones, y es menester aprovecharlas mientras arden, porque cuando se han estinguido, se las ahoga con los pies. Las revoluciones desenfrenadas no duran, en

efecto, mas que una hora, les respondian los hombres sensatos del partido de la paz; pero las revoluciones humanas, moderadas y reflexivas, tienen años y siglos ante sí: no juegan la suerte de la libertad y del progreso de los pueblos á una carta en un acceso de energía inmoral, sino á golpe seguro, y cuando tienen de su parte el derecho, la razon, la justicia de su causa, á los pueblos y á Dios.

XII.

Convencido Lamartine de estas verdades, tenia tambien el convencimiento de que si la Francia tomaba la iniciativa del ataque, esta agresion seria el pretesto y la señal inevitable de una coalicion de los ejércitos y de una liga de los reyes contra la república. No dudaba de que la energía acumulada de la Francia triunfaria por mucho tiempo de esta coalicion; pero la historia y su buen sentido le decian que la guerra ofensiva de un pueblo contra todos los demas acaba tarde ó temprano por una invasion, aun cuando este pueblo tenga un ejército como el de Napoleon y una cabeza como la suya para conducirlo. La república, ocasionando la invasion de la Francia, retardaba medio siglo la libertad: ademas, y en esto se cifraba todo su pensamiento, Lamartine sabia por la historia y por la naturaleza, que la guerra de un solo pueblo contra todos los demas es una guerra estrema y desesperada; que toda guerra estrema y desesperada exige en la nacion que la sostiene esfuerzos tan estremos y tan desesperados como la misma guerra; que esfuerzos y medios de es-

ta naturaleza no pueden emplearse sino por un gobierno estremo y desesperado tambien, y que estos medios son los impuestos escesivos de dinero y de sangre, los empréstitos forzosos, el papel moneda, las proscripciones, los tribunales revolucionarios y los cadalsos. Inaugurar la república con tal gobierno, era inaugurar la tiranía en vez de la libertad; el crimen en vez de la virtud pública; la ruina del pueblo en vez de su salvacion, y Lamartine y sus colegas habrian preferido entregar sus cabezas á la revolucion á que derramase una sola gota de sangre del pueblo.

Lamartine tenia ademas una fé absoluta en el poder de la honradez y del derecho en política: sabia que todas las guerras no eran mas que espiaciones de las injusticias de los pueblos entre sí, y estaba persuadido de que la justicia y el respeto de la república para con las naciones vecinas serian para la Francia dos ejércitos que cubririan mejor sus fronteras que dos millones de hombres, y que propagarian mas las ideas democráticas que el estampido del cañon. La Francia es amada de las demas naciones: las simpatías que inspira por su inteligencia, su carácter y su genio es una de sus grandes fuerzas en el mundo: la Francia desarmada es aun objeto de afecto en el universo. Cambiar este prestigio nacional de afecto y de atraccion en temor y horror á sus armas, es desfigurar, hacer desconocer á la nacion: el miedo que puede inspirar por algunos momentos, no vale tanto como el poder de simpatía de que Dios la ha dotado.

Lo mismo sucedia con la democracia, que iba á hacer una nueva prueba del poder del contagio moral en el espíritu de los pueblos. Lamartine presentia con mucha exactitud que si la democracia francesa era agresiva, y desde el primer dia se dejaba desnaturalizar por el espíritu de conquista, ó confundir con la ambicion nacional, rechazaria, en vez de atraer prosélitos. El principio de patriotismo domina en todos los hombres al principio de libertad interior: mas bien que perder su nacionalidad los pueblos, perderian sus instituciones liberales, y los soberanos los tendrian de su parte en el momento en que pudiesen mostrarles una bayoneta francesa invadiendo su territorio. Por otra parte, ¿cuál era la naturaleza de la revolucion de Febrero? ¿Era una revolucion territorial, ó una revolucion de ideas? Evidentemente una revolucion de ideas, una cuestion de gobierno interior. Convertirla en revolucion territorial, militar y conquistadora, era debilitarla en sus principios, desnaturalizarla y hacerla traicion. Cien leguas de estension al territorio frances no la habrian hecho abandonar una idea. Era menester, pues, declararla fraternal é inofensiva para con las naciones, cualquiera que fuese su gobierno, era despótico ó monárquico, ora mixto ó republicano.

Pero estas ideas eran demasiado filosóficas para penetrar por sí mismas en las masas sublevadas é impacientes por desbordarse sobre la Europa, si solo las hubiese anunciado la voz de un ministro de negocios estrangeros ó de un gobierno. Felizmente fueron apoyadas por los hombres influyentes de todos los partidos filosóficos, y aun de los socialistas, á los que la historia debe la justicia de haber secundado entonces leal y poderosamente las ideas de fraternidad y de

paz. Hasta los obreros, predispuestos á la guerra por su ardor y su valor, fueron atraidos, por medio de sus mismas doctrinas y teorías, á sentimientos pacíficos. La idea de la organizacion del trabajo amortiguó la idea de la guerra en las masas: el socialismo ahogó el deseo de conquistas, y el pueblo comprendió la razon.

XIII.

Antes de someter estas ideas al gobierno provisional, Lamartine dirigió á todos los agentes diplomáticos una comunicacion corta y vaga, ordenándoles que diesen conocimiento del establecimiento de la república á las diferentes córtes cerca de las cuales residian.

"La república, decia á sus agentes, no ha cambiado la situacion de la Francia en Europa, y está dispuesta á renovar sus relaciones con las demas naciones."

Esta frase, deslizada á propósito en la primela comunicacion, tenia por objeto tranquilizar á ros gobiernos y á los pueblos sobre el carácter de civilizacion que la nueva república queria dar á la política estrangera.

Lamartine reunió á todos los empleados del ministerio:—"Tranquilizaos, les dijo; yo represento á una revolucion, pero á una revolucion paternal: los que quieran servir lealmente á la república, serán conservados en sus puestos. La patria no ha desaparecido con el trono. Los diplomáticos son como los soldados; su punto de reunion es la bandera, y su deber constante la defensa y la grandeza de la nacion en el esterior."

Sin embargo, una revolucion en el momento en que acaba de verificarse, sin hacerse traicion á sí misma, no puede confiar sus secretos yel cuidado de salvarla á los que el dia antes debian temerla y combatirla. Lamartine no queria alterar el mecanismo y el personal de la administracion central de los negocios estrangeros, que el tiempo habia organizado y que contaba en su seno hombres fieles, especiales, prácticos y eminentes. Los dejó, pues, en sus puestos sin hacer nada ú ocupados solo en trabajos de pura formalidad, y reconcentró en su secretaría particular ó en sí solo todos los secretos de la diplomacia de la república.

Pero estos hombres, tanto mas patriotas de corazon cuanto mas esclusivamente tienen dedicado su ánimo á los intereses permanentes del pais, no tardaron en adherirse con todo su patriotismo á la república, como representacion del órden y del pais, y hasta los mismos que por un escrúpulo de delicadeza se habian retirado voluntariamente de sus puestos, como el consumado director de la parte política, Mr. Desages, suministraron al gobierno las tradiciones y las luces que poseian. MM. de Vielcastel, Brennier, Cintra y Lesseps, permanecieron á la cabeza de las diferentes secciones del ministerio, prestando á la república con infatigable afán grandes servicios durante el prolongado tumulto de acontecimientos y de asaltos, en que el palacio de negocios estrangeros era á la vez un ministerio y un campamento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV.

En cuanto al esterior, por el contrario, Lamartine llamó á Francia á todos los embajadores y casi á todos los ministros plenipotenciarios, pues su presencia en las diferentes córtes ofrecia un doble inconveniente. No habiendo sido reconocida la república, su residencia cerca de gobiernos indecisos ú hostiles era un peligro de colisiones perjudiciales al establecimiento de las nuevas relaciones. Ademas, estos embajadores eran por lo general hombres políticos, antiguos ministros afectos personalmente por sus sentimientos y por consecuencia á la monarquía destruida. Confiarles las negociaciones de la república en el momento mismo en que luchaba con la monarquía, era esponer á aquella á ser mal servida. En lugar de estos agentes oficiales, el ministro envió á las córtes agentes secretos elegidos entre los hombres de opiniones republicanas ó entre los que no tenian lazos algunos con la dinastía fugitiva, dándoles á cada uno verbalmente las instrucciones convenientes para el pais á que los enviaba. Estas instrucciones se reasumian en las siguientes palabras: "Observad, informad, y en vuestras conversaciones con los soberanos, con los ministros y los pueblos, presentad á la república bajo su verdadero carácter; pacífica, si se la comprende; terrible, si se la provoca."

Ademas, confió á cada uno de estos agentes en el esterior, el plan diplomático que se proponia seguir, á fin de que en medio de la vaguedad necesaria de sus instrucciones y en las in-

ciertas y súbitas eventualidades de su mision, estuviesen de antemano iniciados en el pensamiento esterior de la república, y pudiesen combinar sus palabras y sus actos con el plan general.

Esperar con dignidad á la Inglaterra; buscar á la Prusia; observar á la Rusia; calmar á la Polonia; halagar á la Alemania; evitar al Austria; simpatizar con la Italia, sin escitarla; tranquilizar á la Turquía, y abandonar á la España á sí misma; no engañar á nadie con vanos temores y ni con vanas esperanzas; no proferir una palabra que fuese necesario retirar algun dia; hacer de la probidad republicana el alma de una diplomacia, tan esenta de ambicion como de debilidad: tales eran estas instrucciones confidenciales, pues Lamartine queria que, cualesquiera que fuesen los acontecimientos, la república tuviese siempre razon.

El mismo lenguaje tuvo con los embajadores, ministros y encargados de negocios que representaban en Paris á las diferentes córtes. La rapidez de la revolucion; el entusiasmo con que habia sido aceptada unánimemente en toda la Francia, sin que una voz ni un hecho protestasen contra ella; la magnanimidad del pueblo, intrépido en el combate, moderado, clemente, cordial despues de su victoria; el espectáculo de aquella capital en que siete hombres gobernaban á treinta y seis millones de habitantes, sin otra fuerza que la de la palabra: la abolicion de la pena de muerte; el repudio del espíritu guerrero; el órden restablecido voluntariamente en tan pocos dias; la inviolabilidad de las religiones; el respeto á los estrangeros; las diputaciones de

todos los departamentos, de los distritos y de los pueblos que acudian al Hotel de Ville, como esplosiones de la razon nacional, á felicitar y á ofrecer su apoyo al gobierno; el tono firme y enérgico, pero respetuoso para los pueblos como para los gobiernos, de los discursos con que Lamartine y sus colegas respondian á estas declamaciones de los pueblos; todos estos prodigios habian causado una profunda y feliz impresion á los ojos y en el ánimo de los embajadores. El entusiasmo por la Francia habia llegado á apoderarse hasta de los enemigos de la república.

Sin haber reconocido aun estos diplomáticos al nuevo gobierno, tenian conferencias oficiosas con el ministro de negocios estrangeros. Los recelos que á sus córtes habia inspirado la república, desvanecianse en estas francas conversaciones entre dos hombres que deseaban igualmente evitar desgracias al mundo y ahorrar la sangre de la humanidad. Fué una dicha para el género humano este acuerdo preexistente de buenas intenciones, de luces y de sabiduria entre el gobierno provisional y los representantes de la Europa en Paris. Lord Normanby, embajador de Inglaterra; el baron de Arnim, ministro de Prusia; Mr. de Kisselef, de Rusia; Mr. de Apponi, de Austria; Mr. de Brignole, de Cerdeña; el príncipe de Ligni, ministro de Bélgica; el nuncio del papa y todos los principales miembros del cuerpo diplomático en Paris eran felizmente en aquella época hombres de grande inteligencia, de prevision y de paz. El carácter de los hombres de estado influye tanto sobre los acontecimientos como sus ideas: él es el comentario de sus instrucciones, y ellos

predisponen á sus córtes, á la justicia y á la paz.

Así no tardaron en establecerse relaciones secretas, pero benévolas, entre el gabinete frances y los gabinetes estrangeros.

El primer sintoma del deseo de establecer relaciones pacíficas con el nuevo gobierno, fué una palabra del duque de Wellington á Lamartine, en respuesta á una indicacion indirecta y verbal que éste le habia dirigido por medio de un sobrino de aquel hombre de estado. Lamartine replicó por escrito á esta palabra de la manera conveniente; esto es, ensalzando la idea de paz proferida por la boca de un guerrero. La primera impresion de la Inglaterra, manifestada por medio de su primer ciudadano, era un augurio favorable al mundo, pues cuando la Francia y la Inglaterra se entienden para dar la paz á la Europa, ninguna potencia puede turbarla impunemente.

XV.

A la Francia que acababa de obrar, y sobre la que se fijaban todas las miradas, correspondia hablar la primera: la Europa y la misma Francia esperaban con ansiedad la primera palabra de la república al mundo. Prudente y digno era hacerle aguardar algunos dias. La república no debia implorar la paz precipitadamente, como un poder tímido que teme la guerra, sino declararla posible y no considerarla necesaria; pero antes de proclamar los dogmas de la paz, debia asegurarse secretamente mas y mas de que estos dogmas no serian recibidso

con insultos por las demas potencias. De otro modo, se esponia á ver desnaturalizados sus principios pacíficos, y á obtener, en vez de las simpatías que merecia, retos que la habria sido necesario aceptar y vengar. Lamartine no se apresuró, pues, á hablar, y en los cortos intervalos de la noche que le dejaban los tumultos de la plaza pública, redactó un manifiesto de la república, el cual sometió el 6 de Marzo á la deliberacion de sus colegas los ministros, y de algunos hombres eminentes de la opinion republicana que asistieron aquel dia al consejo.

La sesion era solemne. Siete hombres salidos algunos dias antes de una tempestad, tenian en sus manos la paz ó la guerra: con una palabra iban á armar y á hacer chocar entre sí sobre toda la superficie de la tierra los principios y los hombres, ó á serenar de nuevo el horizonte del globo. Lamartine se hallaba decidido á exigir la declaracion de paz como condicion absoluta de su continuacion en el gobierno, y la generalidad de los asistentes, así como los ministros, no estaban menos decididos que él. El manifiesto no sufrió discusion en el fondo, pues todos estaban de acuerdo sin haberse entendido antes: el resultado de su exámen se redujo á tachar y modificar, casi por unanimidad, algunas espresiones acerca de la manera con que la república declaraba entender los tratados de 1815. El mismo Luis Blanc aplaudió la era fraternal que este manisfiesto abria á la humanidad. Los partidos impacientes á quienes la resolucion pacífica del gobierno disgustaba en secreto, tenian tal persuasion de que las palabras de paz, eran palabras arrojadas al aire, y

de que el pueblo se desbordaria bien pronto sobre la Europa, que no se tomaron el trabajo de rechazar el manifiesto. Los conciliábulos belgas, alemanes y polacos, se agitaban ya en torno de algunos conspiradores ocultos, y el partido de la propaganda armada se disponia á destrozar esta página de filosofia nacional, atacando con ella el fusil de la invasion.

Al dia siguiente se publicó este manifiesto:

MANIFIESTO A LA EUROPA.

"Ya conoceis los sucesos de Paris, la victoria del pueblo, su heroismo, su moderacion, su cordura, el restablecimiento del órden por la cooperacion de todos los ciudadanos, como si en ese interregno de los poderes visibles la razon general hubiese sido por sí sola el gobierno de la Francia.

"La revolucion francesa acaba de entrar en su periodo definitivo. La Francia es república: la república francesa no tiene necesidad de ser reconocida para existir: es de derecho natural, es de derecho nacional. Es la voluntad de un gran pueblo, que no pide su título mas que á sí mismo. Sin embargo, deseando la república francesa entrar en la familia de los gobiernos establecidos como una potencia regular, y no como un fenómeno perturbador del órden europeo, conviene que hagais conocer prontamente al gobierno, cerca del cual estais acreditado, los principios y tendencias que dirigirán en adelante la política esterior del gobierno frances.

"La proclamacion de la república francesa no es un acto de agresion contra ninguna forma de

gobierno en el mundo. Las formas de gobierno tienen diferencias tan legítimas como las diferencias de carácter, de situacion geográfica y de desarrollo intelectual, moral y material en los pueblos. Las naciones, lo mismo que los individuos, tienen diferentes edades. Los principios que las rigen tienen fases sucesivas. Los gobiernos monárquicos, aristocráticos, constitucionales, republicanos, son la espresion de esos diferentes grados de madurez del espíritu de los pueblos, y piden mas libertad, segun se van sintiendo capaces de tolerar mas; piden mas igualdad y democracia, á medida que se hallan inspirados por un sentimiento mayor de justicia y amor hácia el pueblo. Todo es cuestion de tiempo. Un pueblo se pierde anticipando la hora de esa madurez, como se deshonra dejándola escapar sin aprovecharla. La monarquía y la república no son á los ojos de los verdaderos hombres de estado principios absolutos que se hacen la guerra á muerte; son hechos que forman entre sí contraste, y pueden vivir frente á frente comprendiéndose y respetándose.

"La guerra no es de consiguiente el principio de la república francesa, como lo fué por una necesidad fatal y gloriosa en 1792. Entre 1792 y 1848 existe medio siglo. Volver despues de medio siglo al principio de 1792 ó al principio de conquista del imperio, no seria adelantar, sino retrogradar en el tiempo La revolucion de ayer es un paso hácia delante, y no hácia tras. El mundo y nosotros queremos caminar hácia la fraternidad y la paz.

"Si la situacion de la república francesa en 1792 esplicaba la guerra, las diferencias que

existen entre aquella época de nuestra historia y la época en que vivimos esplican la paz. Consagraos á aplicar esas diferencias y á hacerlas comprender en rededor vuestro.

"En 1792 la nacion no era una. Existian dos pueblos en un mismo suelo. Una lucha terrible se prolongaba todavia entre las clases desposeidas de sus privilegios y las clases que acababan de conquistar la igualdad y la libertad. Las clases desposeidas se unian con el trono cautivo, y con el estrangero receloso para negar su revolucion á la Francia, y para volverle á imponer la monarquia, la aristocracia y la teocracia por medio de la invasion. En el dia no hay clases distintas y desiguales. La libertad todo lo ha emancipado: la igualdad ante la ley lo ha nivelado todo. La fraternidad, cuya aplicacion proclamamos y cuyos beneficios debe organizar la asamblea nacional, va á unirlo todo. No hay un solo ciudadano en Francia, cualquiera que sea su opinion, que no se asocie al principio de la patria ante todo, y no la haga por esa misma union inespugnable á las tentativas y á los temores de invasion.

En 1792 no era el pueblo entero el que habia entrado en posesion de su gobierno; era solo la clase media la que queria ejercer la libertad y gozar de ella. El triunfo de la clase media era entonces egoista como el triunfo de toda oligarquia: la clase media queria retener para sí sola los derechos conquistados por todos. Era preciso para eso dar otra direccion al advenimiento del pueblo, precipitándole en los campos de batalla para impedirle entrar en su propio gobierno. Esa direccion era la guerra. La

guerra fué el pensamiento de los *monarquistas* y de los *girondinos*, no el pensamiento de los demócratas mas avanzados que querian, como nosotros, el reinado sincero, completo y regular del pueblo mismo, comprendiendo bajo este nombre todas las clases, sin escepcion ni preferencia, de que se compone la nacion.

"En 1792 el pueblo era solo el instrumento de la revolucion, no su objeto. Hoy la revolucion se ha hecho por él y para él. El pueblo es la revolucion misma. Al entrar en ella lleva sus necesidades nuevas de trabajo, de industria, de instruccion, de agricultura, de comercio, de moralidad, de bienestar, de propiedad, de vida á precio módico, de navegacion, en fin, que son todas las necesidades de la paz. El pueblo y la paz son una misma palabra.

"En 1792 las ideas de la Francia y de la Europa no estaban preparadas para emprender y aceptar la grande armonía de las naciones entre sí, en beneficio del género humano. El pensamiento del siglo que terminaba, no estaba mas que en la cabeza de algunos filósofos. La filosofía es hoy dia popular: cincuenta años de libertad de pensar, de hablar y de escribir, han producido ese resultado. Los libros, los periódicos, las tribunas, han verificado el apostolado de la inteligencia europea. La razon, partiendo de todas partes y salvando las fronteras de los pueblos, ha creado entre los espíritus esa gran nacionalidad intelectual, que será el complemento de la revolucion francesa y la constitucion de la fraternidad internacional en el globo.

"Por último, en 1792 la libertad era una novedad, la igualdad un escándalo, la república un

problema. El título de los pueblos, descubierto apenas por Fenelon, Montesquieu y Rousseau, se hallaba de tal modo olvidado, sepultado y profanado por las añejas tradiciones feudales, dinásticas y sacerdotales, que la intervencion mas legítima del pueblo en sus asuntos parecia una monstruosidad á los hombres de estado de la antigua escuela. La democracia hacia temblar á la vez los tronos y los fundamentos de las sociedades. Hoy los tronos y los pueblos se han acostumbrado á la palabra, á las formas, á las agitaciones regulares de la libertad ejercida en distintas proporciones en casi todos los Estados, hasta en los monárquicos. Ellos se habituarán á la república, que es su forma completa en las naciones mas preparadas para la libertad; reconocerán que hay una libertad conservadora; reconocerán que puede existir en la república, no solo un órden mejor, sino mas verdadero órden, en este gobierno de todos para todos, que en el gobierno de algunos para algunos.

"Pero aparte de estas consideraciones desinteresadas, el interes solo de la consolidacion y de la duracion de la república inspiraria á los hombres de estado de la Francia ideas de paz. No es la patria la que corre los mayores peligros en la guerra; es la libertad. La guerra es casi siempre una dictadura. Los soldados olvidan las instituciones por los hombres. Los tronos tientan á los ambiciosos. La gloria deslumbra al patriotismo. El prestigio de un nombre victorioso cubre el atentado contra la soberanía nacional. ¡La república quiere, sin duda alguna, gloria, pero la quiere para sí misma y no para Césares ó Napoleones!

"No os equivoqueis, sin embargo: estas ideas que el gobierno provisional os encarga presentar á las potencias como prenda de seguridad europea, no tienen por objeto hacer perdonar á la república la osadía de su nacimiento, y menos todavía pedir humildemente el puesto de un gran derecho y de un gran pueblo en Europa. Tienen un objeto mas noble: el de hacer reflexionar á los soberanos y á los pueblos: el de no permitirles que se engañen involuntariamente sobre el carácter de nuestra revolucion; el de presentar bajo su verdadero aspecto y carácter este acontecimiento: el de dar, en fin, prendas á la humanidad antes de darlas á nuestros derechos y á nuestro honor, si fuesen desconocidos ó amenazados.

La república francesa no hará la guerra á nadie. Sin embargo, es inútil decir que si se ponen condiciones de guerra al pueblo frances, las aceptará. El pensamiento de los hombres que gobiernan en este momento la Francia es el siguiente:—"¡Feliz la Francia si le declaran la guerra, y de este modo hacen que crezca en poder y en gloria, á pesar de su moderacion! ¡Terrible responsabilidad para la Francia si la república declara la guerra sin ser provocada á ello!" En el primer caso, la harian invencible y aun terrible mas allá de las fronteras su genio marcial y su fuerza acumulada durante tantos años de paz. En el segundo, volveria contra sí misma el recuerdo de sus conquistas, y comprometeria su primera y universal alianza: el espíritu de los pueblos y el genio de la civilizacion.

"Espuestos estos principios, que son los principios de la Francia pacífica, principios que pue-

de presentar sin temor á sus amigos y enemigos, tendreis á bien penetraros de las siguientes declaraciones:

"Los tratados de 1815 no existen ya para la república francesa: no obstante, las circunscripciones territoriales de estos tratados son un hecho que admite como base y como punto de partida respecto á las demas naciones.

"Pero si los tratados de 1815 no existen sino como un hecho que ha de modificarse de comun acuerdo, y si la república declara altamente que tiene por derecho y por mision llegar regular y pacíficamente á estas modificaciones, existen el buen sentido, la moderacion, la conciencia, la prudencia de la república, y son para la Europa mejor garantía que la letra de esos tratados violados ó modificados con tanta frecuencia.

"Tratad, pues de hacer comprender y admitir de buena fé esta emancipacion de la república de los tratados de 1815 y de mostrar que esta franqueza no tiene nada de inconciliable con el reposo de Europa.

"Así, pues, lo decimos en alta voz: si en los decretos de la Providencia nos pareciese que habia sonado la hora de la reconstruccion de algunas nacionalidades oprimidas en la Europa; si la Suiza, fiel aliada nuestra desde Francisco I, fuese amenazada en el movimiento de progreso que está verificando en sí misma para prestar fuerzas al conjunto de gobiernos democráticos; si fuesen invadidos los Estados independientes de Italia; si se opusiesen obstáculos á sus trasformaciones interiores; si se disputase á mano armada el derecho de aliarse para consolidar una patria italiana, la república francesa se creeria

con derecho á armarse tambien para proteger estos movimientos legítimos de progreso y de nacionalidad de los pueblos.

"La república, en sus primeros pasos, ha atravesado la era de las proscripciones y de las dictaduras. Está decidida á no velar nunca su libertad en lo interior, y tambien está decidida á no disfrazar nunca su principio democrático en lo esterior. No dejará que se interponga nadie entre el pacífico resplandor de su libertad y la mirada de los pueblos. Se proclama aliada intelectual y cordial de todos los derechos, de todos los progresos y de todos los legítimos desarrollos de las instituciones de las naciones que quieran vivir con el mismo principio que el suyo. Sabe que no hay libertades mas duraderas que las que nacen en el mismo suelo. Pero á la luz de sus ideas y por el espectáculo de órden y paz que espera dar al mundo, ejercerá el único proselitismo legítimo: el proselitismo del afecto y de la simpatía. Esta no es la guerra, sino la naturaleza. Esta no es la agitacion de Europa, sino la vida. Esto no es incendiar al mundo, sino brillar en el horizonte de los pueblos para adelantarlos y guiarlos á la vez.

"Deseamos por el bien de la humanidad que se conserve la paz. Lo deseamos y lo esperamos. Una sola cuestion de guerra mediaba hace un año entre la Francia y la Inglaterra. Esta cuestion no fué la Francia republicana quien la propuso, sino la dinastía. La dinastía se lleva ahora consigo ese peligro de guerra suscitado en Europa por la ambicion personal de sus alianzas de familia en España. Así, pues, esta política doméstica de la dinastía caida, que

pesaba hacia diez y siete años sobre nuestra dignidad nacional, pesaba al mismo tiempo por sus pretensiones á una corona mas en Madrid, sobre nuestras alianzas liberales y sobre la paz. La república no tiene nepotismo. Ríjase por sí misma la España y sea independiente y libre. La Francia cuenta mas con la conformidad de principios que con las sucesiones de la casa de Borbon.

"Tales el espíritu de los consejos de la república. Tal será invariablemente el carácter de la política franca, fuerte y moderada que vais á tener que representar.

"La república ha pronunciado en medio del calor de una lucha no provocada por el pueblo, tres palabras pue revelan el fondo de su alma, y que atraerá sobre ellas las bendiciones de Dios y de los hombres: *Libertad, igualdad y fraternidad.* Al dia siguiente de su nacimiento, aboliendo la pena de muerte por causas políticas, dió el verdadero comentario de estas tres palabras en el interior; dadlas tambien su verdadero comentario en el esterior.

"El sentido de estas tres palabras, aplicadas á nuestras relaciones esteriores, es el siguiente: emancipacion de la Francia de las cadenas que pesaban sobre su principio y sobre su dignidad; recuperacion del rango que debe ocupar al nivel de las grandes potencias europeas: en fin, declaracion de alianza y de amistad á todos los pueblos. Si la Francia tiene el convencimiento íntimo de la parte que le toca en la mision liberal y civilizadora en el siglo, no hay ninguna de estas palabras que signifique *guerra.*

"Si la Europa es prudente y justa, no hay

ninguna de estas palabras que no signifique *paz*.

"Recibid mi mas distinguida consideracion. —*Lamartine*, miembro del gobierno provisional y ministro de negocios estrangeros.—Paris 2 de Marzo de 1848.

XVI.

Este manifiesto fué recibido con aplauso por la Francia entera, y con respeto por la Europa. Dando á la república la actitud conveniente, á la democracia su palabra, á la guerra su significacion, si debia promoverse; á la paz su sentido si debia subsistir, formaba de la democracia una parte diversa pero integrante del sistema europeo, que, sin amenazar con la violencia á los gobiernos fundados sobre otros principios, haria adherirse sucesivamente al principio frances á los pueblos que habian llegado á diferentes grados de libertad. El manifiesto era la razon de la revolucion tomando su puesto y espresándose á la faz del mundo, en vez de su cólera, conmoviendo y trastornando á la Europa en 1793. Sin crear un solo caso de guerra que no admitiese el derecho de gentes, abolia muchos de ellos, y abolia sobre todo la ambicion y las conquistas.

No tardaron, pues, en manifestarse por todas partes de Europa el efecto que Lamartine esperaba de esta actitud, y los resultados que habia prometido al gobierno. Muy pronto nos haremos cargo de ellos.

XVII.

Pero la actitud diplomática del gobierno exigia un ejército correspondiente á las eventualidades que podrian sobrevenir. El ministro de negocios estrangeros pidió, pues, al gobierno el aumento de la fuerza armada sobre el cálculo de los peligros posibles y de la prudencia que ordenaba la nueva situacion.

La España no esplicaba aún sus intenciones, é informes secretos revelaban disposiciones poco benévolas en Madrid. Entre tanto, reuníanse tropas al otro lado de los Pirineos, á las inmediaciones de la frontera francesa. El reciente matrimonio del duque de Montpensier con la hermana de la reina de España, habia debido establecer entre la dinastía proscrita de Francia y el gobierno español una solidaridad de intereses y una intimidad que podian convertirse en hostilidades. Deciase que los príncipes de la casa de Orleans iban á buscar un asilo en España, y esto anunciaba ideas confusas de restauracion armada por aquel lado. El ministro reclamó, y el gobierno decretó, la formacion inmediatamente de un ejército de observacion en los Pirineos de quince ó veinte mil hombres.

La Italia, agitada ya en uno de sus estremos por la revolucion de Nápoles, que habia precedido á la de Paris, iba probablemente á sentir de rechazo la influencia de la república. La palabra y los actos del Papa habian despertado el espíritu de independencia y de ódio contra la Austria. El Pontífice, bien intencionado pero temerario y tímido á la vez, apenas podia ya

contener el movimiento que habia impulsado. No habia querido mas que reanimar el calor en el cuerpo aletargado de la Italia central, y habia echado en ella algunas chispas de fuego; pero el huracan que los sucesos de Paris desencadenaban sobre el mundo, iba á soplar con violencia la hoguera que el Papa habia encendido.

Su influencia se haria sentir inevitablemente en la Toscana, y aunque libre y feliz de hecho bajo el gobierno municipal y paternal del descendiente de Leopoldo, queria cambiar el hecho en derecho, y los hábitos de libertad en instituciones escritas.

Venecia y Génova se estremecian al nombre de *república*, que les recordaba su antigua gloria.

En fin, el Piamonte, única potencia militar de la Italia, se hallaba preparado mucho tiempo antes á la guerra. La ambicion de su rey soñaba para sí dos títulos: el de libertador y el de protector de la Italia. Vacilante hacia muchos años entre la alianza austriaca, que le constituia en un satélite de la tirania, y la alianza francesa, que podia hacerle el dominador de la península: arrastrado, en sentido contrario, por la influencia sacerdotal que lo habia hecho el proscriptor y el carcelero del liberalismo, y el espíritu liberal de sus pueblos que queria convertirlo en innovador y rey constitucional, ¿de qué lado se inclinaria Cárlos Alberto? Si se declaraba hostil á la república y queria formar con su ejército de cien mil hombres la vanguardiadel Austria contra la Francia, era menester esperarla en los desfiladeros de la Saboya y del litoral de los Alpes: si queria levantar él mismo el estandarte

de la independencia italiana, era necesario preveer igualmente el caso de su derrota y el de su victoria porque lo mismo uno que otro, podian llevarnos involuntariamente á Italia. Un ejército de observacion en los Alpes, di spuesto á cualquier eventualidad, ora á cubrirlos desde el Var hasta Grenoble, ora á traspasarlos, era tan necesario á la república por prudencia como por energia. El ministro pidió, y el gobierno no vaciló en concederle, la formacion instantánea de un ejército de sesenta y dos mil hombres.

La situacion de este ejército al pié de los Alpes, y en los valles del Ródano, tenia tambien un objeto interior. La república podia verse amenazada en el Mediodía, ya por tentativas de restauracion monárquica en favor de la rama primogénita de los Borbones, ya por algunos destacamentos del ejército de Argel impulsados por su afecto á los príncipe desembarcasen con ellos en las costas meridionales; ora por las agitaciones anárquicas con que Tolon, Marsella, Avignon y Arles habian contristado á la primera república; ora, en fin, sobre todo, por movimientos socialistas semejantes á los que habian estallado en la capital de la industria, en Lyon, en 1830 y 1832. De esta suerte una fuerza armada, movible, disciplina é imponente, atendia á la vez al interior como al esterior.

En fin, el ministro pidió que se distribuyese en las orillas del Rhin un ejército de cien mil hombres, destinado á observar á la Alemania y á reunirse al ejército del Norte, compuesto de treinta mil soldados, para cubrir ó atravesar nuestras fronteras en el caso de que los movimientos

ó los actos de la Bélgica, de la Prusia ó de la Austria lo hiciesen necesario.

XVIII.

Adoptadas todas estas medidas por el gobierno provisional, el 13 de Marzo creó un comité de defensa, compuesto de los generales mas eminentes, sin distincion de opiniones. El ejército frances estaba á cubierto de toda sospecha, y el reconocimiento que algunos de sus gefes podian conservar á los príncipes, desaparecia ante el sentimiento de la patria. El gobierno no les preguntó si eran republicanos: sabia que eran franceses, y esto le bastó.

Desde los primeros dias, el mariscal Bugeaud habia escrito á Lamartine adhiriéndose á la república, en términos dignos de su rasgo y de su carácter. Este le habia respondido que la república era la Francia, que se enorgullecia de todos sus hijos, en quienes cifraba su fuerza; que esperaba no tener que hacer uso de la espada, pero que si se la desenvainaba contra ella, confiaria el puesto mas importante; es decir, el Rhin, á un general cuyo nombre, valor y talentos eran apreciados del ejército é imponentes para la Europa. El mariscal mismo comprendia que su intervencion en el gobierno actual solo podia ser justificada en un caso de guerra, porque la adhesion que recientemente habia manifestado á la familia real desterrada; los servicios que le habia hecho: la franqueza militar con que habia demostrado su sentimiento por este destierro; en fin, la susceptibilidad del pueblo y la reserva que forzosamente debia guardar el

gobierno, exigian de aquel un alejamiento temporal hasta el dia en que, ratificada la república por la asamblea nacional, no pudiese tentar á un general con el papel desacreditado de Monck. Pero los generales Lamoriciere, Oudinot, Bedeau, que no habian vacilado un instante en adherirse á la república despues de haber satisfecho sus deberes para con el rey, fueron llamados á este comité de guerra.

El gobierno asistió muchas veces á sus deliberaciones para imprimirle sus ideas, sus inspiraciones y su energia. Lamartine fué de opinion de que se mandasen venir inmediatamente cuarenta ó cincuenta mil hombres del ejército de Africa, que constaba entonces de cien mil, fuerza que, para resguardar una colonia casi deshabitada contra algunas tribus sin gefe, sin gobierno y sin ejército, era, al menos en tiempo de crisis para Europa, un lujo inútil y oneroso. El ministro pensaba que cincuenta mil hombres bastarian para contener esta colonia; que si la Francia tenia guerra con la Inglaterra, esos cien mil hombres, separados de la madre patria, tendrian el mismo fin que el ejército de Egipto despues de la abdicacion de Napoleon; que si, por el contrario, no se alteraba la paz, los armamentos que la prudencia exigia contra las eventualidades del continente, gravarian el tesoro con los gastos de cincuenta mil soldados que seria necesario levantar, armar y equipar en vez de los cincuenta mil cuyo regreso pedia; y en fin, que las tropas de Africa, ya disciplinadas y aguerridas, equivaldrian en los Alpes ó en el Rhin á cien mil soldados bisoños.

Los generales de Africa oponian á esta re-

duccion de nuestras fuerzas activas en la Argelia una resistencia invencible. Lamartine se irritaba con esta predileccion, que le parecia la paralisis sistemática de una parte de las fuerzas que la prudencia y la política debian concentrar en el territorio de la república. La pérdida de una batalla en Bélgica, en el Rhin ó en el Piamonte por falta de cincuenta mil hombres, perdia á la república, mientras que algunas escaramuzas mas ó menos felices en la Argelia, no podian hacer perder mas que un desierto fácilmente reconquistado despues de la paz. Sobre este punto se renovaron y se prolongaron discusiones obstinadas, cambiándose palabras vivas y objeciones diversas entre el general Lamoriciere y Lamartine. Este desconfiaba entonces del jóven general, no de su franqueza, sino de sus relaciones, que creia muy íntimas con el partido implacable en su resentimiento contra la república; mas despues reconoció que se habia equivocado, y que el general, tan valiente en el campo de batalla como entendido en el consejo, no economizaba su sangre, su palabra y su popularidad para la salvacion del gobierno.

Los generales Bedeau y Oudinot, ambos dignos de los mandos mas elevados, se esforzaron entonces vanamente en justificar á sus compañeros de armas y en destruir en el ánimo de Lamartine injustas prevenciones. El gobierno, concediendo á medias la razon al ministro de negocios estrangeros, decretó que desde luego se llamasen de Argel 20.000 hombres y 10.000 despues, reemplazándolos en el territorio de Africa con soldados de las nuevas quintas.

El general Subervie, ministro de la guerra, era presidente del comité de defensa nacional, y secretario un jóven coronel de estado mayor, Mr. Charrás. Las medidas de este comité no solo fueron aceptadas unánimemente por el gobierno, sino provocadas y apresuradas por él con un ardor parecido á impaciencia. La reorganizacion de las fuerzas militares era urgente, porque la Argelia las habia absorvido todas. El gobierno precedente estaba organizado para la paz. No le acusábamos por esto, pero la república á su nacimiento debia reorganizar la Francia militar en la doble prevision de la paz ó de la guerra. Para que á la vez estuviese alerta, como la Francia en 1792, y fuese laboriosa, como la Francia de 1847, era menester que su ejército activo solo fuese la vanguardia de la poblacion armada. En esta inteligencia, Lamartine provocaba ya la creacion de trescientos batallones de guardias movilizados de los departamentos, con sus cuadros de oficiales, disciplinados y armados en sus hogares, que así podian servir de reserva sobre nuestras fronteras, como de fuerza moderadora de la república en el interior, idea que acabó por realizar mas tarde.

Este plan, votado por la asamblea nacional y abandonado momentáneamente por los gobiernos que sucedieron al gobierno provisional, hubiera proporcionado á la república una fuerza de órden presente por todas partes en el interior, y una fuerza defensiva muy pronto dispuesta para obrar en el esterior. En el plan de Lamartine entraba la idea de la federacion perpétua de los departamentos, de la propiedad y

de la sociedad contra las facciones anti-sociales y contra las coaliciones anti-francesas.

XIX.

En primero de Marzo el ejército se componia de trescientos treinta y seis mil combatientes, de los cuales se hallaban en la Argelia ochenta y dos mil. Este número parecia suficiente para las necesidades puramente eventuales de un gobierno resuelto á no atacar; pero cuando él preguntaba á los generales con qué fuerzas inmediatamente activas podia contar para una campaña en el Rhin ó una espedicion al otro lado de los Alpes, reduciase de tal manera por las guarniciones, la defensa de las costas, las colonias y las bajas de soldados enfermos, que el ministro de negocios estrangeros y sus colegas temblaban ante la posibilidad de ser adelantados por los sucesos al ver la impotencia del pais. Ganar tiempo, dijeran lo que quisieran los partidarios de la guerra agresiva, era, pues, ganar fuerzas; salvar á la vez la sangre de la Francia y los destinos de la república.

Pero ínterin el gobierno ganaba tiempo á la Europa, no lo perdia por su parte. Habiendo resuelto aumentar el ejército hasta quinientos ochenta mil hombres, todas sus órdenes, sus llamamientos, sus compras de caballos, todos los trabajos de los comités de defensa, todas las vigilias de los dos ministros de la guerra que se sucedieron, el general Subervie y Mr. Arago, se encaminaron á completar este número, que se aumentaba cada semana, cada mes. El primero de Abril contábanse trescientos treinta y ocho

mil combatientes; el primero de Mayo, trescientos cuarenta y ocho mil; el primero de Junio, cuatrocientos mil. Las medidas del gobierno provisional, ejecutadas sucesivamente con toda la rapidez posible por Mr. Arago, por Mr. Charrás, por el general Cavaignac y el general Lamoriciere, hicieron por último ascender la fuerza del ejército antes de concluir el año hasta mas de quinientos mil hombres. El número de caballos, que en 1.º de Marzo era de cuarenta y seis y mil, llegó á sesenta mil en Julio y á setenta y cinco mil en Noviembre. La guardia movilizada y la guardia republicana, cuerpos de circunstancias, improvisados, armados, disciplinados, intrépidos, montados y equipados, componian ademas en Paris cerca de veinte mil soldados escelentes, sacados de las calles y de las conmociones populares.

El gobierno confió al general Duvivier, militar, filósofo y republicano, el encargo de organizar y de mandar la guardia movilizada. Jamas general alguno tuvo que formar el ejército del órden en una capital revolucionada con elementos mas confusos, mas heterogéneos y turbulentos, ni cumplió en menos tiempo una tarea mas dificil. De sus manos salian á cada hora batallones compuestos en su mayor parte de jóvenes del pueblo de Paris, en harapos aun, pero ya soldados. El general Duvivier los ganaba por el corazon; el gobierno por la confianza que hacia de ellos. Pupilos heróicos adoptados por la república, fueron mas tarde los salvadores del órden social. Sus generales, Duvivier y Damesme, murieron á su cabeza. Ellos solos reprimieron en todas partes la sedicion

durante los primeros meses; ellos formaron una muralla con sus batallones al gobierno provisional el 16 de Abril; rodearon á la asamblea á su instalacion; la libertaron el 15 de Mayo en union con la guardia nacional, prodigaron su sangre por ella el 23 de Junio y abrieron las puertas de Paris al ejército, vanagloriándose de someterse á los que les eran superiores en el arte de la guerra. Bien merecian haber sido adoptados por la asamblea nacional en vez de ser licenciados y olvidados. Pero si la actualidad olvida, la historia no, y en las páginas de la guardia movilizada se escribirán sus servicios con las gotas de su sangre.

XX.

Mientras que los generales Subervie y Duvivier secundaban de esta suerte los esfuerzos del gobierno para reorganizar las fuerzas terrestres, Mr. Arago, cuyo nombre lisonjeaba el orgullo de la marina, mantenia con mano fuerte la disciplina de nuestras flotas, armaba nuestras escuadras, fortificaba nuestros puertos, concedia sin reserva la confianza del gobierno á los oficiales de este ejército escogido, en quienes el honor era la mejor garantía de su fidelidad á la república, y con miras patrióticas, á la vez que pacificas, hacia flotar la bandera de nuestos buques en las costas del Mediterráneo.

XXI.

Pero tan grande acrecentamiento de nuestras fuerzas nacionales para prevenir cualquier sor-

presa por mar ó por tierra, cualquier probabilidad de invasion y cualquier afrenta á la república, exigia del tesoro los esfuerzos correspondientes.

El gobierno habia hallado la hacienda en una situacion que hubiera sido grave en tiempos ordinarios, y exigido dentro de pocos meses un empréstito de seiscientos millones. Para contraer empréstitos se necesita crédito. Las revoluciones son los eclipses del crédito, porque trastornan, no solo los intereses, sino tambien las imaginaciones, y hacen cerrar las manos á los poseedores del oro en una nacion industrial. La cuestion de hacienda preocupaba mas que ninguna otra á los hombres previsores del gobierno, porque sabian que la revolucion tomaria un carácter de violencia ó de moderacion, segun las medidas financieras que adoptase el gobierno desde un principio.

Estos hombres decian en voz alta que no habia mas que dos medios de hacer atravesar á la república el abismo de una revolucion imprevista, sin precipitar en él la fortuna pública: la dictadura armada con el instrumento de los suplicios, ó el crédito.

La dictadura armada de esta suerte podia adoptar la bancarrota, los asignados, los *máximum*, y sostener contra las fortunas estas medidas desesperadas por medio de una apelacion á los pobres contra los ricos. No faltaban las fuerzas necesarias para ello. El solo hecho de una revolucion súbita y completa verificada sin resistencia por los brazos de los proletarios; la existencia de doscientos mil obreros en Paris á quienes en cualquier tiempo se podia fanatizar con-

durante los primeros meses; ellos formaron una muralla con sus batallones al gobierno provisional el 16 de Abril; rodearon á la asamblea á su instalacion; la libertaron el 15 de Mayo en union con la guardia nacional, prodigaron su sangre por ella el 23 de Junio y abrieron las puertas de Paris al ejército, vanagloriándose de someterse á los que les eran superiores en el arte de la guerra. Bien merecian haber sido adoptados por la asamblea nacional en vez de ser licenciados y olvidados. Pero si la actualidad olvida, la historia no, y en las páginas de la guardia movilizada se escribirán sus servicios con las gotas de su sangre.

XX.

Mientras que los generales Subervie y Duvivier secundaban de esta suerte los esfuerzos del gobierno para reorganizar las fuerzas terrestres, Mr. Arago, cuyo nombre lisonjeaba el orgullo de la marina, mantenia con mano fuerte la disciplina de nuestras flotas, armaba nuestras escuadras, fortificaba nuestros puertos, concedia sin reserva la confianza del gobierno á los oficiales de este ejército escogido, en quienes el honor era la mejor garantía de su fidelidad á la república, y con miras patrióticas, á la vez que pacificas, hacia flotar la bandera de nuestos buques en las costas del Mediterráneo.

XXI.

Pero tan grande acrecentamiento de nuestras fuerzas nacionales para prevenir cualquier sor-

presa por mar ó por tierra, cualquier probabilidad de invasion y cualquier afrenta á la república, exigia del tesoro los esfuerzos correspondientes.

El gobierno habia hallado la hacienda en una situacion que hubiera sido grave en tiempos ordinarios, y exigido dentro de pocos meses un empréstito de seiscientos millones. Para contraer empréstitos se necesita crédito. Las revoluciones son los eclipses del crédito, porque trastornan, no solo los intereses, sino tambien las imaginaciones, y hacen cerrar las manos á los poseedores del oro en una nacion industrial. La cuestion de hacienda preocupaba mas que ninguna otra á los hombres previsores del gobierno, porque sabian que la revolucion tomaria un carácter de violencia ó de moderacion, segun las medidas financieras que adoptase el gobierno desde un principio.

Estos hombres decian en voz alta que no habia mas que dos medios de hacer atravesar á la república el abismo de una revolucion imprevista, sin precipitar en él la fortuna pública: la dictadura armada con el instrumento de los suplicios, ó el crédito.

La dictadura armada de esta suerte podia adoptar la bancarrota, los asignados, los *máximum*, y sostener contra las fortunas estas medidas desesperadas por medio de una apelacion á los pobres contra los ricos. No faltaban las fuerzas necesarias para ello. El solo hecho de una revolucion súbita y completa verificada sin resistencia por los brazos de los proletarios; la existencia de doscientos mil obreros en Paris á quienes en cualquier tiempo se podia fanatizar con-

tra las fortunas como se les entusiasmaba por la virtud; y de dos millones de trabajadores desocupados sobre la superficie de la república, clamando por pan en las ciudades manufactureras en que los talleres iban á economizar unos, y á cerrarse otros, eran elementos bastantes de terror para las clases poseedoras, y de irresistible comprension para un gobierno desesperado. No habia nada en el mundo que semejante gobierno no se sintiese con fuerzas para hacer durante los dos primeros meses de la república, cuando llevaba consigo el impulso y el peso de una revolucion que le habria empujado hácia un abismo, pero sin que nada pudiese resistírsele. Si el gobierno no se decidió por la tiranía, fué porque era bastante sábio para despreciarla y demasiado político para no temerla, pues mas trabajo le costó á cada instante rehusarla que aceptarla. Una palabra suya en aquellos momentos, habria hecho inclinar ante él á la Francia entera.—"Nosotros tenemos bastante fuerza para hacer todo el mal que un hombre puede imaginar, decia Lamartine á Dupont de l'Eure; en cuanto al bien, es diferente, porque se hace lentamente, con calma y medida." No era, pues, la falta de medios de compresion sobre las fortunas lo que inquietaba al gobierno, porque los tenia con esceso.

Pero todos estos medios, la bancarrota, los asignados, los empréstitos forzosos, la contribucion sobre los ricos, el diezmo de los capitales, los secuestros y las confiscaciones en favor de los pobres, impuestas y hecho efectivas á los ricos por medio de soldados de apremio, exigian la violencia contra las cosas. Los miembros previsores y moderados del gobierno, sabian que de la violencia contra las personas á la violencia contra las cosas, apenas hay distancia alguna, y que cada una de estas medidas habria hecho ocultar el oro, imposibilitado la recaudacion de los impuestos, estinguido el crédito y destruido el trabajo. Para hacer circular de nuevo el oro, para recaudar los impuestos, recobrar el crédito y proporcionar trabajo, era necesario castigar con crueldad. Las crueldades de la ley habrian producido las resistencias de los contribuyentes; las resistencias, las delaciones, las condenas, las multas, los encarcelamientos, y de aquí á los cadalsos no habia mas que un paso. Dado este paso, verteríase la sangre; la primera gota de ella, derramada por la revolucion en nombre de la república, la haria correr á torrentes, y de esta suerte se sacrificaba á la humanidad, se pervertia la revolucion, se deshonrabá la libertad, se entregaba la Francia al crímen, el rico al terror, el pobre á las guerras civiles, y la república á la execracion del porvenir.

Semejantes ideas, que preocupaban incesantemente el ánimo de los miembros del gobierno, y que fueron reproducidas con energía en el consejo de los hombres políticos y por los financieros, no permitian vacilar á la mayoría de él, cerca del partido que debian tomar, y á la primera medida de aquella naturaleza que se hubiese decretado, se habria retirado para declinar la responsabilidad de los crímenes y de la deshonra, que necesariamente habian de ser su consecuencia. Retirarse del gobierno los hombres sábios y prudentes que formaban par-

t
e de él, era abandonar la república al azar, París al desórden y á un rompimiento, la Francia á los lictores, y ninguno pensaba en ello sin estremecerse.

Al mismo tiempo sentíase un temor siniestro al sondear el estado del tesoro, que no podia llenarse á medida que se vaciaba sino con recursos diarios tan abundantes y tan inagotables como eran urgentes las necesidades á que habia que hacer frente. El 25 de Febrero existian en caja ciento noventa millones, suma muy inferior á la que por lo regular contiene el tesoro en este mes para pagar en el de Marzo siguiente los intereses de la deuda y las libranzas que se agolpan durante él. Si el gobierno hubiera mostrado la menor vacilacion en cubrir los compromisos del tesoro, la palabra *bancarrota*, sinónimo para el pueblo de la de *ruina*, habria corrido de boca en boca, asustado las imaginaciones, retirado de la circulacion los capitales, hecho cerrar las cajas y diezmado los impuestos, tocando así el escollo á los pocos dias. Era, pues, necesario demostrar confianza para inspirarla. El nombre del ministro de hacienda inspirábala en efecto á los capitalistas y á los banqueros de Paris, porque Mr. Gondchaux tenia la probidad, los obstinados escrúpulos, la rectitud de intencion, la esperiencia de crédito y la intrepidez de resistencia á los sistemas aventurados necesarios para afianzar todo lo que podia y debia ser afianzado en la region de los negocios: en una palabra, era lo que debia ser en semejantes momentos: la regularidad financiera en medio de la revolucion política. Pero tenia el defecto correspon-

diente á sus cualidades; el crédito tan tímido como su alma, y alarmándose con demasiada viveza de las doctrinas espuestas temerariamente por los que, inmediatos al gobierno, veian en la tirania impuesta á los capitales lo que llamaban la organizacion del trabajo, los discursos del socialismo industrial en el Luxemburgo, á pesar de evaporarse en la atmósfera del buen sentido de la Francia y de los mismos obreros, le causaban como guardian del tesoro incesantes desvelos.

Estos discursos producian en efecto una fatal influencia en los negocios. Los obreros se entusiasmaban los primeros dias con las palabras sonoras que parecian contener riesgos para los capitalistas; los fabricantes, inquietos con las teorías de los salarios fijados absolutamente por el estado, las creian al principio mas peligrosas que en realidad lo eran; el pánico hacia cerrar las fábricas, y la produccion y el consumo se disminuian. Y sin embargo, como lo habian previsto los miembros ilustrados del gobierno, los obreros en masa empezaban ya á conocer la nada de las teorías del Luxemburgo. La distribucion igual de los salarios entre obreros desiguales en fuerzas, en habilidad, en conducta, en trabajo, era un escándalo para su equidad; la sujecion del capital, obligado á invertirse en trabajo, sin hallar interes en ello y sin que los productos tuviesen salida, causaba inquietud á su buen sentido. La elocuencia de su jóven tribuno, Luis Blanc, los seducia; pero al salir de sus cursos se preguntaban unos á otros acerca de lo que habia aplicable á su condicion en aquel evangelio de los asalariados. Desmenu-

zando las frases no hallaban en ellas mas que sonidos; pasando á las consecuencias, solo les conducian á lo imposible, y empezaban ya á menear la cabeza diciéndose con la energía vulgar de su lenguaje:

—"El Luxemburgo es un pasatiempo que la revolucion ha proporcionado á los ociosos, donde se nos adormece con palabras halagüeñas para que no sintamos el hambre. Consultemos simplemente el buen sentido. No hay capital, ni salario, ni trabajo sin libertad; si privamos de ella al fabricante y de su capital al rico, seremos todos tan miserables unos como otros. Lo que se nos predica es la igualdad del hambre."

Los problemas de Luis Blanc, de los socialistas y de los comunistas se confundian en el Luxemburgo como las lenguas en la torre de Babel. El corazon de Luis Blanc se manifestaba en sentimientos fraternales, su palabra en imágenes; pero en su sistema solo habia tinieblas. Otro *O'Connell* de los trabajadores hacia lucir sus problemas, prometiendo lo imposible y aplazando los resultados á los que no podian diferir sus necesidades.

Algunos miembros de la mayoría del gobierno se reunieron en casa de Mr. Cremieux, ministro de justicia, para sondear la situacion de la hacienda y oir la triste esposicion de su estado, hecha por Mr. Goudchaux. Allí, á presencia de MM. Marie, Bethmon, Cremieux, Garnier-Pagés, Duclerc, Pagnerre, Carnot y Lamartine, anunció Goudchaux su irrevocable resolucion de retirarse del ministerio. Este anuncio consternó á los individuos presentes del gobierno, quienes conocian que la retirada de un

ministro [illegible]lo y que inspiraba confianza á los capitalistas era un golpe funesto para el crédito y una declaracion de apuros al pais. Dupont de l'Eure, Garnier-Pagés, Lamartine y todos los circunstantes suplicaron á Mr. Goudchaux que desistiese de su resolucion, representándole patéticamente las deplorables consecuencias que iba á originar: la zozobra de los hombres de dinero, el terror de los contribuyentes, el pánico de los capitales, la clausura de un gran número de fábricas y el aglomeramiento en Paris de grandes masas de obreros sin trabajo.

Mr. Goudchaux no cedió, sin embargo. Hubo entonces un triste silencio, durante el cual todos pensaban que en un momento tan crítico en que la hacienda lo era todo, en que de la desaparicion del numerario podia resultar una bancarrota, y en que el numerario iba probablemente á desaparecer con Mr. Goudchaux, la dimision del ministro de hacienda era el golpe mas terrible que podia recibir el gobierno.

Estos momentos lo fueron de angustia, y debieron causar penetrante impresion en el alma de los que comprendian las consecuencias de aquella catástrofe de la hacienda y de los capitales, recien proclamada la república.

Lamartine particularmente se estremecia de ellas. En su opinion, la bancarrota, el terror y la guerra eran una misma palabra; pero tambien se hallaba convencido de que el gobierno no debia declararse vencido sino sucumbiendo todo él.

—"¡Mas bien morir todos de pena, esclamó levantándose con desesperacion, que declarar-

nos vencidos é impotentes ante los peligros del tesoro; que hacer decir á los enemigos de la Francia que la república ha comenzado su carrera por una bancarrota! La retirada del ministro de hacienda nos consterna; pero no nos desanimará, y ya que hemos hecho todo lo que habia que hacer para evitar esta desgracia, no omitamos nada para repararla."

El mismo impulso se apoderó de todos los que asistian á la conferencia. Garnier-Pagés, aunque casi espirante de debilidad, de cansancio y de enfermedad, volvió á hallar en su corazon el valor del hombre de bien que no se amilana jamas, para aceptar la carga de la hacienda, cuyo peso conocia mejor que nadie, con una abnegacion igual á su patriotismo religioso. Su aceptacion salvó al tesoro, y preservando á la hacienda de las medidas estremas y acerbas que la imprudencia aconsejaba á la desesperacion, salvó realmente tambien á la república.

FIN DEL LIBRO IX.

LIBRO DECIMO.

I.

En el tiempo trascurrido, el gobierno no habia recibido aun ninguna noticia exacta sobre la suerte del rey, de la reina y de la familia real. Los comisarios nombrados por Lamartine para ir á proteger su fuga esperaban en vano la órden de su partida, porque deseando el gobierno, como se ha visto, facilitar la salida de Francia del rey, de los príncipes y de los ministros, en vez de poner obstáculos á ella, se creyó que aquel medio podria suscitarlos mas bien que favorecerla. Lamartine no empleó, pues, mas que medios oficiosos para instruirse de las diversas direcciones que la familia real habia tomado. Sin conocimiento del gobierno y por un acto espontáneo de la justicia, el procurador general, ordenó el arresto de los ministros fugitivos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos vencidos é impotentes ante los peligros del tesoro; que hacer decir á los enemigos de la Francia que la república ha comenzado su carrera por una bancarrota! La retirada del ministro de hacienda nos consterna; pero no nos desanimará, y ya que hemos hecho todo lo que habia que hacer para evitar esta desgracia, no omitamos nada para repararla."

El mismo impulso se apoderó de todos los que asistian á la conferencia. Garnier-Pagés, aunque casi espirante de debilidad, de cansancio y de enfermedad, volvió á hallar en su corazon el valor del hombre de bien que no se amilana jamas, para aceptar la carga de la hacienda, cuyo peso conocia mejor que nadie, con una abnegacion igual á su patriotismo religioso. Su aceptacion salvó al tesoro, y preservando á la hacienda de las medidas estremas y acerbas que la imprudencia aconsejaba á la desesperacion, salvó realmente tambien á la república.

FIN DEL LIBRO IX.

LIBRO DECIMO.

I.

En el tiempo trascurrido, el gobierno no habia recibido aun ninguna noticia exacta sobre la suerte del rey, de la reina y de la familia real. Los comisarios nombrados por Lamartine para ir á proteger su fuga esperaban en vano la órden de su partida, porque deseando el gobierno, como se ha visto, facilitar la salida de Francia del rey, de los príncipes y de los ministros, en vez de poner obstáculos á ella, se creyó que aquel medio podria suscitarlos mas bien que favorecerla. Lamartine no empleó, pues, mas que medios oficiosos para instruirse de las diversas direcciones que la familia real habia tomado. Sin conocimiento del gobierno y por un acto espontáneo de la justicia, el procurador general, ordenó el arresto de los ministros fugitivos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mandato que sorprendió y afligió el gobierno; porque este proceso contrariaba todas sus ideas, proporcionaba á la capital emociones penosas, y desnaturalizaba el carácter de mansedumbre y de magnanimidad que sus miembros querian dar á la revolucion. Lamartine llamó al ministerio al procurador general para manifestarle estos sentimientos, que parecian ser tambien los de este magistrado, que no habia hecho mas que obedecer, segun dijo, una órden superior. Mr. Portalis prometió á Lamartine que el mandato de arresto seria considerado como una simple formalidad que se dejaria olvidar.

Lo mismo sucedió con un decreto del gobierno, suprimiendo los títulos nobiliarios. Suscitada esta cuestion el 27 de Febrero en el Hotel de Ville, se dejó á un lado desdeñosamente. No inauguremos la república con un acto ridículo, habia dicho Lamartine; la nobleza está abolida de hecho, pero no pueden abolirse los recuerdos ni las vanidades. Los miembros del gobierno quedaron, pues, sorprendidos al leer algunos dias despues en el periódico oficial un decreto que abolia el uso de los títulos. Los innumerables decretos que se estendian con la mayor urgencia en medio del tumulto del Hotel de Ville ocasionaron algunos errores de semejante naturaleza. Muchos de ellos no estaban firmados mas que por uno ó dos ministros, y apenas se estendian, eran arrebatados de la mesa del consejo, sin ser examinados por éste.

II.

Ya hemos visto que el rey, la reina y la duquesa de Nemours con sus hijos subieron en la

plaza de la Concordia á dos coches de alquiler tirados cada uno por un solo caballo, y escoltados por un escuadron de coraceros, al mando del general Regnaud de Saint-Jean-d' Angely, tomaron el camino de Saint-Cloud. Aquí el rey tomó carruages de la córte, y marchó á Trianon, donde se detuvo algunos momentos, como para dar á la fortuna tiempo de alcanzarlo y detenerlo; y habiéndole preguntado el general Regnaud si queria dar alguna órden á las tropas y deseaba reunirlas en torno suyo en Saint-Cloud: —"Esto no me corresponde ya á mí, contestó el rey; quien debe disponerlo ahora es el duque de Nemours." El maestro de postas de Versalles le trajo á Trianon veintiocho caballos para sus trenes, y bien distinto por cierto del famoso maestro de postas de Sainte-Menehould, que, deteniendo á Luis XVI en su fuga, fué causa de que decapitaran á este infortunado monarca y á toda su familia; el de Versalles dijo al rey: —Aquí tiene V. M. los mejores caballos de mis cuadras; yo mismo los he escogido, fogosos é infatigables para asegurar la vida y la salvacion de V. M. por los caminos escusados que le convenga tomar. Hacedlos correr mientras respiren, sin pensar en mí; reventadlos, señor, con tal que os salven."

A la caida del dia tomó el rey el camino de Dreux, á cuyo punto llegó á las primeras horas de la noche, cuando todavia se ignoraban los últimos sucesos de Paris. Al saber el subprefecto de Dreux, Mr Marechal, la llegada de algunos carruages de la córte á una hora inusitada, creyó que conducian al sitio real á algunas princesas asustadas por las escenas de las Tu

llerías; pero habiéndose dirigido al palacio, reconoció al rey.

—"Ignoro, le dijo éste; ignoro dónde podré ya poner á cubierto mi vida. Paris está ardiendo en el fuego de una insurreccion; he abdicado para evitar las últimas desgracias, y en el colmo de la mia me fio de vos, como me he fiado en la prosperidad. Instruidme de la marcha de los sucesos que ignoro, y aconsejadme, segun las circunstancias, qué podais saber esta noche."

Al acabar de pronunciar estas palabras, entró el maire de Dreux á presentar al rey sus respetos: nada sabia; pero tomando el rey de nuevo la palabra, tuvo que ser el mensagero de sus propios infortunios. Detallada y apasionadamente refirió la série de acontecimientos de los dias anteriores, hasta el momento en que, cercado en su palacio por la insurreccion creciente; mal aconsejado por sus ministros de la víspera; mal socorrido por sus ministros del dia; mal defendido por sus tropas, aunque fieles, y abandonado por la guardia nacional, con cuyo apoyo habia reinado, no tuvo otro recurso que abdicar y huir por medio de los tiros. Conmovido, triste y apasionado, indignóse de la ceguedad de la guardia nacional, de la debilidad é irresolucion de sus ministros, y de la ingratitud de los pueblos que elevan á un hombre al trono para que los saque de la anarquía, y que por un capricho lo precipitan en el abismo de que los habia sacado, compadeciéndose de la vanidad de los servicios que se dispensaban á los hombres, de la suerte de la reina, y de su ancianidad, relegada en algun régio destierro distante de Paris que tanto habia amado, distante del gobierno que habia dirigido, y de los consejos que habia ilustrado con su esperiencia y su luces.

Los dos magistrados lloraban al oir estos cargos, hechos á la fortuna y á la nacion por un anciano á quien agobiaba su caida. Pero en seguida abandonó el rey estos tristes objetos, hizo recaer la conversacion sobre su nieto, y lamentando la suerte de sus hijos espulsados de un trono que toda su sabiduría no pudo afirmar, dejó entrever presagios funestos, dirigiendo al cielo votos desesperados por su suerte.

Sin embargo, todavia se lisonjeaba el rey de que su abdicacion lo habria apaciguado todo, y de que dejaba en pos de sí un trono, las cámaras y un gobierno; así es que declaró al maire y al sub-prefecto que pensaba detenerse cuatro dias en Dreux, para aguardar allí la resolucion de las cámaras respecto á la designacion del punto de residencia, y á la asignacion que la Francia le señalara. En seguida tomó algun alimento, y visitó á la luz de las antorchas las obras que habia dispuesto se hiciesen en el palacio, como un hombre seguro del porvenir.

El palacio, que hacia mucho tiempo no se habia habitado, carecia de todos los objetos absolutamente necesarios para el rey y los príncipes: los vecinos de Dreux, adictos á la familia real, se apresuraron á llevarle muebles, ropa blanca, vestidos y vajilla; facilitaron al rey algunos centenares de monedas de oro, y el subprefecto le propuso hacer venir al regimiento de Chartres, que se hallaba de guarnicion en el pueblo de su nombre; pero el rey no accedió á

ello, y la guardia nacional de Dreux cubrió las guardias de seguridad y de honor.

Despues de comer el rey, escribió despacio á Mr. de Montalivet, mayordomo de palacio, pidiéndole sus carteras, estuches y objetos de tocador, y dándole instrucciones preliminares acerca de lo que deba hacer respecto á su caudal.

A las dos marchó el correo que llevaba este pliego. El rey se acostó entonces, y se quedó profundamente dormido. Durante su sueño llegó de Paris un amigo de Mr. Bethmon, y anunció al sub-prefecto que se habia proclamado la república. Mr. Marechal no quiso interrumpir el reposo del rey, á fin de que, reparadas sus fuerzas, pudiese resistir el golpe que le aguardaba. A las siete se dirige á palacio, é instruye á los ayudantes de campo y al duque de Montpensier de lo que acababa de saber. Todavia se hallaba durmiendo el rey; pero su familia lo despierta, y despues de algunos rodeos, le trasmite la noticia, que la reina trata de dulcificar con su ternura. Celébrase un consejo de familia y de amigos en rededor de la cama del rey, y se decide que los fugitivos se separarán, á fin de evitar las sospechas y las conmociones que carruages notables y semblantes conocidos podrian escitar en los caminos.

Señalóse como punto de reunion á la reina y al rey una casa de campo aislada é inhabitada, perteneciente á Mr. de Perthuis, en el cabo de Honfleur, desde la cual esperaban encontrar con facilidad medios para embarcarse furtivamente, y ganar la costa de Inglaterra; el duque de Montpensier, la duquesa de Nemours y los

niños tomarian el camino de Avranches, para desde allí refugiarse á la isla de Jersey ó á la de Guernesey.

Dejando los coches de la córte, que fueron reemplazados por otros menos sospechosos de algunos vecinos de Dreux, que buscó el sub-prefecto; disfrazaronse los fugitivos con los trages mas sencillos; un carruage abierto lleva á Avranches al duque de Montpensier y á la duquesa de Nemours; el rey, la reina, una camarista, un ayuda de cámara, y Mr. de Rumigni, ayudante de campo del rey, suben á un coche cerrado. La reina, que habia dispuesto que al dia siguiente se dijera una misa en la capilla, sobre la tumba de su hijo, no puede siquiera dar el último adios á sus cenizas: la hora apremiaba; el sub-prefecto de Dreux partió con ellos subido en el pescante, y tomaron el camino de Anet y de Louviers.

Al llegar á Anet, primera parada de postas, fué reconocido el rey y saludado con respeto. Mr. Marechal le facilitó ocho ó diez mil francos en oro, y pasaportes con nombres supuestos.

En San Andrés no estaban listos los caballos; el pueblo se hallaba reunido por ser dia de mercado; empezó á sospechar, é inspeccionaba el carruage á cierta distancia: creyendo reconocer á Mr. Guizot, oyéronse gritos de "¡es Guizot, es Guizot!" Entonces la conmocion se propaga y empieza á hacerse amenazadora. El sub-prefecto, á quien conocen algunos vecinos de San Andrés, se esfuerza por desengañar á la multitud, y tiene al fin que hacer algunas semi confidencias, que fueron entendidas y respetadas.

Sin embargo, acércanse tres hombres, y miran al fondo del carruage, en el que se mantenia el rey medio oculto, con un gorro negro encasquetado hasta la frente, con unas gafas que alteraban en parte su fisonomia, y sin peluca. Dudan aquellos, y retirándose, vuelven al momento acompañados de dos gendarmes, que piden los pasaportes. Mr. Marechal los presenta; llama aparte á uno de los gendarmes, y confia á su generosidad el secreto de la salvacion del rey y de la reina: conmovido el gendarme, aparenta examinar los pasaportes y hallarlos en regla, y estando ya listos los caballos, se marchan.

III.

Continuaron todo el dia su camino sin obstáculo; el único peligro estaba en la travesía de Evreux. Temblaba Mr. Marechal de que fuese reconocido y arrestado el príncipe en una ciudad tan próxima á Paris, y donde la efervescencia del pueblo podia hacer temer alguna conmocion al oir el nombre del rey. Ya estaban muy próximos, y la ansiedad del hombre que velaba por la salvacion de los dos ancianos se aumentaba á cada vuelta del camino; ya se veian las torres del pueblo, cuando de repente le ocurre una idea; recuerda que uno de sus amigos tenia una casa de campo cerca del camino, en las inmediaciones de Evreux; hace parar los caballos, pregunta á un caminero que partia piedras á la orilla de una de las cunetas, y habiéndole señalado éste con el dedo la casa y el camino que conducia á ella, dió órden al postillon de que dirigiera allí el carruage.

La casa estaba desocupada; el colono y su muger admiten á los viageros, sin conocerlos, en su propio hogar, y el rey y la reina se instalan en un cuarto cerca de la cocina, donde reciben algun calor, y la hospitalidad de estas pobres gentes, que los toman por amigos de sus amos.

Mientras disfrutaban estas horas de descanso, fué Mr. Merechal á pié á Evreux, é informó á su amigo del depósito confiado á su casa.

La ciudad se hallaba conmovida con las noticias que sucesivamente llegaban de los acontecimientos de Paris, y por lo mismo era imposible pasar por ella. Mr. Marechal y su amigo se informan de los medios de evitar este paso, y dando vuelta á las murallas del pueblo, se incorporan con la familia real en su retiro.

Instruido el colono por su amo del rango y desgracia de los huéspedes que ha recibido, se consagra enteramente á su salvacion: conoce los caminos escusados, engancha los caballos al coche, y por sí mismo conduce al rey.

Un hombre de confianza conduce á la reina por otro camino. A las siete emprenden la marcha; no dejaron de andar en toda la noche, y antes de amanecer llegaron el rey y la reina, cada uno por su parte, al cabo de Honfleur, y sin haber llamado á nadie la atencion, se albergaron en la casa de Mr. de Perthuis. Esta casa, rodeada de árboles, se halla construida sobre una altura, á media hora de camino de la poblacion.

IV.

Corria el 26 de Febrero. El dueño de la casa no la habitaba, y un jardinero inteligente y

fiel estaba instruido de antemano del misterio que iba á proteger. Este hombre habia inspirado á su muger y á sus hijos la discrecion sobre que descansaba todo el plan que habia de asegurar la evasion del rey y de la reina. Nadie en la comarca suponia que esta casa desierta encerrara á los que pocos dias antes eran los soberanos de la Francia y los huéspedes de tantos palacios. Habíase tenido cuidado de que estuvieran cerrados los postigos de las ventanas, y ni el humo de la chimenea salia sino de noche. Este confinamiento duró nueve dias, los cuales se emplearon por el general Rumigny, por el general Dumas y por otras personas fieles al rey, en procurarle medios seguros de embarcarse para Inglaterra, ignorando el príncipe y sus amigos que el gobierno habia autorizado á Lamartine para procurarles por sí mismo, con los miramientos y con la prudencia debidos al peligro y al infortunio, esos medios de fugarse.

Temiendo el rey ser reconocido y arrestado en el Havre, si iba á este puerto á tomar el paquete inglés, marchó de noche y á pié á Trouville, donde un comerciante de este pueblo, Mr. Guelttier, le dió asilo por espacio de dos dias. Conforme á los consejos de su huésped, decidióse el rey á fletar una barca de pescador del puerto de Trouville para que le condujese al paquete inglés que hallaria en alta mar. El primer patron á quien se dirigió al efecto, concibe sospechas de que se trata de salvar fugitivos; regatea y quiere una suma exhorbitante por su servicio, por lo que se le despide: otro sospecha tambien lo mismo, y ofrece gratuita y generosamente su barca: acéptase su oferta; pero envidioso y

avergonzado el primero, al saber el proyectado viage de su compañero, divulga el secreto y le denuncia. Sabedor el rey de los rumores que circulan por la poblacion, teme se practiquen visitas domiciliarias: á consecuencia de ello muda de asilo, y de noche, por caminos intransitables, en medio de la lluvia, desalentado y creyendo ser perseguido, vuelve á la casa del jardinero, donde le aguardaba la reina. La costa parecia cerrarse ante ellos; el entusiasmo por la república, aunque inofensivo y generoso, parecia dar al pais entero las apariencias de ódio contra el trono.

Un jóven oficial de marina, residente en el Havre, que no estaba en el secreto de que el rey se hallase en las inmediaciones, pero que por algunas revelaciones incompletas sospechaba que la familia real buscaba en vano medios de fugarse, tomó á su cargo el preguntar al capitan de la marina inglesa, Pol, si se prestaria á recibir á bordo en alta mar al rey, en el caso de que éste fuese á buscarle en una barca de pescador. El capitan Pol contestó que sus órdenes se oponian á ello; pero al llegar á Southampton avisó al almirantazgo secretamente sin pérdida de tiempo á las indicaciones que se le habian hecho, y del servicio que un paquete que cruzase en las costas de Francia podia prestar al rey, y en seguida lord Palmerston espidió órdenes en este concepto á los cónsules ingleses en nuestros puertos del Norte.

Advertido á su rey el jóven oficial por el cónsul de Inglaterra en el Havre, consigue descubrir el asilo del príncipe fugitivo; lleva á él al vice-cónsul, y se conviene en que el rey se em-

barcará en el Havre en uno de los buques que trasportan de la costa de Francia á la de Inglaterra ganados y víveres.

Por espacio de cinco dias enteros un viento contrario y una mar borrascosa se opusieron á la salida de los buques; el rey, devorando el tiempo, se consumia de impaciencia y de inquietud; multitud de veces va y viene por medio de los campos, y á pesar de lo tempestuoso de la noche, desde su refugio al puerto del Havre, y desde este puerto á su refugio. Decídese al fin por el medio mas peligroso que ningun otro, de embarcarse cerca de Rouen, á bordo del paquete que va desde este puerto al del Havre, y como el buque hacia su arribada de noche, tendria así mas probabilidad de atravesar la ciudad sin ser conocido, y pasar inmediatamente, como un viagero que viene de Paris, desde el buque del Sena al de mar, que recoge los pasageros para trasportarlos en seguida á Inglaterra.

Disfrázase el rey; toma el nombre de *Teodoro Lebrun;* el *maire* favorece con cierta piadosa connivencia este embarque; el vice-cónsul ingles dá el brazo á la reina, y los dos ancianos reconocen al subir sobre el puente el mismo buque que un año antes habian fletado para sus paseos por mar durante su residencia de recreo y de fiestas en el palacio de Eu.

Todavía forman parte de la tripulacion algunos de los marineros de entonces: el encargado de pasar-revista á los viageros para exigirles el precio del pasage tiene en la mano una linterna cuya luz refleja casualmente en la cara del rey, á quien reconoce y á quien ninguna mirada

mas que la suya puede delatar; pero se apresura á separar la linterna, haciendo á su antiguo señor una seña de respetuosa discrecion.

De confidencia en confidencia espárcese entre la tripulacion el rumor de que el buque conduce á los fugitivos de Eu; mas á ninguno de los marineros le ocurre la idea de servir á la república cometiendo una cobarde traicion con la ancianidad y la desgracia: solo cuando el buque estuvo amarrado en el muelle del Havre, colocáronse en fila y sin afectacion al paso de los viageros; descubriéronse la cabeza, é inclinándose con un profundo respeto:—"¡Dios os salve!" dijeron á media voz. Esto era lo mismo que habia dicho la república por boca de su gobierno cuando todavía resonaban los tiros y cuando aun no habia desaparecido del pavimento la sangre derramada en Paris.

V.

Para pasar del paquete de Rouen al paquete de Southampton no habia mas que atravesar el muelle: el rey y la reina, precedidos de los generales Dumas y Rumigni, lo pasan sin ser vistos, y suben al buque ingles; pero en el momento de poner el rey el pié en la escalera, aproximase una muger con una linterna en la mano, y esclama:—"¡El es, el rey!" Y al acercarse un oficial para cerciorarse por sus propios ojos de la identidad del príncipe:—"Ya es tarde," dijo el capitan del buque, y mandó retirar la escala.

Esta circuntancia causó viva inquietud en la

servidumbre del rey, que creyó que su salvacion habia pendido de este momento, y que pudo haberse comprometido por el grito de aquella muger y la curiosidad de un soldado: pero nadie habia dado órden alguna para impedir la marcha del rey, antes bien, todos los agentes del gobierno tenian instrucciones para no adoptar medida alguna contraria á su libertad y seguridad.

Dióse el buque á la vela, y en una noche de temporal y por un mar terrible, condujo al rey á Southampton, donde le aguardaba la hospitalidad de su yerno el rey de los belgas, en su sitio real de Clairemont.

VI.

Otras vicisitudes, producidas por el mismo error, acerca de las intenciones del gobierno y de la magnanimidad del pueblo, ocurrieron por algunos dias en la fuga de la duquesa de Orleans y de sus hijos, del duque de Nemours, de sus hijos y de la duquesa de Montpensier.

Hemos visto que, obligada la duquesa de Orleans á huir de la cámara de los diputados á la segunda invasion del pueblo, se habia retirado con el conde de Paris y con los Sres. de Mornay, Scheffer, Lasteyrie, Courtais y Clement. Con una presencia de ánimo y un valor admirable habia protegido Mr. de Mornay su salida y travesía de la cámara de los diputados al cuartel de los Invalidos; el carruage en que iba la princesa se habia sustraido de las miradas del pueblo; el mariscal Molitor habia recibido en sus habitaciones á la princesa, al conde de Paris y al duque de Nemours por algunas horas; pero el anciano militar, enfermo y turbado por la responsabilidad de los sucesos, habia dejado entrever sobre las disposiciones de los inválidos y sobre la seguridad de este asilo recelos que desanimaron profundamente la confianza de la princesa y de sus amigos.

Mientras que el mariscal hacia preparar la comida para sus huéspedes y se celebraban varios consejos de amigos en rededor de la princesa, ésta, que sin cesar tenia presente el recuerdo de la prision del Temple y la imágen de su hijo entre las manos de otro Simon, resolvió no estar ni una hora mas en los Invalidos; y antes de anochecer se marchó, custodiada por Mr. Anatolio de Montesquiou, en direccion al palacio de Ligny, situado á algunas leguas de Paris.

Mr. Anatolio de Montesquiou, antiguo ayudante de campo del emperador, adicto despues á la córte de la reina Amalia, era uno de esos caractéres que no tienen del cortesano mas que la gracia; pero que reunen el valor de los soldados, la caballerosidad de los poetas y la adhesion del hombre honrado. Protegida la princesa por Mr. de Montesquiou, sabiendo hora por hora por sus amigos de Paris todo lo que podia interesar á su corazon de madre, suspender ó favorecer su fuga, pasó muchos dias oculta en el palacio de Ligny, devorada de inquietud por la suerte de su segundo hijo, el duque de Charres.

En el momento de salir la princesa de la cámara de los diputados, se vió separada de sus hijos por el pueblo que inundaba sus salones,

las escaleras y los corredores: el duque de Chartres habia sido arrollado por la multitud; en vano le buscaban los gritos de su madre: las oleadas del pueblo eran sordas como las del Oceano.

Algunos diputados y empleados de la cámara le prometieron traerle al momento á su hijo, conjurándola á no perderse ella misma y al conde de Paris, obstinándose en permanecer en medio de un tumulto que podia amenazarla, sofocarla ó retenerla prisionera. En efecto, como se le habia ofrecido, dos hermanos ugieres de la asamblea, llamados Lipmann, naturales de Alsacia y adictos á la princesa, agotaban sus fuerzas por encontrar y salvar al jóven príncipe; al fin uno de ellos, Jacobo Lipmann, se apodera del niño, lo toma en sus brazos para que pudiera respirar, y lo sustrae de entre la multitud, mientras el otro sostiene á la entrada de un corredor el peso de la multitud que amenaza derribarlo con sus ondulaciones. El ugier se lleva al niño á su habitacion, inmediata al palacio, lo pone en la cama, le prodiga sus cuidados y dá parte á Mr. de Lespée, cuestor de la asamblea, del depósito que los azares del dia habian puesto entre sus manos.

A las ocho de la noche Mr. de Lespée, que suponia aun á la duquesa de Orleans en los Inválidos, fué á casa de Lipmann á recoger al duque de Chartres, á quien éste lleva en sus brazos, vestido como un niño del pueblo; pero cuando llegó la duquesa se habia marchado ya. Mr. de La Valette y Mr. d'Elchingen lo dejan al cuidado de Mr. y Mad. de Mornay: dos dias estuvo enfermo en casa de una muger de la calle de la Universidad, á quien temeroso de una pesquisa, lo habia confiado Mr. de Mornay; pero tranquilizados luego éste y su esposa acerca de las intenciones del gobierno, se lo volvieron á llevar á su casa, le dispensaron toda clase de cuidados, y lo volvieron sano y salvo á los brazos de su madre.

La primera salió disfrazada del palacio de Liguy, para el de Versalles, á donde la condujo un coche que le habian preparado sus amigos. En Amiens tomó el camino de hierro de Lille, y pasó la noche en vela y orando cerca de la cama de sus hijos.

La sombra de la revolucion la perseguia por todas partes: en las fronteras de la Francia temblaba todavia de que la detuvieran y de tener que dejar á sus hijos abandonados á la misma suerte que cupo á los de María Antonieta; pero no existia ya la Francia sin justicia y sin piedad, la Francia de los calabozos y de los cadalsos.

El general Baudrand, ayo del conde de Paris y consejero de la princesa, aunque enfermo é imposibilitado de moverse; se habia hecho llevar á su puesto en el palacio, en el momento de invadirlo el pueblo, y cuando éste penetró en él, á muy poco tiempo de salir la duquesa, el general dijo á los invasores que se hallaban en las habitaciones del duque de Orleans. Al oir esto se habian descubierto, y, respetando las habitaciones, puesto centinelas á las puertas, á fin de preservar los recuerdos de la madre y de la viuda: combatian la institucion del trono, pero respetaban la naturaleza.

La princesa tenía amigos entre los gefes que mandaban en Lille: el numeroso ejército que daba la guarnicion en esta plaza fuerte podia animarse con su presencia, y abandonar la república, entusiasmado por una muger y un niño. Toda la noche la ocupó el pensamiento de presentarse á las tropas y revindicar el trono para su hijo; pero entre esta idea y el trono se le presentó la imágen de la guerra civil: retrocedió ante ella, y volvióse á Lille, desde donde se dirigió á las riveras del Rhin, con el nombre de condesa de Dreux, á reunirse con su madre en Ems, acogiéndose á los recuerdos purísimos de su efímera felicidad en Francia, de su duelo, de su desgracia, de la ruina de su porvenir, debida á las faltas de otro, y resignándose á las voluntades de su segunda patria, en la cual nunca inspiró á los hombres de todos los partidos sino admiracion, ternura y respeto.

VII.

El duque de Nemours salió de Francia sin dificultad, despues de haber llenado sus deberes para con su padre, su cuñada y su sobrino; mas digno de popularidad se habia mostrado en el infortunio que en la prosperidad; valiente y desinteresado, no tuvo en cuenta su vida ni sus derechos á la regencia para salvar la vida al hijo de su hermano. La historia debe hacerle la justicia que la opinion no le dispensó.

Dos princesas habian sido separadas del rey y de la reina en el momento de la fuga precipitada de las Tullerías. Eran la princesa Clementina, esposa del duque de Sajonia-Coburgo, y la duquesa de Montpensier. El duque, al acompañar á su padre hasta los coches que lo esperaban en la plaza de la Concordia, habia creido que podria volver sin obstaculo á las Tullerías y cuidar por sí mismo de la seguridad de su esposa, á quien un embarazo muy adelantado tenia inmóvil desde muchos dias antes en sus habitaciones. Las turbas que se precipitaban por todas las salidas de los jardines convencieron muy pronto al príncipe de que era imposible volver. Al separarse antes de su esposa, la habia confiado al cuidado de algunos dependientes de su servidumbre y al de Mr. Julio Lasteyrie, cuya lealtad, cuya popularidad y cuyo nombre lo tranquilizaban en cualquier evento. El príncipe montó á caballo precipitadamente, y siguió al rey á Saint-Cloud.

Cuando fué invadido el palacio, Mr. de Lasteyrie dió el brazo á la princesa, y penetró con ella en medio de la turba, demasiado confusa y demasiado tumultuosa en aquel momento para hacer caso de una jóven que atravesaba el jardin.

Mr. de Lasteyrie esperaba llegar á tiempo al puente Tournant para que la infanta pudiese marcharse con toda seguridad con la real familia. En el momento de salir de los jardines el coche del rey, lleno y cerrado con precipitacion por Mr. Cremieux, partió al galope, dejando á la princesa Clementina abandonada, errante, y sin poder seguirlo ni volver á la plaza. Felizmente alcanzó á ver á Mr. de Lasteyrie y á la infanta su cuñada, y se unió á este resto de su familia.

Mr. de Lasteyrie condujo á las dos jóvenes á casa de su madre, sin que por el camino fuese conocido ni interrogado por nadie. Esta casa, popular por el doble nombre de Lafayette y por las virtudes de Mad. de Lasteyrie, su hija, era un asilo inviolable á las sospechas y á las investigaciones del pueblo. Pocos instantes despues salió de ella la princesa Clementina y se unió á su padre en Trianon. La jóven infanta se quedó en la casa hasta el 25. Su esposo le habia enviado á decir desde Dreux con su edecan, el general Thierry, que se le reuniese en el palacio de Eu, creyendo que el rey podria pasar á este punto y fijar en él su residencia. Pero la rapidez de la fortuna se le habia adelantado hasta en el camino de la espatriacion, y á aquellas horas hallábase errante á orillas del Oceano.

VIII.

Cuando llegó á Eu la jóven princesa, se apeó en el palacio, y lo encontró vacio. Rumores alarmantes anuncian la aproximacion de una columna de obreros de Rouen, que van á saquear la residencia del rey, como en Neuilly. La infanta abandona el palacio de su padre, pide un asilo á Mr. Estancelin, diplomático agregado á la embajada de Munich, y acompañada de éste y del general Thierry, emprende al anochecer el camino de Bélgica.

En Abbeville, el paso de un coche llama la atencion, y conmueve y agrupa al pueblo, que detiene los caballos, y empieza á gritar que son príncipes que se fugan. Mr. Estancelin, conocido en el pais, se asoma á la portezuela, y asegura al pueblo que la princesa es su esposa, y que se marcha con ella á su destino en el estrangero. Para desvanecer toda sospecha manda al postillon que lo conduzca á casa de uno de sus amigos, cuyas opiniones republicanas son una gran garantía para el pueblo. Baja á la puerta de la casa de este amigo, y le confia en voz baja el nombre, la clase y la fuga de la jóven. Este hombre, de corazon estéril ó debil, tiembla ó se endurece; teme que el descubrimiento del misterio comprometa su popularidad ó su vida. En vano insisten y suplican Mr. Estancelin y el general Thierry, manifestando la inviolabilidad de la desgracia, de la edad, del sexo y el estado de embarazo y de desfallecimiento de una muger á quien su negativa va á entregar á la turbulencia de un motin, al terror de una prision ó al azar de una fuga imposible yendo á pié. El miedo es sordo, y el egoismo implacable.

Viendo los viageros que alguna gente del pueblo se agrupa á la puerta, bajan del coche, lo dejan vacio en la calle, y van á buscar en otra parte un asilo. Sepárase, y Mr. Estancelin indica al general Thierry la direccion de una de las puertas de la ciudad, conviniendo en que saldrá por ella con la infanta, esperando en el camino de Bélgica el coche que les llevará monsieur Estancelin entre once y doce de la noche. Mr. Estancelin entre tanto va en busca de otros amigos para que le proporcionen los medios de encontrar caballos.

El general Thierry y la jóven infanta siguen su camino incierto, inundados por una lluvia

helada y en medio de las profundas tinieblas de una ciudad desconocida. El viento habia apagado los faroles, y caminaban poco menos que á tientas en la direccion que se les habia indicado.

Despues de haberse perdido muchas veces y rodeado bastante, llegan por fin á una puerta de la ciudad que se estaba construyendo, y cuyo arco, que conservaba aun la armadura, estaba cubierto con tablas por el lado del campo. Vuelven entonces atrás, y habiendo conseguido salir por una puerta lateral muy estrecha y baja que habian dejado abierta los albañiles para comodidad de la gente de á pié, se creen ya fuera de la ciudad.

Pero este falso camino, destrozado por la lluvia y por las ruedas de los carros, inundado de charcos, cubierto de materiales y de piedras de silleria, termina en una cantera sin salida visible. La jóven infanta se hunde hasta los tobillos en el agua, y pierde sus zapatos en el fango. El general se desespera. Teme que el esceso del cansancio y la intemperie maten á una niña que lleva á otro niño en el seno. Hace sentar á la princesa sobre una piedra, la envuelve en su capa, y la dice que lo espere sin moverse, mientras que él vuelve á la ciudad á implorar de la fortuna ó de la compasion un albergue ó un guia.

Vacilaba en llamar á una puerta, temiendo que se convirtiese para la princesa en una celada en vez de un asilo, cuando un desconocido, amigo de Mr. Estancelin, y enviado por éste para buscar y guiar á los fugitivos, se acerca al general, se dá á conocer, corre con él en

busca de la princesa, conduce á los fugitivos fuera de la ciudad, y deposita á la infanta bajo el techo sin lumbre de un tejar abandonado.

En este sitio la infanta y el general Thierry cuentan lentamente las horas; pero por fin llega el coche, y se lleva á la princesa en direccion de Bruselas, en busca de su esposo.

La infanta se habia manifestado intrépida como una heroina, é indiferente como un niño en esta noche de dolor y de angustias. Cuando buscaba en vano sus zapatos en el fango, y andaba descalza por el barranco, el general Thierry, para reanimar su valor, halagando á lo menos una imaginacion romántica, le decia:—"¡Qué aventuras tan estrañas hemos sufrido en esta horrible noche!—Es cierto, respondió la infanta; pero mas me gustan estas aventuras que la monotonía de la mesa redonda en que trabajábamos en los salones abrigados y suntuosos de las Tullerias."

IX.

El duque de Wurtemberg, esposo de aquella princesa María, tan llorada por las artes de su pais como por la córte de su padre, fué el último individuo de esta familia que quedó en Paris. Lamartine le hizo espedir pasaporte bajo un nombre menos conocido, á fin de que volviese á Alemania.

Tal fué la emigracion de esta familia, encumbrada por la revolucion, espulsada por ella misma, salida del destierro, elevada al trono y otra vez desterrada. Ninguna imprecacion la seguia á las fronteras de la Francia, antes muchos

de sus individuos quedaban venerados, otros dejaban amigos afectuosos, y otros esperanzas. La nacion aparecia justa y digna en su emancipacion: la república, nacida de las ideas y no de la cólera, se limitaba á hacer desaparecer el trono. Al separarlo de sus instituciones, no proscribia á los príncipes, considerando ya á lo lejos el momento en que estuviese bastante asegurada y fuese bastante fuerte para permitir volver al seno de la patria á los que no aspirasen á otro título que al de ciudadano frances.

La confiscacion de los bienes del rey y su familia se propuso entonces muchas veces por los republicanos irreflexivos que asediaban al gobierno provisional con sus consejos y sus intimaciones, pero fué rechazada unánimemente por él. Los miembros del gobierno no querian de ningun modo fundar la república sobre una espoliacion y una injusticia, y se limitaron á distribuir en socorros alimenticios á los obreros hambrientos el millon vencido que la nacion pagaba cada mes al rey.

En cuanto á la situacion pecuniaria que la república formaria al rey y á los príncipes, se aplazó resolver para cuando el tiempo hubiese restituido al pueblo toda su calma y su equidad. Unicamente se convino en principio que los bienes particulares del rey y de los príncipes continuarian siendo de su inviolable propiedad: que en el caso de no ser suficientes, la nacion señalaria al rey desterrado la pension proporcionada á su rango y á las necesidades de su casa; que en el de ser escesiva su fortuna y la de los príncipes en el territorio frances, se les administraria por el estado durante los primeros años de la fundacion del nuevo gobierno, dándoles la parte conveniente de sus rentas, y reservando la restante para capitalizarla y entregarla á los príncipes, cuando les fuese imposible promover la guerra; y en fin, que se ofreceria á la duquesa de Orleans y á su hijo un subsidio digno del rango que habia ocupado en Francia, y de los sentimientos que habia inspirado. Mr. Lherbette, antiguo miembro de la cámara de diputados, de una reputacion intachable y amado á la vez de la nacion y de la familia real, fué nombrado administrador y liquidador de estos bienes, pero rehusó su encargo por honrosos escrúpulos de delicadeza, y entonces se suplicó á Mr. Vavin que lo aceptase. Siempre que se reprodujo la cuestion en el consejo, el gobierno la trató y resolvió en el mismo sentido, y con semejante plan aguardó la convocacion de la asamblea, la que adoptó dándole la autoridad y la dignidad de un gran pueblo.

En igual sentido trató Lamartine muchas veces con los ministros de España y del Brasil las cuestiones sobre la propiedad particular de los príncipes y de las princesas. Todo lo que se ha contado al otro lado de la Mancha de la rapacidad y de la dureza de la república con el rey y su familia, es inexacto. Estas fueron las proscripciones y las espoliaciones de su primer gobierno.

X.

Los temores de una guerra civil que habia hecho concebir la posicion del duque de Aumale á la cabeza del ejército de Francia, no tarda-

ron en desvanecerse. El gobierno habia nombrado al general Cavaignac, gobernador general de la Argelia. El nombre de este oficial estaba consagrado entre los republicanos por el recuerdo de su hermano primogénito. Godofredo Cavaignac era un nombre tan estimado como el de Carrel en la opinion republicana: habia muerto antes de ver realizadas sus ideas, y estas ideas llevaban luto por él, le rendian homenage en la persona de su hermano. Este era por sí mismo un oficial de mérito, que habia sabido obtener por su valor la confianza del ejército, y, sin repudiar las tradicciones de su hermano y las aspiraciones de su madre á la república, conquistarse la estimacion de los príncipes: la franqueza de sus opiniones le ponia á cubierto de toda acusacion; la franqueza no conspira, y él era incapaz de hacer traicion á nadie. El duque de Aumale, al saber la abdicacion de su padre, dirigió al ejército de su mando una proclama y una despedida, dignos de los primitivos tiempos de la primera república, en que el hombre se sacrificaba ante la patria.

"Habitantes de la Argelia: Fiel á mis deberes de ciudadano y de soldado, he permanecido en mi puesto mientras he creido mi presencia útil al servicio de la Francia. Mas la situacion ha cambiado. El general Cavaignac ha sido nombrado gobernador general de la Argelia, é interin llega á Argel, desempeñará sus funciones el general Changarnier

"Sumiso á la voluntad nacional, me alejo de vosotros, pero desde lo mas hondo del destierro todos mis votos serán por vuestra prosperidad y

por la gloria de la Francia, á la que yo habria deseado servir por mas tiempo.--H. de Orleans.

"Nombrado el general Cavaignac gobernador general de la Argelia, desempeñará interinamente este cargo hasta su llegada á Argel, el general Changarnier. Al separarme de un ejército modelo de honor y de valor, en cuyas filas he pasado los mas felices dias de mi vida, solo puedo desearle nuevos triunfos: una nueva carrera va á abrirse á su valor, y abrigo la firme creencia de que la llenará gloriosamente.

"Oficiales, sargentos y soldados: yo habia esperado combatir aún con vosotros por la patria. No me es concedido este honor, pero desde lo mas profundo del destierro mi corazon os seguirá por todas partes y os recordará la voluntad nacional; él se envanecerá de vuestros triunfos, y todos sus votos serán siempre la gloria y la felicidad de la patria.—H. de Orleans."

XI.

Tranquilizada sobre este punto la opinion pública, se preocupaba mas y mas cada dia del estado de la hacienda. El congreso de los obreros en el Luxemburgo causaba un estremecimiento de terror. Sin duda ofrecia él un peligro, pero la historia deberá reconocerlo: la palabra y la intervencion de Luis Blanc, omnipotentes en un principio, sobre doscientos mil obreros, tenian al mismo tiempo una accion moderadora sobre las pasiones del pueblo: desarrollábales los sistemas falsos, pero no les predicaba malos sentimientos: habia esperanzas fune-

ron en desvanecerse. El gobierno habia nombrado al general Cavaignac, gobernador general de la Argelia. El nombre de este oficial estaba consagrado entre los republicanos por el recuerdo de su hermano primogénito. Godofredo Cavaignac era un nombre tan estimado como el de Carrel en la opinion republicana: habia muerto antes de ver realizadas sus ideas, y estas ideas llevaban luto por él, le rendian homenage en la persona de su hermano. Este era por sí mismo un oficial de mérito, que habia sabido obtener por su valor la confianza del ejército, y, sin repudiar las tradicciones de su hermano y las aspiraciones de su madre á la república, conquistarse la estimacion de los príncipes: la franqueza de sus opiniones le ponia á cubierto de toda acusacion; la franqueza no conspira, y él era incapaz de hacer traicion á nadie. El duque de Aumale, al saber la abdicacion de su padre, dirigió al ejército de su mando una proclama y una despedida, dignos de los primitivos tiempos de la primera república, en que el hombre se sacrificaba ante la patria.

"Habitantes de la Argelia: Fiel á mis deberes de ciudadano y de soldado, he permanecido en mi puesto mientras he creido mi presencia útil al servicio de la Francia. Mas la situacion ha cambiado. El general Cavaignac ha sido nombrado gobernador general de la Argelia, é interin llega á Argel, desempeñará sus funciones el general Changarnier

"Sumiso á la voluntad nacional, me alejo de vosotros, pero desde lo mas hondo del destierro todos mis votos serán por vuestra prosperidad y

por la gloria de la Francia, á la que yo habria deseado servir por mas tiempo.--H. de Orleans.

"Nombrado el general Cavaignac gobernador general de la Argelia, desempeñará interinamente este cargo hasta su llegada á Argel, el general Changarnier. Al separarme de un ejército modelo de honor y de valor, en cuyas filas he pasado los mas felices dias de mi vida, solo puedo desearle nuevos triunfos: una nueva carrera va á abrirse á su valor, y abrigo la firme creencia de que la llenará gloriosamente.

"Oficiales, sargentos y soldados: yo habia esperado combatir aún con vosotros por la patria. No me es concedido este honor, pero desde lo mas profundo del destierro mi corazon os seguirá por todas partes y os recordará la voluntad nacional; él se envanecerá de vuestros triunfos, y todos sus votos serán siempre la gloria y la felicidad de la patria.—H. de Orleans."

XI.

Tranquilizada sobre este punto la opinion pública, se preocupaba mas y mas cada dia del estado de la hacienda. El congreso de los obreros en el Luxemburgo causaba un estremecimiento de terror. Sin duda ofrecia él un peligro, pero la historia deberá reconocerlo: la palabra y la intervencion de Luis Blanc, omnipotentes en un principio, sobre doscientos mil obreros, tenian al mismo tiempo una accion moderadora sobre las pasiones del pueblo: desarrollábales los sistemas falsos, pero no les predicaba malos sentimientos: habia esperanzas fune-

tas y exageradas en sus teorías, pero no venganzas; y prometiéndoles quimeras, no les permitia ni desórden, ni violencia, ni sangre. El Luxembergo y sus insinuaciones contribuyeron mucho á intimidar los capitales, pero tambien influyeron en mantener el órden, evitar las espropiaciones, despopularizar la guerra, y hacer prevalecer el espíritu de humanidad en las masas. Tal era en un principio el carácter de la enseñanza de Luis Blanc en el Luxemburgo.

XII.

Los demas miembros del gobierno consentian estas reuniones como un mal sin duda, pero como un mal inevitable, y que producia un bien mayor. Luis Blanc, aliado del gabinete espulsado del Luxemburgo, y convertido á causa de esta misma persecucion en el ídolo y el Masaniello elocuente de doscientos ó trescientos mil obreros ociosos y fanatizados en Paris, hubiera sido un elemento mucho mas peligroso de turbulencia que disertando en una enseñanza, contenido por su solidaridad con el gobierno, y conteniendo á esas masas en un círculo fantástico de que no las dejaba salir. No se podia conceder menos á los obreros, soldados de una revolucion hecha en nombre del trabajo, que una informacion sincera y libre sobre las cuestiones de ese mismo trabajo, que eran su política y su vida.

Sin embargo, á fin de evitar el pánico, que se aumentaba por momentos, se adoptaron medidas para inspirar confianza á los capitalistas, y reanimar el trabajo y el crédito, respondiendo á la

palabra *bancarrota* imbuida en los ánimos, con un decreto que anticipaba algunas semanas el pago de los intereses a los acreedores del estado. Esto era responder con un hecho ó suposiciones de ruina, con un desafío á la desconfianza. Sin embargo, esta medida no bastó para tranquilizar los ánimos: los banqueros solo vieron en ella una bravata para ocultar los peligros de la situacion de la hacienda, y calcularon que despues de pagada la renta, el tesoro quedaria exhausto. Se aumentaron, pues, los receles, y escaseó cada vez mas el numerario. Los setecientos millones que el estado debia á las cajas de ahorros, á los tenedores de bonos del tesoro, y á diferentes servicios públicos, apuraban estraordinariamente al ministro de hacienda, quien preveia siniestras eventualidades, á las cuales se estremecia de tener que unir su nombre. Garnier Pagés habia tomado sobre sí el peso de la hacienda, sin disimularse en nada la estremidad de los peligros, y cediendo menos á las instancias de sus colegas que al propio impulso de su ánimo. Es uno de esos hombres á quienes tienta el peligro, y que se crecen en las crísis. A él espuso su nombre y su vida, y escogió para sub secretario á Duclerc, tan decidido y tan infatigable como él.

XIII.

Estos dos hombres sondearon en pocas horas el estado de la hacienda, y cobrando la confianza, inspiráronla al gobierno. Antes del 9 de Marzo, Garnier Pagés mostró al consejo todas las llagas de la situacion financiera y todos los remedios aplicables á ella.

La Francia resultaba mas gravada por quince años de paz, que hubiera podido gravarla una larga guerra, y los recursos estaban empeñados hasta el punto de impedir toda libertad de accion al pais, si de repente hubiese tenido grandes necesidades estraordinarias. El rey habia formado á su imágen el sistema financiero. Todo estaba empeñado para una larga paz. Ese sistema, intencionalmente bueno, habia llegado al esceso con la creacion de innumerables acciones industriales, moneda ficticia que, abultando las carteras de los particulares y de los banqueros, no representaban aún mas que capitales problemáticos, que no producian renta alguna, y que solo servian para el juego de agiotage. Habia de esas acciones por un valor al menos de dos mil millones, que iba á desaparecer ó á estancarse en las cajas de los industriales, y de los contratistas de los grandes trabajos públicos, las sumas necesarias y fijadas en el presupuesto para el servicio de un año ascendian á mil setecientos doce millones, de los cuales quinientos catorce se debian y estaban destinados para los trabajos en curso de ejecucion. La deuda pública reconocida ascendia á cinco mil ciento setenta y nueve millones. El trono pródigo del porvenir habia en siete años aumentado la deuda en novecientos millones. La república iba pues, á cargar con el peso de la responsabilidad y de la impopularidad de una liquidacion que no le pertenecia en nada. Ni la deuda ni la revolucion eran obra de los que iban á cargar con la odiosidad de ellas. El trono habia contraido la deuda, y sus ministros habian dejado hacer la revolucion.

Pero ademas del presupuesto de mil setecientos millones, y de los quinientos de deuda por los trabajos públicos, de los dos mil millones de acciones industriales lanzados á la bolsa por el gobierdo, y de los cinco mil de capital de la deuda, el trono dejaba novecientos sesenta millones de próximo vencimiento, ó inmediatamente exigibles en trescientos veinticinco millones de banos del tesoro y de los fondos de la cajas de ahorro, de que era simplemente depositario.

El tesoro debia, pues, hacer frente instantáneamente á mil millones de fondos exigibles, y ademas á setenta y tres millones para pagar el semestre de la renta del 22 de Marzo, sin contar con los servicios ordinarios y las eventualidades repentinas de un pais en revolucion, y pronto quizá en guerra entre si y con la Europa.

Para atender á este descubierto, el gobierno hallaba ciento noventa y dos millones en la caja, un empréstito de doscientos cincuenta millones que debia ser realizable, pero que los prestamistas se negaban á realizar, y contribuciones directas é indirectas que era casi imposible recaudar por el malestar y pánico de los capitalistas y de los consumidores, asi como por la desaparicion del oro y la plata.

El banco de Francia, instrumento independiente de crédito y de recursos momentáneos para el gobierno, se habia hallado él mismo apurado de numerario pocos meses antes, y solo pudo desahogarse un poco por la entrada de cincuenta millones en especie, procedentes de Rusia. Las letras de cambio que suplen entre los

particulares á una cantidad incalculable de numerario, eran retiradas, suspendidas, ó no se les daba valor alguno por temor de una liquidacion general. De suerte que solo el numerario, y esclusivamente en manos del gobierno, iba á tener que alimentar sin auxiliar alguno todo la vida y toda la circulacion del pais. Por una coincidencia mas desgraciada aún, esta crísis era igual en toda la Europa, y nadie podia prestar socorro á otro. Los negocios se habian multiplicado desde San Petersburgo á Lóndres, á Viena, á Berlin, á Paris, en una proporcion que no guardaba armonia con el capital en circulacion. Faltaban, pues, el oro y la plata, y el papel no valia ya nada.

XIV.

El problema que semejante concurso de circunstancias ofrecia á un gobierno revolucionario que tenia que alimentar á un pueblo de obreros al mismo tiempo que reclutar y que equipar á un ejército; que hacer frente á la miseria, á los pobres, al órden en el interior, á la guerra en el esterior, que hacer circular el numerario, y restablecer el numerario, el crédito, la industria y el trabajo sin recurrir á las exacciones y á las sevicias de la revolucion, era un próblema de tal naturaleza, que hacia palidecer y anyentaba á los hombres de mas fuerte temple.

Garnier Pagés lo abordó sin embargo con esa resolucion que hace milagros, porque se atreve á esperarlos cuando todo el mundo los cree imposibles. Participó, así como sus colegas, de la fé de la honradez, y la Providencia le recompensó por ello. Concibió por inspiracion el único plan que podia salvar á la república de la bancarrota, y si faltaron algunos detalles ó se frustraron algunas medidas en la ejecucion de este plan, el conjunto al menos fué tan lógico como atrevido.

Lo primero que hacia falta al gobierno era dinero, y no habia mas que tres medios de procurarlo: el crédito, el papel moneda ó las exacciones. Las exacciones equivalian al derramamiento de sangre á la primera resistencia, y el gobierno queria á toda costa vivir ó morir puro. Los asignados eran el pánico general, y la desaparicion del último escudo. Para hacerlos aparecer habria sido necesario castigar, y castigar en una revolucion es, proscribir confiscar es matar. La mayoria del gobierno fué, pues, siempre inflexible en las proposiciones que se la hicieron de crear asignados.

Solo restaba el crédito; pero la revolucion habia privado de él al gobierno. Era menester volverlo á hallar en una institucion independiente de él, y que fuese, por decirlo así, su sancion ante la Francia. Esta institucion, muy débil aun en proporcion del papel que se le queria hacer desempeñar, era el banco de Francia. Dos medios habia de servirse de él: forzarle ó protegerle. Algunos querian forzarle, pero se decidió protegerle.

Garnier Pagés salvó tres veces al banco de Francia: primero, rehusando obstinadamente conceder al comercio de Paris los tres meses de suspension de pagos al banco; despues, rechazando el papel moneda que habria sumergido á este establecimiento; y por último, adoptando la

osada, pero feliz medida de autorizar la admision forzosa de los billetes de banco como dinero. Salvado de esta suerte el banco, salvó á su vez al gobierno prestándole doscientos treinta millones, y asociándose inteligente y patrióticamente al gobierno. Mr. de Argolt, director del banco, olvidó sus antiguas relaciones con la familia destronada para consagrarse esclusivamente á la salvacion de la hacienda de su pais. Hombre á la vez del banco y del tesoro, mostróse verdaderamente patriota y hombre de estado por su intrepidez en los apuros y su fecundidad de recursos en las dificultades. El banco no habia sido útil hasta allí mas que al comercio, y entonces lo fué tambien á la patria. Antes no tenia mas que la estimacion, y á veces la envidia del público, y en aquel trance mereció el reconocimiento de la nacion. El gobierno provisional no tardó, pues, á inspiracion de Garnier Pagés, en refundir en el crédito central del banco de Francia, haciendo nacionales los demas bancos de la república.

XV.

Pero para que el banco, protegido y centralizado así, pudiese hacer préstamos al gobierno por centenares de millones, necesitaba una hipoteca moral. Esta hipoteca era la certeza de que el tesoro, agotado impensadamente, se llenaria de nuevo. Los impuestos territoriales se pagaban bien, y aun el entusiasmo por la república hacia á los contribuyentes anticipar los pagos. Todo el mundo auxiliaba las buenas intenciones del gobierno para quitarle la tentacion

ó la necesidad de recurrir á estremos revolucionarios. Los curas predicaban y reconocian como una virtud pública el pago de los impuestos: los ricos pagaban adelantado todo el año, y los pobres su mensualidad. Las oficinas de recaudacion estaban atestadas de gentes que se apresuraban á pagar como podian haberse apresurado si se tratase de recibir, comprendiendo que el peligro estaba en el vacío del tesoro.

Un empréstito nacional de entusiasmo y de salvacion comun era posible, y hubiera sido productivo durante el primer arranque del espíritu público. Muchos miembros del gobierno lo reclamaban de Garnier Pagés, con la impaciencia de aprovechar aquellos efímeros momentos; pero consideraciones de crédito le impidieron generalizar tal medida. Pasaron los momentos, y se estinguió el ardor, limitándose todos á pagar las contribuciones directas. Esta fué una falta de parte del gobierno.

Pero las contribuciones indirectas, productos inmediatos y cotidianos de la produccion y del consumo, se agotaban casi enteramente. El ejército exigia una reorganizacion pronta y onerosa. El tesoro podia hallarse de pronto desprovisto, y por esta causa la patria misma espuesta. Los socorros, cada vez en aumento, que habia que dar á los obreros sin salario, y por consiguiente sin pan, los sueldos y el equipo de la guardia movilizada, las cajas de descuento que era necesario crear en todas las ciudades manufactureras, los préstamos de dineros que hacer á los grandes centros de la industria, los trabajos públicos que sostener en cierta proporcion para evitar un desbordamiento de ocio-

sos en los departamentos, la marina, los negocios estrangeros, las elecciones, la justicia, la administracion interior, en fin, á cuyos agentes no se podia abandonar, dejaban entrever la siniestra eventualidad de que quedara vacío el tesoro. Un solo dia en que no hubieran bastado los recursos para hacer frente á las atenciones, hubiera sido la señal de una catástrofe general. Los empleados y los capitalistas podian esperar; pero el hambre no se aplaza. Seis millones de obreros vivian de la asistencia pública, y un dia de retardo de sus socorros habria producido una inmensa sedicion de la desesperacion y del hambre. Era, pues, necesario proveer á esta y evitar aquella.

Resuelto el gobierno á evitar á toda costa la bancarrota, no tenia otros partidos que tomar mas que la creacion de un papel moneda ó un impuesto de crisis como en 1815 y en 1830. Se trataba de salvar la propiedad, y á la propiedad correspondia salvarse á sí misma.

Los asignados, al dia siguiente de su emision, habrian perdido quizá la mitad de su valor: el dinero con que se hubiera querido cambiarlos, se habria ocultado; los géneros habrian subido en proporcion del descrédito de los asignados. Entonces hubiera sido necesario crear *maximum* para poner estos géneros al alcance del pobre; pero el *maximum* produce el hambre, ésta la desesperacion, y la desesperacion los crímenes, y en quince dias hubiéramos ido á parar á los asesinatos y á los cadalsos.

No quedaba, pues, mas que el impuesto territorial que reasume todas las cargas, como reasume tambien todas las riquezas, en los momentos en que desaparece todo valor convencional.

Garnier Pagès y el gobierno se decidieron á imponer á la contribucion territorial un recargo de cuarenta y cinco céntimos sobre todas las imposiciones.

Este impuesto hizo murmurar á la propiedad, pero la salvó como salvó á los propietarios del hambre, al trabajo de la paralizacion, al tesoro del déficit, á las grandes ciudades industriales de las sediciones de la ociosidad y de la miseria; á la patria, en fin, de los peligros esteriores, permitiendo al gobierno sostener el crédito, establecer cajas de descuento en las ciudades importantes que lo pedian; alistar en la guardia movilizada el esceso mas peligroso de la poblacion de Paris; fortificar el ejército; pagar su sueldo; calmar la escitacion contra los ricos y los murmullos contra el egoismo de la propiedad; suprimir el impuesto del timbre sobre la prensa; abolir casi inmediatamente el de la sal; reducir los derechos de puertas de los comestibles en Paris, y reducir á la mitad los derechos sobre el vino en este mismo punto. El citado impuesto debia producir al tesoro ciento noventa millones, si se hubiera repartido sin indulgencia y percibido de la totalidad de los contribuyentes; pero el gobierno autorizó á los recaudadores para apreciar con equidad las fuerzas contribuyentes de los pequeños propietarios, y para no exigir el pago mas que de los ricos, y estas consideraciones que exigia la justicia como la política, redujeron su producto á ciento sesenta ó ciento cincuenta millones. Estos ciento cincuenta millones y los doscientos treinta adelantados por el banco bajo la garantía de los

bosques del estado bastaron para todo, y dejaron aún en las cajas las sumas necesarias para cubrir todos los gastos ordinarios y estraordinarios de 1848, empleando un millon por dia en trabajos para los brazos inactivos. Tal fué el precio de una revolucion: ninguna costó menos cara á un pueblo, y, sin embargo, este impuesto, aconsejado por la prudencia, de salvacion, de crédito, de trabajo, de asistencia al pueblo que sufria; este impuesto que se interpuso entre la bancarrota y la república; entre la patria y el estrangero; entre la vida de los ciudadanos y las violencias del hambre, escitó mas tarde tantos murmullos, como si el gobierno hubiese violentado á la propiedad y saqueado á la fortuna. Los ricos á quienes este impuesto habia salvado; los pobres á quienes habia aliviado; los proletarios que lo habian consumido en socorros, todos se unieron para pronunciar á una voz una maldicion comun. El pueblo de Paris se sublevó él mismo, no contra el recargo, sino contra la disminucion, hecha en su favor, de los derechos sobre los comestibles y el vino. La historia juzgará el egoismo de los propietarios y la ingratitud de los proletarios; ella proclamará la verdad, y es que el impuesto de ciento sesenta millones por el recargo de cuarenta y cinco céntimos fué, á la vez que una medida de necesidad y de prudencia, de paz y de salvacion para la república. La Francia se avergonzará de sus murmuraciones cuando compare este precio con el que costaron á la Francia en sangre y oro la primera república, el imperio, la restauracion, la invasion de Bonaparte en 1815, la segunda restauracion y la revolucion de 1830.

XVI.

Garnier Pagés tenia intencion de coronar su plan con el proyecto de adquirir por cuenta del estado todas las principales líneas de caminos de hierro. Las acciones de estos caminos habian descendido á precios ruinosos para las compañías que las poseian. Adquiriéndolos á un precio convenido y equitativo, la república aumentaba al instante sus valores con las garantías del estado, y poniendo desde luego en circulacion una propiedad nula ó desacreditada; restituia así una fortuna á los particulares, en vez de los valores ficticios que tenian en su cartera; acababa las líneas; aseguraba las esplotaciones, y, en fin, hacia un empréstito de mil millones en muchos años sobre esta hipoteca de tres ó cuatro mil millones.

Las compañías mismas pedian algunas al gobierno con instancia esta medida de salvacion para ellas, mientras que otras la acusaban de espoliacion, á fin de hacer subir mas el precio de la adquisicion. Todos los esfuerzos de Lamartine dirigianse á la ejecucion de esta medida, que suspendió demasiado tiempo el consentimiento de las compañías, porque preveia bien que este tratado entre ellas y el estado, posible con un gobierno centralizado y dictatorial, seria impracticable con una asamblea soberana, en quien influirian en diversos sentidos las compañías mas exigentes. El aplazamiento de este negocio fué la única falta que Lamartine atribuia al ministro de hacienda.

Pero el gobierno que atendia así al pago de

los intereses de la deuda y á los servicios públicos, no podia pagar la totalidad de los setecientos millones de capitales de la deuda flotante de próximo vencimiento, sin crear un papel moneda. Hubo, pues, que aplazar el reembolso de los bonos del tesoro y de las cajas de ahorro: medidas tristes, pero necesarias, que se trató de hacer menos sensibles con un aumento de intereses á los acreedores y reembolsos parciales y limitados á los depositarios indigentes.

XVII.

Mientras que el gobierno provisional salvaba de esta suerte á la república de las consecuencias incalculables de una bancarrota, el ministro de la guerra activaba cuanto lo permitia el tesoro público las disposiciones adoptadas para elevar al ejército á la proporcion de nuestros peligros esteriores.

Los primeros síntomas de indisciplina, resultado inevitable de la anarquía momentánea de Paris, se habian reprimido muy luego por sí mismos. Los soldados, desbandados un momento, habian vuelto á sus regimientos, y sometídose voluntariamente de nuevo al yugo de la disciplina, que era para ellos un deber de patriotismo y un virtud de honor. El espíritu de la Francia apareció en su ejército: la agitacion revolucionaria no traspasó los umbrales de los cuarteles. La sociedad sentia que le era necesaria toda la fuerza del ejército, y éste se la conservó intacta. Solo una ó dos sediciones insignificantes de uno ó dos regimientos de ca-

ballería é infantería, tan pronto conocidas como reprimidas, afligieron al gobierno. Algunos sargentos intentaron introducir en él la insubordinacion, por medio de los discursos de los clubs; pero el buen sentido de los soldados, la impasibilidad de los oficiales, la energía del ministro, ahogaron al instante estos gérmenes de insubordinacion militar. Jamas un ejército de nacion alguna presentó mas bello ejemplo de calma en medio del trastorno general, de obediencia á sus gefes, de fidelidad á sus banderas, de adhesion al poder. Puede decirse que el ejército fué el instinto de la patria. Aquellos cuatro meses de incorruptibilidad en medio del desórden, de resignacion en el alejamiento forzado de Paris en que se le tuvo, de respeto á sus gefes, de impaciencia contenida sobre las fronteras, de moderacion hácia el pueblo, son para el ejército francés una de las mas gloriosas campañas de la historia. Su conducta mostró cuánto habian trasformado al pueblo porque el ejército es siempre el síntoma del verdadero estado del pueblo. la libertad y la instruccion sembrada en nuestras poblaciones rurales, desde el fin de las guerras del imperio. Cuando despues de una revolucion intestina el soldado continúa siendo soldado, bien se puede estar seguro de que la revolucion no degenerará en anarquía.

Un solo síntoma doloroso contristó el alma del pais, y vino á recordar las horribles escenas de la primera revolucion francesa; pero él no fué una deshonra para el ejército activo. Mostróse en la ociosidad de ese establecimiento fastuoso que Luis XIV levantó á los veteranos de la guer-

ra: en los Inválidos. Justo y glorioso es en una nacion proveer con pensiones y retiros á la vejez y á las enfermedades de los que han derramado su sangre y perdido sus miembros por ella; pero estas pensiones y estos retiros deben ser pagados en la residencia y en la familia del invalido. Una reunion de tres ó cuatro mil militares ociosos bajo una disciplina necesariamente relajada en un centro de desarreglo y de vicios como una gran capital, es, mas que una pompa para el pais, un peligro para las costumbres, para el órden y para el régimen militar. Una administracion mas modesta, pero que remunerase con mas verdad y discrecion los servicios militares, disolveria estas reuniones de ociosos, distribuyendo en las chozas los socorros que se dilapidan en palacios.

Existia mucho tiempo antes en el palacio de los Inválidos no sé qué quejas continuamente renovadas sobre la clase de alimento que se daba á estos, y acusábase á la administracion interior de estas faltas con esas sordas murmuraciones que preceden á las sediciones.

Una tarde de los últimos dias de Marzo, al entrar Lamartine en el palacio de negocios estrangeros, despues de una sesion de nueve horas en el Hotel de Ville, se le anunció que una diputacion numerosa de inválidos, exaltados por la colera y el vino, se habia presentado en el ministerio durante su ausencia. Estos hombres habian espuesto en términos violentos é inconvenientes pretensiones inconciliables con el órden y el régimen del establecimiento, retirándose al saber la ausencia del ministro.

Apenas se habia enterado Lamartine de esta

noticia, cuando se vino á hacerle saber la insurreccion de los inválidos. Algunos malvados, amotinando á sus compañeros, habian penetrado por fuerza en el aposento del general Petit, teniente gobernador del cuartel de Inválidos. Este leal y valiente oficial, reliquia y honor del antiguo ejército frances, era históricamente célebre por el abrazo que le habia dado el emperador Napoleon en la trágica escena de la despedida de Fontainebleau. Sin respeto á este recuerdo, á los cabellos blancos del general, ni á la autoridad que ejercia, este grupo de sediciosos, á la vista de tres mil veteranos mudos ó cómplices, habia arrancado al anciano general de sus aposentos, arrastrádole al patio, y haciéndole subir á una carreta, le habia atado á ella como á un criminal. En seguida habian salido á la calle acompañados de un horrible cortejo de esos hombres y mugeres que, como las aves de presa, presienten ó siguen á las víctimas.

Dos ó tres inválidos subidos en la trasera de la carreta, con el sable desenvainado en la mano, hacian resonar furibundas imprecaciones y llamamientos al pueblo, é iban, segun decian, á pedir justicia del mando del general al gobierno. En su marcha seguian los muelles del Sena, y era de temer que un crimen nocturno precipitase al general en sus olas.

XVIII.

Al recibir esta noticia, Lamartine, que acababa de sentarse á la mesa, interrumpió su comida, y sin esperar que se le buscase un car-

ruage, corre á pié, acompañado solamente de un secretario hácia los muelles, donde se le dijo haber sido visto el odioso cortejo. Resuelto á interponerse entre los sediciosos y su víctima, cubriendo con su cuerpo el del infortunado general, teme las consecuencias funestas de este atentado, y se indigna del primer ejemplo criminal dado por los veteranos á un pueblo pacífico y humano, á quien semejante suceso puede depravar. Interroga á todos los puestos y á todos los pasageros sobre el camino que sigue la carreta, y despues de enviar á prevenir de todo al general Duvivier, comandante de la guardia movilizada, así como al estado mayor de la guardia nacional, prosigue su camino, espuesto á una fuerte lluvia, tras de las huellas del carro, al que noticias confusas le hacen muchas veces perder y volver á hallar. Al llegar al Hotel de Ville pregunta inútilmente á Mr. Marrast. Dirígese en seguida á la prefectura de policía; pero Mr. Caussidiere no sabia nada. Prosigue entonces su carrera por los muelles, lleno de una angustia inesplicable, y temblando de que el crímen se haya ejecutado en medio de la oscuridad en algun arenal del Sena, sabe al fin que el infortunado general habia sido libertado de mano de los sediciosos por el general Courtais, cuando se dirigian al Hotel de Ville, que ha hallado un asilo durante la noche en el estado mayor de la plaza, y que su vida está así asegurada.

En la misma noche, el gobierno, penetrado de horror y de indignacion, deliberó sobre las consecuencias y los medios de reprimir este atentado. La guardia nacional que esperaba su

reorganizacion, no existia mas que en su estado mayor de sus cuadros, y en algunos buenos ciudadanos que volaban en auxilio del gobierno al menor peligro. No habia tampoco tropas en Paris. Dejar impune semejante crímen era abandonar las riendas del ejército, sancionar la indisciplina y la sedicion por la impotencia de arrestar á los culpables. Arrestarlos en medio de tres mil hombres que tenian cañones, era intentar un imposible, y esponerse á ver destruida escandalosamente la autoridad del gobierno en sus manos. Este último partido, aunque desesperado, era, sin embargo, el que exigian tomar el honor y el deber, y el gobierno lo tomó en efecto.

El ministro de la guerra, Mr. Arago; el general Courtais y Mr. Guinard, gefe de estado mayor de la guarnicion, se encargaron de ejecutarlo. Al efecto reunieron al dia siguiente algunos hombres de valor, metieron en medio de ellos al general Petit, y se dirigieron al campo de Marte, donde trabajaban dos ó tres mil obreros en los talleres nacionales. Mr. Arago y el general Courtais arengaron á estos obreros, contáronles los ultrajes de que aquel resto vivo de nuestras glorias habia sido objeto por parte de una soldadesca indisciplinada, y les hicieron conocer la necesidad de auxiliar al gobierno en la represion de tales atentados, que deshonraban á la nacion y podian destruir el ejército. El sentimiento y la razon hablaban entonces muy fuertemente al corazon del pueblo, y dando vivas los obreros á los generales y á Arago, se ofrecieron á ir ellos mismos á imponer la reparacion y la obediencia á aquellos indignos sol-

dados. MM. Arago, Courtais y Guinard penetraron á la cabeza de estos hombres en el patio del cuartel, reunieron á los inválidos, y representándoles la deshonra y el crimen en que habian incurrido, hicieron arrestar sin resistencia á los principales culpables, y reinstalaron en su puesto al general Petit, en medio de aclamaciones de arrepentimiento y de entusiasmo.

Este acto de vigor, y dos ó tres de la misma clase ejecutados por el general Subervie ó por Mr. Arago, consolidaron la disciplina del ejército, y contuvieron toda tentativa de desorganizacion en los cuerpos. Estos dos ministros, no desconfiando de su autoridad, la hicieron incontestable en adelante. El ejército, por su parte, hacia justicia al gobierno, y no permitiendo éste ninguna pesquisa sobre la opinion de los oficiales, adoptaba en nombre de la república á todo el que servia á la patria.

El ministerio de la guerra y el de marina acababan de reunirse en manos de Mr. Arago. Este acto del gobierno fué una prueba de deferencia y confianza merecidas á Mr. Arago, una injusticia respecto al general Subervie, y una sorpresa para algunos de los miembros del gobierno. Ved aquí cómo se verificó.

Hacia algunos dias que se proferian quejas vagas contra el ministro de la guerra. Suponiase que los años del general Subervie no le permitian desplegar toda la actividad necesaria en las circunstancias, ó se fingia al menos creerlo así, porque este general habia demostrado en favor de la república todo el ardor de su juventud. Pero el verdadero orígen de estas voces era que el nuevo ejército deseaba hacer desaparecer de la escena á los veteranos del antiguo. Los jóvenes oficiales de Africa anhelaban sin confesárselo á sí mismos quizá, tomar en los consejos del ministerio de la guerra la autoridad dominante y esclusiva que esperaban conservar mejor con un ministro estraño al ejército que con un antiguo general de la república y del imperio.

Hacia algun tiempo que los generales, reunidos en consejo de defensa, afectaban deliberar sin contar para nada con el ministro de la guerra, y comunicarse directamente, y no por su conducto con el gobierno. Algunos artículos de *El Nacional*, que infundadamente pasaba por órgano del gobierno, acababan de atacar inopinadamente al ministro de la guerra presentándole como cansado ó abrumado de un peso desproporcionado á su edad. Estos artículos parecian descubrir los hilos de una trama hurdida en el seno mismo del gobierno contra el general Subervie. No era así en verdad, pero el ministro aparecia agobiado por esta sospecha, y justamente resentido de una oposicion que parecia tener cómplices en el gobierno mismo. Una ó dos veces se quejó de ello á Lamartine, quien resuelto á conservarle en el ministerio, trató de tranquilizarle y de desvanecer sus sospechas. Una sesion incompleta del gobierno, á la que no asistieron Lamartine, Flocon, Ledru-Rollin ni otros ministros, vino á descubrir el pensamiento de *El Nacional* y de los militares opuestos á Subervie, y en ella fué destituido este general, encargándose provisionalmente el ministerio de la guerra á Mr. Arago. Este estaba muy lejos de desear, y aun se resistió mucho tiempo á con-

traer la responsabilidad de este doble encargo.

A las seis de la tarde, al volver Lamartine del Hotel de Ville, donde habia pasado todo el dia, se le presentó el general Subervie, quien le participó lo que acababa de pasar en el Luxemburgo: —"Ya veis, le dijo, que eran fundadas mis sospechas, y que no se esperaba mas que vuestra ausencia y la de algunos de vuestros colegas para llevar á efecto la proscripcion de *El Nacional* y sus amigos.—No hay nada hecho, le respondió Lamartine: un acto tan importante como la destitucion y nombramiento del ministro de la guerra no puede ejecutarse en ausencia del ministro de negocios estrangeros y de dos ó tres miembros mas del gobierno. Yo os he prometido sosteneros con todas mis fuerzas, y os cumpliré mi palabra, ó me pondré en escision con el gobierno. Mañana pediré una nueva deliberacion, reclamaré contra la resolucion que os elimina del gabinete, y haré votar sobre la cuestion del gobierno entero. Tengo la confianza de que la república no se verá privada de los servicios que tan infatigablemente le habeis hecho desde el primer dia de su instalacion.—No, replicó el general; bástame saber que estais dispuesto á cumplirme vuestra palabra y que he sido sacrificado sin vuestra participacion á una enemistad ó á una ambicion. No acepto la reparacion que me ofreceis; me creeria muy desgraciado en ser causa de la division del gobierno, y por otra parte veo que tengo enemigos, ó en su seno, ó entre los que le rodean, que no me perdonarian mi triunfo sobre ellos, y que queriendo perjudicarme, harian daño á la causa pública. Yo soy del tiempo de aquellos soldados

que se sacrificaban por su patria, y quiero ser digno de mi época." Dichas estas palabras, dió un abrazo á Lamartine, y se retiró.

Al instante que Mr. Arago tomó posesion del ministerio, los generales, miembros del consejo de defensa, se ocuparon, bajo su presidencia, de la reorganizacion del ejercito, bajo las bases propuestas por Lamartine, como ministro de negocios estrangeros. El antagonismo que se habia suscitado entre aquellos y éste con motivo de los cuarenta mil hombres que el último queria traer de Africa, y que los generales querian conservar allí, subsistió siempre, estalló muchas veces en discusiones casi acerbas, y acabó por ahogarse en el secreto de las deliberaciones del consejo de defensa, que continuó sus trabajos, sin asistir á ellos el gobierno, y bajo la responsabilidad únicamente del ministro de la guerra. Por lo demas, las luces, la actividad y la energía de este consejo, correspondieron al pensamiento del gobierno. Monsieur Arago, prosiguiendo los planes del general Subervie y de los generales que le auxiliaban, hizo subir el ejército en pocos meses de trescientos setenta á cuatrocientos setenta y cinco mil hombres, y los caballos de cuarenta y seis mil á setenta y cinco mil. Las armas, los equipos, los uniformes la defensa de las costas, siguieron en una proporcion análoga de progreso. La república, contando con sus fuerzas navales y su guardia movilizada, iba á tener en el mes de Octubre un ejército de quinientos ochenta mil hombres, sin comprender en él los trescientos batallones de guardia movilizada en los departamentos, pedidos despues en clase de reserva por Lamar-

tine y por Flocon, decretados por el gobierno, y votados por la asamblea nacional. Mas adelante me ocuparé del doble motivo de esta creacion, que era el pensamiento constante de Lamartine, en interes de la fuerza esterior y de la confederacion interior de la república, contra los ataques previstos por él, que debia sufrir la sociedad.

XIX.

Mr. Bethmont, ministro de comercio y de agricultura, se ocupaba en aquellos momentos, en que todas las transaciones comerciales estaban suspensas, en aliviar y disminuir el mal estado de la industria. Ningun carácter era mas propio que el suyo para semejante tarea. Sereno, resignado, atento, elocuente, lleno de compasion por las angustias de sus semejantes, Mr. Bethmont daba á la república el carácter de probidad, de solicitud y de simpatia que constituia el suyo. Asiduo y reflexivo en las sesiones, se aprovechaba del tiempo desocupado que le dejaba su ministerio para asistir al consejo de gobierno, en el que se ponia siempre del lado del partido de la moderacion, de la legalidad y del órden republicano, como un tipo de los grandes magistrados de la asamblea de 1790. Su puesto verdadero hubiera sido hallarse á la cabeza de la magistratura.

Mr. Marie, mas activo por temperamento, de ideas mas atrevidas, y mas universal y mas emprendedor en los negocios, contemporizaba con los trabajos públicos que se habian suspendido demasiado. Una de las soluciones politicas y sociales de la crisis hubiera sido, segun algunos miembros del gobierno, hacer un estenso reclutamiento de los hombres ociosos, y ocuparlos en grandes trabajos de fecundacion del suelo frances. En este punto, Lamartine pensaba como ellos, y algunos socialistas, moderados y politicos entonces, despues irritados y facciosos, reclamaban que el gobierno tomase la iniciativa en el mismo sentido. Una gran campaña en el interior, con herramientas de trabajo por armas, como las campañas de los romanos ó de los egipcios, para la apertura de canales ó el desecamiento de las lagunas Pontinas, les parecia el mejor paliativo indicado á una república que queria ser pacifica y salvar á la propiedad, protegiendo y levantando de la abyeccion al proletario. Este era el pensamiento de la actualidad: un gran ministerio de trabajos públicos habria sido la inauguracion de una era apropiada á la situacion. Fué tambien una de las mas graves faltas del gobierno en este punto esperar demasiado para realizar sus pensamientos: mientras que esperaba, los talleres nacionales, aumentados por la miseria y la ociosidad, se hacian cada dia mas estériles y mas amenazadores para el órden público.

En aquel momento no lo eran aún: no eran mas que un recurso de órden y un medio de asistencia pública, exigidos al dia siguiente de la revolucion por la necesidad de alimentar al pueblo, y no alimentarle en la ociosidad, para evitar los desórdenes de ella. Mr. Marie los organizó con inteligencia; pero sin utilidad para el trabajo productivo: los alistó en brigadas, les dió gefes, les inspiró un espíritu de disciplina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tine y por Flocon, decretados por el gobierno, y votados por la asamblea nacional. Mas adelante me ocuparé del doble motivo de esta creacion, que era el pensamiento constante de Lamartine, en interes de la fuerza esterior y de la confederacion interior de la república, contra los ataques previstos por él, que debia sufrir la sociedad.

XIX.

Mr. Bethmont, ministro de comercio y de agricultura, se ocupaba en aquellos momentos, en que todas las transaciones comerciales estaban suspensas, en aliviar y disminuir el mal estado de la industria. Ningun carácter era mas propio que el suyo para semejante tarea. Sereno, resignado, atento, elocuente, lleno de compasion por las angustias de sus semejantes, Mr. Bethmont daba á la república el carácter de probidad, de solicitud y de simpatia que constituia el suyo. Asiduo y reflexivo en las sesiones, se aprovechaba del tiempo desocupado que le dejaba su ministerio para asistir al consejo de gobierno, en el que se ponia siempre del lado del partido de la moderacion, de la legalidad y del órden republicano, como un tipo de los grandes magistrados de la asamblea de 1790. Su puesto verdadero hubiera sido hallarse á la cabeza de la magistratura.

Mr. Marie, mas activo por temperamento, de ideas mas atrevidas, y mas universal y mas emprendedor en los negocios, contemporizaba con los trabajos públicos que se habian suspendido demasiado. Una de las soluciones politicas y sociales de la crisis hubiera sido, segun algunos miembros del gobierno, hacer un estenso reclutamiento de los hombres ociosos, y ocuparlos en grandes trabajos de fecundacion del suelo frances. En este punto, Lamartine pensaba como ellos, y algunos socialistas, moderados y politicos entonces, despues irritados y facciosos, reclamaban que el gobierno tomase la iniciativa en el mismo sentido. Una gran campaña en el interior, con herramientas de trabajo por armas, como las campañas de los romanos ó de los egipcios, para la apertura de canales ó el desecamiento de las lagunas Pontinas, les parecia el mejor paliativo indicado á una república que queria ser pacifica y salvar á la propiedad, protegiendo y levantando de la abyeccion al proletario. Este era el pensamiento de la actualidad: un gran ministerio de trabajos públicos habria sido la inauguracion de una era apropiada á la situacion. Fué tambien una de las mas graves faltas del gobierno en este punto esperar demasiado para realizar sus pensamientos: mientras que esperaba, los talleres nacionales, aumentados por la miseria y la ociosidad, se hacian cada dia mas estériles y mas amenazadores para el órden público.

En aquel momento no lo eran aún: no eran mas que un recurso de órden y un medio de asistencia pública, exigidos al dia siguiente de la revolucion por la necesidad de alimentar al pueblo, y no alimentarle en la ociosidad, para evitar los desórdenes de ella. Mr. Marie los organizó con inteligencia; pero sin utilidad para el trabajo productivo: los alistó en brigadas, les dió gefes, les inspiró un espíritu de disciplina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y de órden, é hizo, en fin, de ellos durante cuatro meses, en vez de una fuerza á merced de los socialistas y de los motines, una fuerza pretoriana; pero ociosa, en manos del poder. Mandados, dirigidos, contenidos por gefes instruidos de la idea secreta de la parte anti-socialista del gobierno, estos talleres contrabalancearon, hasta la instalacion de la asamblea nacional, á los obreros sectarios del Luxemburgo y á los obreros sediciosos de los clubs. Ellos eran un escándalo por su considerable número y por la inutilidad de sus trabajos á los ojos de Paris; pero á su vez lo protegieron y salvaron muchas veces. Muy lejos de estar á sueldo de Luis Blanc, como se ha dicho, eran inspirados por el espíritu de sus adversarios.

Al principio no ascendian mas que á veinte mil, pero cada dia recibian un refuerzo de jornaleros llenos de miseria y sin trabajo. La obra funesta de las fortificaciones, emprendida sin prevision, habia atraido y fijado en Paris una masa de cuarenta mil obreros mas, quienes, una vez fijados en la capital, no querian salir de ella. Estos obreros de albañileria no tenian ninguna de las condiciones de una poblacion domiciliada. De esta suerte la república espiaba las imprudencias de la monarquia. Los trabajos de lujo que son los primeros en que se hacen sentir las crisis, cesaban en todas las fabricas: los ahorros de los obreros se les agotaban, y las necesidades de sus familias empezaban á hacerse sentir cruelmente. Los fabricantes, ricos y generosos con sus obreros, conservaban una parte de ellos á medio salario: en otras manufacturas, la mitad de los obreros, en vez de trabajar toda la semana, no trabajaban mas que cuatro dias, mientras que la otra mitad quedaba ociosa; despues aquella mitad cesaba en el trabajo para dejarlo á su vez á sus camaradas. Pero cada semana se cerraban nuevas fábricas, y los doscientos mil obreros que poblaban los talleres de Paris, venian asi sucesivamente á alistarse en el ejército temporal de los talleres nacionales.

A estos obreros manuales juntáronse muy pronto obreros de las artes liberales, que habian agotado tambien sus últimos recursos: artistas, dibujantes, correctores de imprenta, empleados de las librerías, dependientes de los almacenes, escribientes, actores, hombres que jamas habian manejado mas que el buril, la imprenta ó la pluma, venian animosamente á los talleres nacionales á pedir el pico ó la espiocha, para remover la tierra en el campo de Marte y en las diferentes canteras que se les señalaba.

Por las mañanas se encontraban en los bulevares, en los Campos-Elíseos y en todos los cuarteles de los arrabales, grupos de veinte á cien hombres de todas edades, y en toda clase de trages, que se dirigian al trabajo, precedidos de una bandera, y conducidos por un capataz.

Estos hombres estaban tristes, pero resignados entonces. Veíanse que tenian el honroso sentimiento del deber para con sus familias que cumplian; y del que el gobierno llenaba con ellos dándoles trabajo. Desgraciadamente este trabajo mal organizado no era mas que un pretesto de asistencia pública, un recurso de urgencia para prevenir el hambre, las turbulencias, la desesperacion. Por las tardes los obreros volvian á sus cuarteles del mismo modo que ha-

bian ido al trabajo. Ellos mismos ejercian la policía y una disciplina voluntaria y mútua entre sí. Todos los sábados pagábanseles sus jornales. No era esta una organizacion del gobierno, como mas adelante se ha queripo hacer creer, sino una limosna sagrada é indisdensable del estado, honrada con las aparienciasdel trabajo. Estos talleres de Paris, que la misma necesidad hizo organizar por instinto en todas las ciudades industriales, es verdad que hicieron perder á los obreros la costumbre de un trabajo formal, pero salvaron á las masas del hambre y de la desesperacion, á la sociedad de conmociones, y á la propiedad del saqueo.

El gobierno no hizo mas que una cosa mala en un principio, y fué no aplicar los obreros á grandes trabajos de utilidad pública, dispersándolos lejos de Paris y de las grandes ciudades, foco de las sediciones. Cuando quiso hacerlo era demasiado tarde: porque ascendian á ochenta ó cien mil hombres en Paris, y hubiera sido necesario igual fuerza del ejército para obligarlos á evacuar la capital. Se les toleró, pues, por humanidad y á la fuerza, hasta que, atravesada la época revolucionaria, el trabajo privado reabsorvió estos elementos, y reorganizada la fuerza pública, se pudo contener el desbordamiento.

Tales fueron los talleres nacionales que se han presentado como un sistema, y que no eran mas que un recurso pasagero, terrible, pero necesario. Los hombres previsores del gobierno no dejaban de considerar con temor el momento en que la sedicion se introdujese en este núcleo de miseria y de ociosidad, y en que fuese necesario disolverle por medio de la prudencia ó de

la fuerza. La sedicion no estalló, sin embargo, hasta despues de la instalacion de la asamblea nacional en Paris, y este fué el escollo casi inevitable del primer gobierno regular de la república. Mas adelante veremos cómo estuvo á punto de estrellarse en él.

XX.

De todas las instituciones republicanas, una de las mas orgánicas y de las mas vitales era la enseñanza pública y la institucion elemental gratuita para el pueblo. Los gérmenes de la civilizacion de un pueblo están en sus instituciones de enseñanza. Mientras que una generacion crece y muere, otra generacion nace y se adelanta tras de ella para reemplazarla: las tradiciones de la primera son el patrimonio de la segunda. De esta suerte la humanidad tiene siempre un niño que instruir y educar.

El gobierno, demasiado preocupado con la tempestad contra que debia luchar dentro y fuera, no habia tenido tiempo de madurar, en algunos dias y noches mal gastados en las tempestades públicas, un plan completo de educacion popular; pero queria cumplir esta promesa de la república al pueblo, y abrir el camino á la asamblea nacional.

Un hombre de temple antiguo, de alma tierna, de espíritu firme Mr. Carnot, desconocido y calumniado despues por algunas palabras firmadas imprudentemente en medio del tumulto de incesantes trabajos, é interpretadas por la malignidad del espíritu de partido en un sentido desmentido por una vida entera, fué encargado

de esta obra. El pensamiento de la revolucion era el que debia ser: prodigar la enseñanza al pueblo por medio de una institucion emanada de la república misma; hacer obligatoria la parte elemental general y neutra de esta enseñanza, especie de sentido de la luz intelectual que una sociedad verdaderamente moral debe á todos los que nacen en su seno, sin subordinar el alma de los niños al monopolio de una corporacion de enseñanza, y dar á la sociedad lo que pertenece á la sociedad, á la familia lo que pertenece á la familia, á Dios lo que pertenece á Dios. La república puede combinar todo esto en una buena organizacion de la universidad y un sistema completo de libertad de enseñanza, en consecuencia con las instituciones de enseñanza del Estado.

La república nacional no podia querer encadenar la civilizacion y la conciencia al clero, ni interponer una mano profana entre la religion del padre y el alma del niño: debia, pues, emancipar la conciencia religiosa de la tiranía del estado, como la inteligencia del pueblo de la supremacía impuesta de los dogmas. Su pensamiento, como el del porvenir, era la libertad civil de los cultos; la fé individualizada en el hombre; Dios libre de manifestarse por la razon siempre creciente en el espíritu humano; el sentimiento religioso admitido solamente bajo todas sus formas, pero instituido, propagado, honrado, cultivado como dogma universal de toda sociedad espiritualista.

Mr. Carnot, que pensaba y obraba en este mismo sentido, tenia á su lado á Mr. Regnaud, su subsecretario. Las tradiciones de la época

filosófica, corregidas por el sentimiento religioso y aplicadas por el sentimiento democrático; las luces de la asamblea constituyente; los instintos fraternales de la primera república, la tolerancia, la libertad y la moderacion de nuestra época, eran el espíritu de este ministro, y de todos ellos, él fué quien tuvo mas tiempo para reflexionar, y el que meditó mas y mejor.

El primer acto de Mr. Carnot fué dirigir una circular al clero para declarar que la república queria ser religiosa, y para animarle á volver á sus templos, respetados por el pueblo, y protegidos por el gobierno. Propuso varias leyes, de las cuales, la mas importante, la de la instruccion primaria, conciliando en ella los tres principios antes enunciados: libertad de enseñanza obligatoria y gratuita. Esta ley hacia de cada profesor un funcionario de moral y de inteligencia pública. Fundó la escuela de administracion, cuyo único defecto consistia en abrazar todo el conjunto de ella, en vez de ser especial para cada ramo: fundó tambien la *escuela materna*, plantel de caridad para formar las madres adoptivas de las salas de asilo; aumentó el sueldo de los profesores de instruccion; estendió la enseñanza agrícola en las escuelas primarias; provocó la adopcion por el estado de los discípulos notables que manifestaban vocaciones trascendentales; restableció los colegios, y ordenó que se estudiase en ellos la historia de la revolucion francesa, reprimiendo enérgicamente la indisciplina que de rechazo debia hacer temer en ellos la crisis de Febrero. Propuso asimismo un ateneo libre, complemento de los mas elevados estudios y de los cursos públi-

cos, para ejercitar el espíritu público en las profundas investigaciones de la filosofía; organizó bibliotecas públicas para las horas de ociosidad del pueblo; estimuló á la literatura popular de que se carece casi enteramente en Francia, y dió direccion y recompensas á este medio de propagar las ideas.

Engañado por la mala redaccion de estos libros populares, se le echó en cara como una propaganda funesta lo que no habia sido mas que la omision de su censura. Carnot hizo, como los antiguos, de la enseñanza de la música un precepto para la elevacion y dulcificacion del sentido moral y civilizador del pueblo, y agrupó en torno suyo, como consejo filosófico y literario, los nombres mas esclarecidos y puros de la filosofía y de la literatura republicana, en cuyo número contemplaba el pueblo á Beranger, su poeta predilecto.

Una frase mal redactada, y peor interpretada, de una circular de Mr. Carnot, bastó para calumniar su administracion y desconocer todos sus servicios. No era otra la intencion de esa frase, que completar la representacion de la agricultura, diciendo á los cultivadores que eran mas aptos para conocer y hacer valer sus intereses, que otros representantes de mas instruccion, pero estraños á este arte. Advertido Mr. Carnot de la errónea interpretacion que se le habia dado, la rectificó al instante en términos que no podian dejar ninguna duda á la buena fé.

—"Se ha presentado, dijo, mi circuler de 6 de Marzo como complemento de las que emanaban del ministro de lo interior, y es necesario que me esplique sobre este punto. Dos tendencias opuestas se personificaban, á los ojos del público particularmente, en Mr. de Lamartine y el ministro de lo interior. No tengo necesidad de decir que mis simpatías eran hácia el primero." Carnot, en efecto, era el último de los hombres á quien se podia acusar de violencias ó de embrutecimientos demagógicos. Si la nueva república hubiese tenido que presentar á sus amigos ó á sus enemigos un modelo de republicanismo inteligente y moral, á Carnot hubiera dirigido la vista. Hoy espia esas palabras, y se olvidan su pensamiento y sus actos-pero el hombre existe aún puro, y la república tendrá necesidnd de echar mano de él tarde ó temprano.

Despues de los ministros de lo interior yde la guerra, el de justicia era el que tenia mas atribuciones y mas importancia por el personal, objeto de importantes cuestiones. Mr. Cremieux las tocó todas con tal precision, que la asamblea constituyente convirtió en leyes casi todos los decretos de este ministro.

En cuanto á las medidas concernientes al ministerio de lo interior, consistieron sobre todo en el envio á los departamentos de comisarios y de subcomisarios destinados á reemplazar á los prefectos y á los subprefectos, pues casi todos los departamentos, sin esperar las órdenes de Paris, habian trasformado sin violencia su administracion monárquica en administracion republicana. En ninguna parte habian hecho la menor resistencia, ni un prefecto, ni un general, ni un soldado. Parecia que, verificada ya la revolucion en los espíritus, no habia necesitado mas que mostrarse para ser reconocida. En todas par-

tes, y sin lucha alguna, los ciudadanos notables de la oposicion habian sido rodeados al recibir la noticia de los acontecimientos de Paris por el pueblo, y conducidos á la prefectura ó á la subprefectura, habian recibido pacíficamente de manos de la antigua autoridad las riendas de la administracion. En todas partes, y con el mismo acuerdo, habian sido reemplazados los consejos de prefectura, los *maires*, los ayuntamientos, ó introducídose en ellos nuevos miembros poseedores de la confianza de los pueblos. La anarquía no habia imperado un minuto, ni tenido tiempo para interponerse entra ambos gobiernos.

Estas nuevas autoridades habian sido obedecidas por instinto con mas unanimidad aun que las antiguas. Hubiera podido decirse que la Francia entera tenia el génio de las revoluciones y ejecutaba esta trasformacion completa de un órden monárquico al órden republiano, como un ejército ejecuta una maniobra en la que ha sido ejercitado por la disciplina. Este era el fruto de treinta años de libertad constitucional de que la Francia habia disfrutado desde 1814. La libertad y la razon progresan á la par en los pueblos.

El ministro de lo interior, Mr. Ledru-Rollin, confirmó muchos de los nombramientos de comisarios hechos por las poblaciones de los departamentos, y envió otros de Paris á los demas. Estos nombramientos, acertados desde un principio, manifestaban el espíritu de elevada y liberal conciliacion que la mayoría del gobierno y que el mismo ministro del interior querian seguir entonces é inspirar á los departamentos como tipo de la administracion republicana.

Seguir el buen espíritu de los departamentos en sus elecciones espontáneas; atraerlos por la confianza que les inspiran sus administradores; moderar sus escesos, templar su demasiado ardimiento; reanimar su escesiva templanza; gobernar con el apoyo y los consejos de las buenos ciudadanos; no dejar tiempo á las poblaciones agitadas para apercibirse de una interrupcion en la ejecucion de las leyes del órden público; evitar á todo trance las guerras civiles y la efusion de una sola gota de sangre; compadecer, consolar y proteger á los vencidos; ennoblecer el entusiasmo de los vencedores por su propia generosidad; hacer olvidar las quejas mútuas de los partidos, y confundir en la familia nacional á todos los amantes de la patria y defensores de la sociedad: tales eran las intenciones del gobierno unánimamente espresadas, comentadas á cada momento por Lamartine en sus arengas á las diputaciones de los departamentos y al pueblo en el Hotel de Ville ó en la plaza pública, y comunicadas por el ministro del interior á los comisarios del gobierno en las primeras instrucciones que se les dirigieron.

La mayor parte de estos primeros comisarios del gobierno eran miembros de la cámara de diputados, conocidos por su oposicion moderada al antiguo gobierno, redactores de los diarios democráticos, acreditados por la estimacion de que gozaban, ó clientes de la prensa republicana de Paris, y particularmente de *El Nacional*. El ministro de lo interior añadió á ellos clientes del diario *La Reforma*, el centro mas activo y

revolucionario de las conspiraciones anti-monárquicas, y un corto número de protegidos de las escuelas socialistas, hombres entonces de conducta tan prudente como aventureras eran en sus ideas.

XXI.

Estas elecciones precipitadas, hechas, por decirlo así, al grito de la urgencia y á indicacion de los diversos partidos, no escitaron en el primer momento ninguna reclamacion. El ministro indicó á sus agentes el espíritu de su administracion en su primera circular de 8 de Marzo. En ella les decia:—«La Francia entera no ha tenido mas que una sola voz, porque no tenia mas que una sola alma. Esta union de todos en un mismo pensamiento es la mas segura garantía de la duracion de la república, y debe tambien ser el orígen de la moderacion despues de la victoria. Vuestro primer cuidado debe ser hacer comprender que la república está esenta de toda idea de venganza y de reaccion; pero que esta generosidad no degenera, sin embargo, en debilidad. Absteniéndoos de toda pesquisa contra las opiniones y los actos anteriores, sírvaos de regla que las funciones políticas, cualquiera que sea su gerarquía, no pueden confiarse sino á republicanos probados; en una palabra, á todos los hombres de la *víspera*, y no á los del *dia siguiente*.

Las primeras palabras de esta instruccion eran enteramente conformes al espíritu del gobierno; las últimas eran una purificacion de la Francia, y purificarla de todo lo que no era republicano de la víspera, era separarla de la república. La república, enagenándose á la mayoría de la Francia, se convertia en un gobierno de minoría: un gobierno de esta clase necesita intimidar á la mayoría; es decir, á la nacion para cimentarse y conservarse; y de esta suerte se desnaturalizaba y pervertia la república del 24 de Febrero.

La diferencia radical que existia entre los miembros del gobierno sobre la manera de comprender y practicar la nueva república, se revelaba desgraciadamente en estas primeras palabras. Era evidente que el espíritu póstumo convencional y dictatorial de los clientes de *La Reforma* trataba de empeñar á la política interior en las vias de retroceso de la purificacion y de la intimidacion revolucionaria. Aunque los actos fuesen tolerantes, las palabras eran acerbas, y esto bastaba para inquietar al pais en el momento en que era necesario tranquilizarle y ver de atraerle á la república.

Esta provocacion intempestiva dirigida á todos los que no admitian la república, sino con la condicion de llevar á ella puros su honor y sus derechos, suscitó los primeros resentimientos y recelos. Sin embargo, las medidas del ministro de lo interior y la mayoría de los comisarios que habia nombrado, no correspondieron por entonces en nada á este lenguaje. Las palabras parecieron una concesion á un partido violento para negarles los actos. Corrieron, pues, sin que el gobierno juzgase conveniente recogerlas y desmentirlas. El ministro de lo interior, enteramente ocupado por los inmensos detalles de su departamento, no podia material-

mente responder de todo lo que se redactaba bajo su responsabilidad moral, mucho menos cuando rara vez asistia á los consejos de gabinete que aun se celebraban en el Hotel de Ville, en medio de una concurrencia constante del pueblo, y dirigia aisladamente la parte del servicio público que le habia sido confiada.

Lamartine dirigia por su parte con una independencia absoluta la política esterior y la parte de espíritu público que convenia á sus miras. Cada ministro era soberano en su centro de accion, y no se sometian al consejo de gobierno sino las cuestiones muy graves que tenian relacion con la política general de éste.

Luis Blanc y Albert, ligados de antemano con el partido de *La Reforma*, se reunian á otros hombres activos de él, y trataban de hacer prevalecer los unos sus doctrinas socialistas, los otros su suspicacia republicana. Flocon, espíritu mas bien político que especulativo, se esforzaba por establecer un término medio entre estas pretensiones de los socialistas y de los republicanos ardientes. A él se deben las hábiles contemplaciones que los dos partidos del gobierno tuvieron la prudencia de guardarse mútuamente, para no romper estrepitosamente su aparente unidad, que debia evitar convulsiones y hostilidades en el pais.

Caussidiere, espíritu flexible y sutil, bajo un esterior rudo y poco favorable, se inclinaba al parecer á la política del ministerio de lo interior; pero se servia de sus amigos en interes de su propia importancia mas aun que los servia á ellos. Hombre de accion en contacto con el pueblo, rodeado de una milicia dispuesta á todo,

sus amigos no podian nada sin Caussidiere, y este afectaba una independencia que lo hacia algunas veces sospechoso, pero siempre temible. El partido de *El Nacional* era su adversario, porque creia que el prefecto de policía era un agente y un seide del ministro de lo interior contra ellos.

Una ojeada habia bastado á Lamartine para comprender el partido que podia sacarse de Caussidiere en favor del restablecimiento del órden, y que para ello era necesario hacerlo superior á enemigos mas peligrosos. En esta idea le demostraba confianza, y le escitaba á pedir al gobierno atribuciones de policía mas estensas y mas fondos; en el consejo tomaba la iniciativa en su favor para la creacion de cuerpos municipales armados, guardia republicana y guardianes de Paris á las inmediatas órdenes del prefecto de policía; le veia algunas veces particularmente; hablaba con él confidencial y francamente de la política general interior y esterior, y sin disimularse nada de la situacion complexa y de la ambicion de Caussidiere, veia probidad en su ambicion, lealtal en su sutileza. Caussidiere era ademas hombre de corazon honrado y generoso; y se podia uno confiar, si no á sus opiniones, al menos á su naturaleza. Podia él meditar grandes actos revolucionarios, pero jamas actos criminales: hombre de combate y no de anarquía, aspiraba á regularizar prontamente la victoria, á conservar la confianza de los amigos que habian conspirado y combatido con él, á conquistar la estimacion de los vencidos y el reconocimiento de Paris, á legitimar su conquista por sus servicios, y á convertir al cons-

pirador en un magistrado. Caussidiere amaba al pueblo, pero no le lisonjeaba sus escesos, ni aun sus sueños.

Lamartine le hablaba con frecuencia de los peligros de la propaganda comunista de sus amigos de Luxemburgo, y de la necesidad de que las teorías de trastorno social viniesen á convertirse en instituciones de asistencia, de instruccion, de socorros, de trabajo y de acceso de los proletarios á la propiedad. Caussidiere era enteramente de este parecer.—"El socialismo me confunde, respondia á aquel con desprecio: el órden, el trabajo, la fraternidad en accion, y no quimeras, es lo que yo deseo."

Caussidiere ayudó poderosamente á Lamartine á contener á los refugiados políticios alemanes, belgas é italianos, que querian comprometer á la república en guerras de agresion, forzada por intereses de facciones estrangeras. Al principio estos complots habian parecido, si no favorecidos, al menos tolerados y secretamente animados por hombres muy cercanos al gobierno. Lamartine hizo comprender á Caussidiere los peligros de estas tentativas que sublevarían á la Europa contra la república, y que producirian una nueva coalicion como la de 1814, mientras que una política mas leal y mas hábil en su lealtad haria imposible esta coalicion.

XXII.

Una muger escepcional por su estilo, y un orador distinguido, Mad. Sand y Mr. Julio Favre, prestaban entonces el auxilio de sus talentos á la política del ministro de lo interior.

Mad. Sand, que habia volado á Paris á la primera noticia de la revolucion, habia visto á su llegada á Lamartine. El ministro de negocios estrangeros se habia esforzado por atraer á sus miras á aquel genio viril en las formas, femenino por la volubilidad de sus convicciones, y en una conferencia de muchas horas con aquella muger importante en una crísis en que la tempestad popular no podia ser dominada mas que por los vientos que se hiciesen soplar sobre las olas, la habia convencido de que solo podia encontrarse la salvacion de las nuevas instituciones en la condenacion pronta, enérgica y completa de los escesos y de los crímenes que habian deshonrado y perdido á la primera revolucion. Habia, pues, conjurado á Mad. Sand á prestar la fuerza de que Dios la habia dotado á la causa del órden y de la moralizacion del pueblo, y ella le habia prometido hacerlo así con ese acento de entusiasmo apasionado que revela la sinceridad de las convicciones, pidiéndole únicamente algunos dias para ir á Berri á arreglar sus negocios. A su regreso debia redactar un periódico popular, que sembraria en el espíritu de las masas los principios de paz, de subordinacion y de fraternidad, á los que su pluma y su nombre habrian dado todo el prestigio y toda la celebridad de su nombre.

Con estas intenciones partió á Berry; pero á su vuelta las antiguas predilecciones de su espíritu por las teorías aventuradas del socialismo, la ligaron por medio de Luis Blanc á un centro de política enteramente opuesto. Lamartine supo que ella redactaba en el ministerio de lo interior un periódico oficial, titulado *Boletin de la*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

República, cuyo periódico incendiado por las inspiraciones del comunismo, traia á la memoria por sus términos los recuerdos nefastos de la primera república, y fanatizando á unos de impaciencia llenaba á los otros de terror.

La mayoría del gobierno, cuando supo la existencia de este *Boletin*, sintió el estravio de aquel talento de primer órden, y lo sintió doblemente, porque ponia bajo la responsabilidad del gobierno palabras y doctrinas en abierta contradiccion con sus ideas. El minisiro de lo interior no tenia tiempo para inspeccionar por sí mismo aquellos escritos que emanaban de su secretaría, y no prohibió siquiera sus exageraciones maléficas. Se convino que ningun *Boletin* se dirigiria á las provincias sin haber sido examinado antes por un miembro del gobierno, compartiéndose los dias de la semana para su exámen; pero los innumerables detalles que los abrumaban, y los incidentes urgentísimos que se suscitaban á cada instante, fueron causa de que muchas veces descuidasen este deber, y algunos *Boletines* se deslizaron aun llevando escándalos y una tea incendiaria á los departamentos. Algunos comisarios tomaron sobre sí, con mucho acierto, la responsabilidad de prohibir la fijacion de anuncion y la circulacion del *Boletin* en sus departamentos.

XXIII.

Sin embargo, Paris estaba tranquilo, aunque alerta. El gobierno habia convocado á la Francia entera para el 24 de Abril, á fin de hacer las elecciones. Este era el tiempo estrictamente

necesario para las operaciones materiales del mecanismo del sufragio universal.

Esperando esta gran instalacion de la soberanía del pueblo, se calmaba la generalidad de los ánimos, mientras se incitaba á otros, porque dos meses de revolucion y de dictadura que pasar aún, parecian dos siglos. El partido ultra-revolucionario se lisonjeaba de que estos dos meses, fecundos en acontecimientos, y agitados por facciones contrarias, por amenazas de guerra en el esterior, por turbulencias y miserias en el interior, no permitirian al gobierno realizar aquel gran acto. Entre él y el 24 de Abril entreveianse mil abismos, en los que se precipitaria antes de llegar el dia que habia fijado para restituir el poder á la nacion.

FIN DEL LIBRO X.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO UNDECIMO.

El partido moderado del gobierno, que lo era entonces casi todo él, consideraba de lejos con esperanza el momento en que la nacion, evocando de su seno todos sus derechos y sus fuerzas, viniese en socorro de sí misma á apoderarse ella sola de su revolucion. El partido anárquico y terrorista de fuera del gobierno no pensaba sin estremecerse en la hora que debia arrebatarle toda la probabilidad de trastornos y de prolongar su reinado. Este partido, confundido desde los primeros dias por la derrota que habia sufrido en el Hotel de Ville, y por el entusiasmo unánime que se habia apoderado del pueblo, comenzaba á intentar pervertir la república en sus clubs.

Los clubs, instituciones ó mas bien resultado revolucionario, no son otra cosa que la reunion tumultuosa regularizada y periódica, la plaza pública reconcentrada en un recinto mas estrecho, pero animado de las mismas pasiones, agitado por las mismas tempestades. Pero aun tienen un peligro mas que la plaza pública: el espíritu de secta y la disciplina combinada de los partidos. Al instante que el órden fué restablecido en la calle por el buen espíritu espontáneo del pueblo y la vigilancia del poder naciente, formáronse clubs en todos los cuarteles de Paris. El gobierno no hubiera podido oponerse á su establecimiento sin desmentir su naturaleza y sin desconocer la situacion. En tales momentos los clubs no eran mas que las voces dominantes de la opinion, los cuerpos deliberantes de la revolucion.

Algunos hombres, asustados demasiado por su analogía con la reunion de los jacobinos, creyeron que la república estaba perdida y el gobierno oprimido desde el dia en que vieron formarse los primeros clubs: otros comprendieron la diferencia que existia entre un solo club revolucionario, afiliándose á él todo el espíritu de una revolucion, como el de los jacobinos, y dominando á la convencion misma, y entre una multitud de clubs animados de diversas ideas, difiriendo en el fin y en las teorías, haciéndose oposicion y equilibrándose los unos á los otros despopularizados de antemano en el ánimo de los pueblos por los siniestros recuerdos de 1793, y ofreciendo, por el contrario, á un gobierno hábil y firme, puntos de apoyo y de resistencia contra la unidad peligrosa de una sola faccion. Por eso no inspiraron los clubs á los miembros del gobierno provisional el temor que se trató hacerles concebir.—"Yo temblaria, dijo Lamartine á los alarmistas, si no hubiese mas que un

club de los jacobiños, y no intentaria luchar contra una reunion semejante, de otra manera que insurreccionando á los departamentos. Pero con clubs numerosos, libres, sin privilegios como sin fuerzas, yo no temo nada sino tentativas confusas ó aisladas, contra las cuales el espíritu público y los mismos clubs nos servirán unos contra otros. ¡Que me llamen á su seno! Estoy dispuesto á presentarme á ellos, como Dumouriez en 1792, y á aceptar los diálogos y las acusaciones con sus oradores."

II.

Lamartine, en efecto, ayudó él mismo á los buenos ciudadanos á alquilar salas, á formar oficinas, á fundar clubs con buenas intenciones en los diferentes cuarteles de Paris, para distraer por las noches la peligrosa ociosidad del pueblo y dirigir los ánimos en el sentido de su política. Tambien entró en relaciones indirectas con los clubs mas vehementes y peor inspirados para prevenir las esplosiones y hacer refutar las mociones incendiarias por oradores que neutralizasen las sediciones. A escepcion de algunos expresidarios que pedian de cuando en cuando la acusacion de Lamartine y su cabeza, y que eran silbados y echados de la tribuna por los concurrentes, el espíritu de los clubs habia sido escelente y su accion útil por lo general hasta entonces. La presion del buen sentido público se hacia sentir sobre los malos ciudadanos, mientras que fortificaba á las buenos el sentimiento de su unanimidad. Para facilitar estas reuniones, el *maire* de Paris habia puesto provisionalmente á

su disposicion muchos edificios públicos y salas de asilo ó teatros. De esta suerte el mayor número de los clubs estaba en armonía con el gobierno, y propagaban entre la multitud sus ideas de órden, de patriotismo, de exámen y de conciliacion. Un acontecimiento vino á darles un aspecto nuevo y mas caracterizado.

El gobierno habia abierto los calabazos en que yacian hacia muchos años los precursores de la república, convictos de conspiraciones ó atentados contra la monarquía. Dos de estos primeros defensores de la causa democrática acababan de salir de la prision: eran Blanqui y Barbés. Lamartine no conocia á Blanqui, y ved aquí cómo conoció á Barbés.

Barbés habia sido condenado á muerte por el tribunal de los pares durante el último gobierno. A las cuatro de la mañana del dia en que el condenado debia ser ejecutado, una muger jóven se presentó á la puerta de la casa de Lamartine, solicitando verle. Este se levantó, y salió á recibirla. La jóven se precipitó llorando á los pies de Lamartine, y le conjuró á que salvase á su hermano. Lamartine no tenia ningunas relaciones con la córte; pero se acordó de que las habia tenido con Mr. de Montalivet, ministro y amigo del rey, y corrió en su busca. Mr. de Montalivet, corazon generoso en que las inspiraciones no deliberan mas que el valor, estaba muy enfermo; pero sin calcular sobre el estado de su salud ni sobre sus fuerzas, se levanta y hace conducir al palacio de Neuilly, donde se hallaba el rey. Este, cuyo pensamiento se adelantaba al de su ministro, perdona la vida al sentenciado.

Pero durante la entrevista de Neuilly, el motin de Abril estallaba en Paris; las descargas de la fusilería resonaban en las calles, y la cámara de diputados estaba cercada de cañones y de tropa. A su vista Lamartine tiembla de que el gobierno quiera hacer ejecutar la sentencia por temor de que el perdon aparezca como debilidad y concesion á los insurrectos; pero bien pronto, le tranquiliza un mensage de Mr. Barbés. El rey persiste en economizar la sangre, y Barbés se ha salvado. La hermana del reo esperaba su sentencia en una de las oficinas de la cámara de diputados. Lamartine le vuelve la vida, llevándole la de su hermano, y ella se desmaya besando sus manos.

Habrian trascurrido siete años desde esta escena, cuando algunos meses antes de la revolucion de Febrero recibió Lamartine dos cartas de Barbés, que éste habia hallado medio de dirigirle desde su calabozo de Nimes, burlando la vigilancia de sus carceleros. Estas cartas decian: "Os debo la existencia; despues de Dios, sois mi salvador.... Si alguna vez llegó á salir de estos muros derribados por el triunfo seguro é inevitable de la república, mi primera visita será para aquel á quien necesito demostrar mi reconocimiento, y espero que despues de haberme salvado, salvará tambien á mi patria.

Barbés habia cumplido su palabra. Al dia siguiente de llegar á Paris, vino á echarse en los brazos de Lamartine:—"Me considero doblemente feliz por vuestra libertad, le dijo el ministro de negocios estrangeros. Sois libre ya, y la república, ese gobierno de nuestra predileccion, es quien os recibe en la libertad. Podeis

serle muy útil en estos momentos. El pueblo, sin otro freno que nuestras palabras, tiene necesidad de que se le dirija y se le modere. Sois uno de sus mártires, y no solo os escuchará, sino que vuestras palabras serán oidas como las de un oráculo. Aconsejadle, no con la cólera de un combatiente, sino con la generosidad de un vencedor y con la sangre fria de un hombre de estado. La república no tiene otros peligros que correr que los de sus propios escesos. Mostrad tanto heroismo para conservarla, como impaciencia y valor habeis mostrado por establecerla. Las ideas no llegan á ser gobierno sino con la condicion de regularizarse en órden y en fuerza. Olvidad las tradiciones de la primera república, y ayudarnos á fundar una á quien no mancillen ni la anarquía ni los cadalsos, y que reconcilie poco á poco todas las quejas, atendiendo todos los derechos."

Tales fueron las palabras de Lamartine. Barbés las escuchó con señales de asentimiento.

—"Esas ideas son tambien las que yo he madurado en mi cautividad y en mi religion política, contestó. Yo no quiero emplear la influencia que mi reputacion de víctima me dé sobre el pueblo mas que para dirigirle en ese sentido. Pero yo soy estraño hace muchos años á la política. No conozco ni las cosas ni las personas. ¿Me permitireis consultaros de cuando en cuando para volver á la verdadera senda si mi ignorancia de los negocios me hiciese desviar de ella involuntariamente?"

Lamartine le prometió abrirle su corazon siempre que lo desease, y le recomendó no ligarse á los que confundiesen la democracia y la

demagogia, ó que buscasen la mejora de las condiciones sociales de los proletarios en la subversion de la propiedad, base comun que lo sostenia todo, y sin la cual propietarios y proletarios se hundirian juntos en las mismas ruinas.

Lamartine halló en Barbés los instintos de su alma exaltada, pero honrada, y las disposiciones á la moderacion y á la conciliacion en las clases que podia desear. Estas buenas disposiciones duraron algun tiempo, y hubieran durado siempre si Barbés no hubiese sido atraido muy pronto por otro foco de opiniones, en el que renovó sus ideas de nivelacion radical de las clases y de las fortunas: mira eterna de los amantes de la igualdad absoluta de bienes, desde los primeros cristianos y los Gracos hasta Babeuf y Marat; virtud en teoría, fraternidad en instituciones, demencia y crímen en la práctica revolucionaria.

Poco despues fué nombrado Barbés coronel de la legion de guardia nacional del duodécimo distrito de Paris, y fundó en él un club, que tomó su nombre, en el que las doctrinas del socialismo se mezclaron á la energía del republicanismo. El nombre de Barbés resonaba á los oidos del pueblo como una voz de alarma contra la monarquía y la clase media. Barbés hablaba poco y sin lucimiento, pero tenia el acento del soldado y la fé del mártir. Era un espartano salido de los calabozos, y se asemejaba á la estátua del esclavo vengador, hermoso, pero ajado por los hierros y devorado por el fuego inestinguible de las revoluciones.

Barbés habló á Lamartine muchas veces con

amargura de otro hombre, su rival en conspiraciones y su compañero de cautividad, á quien una fatal coincidencia de casualidades acababa de restituirle la libertad como á él, y de hacerle sospechoso á sus cómplices. Este hombre era Blanqui.

III.

Durante la permanencia de Lamartine en el Hotel de Ville, yo no se qué mano parcial para ciertos hombres comprometidos habia sustraido algunos documentos secretos depositados en las carteras del ministerio. Entre estos documentos habia una revelacion sin firma hecha al gobierno del rey sobre las tramas de las sociedades secretas. Semejante revelacion, que era evidentemente obra de un gefe superior é inteligente de estas sociedades, habia sido entregada imprudentemente á la curiosidad de un recopilador de documentos, quien la habia hecho circular. Un clamor general de indignacion contenida habia acusado al instante á Blanqui de ser su autor.

Este acababa de abrir un club. Hablaba en él con talento, pero hasta entonces dentro de ciertos límites, y dirigiéndole con el infatigable génio de las conspiraciones, cobraba fama y popularidad para reclutarse en él un ejército de opiniones estremas.

Estos rumores llegaron hasta él, y haciéndole sospechoso, apartaron de su nombre el prestigio y de su club la multitud que le rodeaba. Sus antiguos cómplices, y particularmente Barbés, le intimaron que se disculpase; le juzgaron

y le condenaron en el tribunal de la opinion republicana. Blanqui desapareció por algunos dias de su club como un hombre contaminado de sospechas, durante los cuales preparó su defensa escrita, y la hizo circular en Paris.

Esta defensa, sin disculparle completamente de algunas revelaciones vagas sobre las cosas y no sobre las personas, le disculpaba, sin embargo, lo bastante para permitirle recobrar su papel y su influencia ante un club compuesto de sus partidarios.

Volvió, pues, á él, y esta vuelta la convirtió en un triunfo. Las sospechas de que algunos momentos habia sido objeto, le imponian como una ley la obligacion de exagerar su republicanismo, y de mostrar mas fuego en su pasion de tribuno. Su club llegó asi á ser el foco de todas las exageraciones y de todos los furores demagógicos. Sin embargo, como estas exageraciones y estos furores no eran mas que juegos de palabras y reminiscencia sin conexion alguna verdadera con la naturaleza del pueblo, de la revolucion y de la época, se iba á este club como se va á un teatro histórico á ver representar sobre la escena por actores en trages antiguos, los dramas ó las parodias de otra época. Los hombres de la nobleza y de la mesocracia, insultados y amenazados por los oradores de este club, asistian á él por curiosidad, como para oir de lejos sin espantarse los rugidos de Babeuf ó de Marat.

El mismo Blanqui se burlaba del miedo que causaba su nombre, y aparentaba mas furor que el que sentia ó queria hacer concebir á sus oyentes; y aun á veces lisonjeaba diestramente con

sus ademanes y miradas á los que amenazaba con su voz. Era un tribuno, pero un tribuno que tenia mas de político que de hombre de fé. Hombre superior por su tacto, por su talento, por su diplomacia popular ante todos los agitadores del momento, los desconcertaba adelantándose á ellos, y los desafiaba continuamente á que le adelantasen á él.

Al salir de su club desaparecia en la oscuridad, no se mezclaba en lo mas mínimo en los movimientos del gobierno y de la multitud, vivia oculto en una buhardilla, no descubria su habitacion sino á un corto número de sus amigos y seides, como Lacambre y Flotte, y solo salia de noche, vestido miserablemente, para interesar al pueblo, figurando en su persona los padecimientos y la miseria del proletarismo. Su palabra no era elocuente, pero sí penetrante, hábil, meditada, y se adivinaba en sus discursos un plan, límites, medios y objeto. Su club no era un vano eco de pasiones tumultuosas como los demas clubs anti-sociales, sino un instrumento de revoluciones, cuyo teclado manejaba su mano, para levantar y dirigir las pasiones de las masas.—Sin embargo, el poder del buen espíritu y de la razon general era tan preponderante entonces, que el club de Blanqui no inspiraba inquietud ni terror á los miembros reflexivos del gobierno, antes bien los discursos que se pronunciaban en él causaban un escándolo mas útil que perjudicial á la causa de la república. Los figurantes de esta tribuna eran como el ilota beodo que se mostraba á los espartanos, para hacerles aborrecer la embriaguez.

IV.

Raspail, menos político, pero mas sectario que Blanqui, ejercia por su nombre, por su diario y por su club un ascendiente mas moderado, pero mas íntimo en los arrabales. Quince ó veinte mil hombres de estos cuarteles, verdadero monte Aventino de Paris, concurrian á sus sesiones, amaban su persona y se arreglaban á su voz. Raspail tendia al comunismo por sus doctrinas y sus peroraciones; pero este comunismo, mas sentimental que subversivo, estaba lleno de una filosofía inofensiva y de una caridad práctica que aspiraba á la igualdad por la nivelacion voluntaria y no por las espropiaciones violentas: fanatizaba al pueblo de esperanzas, sin fanatizarle de ódio contra los ricos y los dichosos; su filosofía social no tenia imprecaciones contra la sociedad, y menos aun contra el gobierno; predicaba la paciencia, el órden y la paz, y únicamente prometia mas de lo que la república podia cumplir. Sus vagas y doradas teorías eran de la naturaleza de las nubes, que presentan mil perspectivas á la imaginacion, pero que no se pueden alcanzar mas que con la vista.

V.

Cabet, otro fundador de sectas, habia abierto en el centro de Paris, calle de San Honorato, un club donde dirigia siete ú ocho mil almas. Cabet era el poeta del comunismo, y habia soñado una sociedad quimérica, que llamaba *Icaria*, en la que todas las desigualdades, todas las indigencias, y aun todas las esperanzas del trabajo, debian desaparecer en una organizacion fantástica, cuyos elementos no eran mas que hipótesis incoherentes, forjadas por una imaginacion ni siquiera fecunda en ideas.

Hijo de un artesano de Dijon, educado para la carrera judicial, diputado de su ciudad natal en 1830, separado de la política por su espulsion de la cámara en 1834, proscripto en Bélgica, Cabet habia vuelto á Paris despues de su condenacion y echádose en el seno del proletarismo, de donde procedia, para hallar en él un punto de apoyo á sus ideas y á su accion. La parte mas ignorante y mas pobre de los obreros de Paris se habia adherido á sus doctrinas: los delirios son el producto y el consuelo de los sufrimientos estremos. Cabet era el filósofo y el gran sacerdote de esta religion de bienestar, pero ella no tenia un Dios. La satisfaccion de los instintos materiales combinados mecánicamente en un órden inverso de todo órden social conocido, era todo su sistema: en pocas palabras, era el culto de la vida alimenticia, incruento, pero grosero. A este mundo le faltaban ideas, como le faltaba una divinidad. Antes de la revolucion de Febrero, Cabet habia venido algunas veces á hablar á Lamartine de su utopia. Este no solo no se la habia lisonjeado, sino que le predijo algo bruscamente que la tierra francesa se levantaria contra la esperiencia de sus quimeras, y que el comunismo quedaria enterrado en el primer surco de terreno que intentase usurpar, aconsejándole que no esperase el dia de la insurreccion contra lo imposible, y cifrase su pen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

samiento en una colonizacion regular y legal de descuaje y cultivo en los bosques del nuevo mundo.

—„De esta suerte comenzareis por una asociacion de planteadores bajo una civilizacion propietaria, que os protegerá contra vuestros propios desórdenes como protege á los *cuákeros*; despues la propiedad se introducirá por sí misma en vuestra colonia agrícola, y si se os frustra la quimera, la tierra al menos alimentará á vuestros desgraciados sectarios."

Cabet habia adoptado esta idea, é iba á trasportar su sistema á América, donde solicitaba una concesion de terrenos. La república le habia sorprendido aun en Paris, y su secta creia posible con ella la realizacion de su sistema en el suelo patrio. Cabet sostenia sus esperanzas, conteniéndole en el órden y en el respeto á las personas y á la propiedad. En vez de predicar la insurreccion á sus adeptos, les recomendaba la paciencia y el horror á la anarquía, y se lisonjeaba, segun se decia, de conquistar, por su ascendiente sobre aquella porcion del pueblo, la parte de dictadura popular que una revolucion hace accesible á todos.

VI.

Otros clubs, gobernados por hombres menos conocidos hasta entonces, reunian, ocupaban y agitaban todas las noches á los cuarteles populosos de Paris. El club de *Quince-Vingts* y de la *Sorbona* preocupaban mas á los hombres de estado del gobierno, porque conmovian á las masas mas ociosas, mas numerosas y mas

dispuestas á los motines de los cuarteles de trabajadores. El ministro de lo interior tenia en ellos agentes que le daban cuenta todos los dias del espíritu de estas reuniones populares. Lamartine los hacia vigilar por su parte, y neutralizaba sus malas tendencias con tendencias contrarias, decididamente favorecidas, y con inspiraciones comunicadas á sus oradores contra las sugestiones de los anarquistas, de los comunistas y de los agitadores estrangeros.

Estos últimos eran los que inspiraban mayores inquietudes al gobierno. Paris se llenaba de refugiados polacos, de conspiradores belgas, de demagogos alemanes, de patriotas italianos, que se habian reanimado ó corrido á Francia al estallar una revolucion que esperaban convertir en un foco europeo para incendiar al continente entero. Ocho dias despues de la revolucion habia mas de quince mil de estos estrangeros en Paris. Los italianos, mas inteligentes y mas políticos, no causaban ningun embarazo al gobierno, ni intentaban introducir la anarquía contraria á su naturaleza en una república naciente, cuya cuna abrazaban con esperanza.

Si esta república era bien dirigida, tarde ó temprano debia engrandecerse en provecho de los italianos, y estender sobre ellos una influencia salubable y una proteccion legítima desde lo alto de los Alpes.

Pero los belgas se hallaban en la mayor agitacion: sus emisarios, ligados por inspiraciones anteriores con algunos de los hombres secundarios que rodeaban al gobierno, formaban secretamente con ellos planes de insurreccion republicana en Bélgica, prometiéndose arras-

trar á su pesar á la Francia á una invasion, y que despues de haber encendido indirectamente el fuego revolucionario en Bruselas, lo estenderian á las provincias rhenanas; y fomentando así la guerra universal, asegurarian en la misma Francia el triunfo de la guerra y de la demagogia.

Los irlandeses, unidos á los cartistas ingleses, se precipitaban sobre el continente y buscaban complicidades insurreccionales en Francia, entre los demagogos en nombre de la libertad, á la vez que entre los gefes del partido católico en nombre del catolicismo.

Los alemanes refugiados de las provincias rhenanas del Wurtemberg, de la Baviera y del gran ducado de Baden, llamaban á Paris á todos sus compatriotas que habian conspirado con ellos en estos diferentes paises, para reclutar allí y en Strasburgo un núcleo de emigracion republicana, dispuesto á pasar el Rhin bajo la autoridad aparente del nombre frances, y á comprometer así á la república en una guerra de propaganda contra la Alemania constitucional.

En fin, los polacos, pueblo espatreado que toma por patria al universo, y que lleva á todas sus patrias adoptivas las virtudes y los vicios de este grande y desgraciado pueblo, el heroismo, la turbulencia y la anarquía, conmovian hasta el delirio á la poblacion de Paris. La Francia debia mucho sin duda, á esta valiente nacion casi destruida, pero no le debia el sacrificio de su política, ni el rompimiento de la paz del mundo.

Nada menos exigian los polacos del gobier-

no, y no pudiendo obtenerlo de éste, pretendian arrancarlo al pueblo. Durante los últimos diez y ocho años, las cámaras francesas, mas bien por impulso que por conviccion, habian formulado á la apertura de cada legislatura un voto estéril por la suerte de la Polonia. Los votos de un gran pueblo no pasan de ser una irrision, cuando no son mas que una voz sin accion. La Francia no podia alcanzar á la Polonia sino con la mano de la Alemania y en un trastorno general del continente. Sin embargo, se habian formado comités polacos, los unos movidos por una noble piedad hácia estos proscriptos de la libertad, los otros deseosos de esplotar en provecho de su nombre personal la popularidad aneja al nombre de la Polonia.

VII.

Fuertes con este apoyo, los refugiados polacos atizaban el fuego de la guerra en los clubs y formaban ellos otros mas incendiarios que los clubs franceses. Algunos abusaban de la hospitalidad para poner fuego al asilo que la Francia les ofrecia, y empleaban los subsidios de ésta en agitarla y arrastrarla á los motines y á la anarquía. La sociedad polaca secreta, en cuyos conciliábulos penetraba la policia del gobierno, volvia á tomar en Paris la lengua y las tradiciones de 1793. El nombre de Lamartine, sobre todo, era entregado allí todas las noches á la execracion y á la justicia de los sicarios como el del hombre que resistia con mas teson las tramas de los demagogos estrangeros contra la república. Desde estas primeras semanas veíase

apuntar el plan y el crímen del 15 de Mayo siguiente.

Los otros polacos refugiados seguian las patrióticas inspiraciones del príncipe Czartoriski y de los demas gefes y generales refugiados. Su conducta era digna de la consideracion que debian á su causa y á la Francia, y se contentaban con volver su vista hácia su pais y pedir la libertad de volver á él para morir allí por su independencia.

Entre tanto la Europa parecia suspensa entre el terror que le inspiraba la revolucion de Paris y la esperanza de poder conservar la paz que le habia hecho entrever el manifiesto del gobierno provisional. El ministro plenipotenciario de América habia sido el primero á reconocer la república francesa, adelantándose á las órdenes de su gobierno, y por el solo título de conformidad de instituciones.

La Suiza, á quien la revolucion francesa fortificaba contra la pasion casi violenta del Austria, mostraba disposiciones menos favorables. El ministro de negocios estrangeros se admiraba de ver que la república francesa habia sido menos bien acogida en Berna que en Berlin, y no podia disimularse que esta frialdad de la Suiza, por quien la Francia acababa de mostrar tantas simpatías en las últimas discusiones parlamentarias, participaba del egoismo de las democracias mercantiles, que calculan mas que sienten.

Era evidente que la Suiza, colocada por su posicion geográfica entre la Alemania y la Italia, temia ser agitada por este contacto y obligada á gastar su oro y su sangre por la causa de otras independencias que la suya. Lamartine, que

meditaba una triple alianza de la Francia republicana, de la Italia constitucional y de la Suiza federativa, para contrabalancear en caso necesario el peso del Norte, vió con amargura frustradas sus esperanzas, y quedó profundamente humillado por la actitud de la Suiza. Sin embargo, ésta no hizo ningun acto de desafeccion á la Francia, y reconoció oficialmente á la república.

VIII.

Los correos que llegaban sucesivamente de todas partes de Europa anunciaban la aceptacion del manifiesto como base de una política incontestada, y como tipo del carácter con que la nueva república francesa queria aparecer en el mundo. Los embajadores y ministros de todas las potencias recibieron órdenes de sus gobiernos para continuar residiendo en Paris, y conservar relaciones oficiosas y cordiales con el ministro de negocios estrangeros de la república. Estas relaciones, que las circunstancias hacian muy frecuentes, proporcionaron muchas conferencias, en que el ministro manifestó francamente las intenciones altamente republicanas, pero lealmente inofensivas del gobierno, y contribuyeron poderosamente á la paz. A falta de notas diplomáticas que la suspension de las relaciones oficiales hacia impracticables, el gabinete de negocios estrangeros era un congreso permanente y preparatorio, una negociacion directa con todas las córtes, á las cuales trasmitian los embajadores las palabras y las ideas cambiadas entre ellos y el ministro de la república. Estas negociacio-

nes entre hombres que se abren sus corazones y se interrogan mútuamente sobre el teatro mismo de los acontecimientos, adelantan mas las cosas que notas diplomáticas cambiadas á bastante distancia durante muchos años de negociaciones. El papel no tiene corazon, la palabra sí, y el corazon entra por algo aun en la negociacion de los grandes intereses de los imperios.

IX.

Cuando el ministro de negocios estrangeros adquirió la certeza de las favorables disposiciones de los gobiernos, procedió á nombrar los embajadores y ministros que debian representar á la república cerca de ellos. Mr. de Harcourt, antiguo par de Francia, hombre de una dignidad personal igual á su gran nombre, fué nombrado embajador en Roma. Esta eleccion, aunque muy liberal, no tenia nada de revolucionaria, y anunciaba á la vieja aristocracia francesa, á los hombres religiosos de Francia y al soberano pontífice, que la república queria tratar al gefe espiritual del catolicismo con el respeto debido al representante de una gran parte de las conciencias. Por su parte, el papa aseguraba, por el órgano de su ministro en Paris, que él no distinguia de gobierno, y que sus palabras eran bendiciones y no anatemas contra la república. El gobierno frances respondió con franqueza á estas insinuaciones, y declarándole que la tendencia de la república era la separacion mas ó menos próxima de lo temporal y de lo espiritual, así como la no intervencion del estado en la administracion y en el pago de los cultos, le garantizaba al mismo tiempo que la república, eminentemente religiosa por inspiracion, no haria esta tan trascendental y necesaria trasformacion sino despues de haber provisto á la existencia de los ministros de los cultos y al servicio de las iglesias y de las conciencias, organizando la libre asociacion de los fieles para sus necesidades religiosas. Este cambio de la dotacion del estado en asignacion libre de los asociados para su culto, no se ejecutaria sino por medio de la estincion de los ministros de las diferentes comuniones. Con esta medida la fé debia ganar en pureza, las creencias individuales en libertad, la dotacion de las conciencias en grandeza y en respeto. Esta era la llave de la revolucion, porque la emancipacion regular de los cultos es la libertad de Dios en las almas.

Roma y los hombres eminentes del clero no parecian asustados de estas declaraciones y de la tendencia filosófica de la nueva república; antes bien, veian en ella la salvacion, la dignidad y un aumento de fuerza propia en el imperio del sentimiento religioso sobre los corazones.

El ministro de negocios estrangeros habló en el mismo sentido al arzobispo de Paris, hombre verdaderamente piadoso y capaz de comprender mas altos destinos para su iglesia que una solidaridad con los gobiernos, tan pronto tiránica como servil.

X.

El general Aupick fué nombrado para la embajada de Constantinopla. Habia estado mucho

nes entre hombres que se abren sus corazones y se interrogan mútuamente sobre el teatro mismo de los acontecimientos, adelantan mas las cosas que notas diplomáticas cambiadas á bastante distancia durante muchos años de negociaciones. El papel no tiene corazon, la palabra sí, y el corazon entra por algo aun en la negociacion de los grandes intereses de los imperios.

IX.

Cuando el ministro de negocios estrangeros adquirió la certeza de las favorables disposiciones de los gobiernos, procedió á nombrar los embajadores y ministros que debian representar á la república cerca de ellos. Mr. de Harcourt, antiguo par de Francia, hombre de una dignidad personal igual á su gran nombre, fué nombrado embajador en Roma. Esta eleccion, aunque muy liberal, no tenia nada de revolucionaria, y anunciaba á la vieja aristocracia francesa, á los hombres religiosos de Francia y al soberano pontífice, que la república queria tratar al gefe espiritual del catolicismo con el respeto debido al representante de una gran parte de las conciencias. Por su parte, el papa aseguraba, por el órgano de su ministro en Paris, que él no distinguia de gobierno, y que sus palabras eran bendiciones y no anatemas contra la república. El gobierno frances respondió con franqueza á estas insinuaciones, y declarándole que la tendencia de la república era la separacion mas ó menos próxima de lo temporal y de lo espiritual, así como la no intervencion del estado en la administracion y en el pago de los cultos, le garantizaba al mismo tiempo que la república, eminentemente religiosa por inspiracion, no haria esta tan trascendental y necesaria trasformacion sino despues de haber provisto á la existencia de los ministros de los cultos y al servicio de las iglesias y de las conciencias, organizando la libre asociacion de los fieles para sus necesidades religiosas. Este cambio de la dotacion del estado en asignacion libre de los asociados para su culto, no se ejecutaria sino por medio de la estincion de los ministros de las diferentes comuniones. Con esta medida la fé debia ganar en pureza, las creencias individuales en libertad, la dotacion de las conciencias en grandeza y en respeto. Esta era la llave de la revolucion, porque la emancipacion regular de los cultos es la libertad de Dios en las almas.

Roma y los hombres eminentes del clero no parecian asustados de estas declaraciones y de la tendencia filosófica de la nueva república; antes bien, veian en ella la salvacion, la dignidad y un aumento de fuerza propia en el imperio del sentimiento religioso sobre los corazones.

El ministro de negocios estrangeros habló en el mismo sentido al arzobispo de Paris, hombre verdaderamente piadoso y capaz de comprender mas altos destinos para su iglesia que una solidaridad con los gobiernos, tan pronto tiránica como servil.

X.

El general Aupick fué nombrado para la embajada de Constantinopla. Habia estado mucho

tiempo al lado de los príncipes, pero los miembros del gobierno, y aun el mismo ministro de lo interior, le designaron con confianza para representar á la república en uno de los puntos esteriores de mas importancia, porque se sabia que antes que nada era fiel á la patria. Una alta capacidad militar y un espíritu reflexivo y seguro indicaban al general Aupick para un puesto en que las diplomacias del mundo podian chocar entre sí. No se consideró, pues, mas que su aptitud, pues se estaba seguro de su conciencia.

Para Lóndres no se nombró en un principio mas que un simple encargado de negocios, á fin de evitar con la ausencia de otro agente de órden mas elevado, todo motivo de roce entre dos gobiernos que tenian la íntima voluntad de conciliarse para conservar la paz del mundo, y á quienes cualquier incidente habria podido agriar y dividir. Mas adelante Lamartine envió allí á Mr. de Tallenay, ministro en Hamburgo, antiguo diplomático, conocedor de la Inglaterra, de un carácter franco, conciliador, fácil, propio para las conferencias estra-oficiales y para preparar modestamente las negociaciones oficiales cuando el reconocimiento de la república le permitiese hacer uso de sus poderes.

Pero las conferencias diarias del embajador de Inglaterra, lord Normanby, con el ministro de negocios estrangeros y sus cordiales relaciones, hacian inútil un embajador frances en Lóndres. Lord Palmerston y el gabinete inglés parecian haber comprendido con su gran sagacidad el carácter pacífico, moderado y civilizador de la república, dirigido en el esterior con un

espíritu benévolo de respeto é inviolabilidad á las diversas instituciones de los pueblos. Una actitud contraria por parte del gobierno inglés habria reanimado las antipatías contra la Gran-Bretaña, que Lamartine, como Mirabeau, Lafayette y Talleyrand, queria amortiguar y estinguir en Francia. La Inglaterra, aceptando la fraternidad ofrecida dignamente por la república, merecia bien de la humanidad. El ministerio de lord Palmerston recogerá el fruto de su conducta en la historia. El ministro de la república, sabia que no era posible ninguna coalicion formal en el continente sin el concurso y los auxilios de la Inglaterra, y por tanto queria evitar á toda costa el dar un pretesto á la aristocracia inglesa para empeñar al gabinete inglés á una cruzada contra la república; ganar tiempo era, pues, para él, ganar sangre y fuerzas para la Francia. Si mas adelante debian suscitarse causas de disensiones y de guerras, queria que ellas hallasen á la Francia en su derecho y á la república dispuesta para la guerra. Entonces no lo estaba, y una coalicion, sorprendiéndola, la habria hundido.

Este fué uno de los motivos porqué el ministro de la república resistió con inflexible energía la idea de trastornar la Bélgica por las temeridades desleales que paso á paso se intentaban sobre sus fronteras, y que habia reprimido. Rechazando todo contacto con los republicanos belgas, llegados á Paris para concertarse con los republicanos franceses de la antigua escuela, habia enviado á Bruselas muchos agentes confidenciales con órden de observar el verdadero estado de la opinion, y de apagar en vez de fo-

mentar la hoguera demagógica en esta capital. El principal de estos agentes, hombre de ardor y de energía, pero que no conocia bien la situacion de la Europa, inspiró algunos recelos en Bruselas. El ministro de negocios estrangeros le llamó al instante á Francia, y envió en su lugar un hombre esperimentado y de calma, Mr. Bellocq, antiguo diplomático ejercitado en el manejo de negocios delicados.

El inconveniente aparente para la república francesa de tener en Bruselas un rey unido por los lazos de la sangre á la dinastía desterrada de Francia, no lo era en rigor, ni mas que una susceptibilidad indigna de la república. La sublevacion de la Bélgica y su agregacion á la Francia en semejantes momentos hubiera sido una declaracion de guerra prematura é impolítica á la Inglaterra, que haciendo caer al ministerio liberal de Lóndres, lanzaria á ésta en una coalicion. La Francia no hubiera sido mas ni menos fuerte con el apoyo de la Bélgica para su causa, y el respeto á esta nacionalidad valia á la república el quietismo de la Inglaterra, el silencio de la Alemania, la consideracion del mundo.

El ministro seguia cuidadosamente las tramas que se urdian en Paris para unir prematuramente estas dos causas. Sus conferencias con el príncipe Ligne, en las cuales le manifestó sus sentimientos de lealtad y de prudencia, así como la confianza que le mostró este digno embajador del rey de los belgas, contribuyeron poderosamente á prevenir intentos de propaganda perjudiciales á ambos pueblos, á la paz europea y á la república misma.

Para enviado en Holanda Lamartine nombró á Mr. de Lurde, que conocia la diplomacia del Norte y las dobles influencias que desde San Petersburgo y Lóndres se disputaban la córte del Haya.

A Berna envió á Mr. de Thiard, de nombre aristocrático, de gran talento, de ojo ejercitado, y adicto desde el fin de la emigracion y desde la caida del imperio á la oposicion liberal. Los veteranos de este partido en *El Nacional* consideraban una embajada ofrecida á Mr. Thiard como una garantía dada á sus opiniones. El ministro de negocios estrangeros lo creia muy á propósito para practicar la diplomacia republicana, pero anti-demagógica, que queria hacer prevalecer, y le recomendó las mayores consideraciones con la Suiza, cuya cordialidad, preliminar de las alianzas, queria conquistar. No se atrajo, sin embargo, tanta como deseaba el ministro, ya porque el embajador no diese á conocer bastante esta inclinacion de la Francia á la Suiza, ya porque ésta temiese comprometerse con una república que contaba tan pocos dias de existencia. Fué esto una desgracia para ambos pueblos, y sobre todo para la Italia. Un sistema de alianza pacífica iba unido á este pensamiento. Ese sistema fué aplazado por la frialdad de la Suiza, comprometido por las batallas del Goito y de Novara. La misma naturaleza de las cosas lo hará renacer bajo gobiernos mas inteligentes, y que lo comprendan mejor. La Suiza se arrepentirá de sus vacilaciones y de sus lentitudes.

Mr. Bixio fué enviado á Turin en calidad de encargado de negocios, pues la incertidumbre de

las relaciones entre esta córte, hasta entonces sacerdotal y absolutista, con la república francesa, no permitia enviar allí un embajador ó un ministro.

Mr. Bixio elevó su encargo á la altura de su inteligencia y de su patriotismo, y, aunque nuevo en los negocios, mostró que se nace diplomático. Su mision era delicada, precisamente porque era leal. Debia inspirar á la córte de Turin disposiciones favorables á la Francia, sin impulsarla ni por un gesto, á una guerra contra el Austria, guerra á que no dejaria de arrastrarla demasiado temerariamente su impaciente ambicion, al mismo tiempo que dar confianza y autoridad al partido constitucional y liberal de Italia, sin halagar ni escitar al partido republicano, partido prematuro y ruinoso para la emancipacion de Italia.

Los azares y la contradictoria fortuna del Piamonte y de la Lombardía, sujetaron á pruebas difíciles el tacto de este jóven diplomático, quien no cometió una sola falta en una situacion en que los negociadores mas consumados las habrian cometido. La Francia no tiene que acusarse del derramamiento de una sola gota de sangre de la Italia por la conducta de su diplomacia en el Piamonte ni en la Lombardía. La Italia no recibió ni siquiera un consejo porque pudiese reconvenir legítimamente á la Francia. Mr. Bixio, de origen italiano, frances de corazon, manifestó en su actitud el sentimiento y la conveniencia de sus dos patrias. El ministro iba á ascenderle á funciones mas importantes, cuando se abrió la asamblea nacional. Mr. Bixio, elegido representante, queria asistir á ella, y por

ella se sacrificó en las jornadas de Junio como soldado de vanguardia, derramando profusamente su sangre por la república. Nombrado ministro despues de la eleccion del presidente, se retiró del ministerio algunos dias despues por una susceptibilidad mal entendida. Su disposicion para la diplomacia era evidente, y debe ser llamado de nuevo á esta carrera.

Mr. de Boissy habia sido nombrado ministro en Florencia. Como antiguo diplomático, conocia la Toscana. Su muger, natural de Rávena, era célebre por su belleza, su entusiasmo y su patriotismo. Su solo nombre bastaba para negociar con el alto liberalismo de la Italia central, porque tenia relaciones de amistad literia con todos los patriotas ilustres de los Estados romanos, de Pisa, de Venecia y de Florencia. Mr. de Boissy, hombre audaz y estremado, se habia adherido con resolucion á la república, y mostrádose en Paris tan animoso para defenderla contra la demagogia, como á propósito era por su existencia espléndida y por la aristocracia de su nombre para servirla en el esterior. No partió, sin embargo, para su puesto, deseoso mas bien de entrar en la asamblea nacional y de ocupar la tribuna, que de figurar en una córte. Fué, por lo tanto, reemplazado cerca del gran duque de Toscana por Mr. Benoit Champy, aliado de Lamennais y patrocinado por este nombre ilustre y popular. Esta eleccion fué muy acertada. El hombre fué digno del príncipe ilustrado y liberal que hacia de la Toscana una república, ó mas bien una familia, por las tradiciones libres y suaves de su gobierno. Mr. Benoit Champy hizo amar la república al príncipe mismo á quien

su influencia debia arrojar algunos dias despues de sus Estados. Si los consejos de aquel se hubieran seguido mas enérgicamente, ellos habrian preservado á la Toscana de tan deplorable acontecimiento y de la reaccion contra la Italia central.

XI.

Madrid era una de las córtes en que se hacia mas difícil apropiar un enviado de la Francia á la situacion de España. El general Narvaez, hombre muy superior á la fama militar que tiene fuera de su pais, era para la España una especie de Richelieu, militar omnipotente en segunda línea. En una córte dividida y sumergida en los placeres, Narvaez habia estudiado en un principio, con una sombria y silenciosa ansiedad, el carácter y la revolucion francesa. Juzgando, pues, á la Francia por la España, habia debido creer que la guerra civil tendria en ella gefes entre los príncipes y generales de la casa de Orleans; y en la prevision de estos acontecimientos, en que la España habria tenido que representar su papel por consecuencia de sus relaciones de familia con la dinastía de Julio, se habia esplicado con una ambigüedad alarmante y concentrado tropas en los Pirineos. Pero el manifiesto del gobierno provisional, y las esplicaciones de su ministro con el encargado de negocios de España en Paris, cambiaron las disposiciones de Narvaez. Las intrigas de la Francia y de la Inglaterra en Madrid agitaban á la España é inquietaban continuamente al general sobre la duracion de

su autoridad. Lamartine, retirando la mano de la Francia de estas intrigas, y dejando á la España su independencia interior, tranquilizaba al gobierno de este pais, y no dejaba á Narvaez otra influencia contraria que la de la Inglaterra. El resultado de semejante política fué el que debia ser: la Francia no causó mas recelos, y fué tanto mas solicitada, cuanto menos se imponia.

Entre tanto, para continuar este sistema no se necesitaba en Madrid un republicano muy ardiente que hubiera podido causar recelos á la constitucion y agitado el republicanismo impotente de Cataluña, ni un apellido militar que hubiera reanimado los recuerdos de la guerra de la independencia, ni un diplomático de Julio, poco celoso por la república, que hubiera podido adormecerse en su adhesion reciente á la casa de Orleans, y cerrar los ojos á las tentativas de restauracion dinástica en Francia, tramadas quizá en el palacio de Madrid ó en el de Sevilla, que iba á habitar el duque de Montpensier. El ministro de negocios estrangeros halló en Mr. de Lesseps, cónsul general de Francia en Barcelona, un hombre acostumbrado al carácter español, agradable á Narvaez, que se ceñiria estrictamente á sus instrucciones, y le nombró embajador en Madrid. Con este nombramiento se disiparon las desconfianzas y desaparecieron las repugnancias mútuas ante el interes bien entendido de ambos pueblos. Jamas la Francia y la España se hallaron en una situacion mas conforme á su naturaleza, que aproxima á ambos paises cuando una falsa política no los separa. El general

Narvaez comprendió perfectamente las intenciones de la Francia; las simpatías de ambos pueblos pudieron desarrollarse libremente, y el gobierno provisional evitó al país la reunion del ejército de los Pirineos, mejor guardados por la seguridad de las relaciones y por la lealtad recíproca, que por la fuerza.

XII.

El estado de la Italia no se descubria aún. El ministro de la república lo presentia, y la situacion que iba á resultar de él para la Francia no permitia establecer negociaciones íntimas con el Austria.

Mr. de Metternich reinaba aun en Viena, sin presumir el volcan que tenia á sus pies. El espíritu de este ministro no habia envejecido, pero sí debilitádose su carácter por la larga prosperidad del imperio: creia en la eternidad de la aristocracia germánica, y se fiaba en su génio protector: grande, sereno, fácil, dichoso, hacia algunos años que dejaba á su fortuna que lo hiciese todo. Esta larga fortuna era una red en que debia verse envuelto. El instinto de Lamartine lo habia comprendido así. Un viento destructor combatia hacia algunos años al gabinete de Viena. La Hungría, la Galitzia, la Polonia, la Bohemia, la Lombardía y Venecia, todas estas partes del imperio, mal cimentadas con el imperio mismo, tendian al parecer á una disolucion. La Francia, que no queria forzar nada por este lado, queria aceptarlo todo de la fortuna.

Los primeros choques de la república francesa con el continente empezarian por la Italia ó por la Suiza. La guerra en principio, aunque no declarada, existia sí entre Viena y Paris, ó mas bien no era la guerra ni la paz, sino una actitud mista que participaba de ambas cosas. El gobierno no trató de disimular esta situacion, pues no queria ni engañar á Mr. de Metternich con subterfugios de mala fé, ni engañarse á sí mismo. Declaró, pues, francamente las disposiciones de la república á Mr. de Apponi, embajador de Austria en Paris. Leal y caballeresco, se contentó con dejar en Viena un encargado de negocios, amado de la vieja Alemania y de la córte para escuchar y observar sin obrar. Obrar hubiera sido engañar, y la diplomacia de la república no queria engañar á nadie, ni aun á su enemigo natural, el Austria.

Menos feliz fué la eleccion hecha en Nápoles bajo la fé del partido de *el Nacional*, cuyas capacidades y ambiciones deseaba emplear y satisfacer. El secretario de legacion que el gobierno nombró cerca de esta córte, y al que dió instrucciones conforme á su pensamiento sobre una confederacion de la Italia, pensamientos que no escluia á los tronos, se desvió enteramente de la línea de conducta que le habia trazado el ministro de la república, y tomando al parecer por guia, ya al partido de la propaganda radical de Paris, ya á los partidos estremos de Nápoles, observó en el lenguaje y la actitud de los antiguos enviados de la convencion, cuya mision era violentar á los reyes y fanatizar á los pueblos. El almirante Baudin, que mandaba la flota en Nápoles, comprendió mejor lo que exigia la dignidad de la república, y reprimió

en cuanto de él dependia el escesivo celo del encargado de negocios. Este fué llamado á Francia, y se envió en su lugar un hombre de calma y de sagacidad, Mr Bois-le-Comte. Habia sido colaborador de Mr. Bucher en el inmenso trabajo histórico sobre nuestra primera revolucion, llevando el peso de los detalles y practicado el sentido verdadero de la nueva diplomacia republicana en el gabinete del ministro desde el 24 de Febrero. Despues fué enviado de la república en Turin.

Lamartine deseaba que la república conferenciase con el gabinete de San Petersburgo, convencido como estaba de que no habia entre ambas potencias otra incompatibilidad que el estado de la Polonia. Solo por este punto podian chocar, no por un interes territorial, sino por una antipatía moral. En Europa, la ejecucion primera de los tratados de Viena, la restitucion al reino de Polonia por el emperador de Rusia de sus instituciones propias y liberales, podian permitir á ambas políticas reconciliarse con honra y seguridad mútuas. Pero para ello se necesitaba tiempo y reflexion, y Lamartine no quiso aventurar sus pensamientos y la dignidad de la república enviando agentes que esponia á ser recibidos con frialdad; solo dejó, pues, en San Petersburgo un simple secretario de embajada, nombrado por el ministro de la monarquía, sin ninguna mision política. En el ministro del emperador en Paris tenia un intérprete oficioso, hábil, benévolo, de los pensamientos de su señor y de la Francia. Las relaciones frias y poco frecuentes no tuvieron jamas un acento de acritud. No se choca desde tan lejos, á menos de

no querer chocar por antipatía y por sistema. El emperador era demasiado justo, y la república demasiado sábia para no mirarse con sangre fria.

Pero el puesto á que el ministro daba mas importancia era Berlin. Este gabinete era, como en 1791, la balanza del equilibro continental. La Rusia, la Inglaterra, la Alemania del Norte, se encontraban y se disputaban allí el favor decisivo de una monarquía militar poderosa, y del espíritu público preponderante en el gabinete de un rey filósofo, aventurero, activo, ansioso de tomar la iniciativa, intrépido en las novedades, capaz de comprenderlo, de arriesgarlo, de intentarlo todo. El nudo de la paz y de la guerra europea, de la emancipacion y de la reconstitucion de la Alemania, de la regeneracion pacífica y parcial de la Polonia, era Berlin. La primera palabra que dijese el rey de Prusia acerca de la república francesa seria forzosamente la palabra del continente entero; nadie se atreveria á decir *guerra* cuando hubiese dicho *paz*. Es fácil, pues, de concebir el interes de Lamartine, que queria la paz, en que esta palabra fuese puesta en los lábios del rey de Prusia por el génio de la humanidad y por disposiciones favorables á la revolucion de Paris.

XIII.

Lamartine buscó, pues, y halló al instante cerca de sí al hombre á propósito para personificar primero confidencialmente, y despues oficialmente, en Berlin, la tendencia filosófica, la ciencia germánica y las perspectivas diplomáticas de la nueva revolucion francesa, presenta-

das á aquella córte por un talento casi universal.

Este hombre, poco conocido hasta entonces fuera de la sociedad aristocrática, literaria y científica, se llamaba Mr. de Circourt. Habia servido en la diplomacia en tiempo de la restauracion, y la revolucion de Julio lo habia vuelto al aislamiento, empeñándole en una oposicion mas bien legitimista que democrática. Durante los años que siguieron á aquella, se entregó á estudios, para los cuales apenas habrian bastado muchas vidas de hombres, y que sin embargo no eran mas que distracciones de la suya. Lenguas, razas, geografía, historia, filosofía, viages, constituciones, religiones de los pueblos desde la infancia del mundo hasta nuestros dias, desde el Thibet hasta los Alpes, todo, todo lo habia reflexionado y aprendido. Podia interrogársele sobre la universalidad de los hechos ó de las ideas de que se compone el mundo, sin que tuviese necesidad para responder de consultar otros libros que su memoria. La estension y la profundidad de sus nociones era tal, que jamas se le encontraban fondo ni límites. Mapamundi, vivo de todos los conocimientos humanos, hombre en quien todo era cabeza, y cuya cabeza estaba á la altura de todas las verdades, imparcial ademas, Mr. de Circourt permanecia indiferente entre los sistemas, como un ser que no fuese mas que inteligencia y que no participase de la naturaleza humana mas que por la mirada y por la curiosidad.

Mr. de Circourt habia casado con una jóven rusa de raza aristocrática y de un talento europeo; por quien se habia atraido todo lo que habia de eminente en las letras y en las córtes de

Alemania. El mismo habia residido en Berlin, donde se relacionó con los hombres de Estado, y el rey de Prusia, literato y liberal, le habia honrado admitiéndole con alguna intimidad en su córte. Sin ser republicano Mr. de Circourt, estaba bastante penetrado de los grandes horizontes que una república francesa, obra del génio progresivo y pacífico de la Francia nueva, podia abrir al espíritu humano, para saludarla y servirla con celo. Comprendia ademas, como Lamartine, que la paz era necesaria á la libertad, y que la paz estaba en Berlin y en Lóndres.

Lamartine le dió por escrito sus instrucciones confidenciales para comunicar reservadamente lo conveniente al rey de Prusia y á sus ministros. En el fondo, estas instrucciones no eran otra cosa que la filosofía de la paz comun á todas las almas ilustradas con el rayo divino, filosofía que habia llegado á ser política por la concordancia de ideas entre el corazon de un rey y el espíritu de un ministro de una gran democracia naciente. Mr. de Circourt era capaz de comentar las instrucciones, y de acomodarlas al génio de una córte y á las eventualidades de la Alemania. La alianza tácita, al menos entre la Alemania y la Francia; la inviolabilidad del territorio; la tendencia á la unidad moral de la Alemania, que descentralizaria los pequeños Estados de la influencia esclusiva del Austria; el arbitrage poderoso de la Prusia entre la independencia germánica y la presion de la Rusia; la restitucion de una parte moral de la nacionalidad constitucional á las desmembraciones aun latentes de la Polonia, formaban los testos apenas indicados de dichas instrucciones.

Mr. de Circourt partió, y durante su estancia en Berlin, sostuvo con el ministro de negocios estrangeros una correspondencia íntima, que formaria un volúmen sobre el Estado del Norte. No se engañó en ninguna de sus previsiones, é inclinó el ánimo del rey de Prusia á todas las ideas de conciliacion y de equilibrio que estaban en el interes verdadero de ambos Estados. Cuando estalló la revolucion de Berlin, la república francesa no tenia necesidad de ella para ver triunfar allí la causa de la paz y de la humanidad que Mr. de Circourt habia ido á defender. Lamartine y su enviado en Prusia se afligieron mas que se alegraron de una revolucion que, impulsando al rey mas allá de sus intenciones, le haria quizá mas tarde retroceder hasta echarse en los brazos de la Rusia.

FIN DEL LIBRO XI.

LIBRO DUODECIMO.

I.

Mientras que estas negociaciones secretas, pero leales, preparaban é iluminaban en el esterior el terreno europeo en que la república queria establecerse sin trastorno de las demas nacionalidades; mientras que su diplomacia tenia en suspenso al mundo y daba así á la nacion tiempo de constituirse y de armarse para la defensa, Paris continuaba viviendo de entusiasmo y respirando las esperanzas casi unánimes de su revolucion. La república no tenia enemigos, sino apenas algunos incrédulos, y los que en los primeros momentos habian temblado á su nombre, se admiraban de su magnanimidad, de su calma, de su armonía. Los primeros pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mr. de Circourt partió, y durante su estancia en Berlin, sostuvo con el ministro de negocios estrangeros una correspondencia íntima, que formaria un volúmen sobre el Estado del Norte. No se engañó en ninguna de sus previsiones, é inclinó el ánimo del rey de Prusia á todas las ideas de conciliacion y de equilibrio que estaban en el interes verdadero de ambos Estados. Cuando estalló la revolucion de Berlin, la república francesa no tenia necesidad de ella para ver triunfar allí la causa de la paz y de la humanidad que Mr. de Circourt habia ido á defender. Lamartine y su enviado en Prusia se afligieron mas que se alegraron de una revolucion que, impulsando al rey mas allá de sus intenciones, le haria quizá mas tarde retroceder hasta echarse en los brazos de la Rusia.

FIN DEL LIBRO XI.

LIBRO DUODECIMO.

I.

Mientras que estas negociaciones secretas, pero leales, preparaban é iluminaban en el esterior el terreno europeo en que la república queria establecerse sin trastorno de las demas nacionalidades; mientras que su diplomacia tenia en suspenso al mundo y daba así á la nacion tiempo de constituirse y de armarse para la defensa, Paris continuaba viviendo de entusiasmo y respirando las esperanzas casi unánimes de su revolucion. La república no tenia enemigos, sino apenas algunos incrédulos, y los que en los primeros momentos habian temblado á su nombre, se admiraban de su magnanimidad, de su calma, de su armonía. Los primeros pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gramas del gobierno, el respeto voluntario del pueblo á la autoridad ungida del azar, la paciencia de los obreros, la caridad de los ricos, la serenidad de todos, derramaban un resplandor benéfico sobre las primeras semanas de la república. Los desgraciados esperaban, los dichosos disfrutaban de seguridad, y las opiniones mas contrarias se reconciliaban en el amplio terreno de la libertad, asilo comun y seguro abierto á todo el mundo. Los partidos precipitados del poder, y admirados aún de su caida, mostrábanse entonces muy agradecidos al gobierno por la magnanimidad con que prohibia todas las recriminaciones, todas las proscripciones, y los invitaba al ejercicio libre y completo de sus derechos políticos.

Los departamentos se organizaban pacíficamente en comicios patrióticos para buscar de buena fé y de comun acuerdo, no los hombres de partido, sino los mejores ciudadanos de todas las profesiones propias para unirse y consolidar las diversas partes de la república en una asamblea nacional. Si alguna vez es necesario convencer á los que no creen en la libertad de la omnipotencia del sentimiento generoso y de la amnistía de las opiniones sobre un pueblo, habrá qué ponerles ante los ojos el cuadro de estos dos meses de concordia y de alegrías continuas de los corazones. A escepcion de algunas declamaciones incendiarias intentadas aquí y allí en algunos clubs inmundos, y que el gobierno dejaba evaporar en la indiferencia general y en el desprecio público, no hubo ni siquiera una injuria de un ciudadano á otro, ni una riña por opiniones, ni que ejercer

una represion violenta sobre la generalidad del territorio. Treinta y seis millones de almas apasionadas pasaban con el mayor órden á la voz de algunos hombres de una clase de gobierno á otra. El suplicio habia sido abolido, las prisiones no se abrian mas que para los malhechores; las leyes eran obedecidas aún en materias de impuestos, por un pueblo lleno de sufrimientos y de privaciones; la palabra y la conciencia tenian fuerza de leyes; el espíritu de conquista era repudiado, y hasta la guerra, ese impulso natural del pueblo frances, era contenido solamente por la mano de la filosofía. Se veia y podia conocerse la mano de Dios dirigiendo á un pueblo.

II.

Esta situacion habria continuado indefinidamente, si aquella inspiracion de juicio, de verdad y de fraternidad prácticas no hubiese sido contrariada en el seno mismo del gobierno por otras inspiraciones menos felices; inspiraciones póstumas de una época que no tenia, que no debia tener ninguna analogía con la presente; parodia deplorable de la primera república; lenguaje de esclusivismo, de aspereza y de amenazas á un pueblo que se admiraba de ser tratado rudamente, é intimidado en el momento en que, sin impulso de nadie, se adheria unánimemente á una república que creia de concordia y de buena armonía. El primer efecto de este error de una parte del gobierno se reveló el 15 de Marzo, cuando todo se hallaba en completa calma.

En el ministerio de lo interior, Mr. Ledru-Rollin lo disponia todo casi absoluta y esclusivamente. Este ministerio era muy importante por la inmensidad de sus atribuciones, y habia tomado aún mas importancia por la influencia del nombre, del talento y de la popularidad democrática del hombre á quien habia sido confiado. Una de sus atribuciones era dirigir el espíritu público, organizar las elecciones. Se ignora por qué mano fué redactada la primera circular dirigida por el ministerio de lo interior á las autoridades de la república en los departamentos. Lo que se hacia en los ministerios era tan estraño al ministro de negocios estrangeros, como sus actos lo eran á sus colegas. Unidos y conformes en las grandes tendencias de órden y de republicanismo, podian disentir en los detalles: cada uno seguia, pues, su parecer, y no respondia de sus actos mas que á su conciencia y al pais.

La esfera republicana en que se movia el ministerio de lo interior no era el temperamento de Lamartine ni de la moyoría del gobierno. Esto producia frecuentes disensiones; pero sin que sospechasen unos de otros, pues la franca energía de las disensiones escluia toda idea de perfidia.

Estas oposiciones entre ambas clases de republicanismo, que chocaban entre sí, pero que con frecuencia se modificaban y se conciliaban en el consejo, habian traspirado fuera de las deliberaciones del gobierno. La mayoría del pais se adheria á los miembros moderados y liberales del consejo: la minoría, mas ardiente y acerba, al ministro del interior y á sus partidarios. Los hombres de este partido le asediaban, segun se decia, con sus consejos é impaciencias republicanas, tratando de arrastrarle fuera de la senda de concierto y concordia en que, como todos sus colegas, queria contener las cosas y los ánimos. Estos consejeros, demasiado ardorosos, redactaban las disposiciones del ministerio de lo interior, y sustituian sus ideas en palabras equívocas y mal sonantes al espíritu y á las ideas del gobierno. Sentiase la influencia opuesta de dos genios contrarios en el poder; pacífico el uno, agitador de las pasiones el otro.

III.

La primera circular importante del ministro de lo interior sobre elecciones, apareció el 12 de Marzo.

Esta circular fué la voz de alarma para el pais, que despertó sobresaltado del sueño de paz y de concordia que el gobierno queria prolongar. Este documento, despues de muchos consejos útiles, contenia frases violentas, destinadas á ejercer influencias tambien violentas en las opiniones amenazadas.

"Vuestros poderes son ilimitados," decia el ministro á sus agentes. Esto era recordar el mandato dictatorial de los comisarios de la convencion, y todo recuerdo de esta clase hacia estremecer al pais. "Queremos que á la asamblea nacional vengan republicanos de la víspera, y no del dia siguiente." Esto era proscribir la soberanía misma de la opinion; era el ostracismo político de casi toda la nacion, porque

si el número de los republicanos de razon era numeroso, el de los republicanos de faccion era muy pequeño; era, por decirlo así, un diez y ocho fructidor de palabras contra la Francia. La impresion que causó esta circular fué aún mas siniestra que la intencion con que se redactó.

Esta circular, acto importante del gobierno, pues que estaba destinada á manifestar á la nacion el espíritu de éste, no habia sido sometida al mismo ni acordada por él. Era la obra y el abuso de poder de los oficinistas, invasores del ministerio de lo interior. La multitud de negocios, y el torbellino de los acontecimientos, que no dejaba ni de dia ni de noche un minuto de descanso á los miembros del gobierno, continuamente ocupados en el Hotel de Ville, en la plaza pública, ó en diálogos con las columnas del pueblo y las diputaciones de los departamentos ó de las naciones estrangeras, no habian permitido á Lamartine enterarse de la espedicion de dicha circular: ni siquiera supo su existencia hasta que el rumor de turbacion y de irritacion que causó en Paris llegó á sus oidos. Al instante conoció que, si éste acto no era desaprobado por el gobierno, la república cambiaba de gobierno, cambiando de doctrinas; que se convertia en la tiranía de los menos, en lugar de ser un terreno comun de libertad; que para sostener esta insolente tiranía de los menos no habia otros medios que el terror dentro, la guerra en el esterior, las esacciones, las purificaciones, las crueldades revolucionarias por todas partes; y Lamartine, así como sus colegas de la mayoría, estaba resuelto á morir mil veces antes, que asociar su

responsabilidad, ante Dios, ante la historia y ante sí mismo, á un gobierno tan execrable. Ademas, como hombre político, sabia que semejante gobierno seria antes de tres meses la guerra civil, y que esta era la muerte de la república.

En su consecuencia pidió la celebracion de un consejo secreto y completo de gobierno en el Hotel de Ville para el dia siguiente, 16 de Marzo, resuelto á plantear ante sus colegas la cuestion de los dos principios de gobierno que al fin parecian colocarse ellos mismos frente á frente, y á disolver, si era necesario, al gobierno mismo, mas bien que desmentir y desnaturalizar sus antecedentes permaneciendo en él.

No se le ocultaban ninguna de las consecuencias de esta disolucion en semejantes momentos: sabia que la opinion de la parte sana del pueblo, de la guardia nacional y de la clase media de Paris estaba por él; que la parte ultra-revolucionaria socialista, terrorista, agitadora y armada de la capital, se adheria frenéticamente á los gefes del partido contrario; que la retirada de Lamartine del gobierno seria la señal de un combate, en que todas las probabilidades estaban contra él, porque si estaba de su parte la opinion, no lo estaban las armas. A pesar de todo, estaba en una de aquellas horas en que el hombre político no calcula su salvacion, sino su deber.

Interpelado la víspera del 16 en el Hotel de Ville por una diputacion del club de la guardia nacional, de que era órgano Mr. de Lepin, coronel de una de las legiones de Paris, y ciu-

dadano influyente, Lamartine se aprovechó audazmente de la ocasion para hacer presentir á la ciudad la sublevacion de su corazon contra la circular, y la lucha que meditaba para el dia siguiente.

—"Ciudadanos, respondió á la diputacion que le habia interrogado sobre las intenciones del gobierno: no me corresponde en una cuestion tan general, tan grave, tomar la iniciativa sobre la opinion de todos mis colegas. Sin embargo, puedo deciros que quedarán profundamente reconocidos del paso que acabais de dar y de las palabras que habeis pronunciado. El gobierno provisional no ha encargado á nadie que hable en su nombre á la nacion, mucho menos que le hable un lenguaje contrario á las leyes. (¡Bravo, bravo!) Este derecho no solo no lo ha dado á nadie, sino que él mismo no se lo ha querido tomar en el momento en que las aclamaciones del pueblo lo elevaban al lugar que ocupa.

No lo ha querido, ni lo ha hecho, ni lo hará jamas. Tened confianza en él. (¡Bravo!)

"Estad seguros de que muy pronto el gobierno provisional tomará por sí mismo la palabra, y que la parte de este documento, que por sus términos, y no ciertamente por su intencion, haya podido inquietar, atacar la libertad y la conciencia del pais, será esplicado, comentado por la voz del gobierno entero. (*Aclamaciones y voces de ¡viva Lamartine! ¡viva Lamartine!*)

"Decid *¡viva el gobierno!* prosiguió Lamartine, porque este pensamiento no es solamente mio, es del gobierno entero."

Un individuo de la diputacion dice:—"Lo aceptamos como tal."

Mr. de Lamartine continúa—"¡Ciudadanos! De todos los dogmas que han sobrevivido á las grandes caidas de los tronos y de los imperios de que somos testigos hace medio siglo, no hay mas que uno imperecedero á nuestros ojos y es el dogma de la soberania nacional, dogma á que no atentaremos ni permitiremos jamas se atente en nuestro nombre ó en el vuestro. (¡*Bravo, bravo!*)

"El gobierno provisional se felicitará, no lo dudeis, de que hayais venido, como un presentimiento de la opinion republicana, á provocar una esplicacion de parte suya sobre la conducta que quiere observar en las elecciones de que debe salir tambien el gobierno republicano de la Francia. El gobierno no quiere ni debe influir directa ni indirectamente en las elecciones. Armados nosotros como gobierno de una parte cualquiera del poder público, nos avergonzariamos de las reconvenciones que hemos hecho á los gobiernos que nos han precedido, si en vez de la corrupcion, cuyos escándalos han promovido la revolucion de que ha sido la república, empleásemos hoy esa otra corrupcion, la peor de todas las corrupciones, la corrupcion del temor y de la opresion moral de las conciencias. (*Sensacion.*)

"¡No, la república no debe salir, y no saldrá, sino de un orígen libre y puro! Tranquilizaos, ciudadanos, y repetid estas palabras á vuestros compañeros de fuera. (*Muchas voces:—¡Sí, sí; se las referiremos gustosos!*" Lamartine continúa:—"Yo deseo, todos nosotros deseamos que ellas resuenen en la opinion pública de Paris y de la Francia, y que la tranquilicen sobre

el sentido mal interpretado de algunas palabras que no tenian ni la significacion ni la importancia que se ha querido darles, alarmándose de espresiones que falsean muchas veces la imaginacion. Sabedlo y decidlo á los que os esperan. El gobierno entero de la república siente la necesidad de tranquilizar dos veces á la conciencia pública, ahora por mi boca, y pronto y por una proclama, á todos los ciudadanos de la Francia. (*Aclamaciones prolongadas.*)

"Vosotros quereis, y tambien queremos nosotros, que la república y la libertad sean una misma palabra (*¡sí, sí!*); de otra manera, la república seria una mentira, y nosotros queremos que sea una verdad. (*¡Bravo!*) Nosotros queremos una república que se haga amar y respetar de todos, sin inspirar temor á nadie mas que á los enemigos de la patria ó de las instituciones. Queremos fundar una república que sea el modelo de los gobiernos moderados, y no una imitacion de las faltas y de las desgracias de otro tiempo. Adoptamos la gloria de la antigua revolucion, pero rechazamos la anarquía y las injusticias. ¡Ayudadnos á fundarla y á defenderla! Votad segun vuestras conciencias, y si, como espero, son conciencias de buenos ciudadanos, la república se fundará por vuestros votos como se ha fundado aquí por el brazo del pueblo de Paris." (*Aclamaciones generales.*)

La diputacion se retiró gritando *¡viva Lamartine! ¡viva el gobierno provisional! ¡viva la república!*

IV.

Estas palabras, aceptadas con frenética alegría por la diputacion y por el numeroso auditorio de otras diputaciones que Lamartine arengó hasta hora muy avanzada de la noche en el gran salon del Hotel de Ville, se estendieron con la rapidez del pensamiento de cuartel en cuartel, como la noticia de un golpe de estado tranquilizador. Ellas reanimaron el valor de los ciudadanos alarmados, anunciando al partido de la violencia que el gobierno no seria su cómplice, y que al dia siguiente tendrian que combatir ó renunciar á ella.

Lamartine empleó una parte de la noche en redactar por su propia mano una proclama del gobierno, que contenia los verdaderos principios de la república, libre, representativa, moderada, nacional; proclama que en su espíritu y en sus términos era la desaprobacion mas esplícita de la circular del ministerio de lo interior. Dispuesto aquel á todo, hasta á los mayores estremos, y provisto de armas para defenderse de motin, se dirigió solo y á pie á la hora indicada al Hotel de Ville.

Todos los miembros del gobierno se hallaban reunidos ya allí. Al llegar á la plaza de Greve se admiró de encontrarla ocupada por veinte ó treinta mil hombres de las compañías de preferencia de la guardia nacional. Reconocido Lamartine, fué saludado con aclamaciones enérgicas, que le acompañaron hasta el interior, renovándose con frenesí cada vez mayor, siempre que se le veia ó creia ver en las ventanas de los aposentos de recibo.

Lamartine preguntó el motivo de aquella reunion espontánea de tanta fuerza de guardia nacional, y supo que eran las compañías de granaderos que usaban gorras de pelo, que venian á

reclamar contra un decreto del gobierno, por el que se les privaba de este privilegio, decreto que abria sus cuadros demasiado reducidos para hacer entrar en ellos á todos los ciudadanos sin privilegios y sin distincion de gorras ó morriones. Tal puerilidad en tan grave momento le afligió; pero habiendo arengado á los guardias nacionales, les hizo consentir en abolicion de un distintivo que no era mas que una vanidad militar, cuando se trataba de confundir todas las vanidades en el patriotismo.

Durante esta arenga á los granaderos, su comandante, el general Courtais, acompañado de su estado mayor, corria á caballo á la plaza, penetraba solo en medio del tumulto, recibia ultrages y arrostraba amenazas y peligros. El pueblo, conmovido por esta reunion, se agolpaba á las embocaduras del muelle y de las calles, gritando: *¡á la aristocracia! ¡al privilegio!* La plaza permanecia sin embargo cubierta de legiones sin armas, inmóviles y compactas, que parecian esperar algun acontecimiento.

V

Bajo tales auspicios se abria la sesion secreta del gobierno. Los dos partidos estaban en presencia uno de otro; fuera por casualidad, dentro por la voluntad de Lamartine. Las fisonomías estaban sombrías, contraidas, resueltas, como en los momentos que preceden al combate.

Lamartine puso sobre la mesa la proclama que habia escrito la noche anterior y que no habia comunicado á nadie.

—"Señores, dijo: hasta aquí hemos estado

unidos en unas mismas opiniones y sentimientos, que nos ha comunicado el fuego de los grandes movimientos revolucionarios en que nos hemos precipitado para estintinguirlo, convirtiéndolo en un gobierno republicano, fuerte, unánime, regular. Pero ya no podemos disimularlo. Los actos y las palabras del ministro de lo interior, en contradiccion con el sentido unánime que hemos querido dar á nuestra dictadura, parecen indicar claramente dos cosas: la primera es que este ministro pretende comprometer por actos suyos individuales al gobierno entero, que debe deliberar unido lo que dice y lo que hace en materia tan grave; la segunda es que el mismo ministro entiende deber gobernar en un sentido que yo no creo sea el sentido de la república, el sentido de la mayoría del gobierno, y que en todo caso no es el mio. Es menester que al instante, aquí, en esta misma sesion, sepamos si hay en efecto dos espíritus diversos en el gobierno. Y si los hay en efecto, es necesario que el uno ú el otro prevalezca, á fin de que el que sea vencido se retire y ceda el gobierno al que quede vencedor, porque un partido no puede aceptar la responsabilidad del otro, y la república, en su periodo mas problemático, mas peligroso y mas agitado, no puede ser gobernada por dos políticas contradictorias. Sepamos, pues, de una vez para siempre si entre nosotros hay dos políticas inconciliables, y á cuál de las dos os adheris. Sepámoslo, sí, y hagámoslo saber al pais, porque la república, imprudentemente manifestada en la circular del ministro de lo interior, agita y subleva el sentimiento público. Es preciso que sea rectificada

ó comentada de comun acuerdo, ó que nos dividamos sin que quede medio de reconciliacion posible. Ved aquí la alocucion que propongo al gobierno como testo de las opiniones que creo ser las del pais, las del gobierno, y que son las mias. Voy á leerla al consejo, y la deliberacion que se tome sobre su testo decidirá cuál de las dos políticas debe dirigir á nuestros comisarios en los departamentos, y tranquilizar ó destrozar á la nacion." En seguida leyó el proyecto de alocucion siguiente:

"Ciudadanos: En todos los grandes actos de la vida de un pueblo, el gobierno tiene el deber de hacer oir su voz á la nacion.

"Vais á ejecutar el mas importante acto de la vida de un pueblo: á elegir á los representantes del pais, á hacer salir de vuestras conciencias y de vuestros sufragios, no solo un gobierno, sino un poder social, una constitucion completa: vais á organizar la república.

"Nosotros no hemos hecho mas que proclamarla. Elevados por aclamacion al poder durante el interregno del pueblo, no hemos querido, ni queremos otra dictadura que la de absoluta necesidad. Si hubiésemos rehusado el puesto del peligro, hubiéramos sido cobardes: si permaneciésemos en él una hora mas de lo necesario, seriamos usurpadores.

"Solo vosotros sois fuertes. Nosotros contamos con impaciencia los dias que nos restan para entregar la república á la nacion.

"La ley electoral provisional que hemos hecho, es la mas amplia que en ninguna nacion de la tierra ha convocado jamas al pueblo para

ejercer el supremo derecho del hombre, su propia soberania.

"La eleccion corresponde á todos, sin escepcion alguna.

"Desde este dia no hay proletarios en Francia.

"Todo frances mayor de edad es ciudadano politico; todo ciudadano es elector. Todo elector es soberano. El derecho es igual y absoluto para todos. No hay un ciudadano que pueda decir á otro: —"Tú eres mas soberano que yo." Contemplad vuestro poder; preparaos á ejercerle, y mostraos dignos de entrar en posesion de vuestro reinado.

"El reinado del pueblo se llama la república.

"Si nos preguntais qué república entendemos por esta palabra, y qué principios, qué opiniones, qué virtudes deseamos á los republicanos que vais á elegir, os diremos: —"¡Mirad al pueblo de Paris y de la Francia desde la proclamacion de la república!

"El pueblo ha combatido con heroismo. El pueblo ha triunfado con humanidad. El pueblo ha reprimido la anarquía desde el primer momento.

"El pueblo ha roto por sí mismo, poco despues del combate, el instrumento de su cólera; ha quemado el cadalso: ha proclamado la abolicion de la pena de muerte contra sus enemigos.

"Ha respetado la libertad individual no proscribiendo á nadie; ha respetado la conciencia en la religion, que quiere libre, pero sin desigualdad y sin privilegios.

"Ha respetado la propiedad, llevando su pro-

bidad hasta el sublime desinteres que no sin estremecimiento consignará la historia.

"Para ponerlos á su frente ha escogido por todas partes los hombres mas honrados y enérgicos que ha encontrado á mano. No ha proferido un grito de ódio ni de envidia contra las fortunas, ni un grito de venganza contra las personas. En una palabra, del nombre del pueblo ha hecho un nombre de valor, de clemencia y de virtud.

"No tenemos mas que una sola instruccion que daros: recibid las inspiraciones del pueblo; imitadle; pensad, sentid, obrad como él.

"El gobierno provisional no imitará á los gobiernos usurpadores de la soberania del pueblo, que corrompian á los electores y que compraban á un precio inmoral la conciencia del pais.

"¿Para qué hemos derribado á esos gobiernos, si hemos de imitarles? ¿Para qué haber creado y adorado la república, si la república debe seguir desde los primeros dias los pasos del trono destruido? El gobierno provisional considera como un deber derramar sobre las operaciones electorales la luz que ilumina las conciencias, sin influir sobre ellas, y se limita á neutralizar la influencia hostil de la administracion antigua que ha pervertido y desnaturalizado las elecciones.

"El gobierno quiere que la conciencia pública impere. Ningun cuidado le inspiran los antiguos partidos. ¡Estos partidos han envejecido un siglo en tres dias! La república los convencerá, si es justa con ellos y les inspira seguridad y confianza. La necesidad es un gran maestro, y la república, sabedlo, tiene la dicha de ser un

gobierno de necesidad. La reflexion está por ella: no se puede pensar en reinados imposibles; no se quiere descender á anarquías desconocidas. La razon hará, pues, á todos republicanos. Dadles solamente seguridad, libertad, respeto á todos; asegurad álos demas la independencia de los sufragios que quereis para vosotros; no mireis que el nombre que escribis en vuestra papeleta lo escriben tambien vuestros enemigos, y estad seguros de antemano de que ellos escriben el único nombre que puede salvarlos; es decir, el de un republicano capaz y probo.

"Seguridad, libertad, respeto á las conciencias de todos los ciudadanos electores: ved aquí la intencion del gobierno republicano; ved aquí su deber, el vuestro, la salvacion del pueblo. Tened confianza en el buen sentido del pais, que él la tendrá en vosotros; dadles la libertad, y él os asegurará la república.

"Ciudadanos: la Francia intenta en estos momentos, en medio de las dificultades financieras que nos ha legado el trono, pero bajo auspicios providenciales, la mas grande obra de los tiempos modernos, la fundacion de un gobierno enteramente popular, la organizacion de la democracia, la república de todos los derechos, de todos los intereses, de todas las inteligencias y de todas las virtudes.

"Las circunstancias son propicias. La paz es posible. Las ideas nuevas pueden ocupar su lugar en Europa, sin otra perturbacion que la causada por las preocupaciones que se habian formado contra ella. No hay ya cólera ni ódio en el alma del pueblo.

"Si el reinado fugitivo no se ha llevado consi-

go todos los enemigos de la república, los ha dejado impotentes, y aunque estén investidos de todos los derechos que la república garantiza á las minorías, su interes y su prudencia nos aseguran de que no querrán turbar ellos mismos el establecimiento pacífico de la constitucion popular.

"En tres dias se ha ejecutado esta obra que se creia relegada á los mas remotos tiempos, sin que se haya derramado una sola gota de sangre, sin que hayan resonado otros gritos que los de admiracion en nuestros departamentos y en nuestras fronteras. No perdamos esta ocasion única en la historia; no abdiquemos la mayor fuerza de la república, la confianza que inspira á los ciudadanos, y la admiracion que causa al mundo entero.

"Algunos dias mas de magnanimidad, de abnegacion, de paciencia, y la asamblea nacional recibirá de nuestras manos la república naciente. Este dia se habrá salvado todo; y cuando la nacion, por mano de sus representantes, haya recibido á la república, ésta será fuerte y grande como la nacion, santa como la idea del pueblo, imperecedera como la patria."

VI.

Abrióse la discusion de una manera franca, enérgica, sin reticencia, acerca de cuál de los espíritus que animaban á los miembros del gobierno debia dirigir la marcha de éste. Los discursos penetraron hasta en lo mas recóndito de los pensamientos, las réplicas hasta en lo mas íntimo de los corazones: las razones y las pasiones se mezclaron en las palabras de los partidos opuestos. La inmensa mayoría, Marrast, Marie, Lamartine, Garnier-Pagès, Arago, Cremieux y Dupont de l'Eure, manifestaron su alma en la deliberacion. La minoría rectificó mas bien que sostuvo los términos de la circular, y aproximándose los pareceres, se confundieron los sentimientos, prevaleció la necesidad de desaprobar dicha circular, y el sentido liberal y magnánimo dado al espíritu del gobierno en el proyecto de proclama fué admitido por todos. Lamartine modificó algunas palabras de su redaccion en vista de las observaciones de Luis Blanc. La minoría misma firmó este programa de la mayoría. Una vez impreso, se le fijó en todos los sitios públicos de Paris, y se inundó de ejemplares á la Francia, tranquilizando los ánimos. Pareció, sin embargo, lo que era: un indicio mal estinguido de una lucha intestina en la conciencia misma del gobierno.

Durante las dos horas de esta escena interior al rededor de la mesa del consejo, los clamores de la guardia nacional, que cubria la plaza, penetraban por las ventanas, y parecian dar fuerza al espíritu de la mayoría. Esta presion no era mas que aparente, y Lamartine y sus amigos deploraban semejante manifestacion accidental é intempestiva, porque ella podia dar lugar á manifestaciones contrarias, y escitar así á unas clases con otras. Ya en efecto la noticia de esta reunion, mas pueril que aristocrática, se habia estendido por los arrabales: las masas de obreros corrian á la plaza, invadian los grupos de los guardias nacionales desarmados, les echaban en cara sus deseos ridículos de un uniforme

privilegiado, y los acompañaban con silbidos é injurias, á medida que sus destacamentos iban abandonando la plaza.

Lamartine y Cremieux, que habian salido juntos por una puerta falsa del Hotel de Ville, fueron reconocidos en el muelle, rodeados y seguidos por una columna de pueblo, que los acompañó hasta la plaza del Louvre, con su entusiasmo y sus aclamaciones. Allí se vieron obligados á refugiarse en el portal de una casa, cuya puerta cerraron, para librarse de un triunfo involuntario que habria alarmado á Paris.

VII.

Al dia siguiente, al leer la proclama al pueblo frances que restablecia tan enérgicamente el sentido verdadero y liberal de la república, se apoderó la alegría de todos los corazones. La victoria del partido moderado pareció la victoria de todos los buenos ciudadanos. Los departamentos mas inquietos la recibieron con mayores aplausos, porque temblaban ver á los procónsules provistos de mandatos ilimitados, y renovar en la Francia pacífica los proconsulados arbitrarios é irritados de la convencion.

Pero el partido convencional y violento, que comenzaba á agitarse y á concertarse en algunos clubs, se sintió vencido, y se creyó bastante poderoso para recobrar la victoria con ayuda de un subterfugio.

Fingió, pues, creer, y creyó quizá, que la manifestacion enteramente accidental de la guardia nacional durante la deliberacion de la víspera habia sido concertada por Lamartine y sus

amigos para intimidar á la minoría del gobierno. ¿Lo creyó así, en efecto, la minoría? Como quiera que sea, un rumor sordo de ello se estendió artificialmente en Paris. Se hizo creer al pueblo que la guardia nacional habia rodeado y amenazado al gobierno, y que la mesocracia meditaba un golpe de estado contra los miembros predilectos de aquel. Al efecto se emplearon los numerosos agentes de la prefectura de policía y los hombres armados que sostenia en propagar este rumor entre el pueblo. A los obreros y los clubs se les señaló los Campos-Elíseos como punto de una reunion general, para contarse ante sus numerosos enemigos, y venir como un ejército innumerable á desfilar ante el Hotel de Ville, para jurar allí defender al gobierno.

Causidiere, con buenas intenciones en el fondo, apareció como uno de los principales promovedores de esta reunion prodigiosa del pueblo, entre el cual hizo tambien establecer una disciplina y un órden que sorprendieron á la capital de admiracion y de terror á la vez. El pueblo en masa no acudió realmente á este movimiento sino con una buena intencion: la de mostrar adhesion y dar fuerza al gobierno. Ni un gérmen de sedicion hubo siquiera en la mas grande sedicion pacífica que jamas presenció una capital. Cuando mas, hubo en ella una insinuacion secreta á los agitadores de que vengaran á la minoría del gobierno con gritos de predileccion del triunfo de Lamartine.

VIII.

Pero mientras que el pueblo bajaba así en masa de sus arrabales y sus talleres para una demostracion que creia leal y cívica, algunos gefes de secta, agitadores de los clubs, instrumentos de fanatismo, agentes de sedicion, meditaban servirse de este ejército del pueblo, reclutado por un buen sentimiento, para hacerle instrumento de designios perversos ó ambiciosos. Felizmente estos hombres estaban en minoría aun en los clubs; pero compensaban su pequeño número con su audacia desesperada.

Los gefes de los clubs, informados de la reunion que debia tener lugar aquel dia, se habian concertado para ponerse á la cabeza de las columnas, bajo el pretesto de llevar la palabra en nombre del pueblo. Algunos de estos gefes, descontentos de su aislamiento y de su impotencia, habian tramado con sus principales secuaces violentar al gobierno y hacer salir de él á algunos de sus miembros, principalmente á Lamartine, para hacer entrar en él á sus amigos, en lugar de los miembros espulsados, y cambiar así el espíritu de aquel en el sentido de sus facciones ó en el interes de sus ambiciones. Hombres emprendedores, imperiosos, armados, si no de armas bajo sus vestidos, al menos con el número y el azar de una reunion tan numerosa de que disponian, podian, en nombre del pueblo que los rodeaba, intimar al gobierno que les obedeciese y se retirase. En caso de resistencia, podian tambien derribar al gobierno por medio de un tumulto.

Estos hombres existian, y todo indicaba que tenian semejante plan, algunos gefes de clubs importantes, mas particularmente adictos al ministro de lo interior, á Luis Blanc, y aun bien dispuestos en favor de Lamartine, como Barbés, Sobrier, Snau y otros, en fin, esclusivamente consagrados al interes de su secta, y á hacer predominar sus ideas, como Cabet y Raspail, rodeaban á estos hombres de faccion, los vigilaban, los dominaban por la superioridad de crédito y de número, y podian neutralizar sus designios estremos. Blanqui y sus amigos, Lacambre y Flotte, debian marchar á su cabeza, porque era una revista del pueblo, de las ideas, de las quimeras, del bien, del mal, de las miserias, del patriotismo, de las virtudes, de los vicios y de las facciones la que iba á tener lugar.

IX.

Informada por la mañana la mayoría del gobierno de la inmensa reunion que se formaba en los Campos-Elíseos y que afluia sin cesar de todos los cuarteles de obreros de la capital y las afueras, no se le ocultaba ninguno de los peligros que semejante masa de hombres reunidos y agitados por un espíritu desconocido podia hacer correr á la revolucion y á la misma mayoría. El ministro de la guerra no tenia ninguna fuerza que oponer á aquel diluvio del pueblo. La guardia nacional, despopularizada por su peticion de la víspera, no hubiera sido mas que un motivo de provocacion á la cólera del pueblo. Era necesario, pues, abandonarse á los azares de la jornada, y no buscar un punto de apoyo

VIII.

Pero mientras que el pueblo bajaba así en masa de sus arrabales y sus talleres para una demostracion que creia leal y cívica, algunos gefes de secta, agitadores de los clubs, instrumentos de fanatismo, agentes de sedicion, meditaban servirse de este ejército del pueblo, reclutado por un buen sentimiento, para hacerle instrumento de designios perversos ó ambiciosos. Felizmente estos hombres estaban en minoría aun en los clubs; pero compensaban su pequeño número con su audacia desesperada.

Los gefes de los clubs, informados de la reunion que debia tener lugar aquel dia, se habian concertado para ponerse á la cabeza de las columnas, bajo el pretesto de llevar la palabra en nombre del pueblo. Algunos de estos gefes, descontentos de su aislamiento y de su impotencia, habian tramado con sus principales secuaces violentar al gobierno y hacer salir de él á algunos de sus miembros, principalmente á Lamartine, para hacer entrar en él á sus amigos, en lugar de los miembros espulsados, y cambiar así el espíritu de aquel en el sentido de sus facciones ó en el interes de sus ambiciones. Hombres emprendedores, imperiosos, armados, si no de armas bajo sus vestidos, al menos con el número y el azar de una reunion tan numerosa de que disponian, podian, en nombre del pueblo que los rodeaba, intimar al gobierno que les obedeciese y se retirase. En caso de resistencia, podian tambien derribar al gobierno por medio de un tumulto.

Estos hombres existian, y todo indicaba que tenian semejante plan, algunos gefes de clubs importantes, mas particularmente adictos al ministro de lo interior, á Luis Blanc, y aun bien dispuestos en favor de Lamartine, como Barbés, Sobrier, Snau y otros, en fin, esclusivamente consagrados al interes de su secta, y á hacer predominar sus ideas, como Cabet y Raspail, rodeaban á estos hombres de faccion, los vigilaban, los dominaban por la superioridad de crédito y de número, y podian neutralizar sus designios estremos. Blanqui y sus amigos, Lacambre y Flotte, debian marchar á su cabeza, porque era una revista del pueblo, de las ideas, de las quimeras, del bien, del mal, de las miserias, del patriotismo, de las virtudes, de los vicios y de las facciones la que iba á tener lugar.

IX.

Informada por la mañana la mayoría del gobierno de la inmensa reunion que se formaba en los Campos-Elíseos y que afluia sin cesar de todos los cuarteles de obreros de la capital y las afueras, no se le ocultaba ninguno de los peligros que semejante masa de hombres reunidos y agitados por un espíritu desconocido podia hacer correr á la revolucion y á la misma mayoría. El ministro de la guerra no tenia ninguna fuerza que oponer á aquel diluvio del pueblo. La guardia nacional, despopularizada por su peticion de la víspera, no hubiera sido mas que un motivo de provocacion á la cólera del pueblo. Era necesario, pues, abandonarse á los azares de la jornada, y no buscar un punto de apoyo

contra el estravío posible de aquel pueblo, sino en la inspiracion de ese mismo pueblo.

Todos los miembros del gobierno consagraron á ello su influencia personal y la de sus amigos. Marie pudo influir poderosamente sobre los talleres. Lamartine esparció mas de un millar de agentes voluntarios y bien intencionados entre los grupos del pueblo, para inspirarle la concordia y combatir las malas inspiraciones. Luis Blanc debió verosimilmente influir en el mismo sentido con los obreros del Luxemburgo. El proclamó errores, pero jamas las sediciones.

A mediodia hallábanse ya en el Hotel de Ville los miembros del gobierno, á escepcion de los ministros de lo interior y de la guerra, que llegaron juntos algunos momentos despues. En los muelles y en las calles oíase solo un rumor confuso. La poblacion entera de Paris se habia dirigido á los Campos Elíseos, para componer ó formar el acompañamiento de la manifestacion popular. El resto de la ciudad habia quedado casi vacio, como para hacerle lugar. Muchos ciudadanos, inquietos ó consternados estaban en los umbrales de sus puertas, ó en las ventanas, ó en los tejados, esperando lo que iba á sobrevenir.

La ciudad parecia que no respiraba. Los miembros del gobierno iban de minuto en minuto á los balcones del Hotel de Ville, á ver si se distinguia la cabeza de la columna á la altura del puente. Al fin apareció. Estaba compuesta de quinientos ó seiscientos hombres elegidos entre todos los clubs de Paris, que marchaban con órden y silenciosos detrás de sus oradores y de sus tribunos. Formados en filas de frente

de treinta á cuarenta, se adelantaban al paso lento de una procesion religiosa, asidos unos con otros de las manos, ó por largas cintas encarnadas ó tricolores, que rodeaban como un ancho círculo á cada uno de los principales grupos. Delante de cada club flotaba una bandera. Dos ó tres hombres y una muger llevaban en la cabeza gorros encarnados, símbolo de nuestras saturnales del terror. Este signo horrible parecia escitar el disgusto y la indignacion en la multitud: los obreros silbaban y denostaban á los malvados que lo llevaban, ó se los quitaban de la cabeza, comprendiendo que la república de 1848 era un acto mas sério y mas humano, al que deshonraba aquel recuerdo de 1793.

Detrás de esta procesion de los clubs marchaban en órden, diez á diez, y en una sola columna, los obreros de todas las profesiones, decentemente vestidos, graves, modestos, inofensivos, silenciosos, sin permitirse ni un grito, ni un ademan, ni un gesto que pareciese amenazar ó pudiera inquietar á los demas ciudadanos, como hombres que van á ejecutar un acto tranquilo y santo de patriotismo, y que se vigilan los unos á los otros para edificar á su pais.

Esta columna, ó mejor dicho, este ejército, ocupaba la plaza entera del Hotel de Ville, y se estendia desde la plaza de Greve hasta lo último de los campos Elíseos. Habria entre todos unos ciento ó ciento cuarenta mil hombres. Cuando la plaza no pudo contener mas, el reflujo de esta multitud se detuvo en los muelles para esperar el desfile. Los gefes de los clubs y sus principales seides se alinearon ante la reja del Hotel de Ville. El gobierno habia ordenado al co-

ronel Rey que la cerrase y la defendiese con los dos ó tres mil voluntarios de Febrero; tropa valiente, pero en harapos é indisciplinada; heces de la sedicion, que no podian menos de fundirse con los elementos de la sedicion al ponerse en contacto con ella. Pero esta misma conformidad con los elementos turbulentos y revolucionarios de que esta tropa procedia, le daba en los tumultos menos graves la audacia y la autoridad necesarias para resistir á los sediciosos.

Cerca de una hora pasó en esta actitud el gobierno, cercado é inmóvil, pareciendo esperar una accion del pueblo, y éste por su parte una deliberacion del gobierno. Como para pasar el tiempo, la multitud, inmóvil y con la vista fija en las ventanas del Hotel, cantaba de cuando en cuando la *Marsellesa* y el aire de los Girondinos. Vivas repetidos al gobierno provisional, á Ledru-Rollin y á Luis Blanc, mezclados con otros mas raros á Lamartine, parecian indicar claramente que uno de los objetos de la reunion, en la intencion de los gefes al menos, era protestar indirectamente contra la alocucion al pueblo, que se atribuia solamente á Lamartine, y vengar á la minoría del gobierno de lo que se consideraba como una humillacion para ella, demostrando á Lamartine que el pueblo no estaba tanto por él como por los que se creian sus enemigos.

En fin, la multitud, cansada de esperar un resultado que ella misma ignoraba, pareció autorizar con su impaciencia á los delegados de los clubs para penetrar en el Hotel de Ville, y llevar en su nombre al gobierno la espresion de su adhesion y el homenage de su fuerza. Cabet

habia penetrado solo por órden de Lamartine, y conferenció con éste en la escalera principal. Despues de las seguridades dadas por Cabet acerca de las intenciones inofensivas de los clubs, el gobierno ordeno al coronel Rey que dejase entrar solamente á los delegados de ellos, y cerrarse en seguida las verjas. El pueblo respetó esta órden, y un centenar de gefes de los clubs y de supuestos delegados del pueblo, que en realidad no eran mas que los clubistas mas exaltados, penetraron en el interior del Hotel de Ville. El gobierno se trasladó á las salas mas espaciosas para recibirlos.

El presidente del gobierno provisional, Dupont de l'Eure, anciano de ochenta y cuatro años, agobiado de cansancio, pero de corazon intrépido y de rostro sereno, estaba sentado junto al testéro del gran salon; Arago, Albert, Luis Blanc, Ledru-Rollin, estaban de pié á su derecha; Lamartine, Marrast, Cremieux, Pagnerre y Garnier Pagés, de pié á su izquierda, resueltos todos á sostener la dignidad, la independencia moral y la integridad del gobierno, ó á morir.

Los clubs aparecieron representados por sus principales gefes, de los cuales la mayor parte eran desconocidos á los miembros del gobierno: algunos habian sido ya recibidos individualmente á la cabeza de sus clubs por Lamartine. Los mas notables que marchaban á la cabeza eran Blanqui, Lacambre y Flotte, aspirante de marina y satélites del primero; Barbés, Sobrier, Cabet, Raspail, Lucien, Michelot, Longepied, Lebreton, Langier, Dame y otros cincuenta ó mas oradores ó gefes de reuniones populares,

cuyos nombres y rostros eran nuevos para el gobierno. Algunos grupos de delegados del pueblo, comparsas del drama, ocupaban las salas y las escaleras detrás de los clubs: estos se colocaron enfrente del gobierno, dejando un espacio de algunos pasos entre ellos y el sillon de Dupont de l' Eure.

—"¿Qué pedis, ciudadanos?" les dijo éste con voz firme.

Blanqui tomó entonces la palabra como en nombre de todos, y en un discurso mesurado en la forma, pero imperativo en el fondo, promulgó al gobierno los llamados plebiscitos de aquel pueblo, que no los conocia siquiera. Eran estos el aplazamiento de las elecciones, la suspicacia contra la asamblea futura, el alejamiento de las tropas de Paris en principio y para siempre, la obediencia implícita á las voluntades dictatoriales de la multitud espresadas por medio de los clubs; en una palabra, la esclavitud del gobierno, la declaracion fuera de la ley de todo lo que no era el pueblo de Paris en la nacion, y la dictadura indefinida impuesta al gobierno bajo la condicion de que éste sufriria y ratificaria él mismo la dictadura de la demagogia soberana.

Mientras hablaba Blanqui, los semblantes de los miembros del gobierno se llenaban de indignacion y de vergüenza. Las secciones mas terribles de los clubs apoyaban con sus miradas, su actitud y sus ademanes, las palabras mas significativas del discurso de aquel, quien lo terminó intimando al gobierno, en nombre del pueblo, deliberase lo mas pronto posible sobre el testo de las resoluciones de éste, y le

hiciese conocer el resultado de su deliberacion antes de levantar la sesion.

Lamartine no se disimulaba la intencion secreta que habia inspirado este gran acto popular, ni que hubiese sido dirigido especialmente contra él. En el programa de los clubs habia reconocido uno, precisamente contrario al que el dia antes habia hecho firmar al gobierno en la alocucion á la nacion francesa. Los gritos de *¡abajo Lamartine*! y *¡viva la minoria del gobierno*! que habian dado algunos hombres del pueblo, le indicaban suficientemente la intencion de los promovedores de la gran revista. Pero Lamartine conocia tambien ciertamente que esta demostracion, exagerada y desnaturalizada por los clubs, y sobre todo, por el club Blanqui, traspasaba el objeto que parecian haberle querido dar sus organizadores. Aunque evidentemente era el mas interesado en el programa de los clubs, y por casualidad se hallaba mas cercano al orador, creyó deber guardar silencio y dejar á sus colegas, mas populares y menos sospechosos que él, á los agitadores demagogos, el cuidado de recoger la intimacion, y de vengar ó abdicar la independencia del gobierno. Vengada, bastábale á él esta satisfaccion; abdicada, la habria revindicado en su nombre y en el de sus amigos.

Sus colegas no le dejaron mucho tiempo en esta perplejidad, pues vengaron su independencia en términos tan elocuentes como enérgicos.

Luis Blanc habló como un hombre que se identifica completamente con el espíritu de sus colegas, y que se subleva en nombre de su in-

dependencia contra la opresion misma de ideas que serian quizás las suyas si no le hubiesen sido impuestas. Su discurso desconcertó visiblemente á los agitadores populares.

Ledru-Rollin habló como hombre de gobierno que no cede en nada de su independencia y de su libertad moral, ni aun á la influencia de sus amistades, y defendió al ejército, á quien por prudencia se habia alejado momentáneamente de Paris, pero reconciliádolo lo mas pronto posible con la nacion, que tenia de su parte el derecho y la fuerza. No cedió en lo mas mínimo, respecto á las elecciones y á la soberanía de la representacion nacional, y se mostró muy hábil permaneciendo incontrastable. Semejantes respuestas de hombres en quienes los agitadores tal vez habian esperado encontrar cómplices ó animacion, los redujeron por un momento á la inmovilidad y al silencio. Los mas prudentes arrastraban ya á la retirada á los demas, notándose en las filas un movimiento de retroceso como en un ejército vencido, pero fueron contenidos por un grupo de siete ú ocho hombres amigos de Blanqui, y que por encima de la cabeza de su gefe hacian frente al gobierno, decididos al parecer á los últimos estremos. Uno de ellos era un jóven adicto, dícese, hasta el fanatismo á la persona de su maestro: su rostro pálido, marcial, concentrado, estaba surcado de ciertas arrugas, que demostraban una espresion de convicciones inmutables; su estatura recta, inmóvil, tranquila, parecia encerrada en dos líneas rectangulares; su mano derecha, escondida en su gaban, abotonado hasta el cuello; la resolucion fria é inflexible de su mirada, fija sobre un miembro del gobierno, traian á la imaginacion y á la vista la estatua de Bruto, meditando la última conspiracion de la libertad, con la mano sobre el puñal oculto bajo su toga.

Aunque este jóven parecia tan tímido en sus palabras como resuelta era su actitud, cuando vió que la reunion se conmovia para retirarse, levantó la voz, adelantándose algunos pasos hácia los miembros del gobierno.

—"Todas esas son buenas palabras, dijo aludiendo á Luis Blanc y á Ledru-Rollin; pero no son palabras las que nosotros necesitamos, sino actos, de que no desistiremos. No nos retiraremos, pues, sin que hayais deliberado aquí, delante de nosotros, y al instante."

Al oir estas palabras se levantó un murmullo de aprobacion en las filas de los que le rodeaban. Un rumor de indignacion se oyó á la vez en el sitio que ocupaba el gobierno. Luis Blanc volvió á usar de la palabra, y se indignó, lo mismo que Ledru-Rollin, Cremieux, Marie, Dupont de l'Eure y todos los demas miembros presentes protestaron intrépidamente contra las intimaciones sediciosas de este grupo y de su orador. Mediaron algunas esplicaciones confusas, y se convino en que se estaba de acuerdo sobre algunos puntos del programa, que se disentia en otros, y que se deliberaria sobre todos fuera de la influencia de los agitadores, libre y dignamente, en su dia y en su hora, pero sin prometer nada ni aun prejuzgar las resoluciones del gobierno: no se queria considerar la exigencia de los clubs sino como una simple peticion.

A todas estas consideraciones, apoyadas por

la razon y la moderacion de una parte de los mismos delegados de los clubs, los secuaces de Blanqui movieron la cabeza en señal de resistencia y de obstinacion. Sobrier, que amaba entonces á Lamartine, y que tenia horror á la sangre, hacia inútiles esfuerzos para calmar á estos hombres estremos.—"¡Está bien, está bien, ciudadanos! esclamó al fin el orador: esos sentimientos son aceptables. ¿Pero participais todos de ellos? ¿No hay traidores entre vosotros? ¿No hay un hombre que ha empleado un lenguaje contrario á la voluntad del pueblo? Pero Lamartine, por ejemplo, ¿no está con vosotros?...

—¡Que se esplique, que se esplique! esclamaron con voz amenazadora los sectarios del club principal.—¡No, no! gritaron Sobrier, Cabet, Raspail y Barbés. Todos los miembros del gobierno están unidos y todos merecen nuestra confianza." Pero el orador y sus amigos continuaban interpelando á Lamartine con los ojos, la actitud y los ademanes. Lamartine se adelantó algunos pasos, hizo señas de que queria hablar, y mirando de frente el rostro pálido y amenazador de sus interlocutores:

—"Ciudadanos, dijo: he oido mi nombre, y vengo á recogerlo. Nada tengo que añadir á lo que os ha dicho hace poco, en términos tan dignos como convenientes, nuestro colega Luis Blanc. Sin duda sentís, como nosotros, en quien el pueblo ha puesto su confianza y personificádose el dia del combate y de la victoria, que no hay gobierno posible sino con la condicion de que tengais el buen sentido de conferir á este gobierno una autoridad moral. La autoridad moral de este gobierno, ¿qué otra cosa es, para él

como para el público, para los departamentos, para la Europa que nos observa, sino su independencia completa de toda presion esterior? Ved aquí la independencia del gobierno, su dignidad, su única fuerza moral, no lo olvideis. ¿Y qué somos nosotros aquí? Mirad: ved ahí á nuestro venerable presidente, cargado con el peso de su gloria y de sus ochenta y cuatro años, que ha querido consagrar sus últimas fuerzas á ayudar á nuestra cabeza al establecimiento de la república (¡*Bravo, bravo*!), con independencia, con dignidad y libertad, y ciertamente que, en libertad é independencia, no hay un solo ciudadano frances que pueda desmentir el nombre de Dupont de l'Eure. En torno de él, ¿qué veis? Un pequeño grupo de hombres sin armas, sin apoyo material, sin soldados, sin guardias, que no tienen otra autoridad que la que el pueblo les dá respetándolos, que no buscan, que no quieren otra, que se confunden en ese pueblo de que han salido, y que no han aceptado en la república un papel tan enérgico y tan peligroso mas que para defender esos intereses populares sacrificados hasta aquí bajo la monarquía, bajo las aristocracias y las oligarquías que hemos atravesado.

"Pero para que este sentimiento produzca su efecto; para que estos principios populares lleguen á ser aplicaciones útiles, ¿qué se necesita? Que nos continueis tranquilos y en órden la confianza que habeis depositado en nosotros. ¿Qué podriamos nosotros oponer á vuestras pretensiones? Solo una cosa: vuestra misma razon; ese poder de la razon general, que se interpone aquí entre vosotros y nosotros; esa fuerza moral in-

visible, pero omnipotente, que nos inspira tranquilidad, independencia, dignidad, al frente de esas masas que rodean este palacio del pueblo defendido únicamente por su inviolabilidad, (¡*Bien*; *muy bien*! esclaman los clubs moderados.)

"Esta última barrera de nuestra independencia, prosigue Lamartine, la defenderiamos como gobierno y como hombres hasta la muerte, si la multitud quisiese traspasarla. Y no es solo por nosotros, sino mas bien por vosotros, por quienes nosotros pereceriamos defendiéndola. ¿Qué seria un pueblo sin gobierno, y qué un gobierno envilecido para el pueblo? (¡*Muy bien*!)

"Voy á hacerme cargo de las tres cuestiones que habeis suscitado. En la primera reclamais el aplazamiento por diez dias de las elecciones de la guardia nacional. Respecto á ella, ya en deliberaciones anteriores creemos haber prevenido vuestros propios deseos. Se nos habia hecho presente que esa masa imponente, unida, patriótica y republicana de la poblacion, que constituye el mayor elemento popular de Paris, no habia tenido tiempo de alistarse en la guardia nacional, entrando de esta suerte en el estenso cuadro patriótico que queremos forme toda la fuerza pública, y hemos concedido al efecto ocho dias primero, y prorogado en seguida este plazo hasta el 25 de Marzo. Yo no puedo, ni querria pronunciarme en este momento sobre el resultado de la deliberacion que pueda recaer sobre este punto; pero aun os quedan quince dias para inscribiros.

"En cuanto á las tropas, ya he respondido antes de ayer á una de las asociaciones patrió-

ticas de que formabais parte; no existe cuestion alguna, porque no hay otras tropas en Paris que mil y quinientos ó dos mil hombres dispersos en los puestos esteriores para la proteccion de los puentes y de los caminos de hierro, y es falso que el gobierno haya pensado llamar nuevas fuerzas á Paris. Despues de lo que ha pasado; despues que el trono destruido ha visto fraternizar ochenta mil soldados con el pueblo desarmado de Paris, seria menester que el gobierno fuese muy insensato para querer imponerle con algunos cuerpos de ejército esparcidos y animados del mismo republicanismo voluntades contrarias á las vuestras y á vuestra independencia. No hemos pensado jamas, no pensamos, no pensaremos nunca en ello. Ved aquí la verdad: comunicadla al pueblo; su libertad le pertenece, porque la ha conquistado, porque sabrá preservarla de todo desórden. La república no quiere en el interior otros defensores que el pueblo armado.

"Pero aunque hoy sea ésta la verdad, y aunque os declaremos que no queremos mas que al pueblo armado para proteger sus instituciones, no deduzcais de aquí que consentiremos jamas en la mengua de los soldados franceses. (¡*No, no*! ¡*Bravo, bravo*!) No deduzcais que consentimos en hacer sospechoso á nuestro valiente ejército, y que no podremos llamarle al interior, á Paris mismo, si circunstancias de guerra exigen un destino ú otro de nuestras fuerzas para la seguridad esterior de la patria.

"El soldado, que no era ayer mas que soldado, es hoy ciudadano como vosotros y como nosotros. (¡*Si, si!*) Hémosle dado el derecho de

concurrir con su voto de ciudadano á la representacion y á la libertad, objetos que sabrá defender tan bien como otra fraccion cualquiera del pueblo.

"Y por lo que hace á la tercera y principal cuestion, la de la prorogacion por un largo término de la asamblea nacional, no consentiré en comprometer la opinion de mis colegas ni la mia en una cuestion que á mi parecer puede comprometer muy profundamente los derechos de todo el pais. Por respeto á nuestra independencia no quiero prejuzgar nada sobre un decreto cuya tendencia seria declarar á la nacion que Paris intentaba monopolizar la libertad y la república, y que nos haria tomar, bajo la influencia de unas masas bien intencionadas pero imperativas, la dictadura de la libertad conquistada aquí por todo el mundo, pero conquistada para la Francia entera y no para algunos ciudadanos solamente. Si me mandáseis deliberar bajo la fuerza y declarar fuera de la ley á toda la nacion, que no es solo Paris, y escluida por tres meses, por seis, por qué sé yo cuánto tiempo, de su representacion y de su constitucion, yo os diria lo que decia á otro gobierno pocos dias há: "No arrancaréis semejante voto de mi pecho, sino despues de que lo hayan atravesado las balas. (*Aplausos.*)"

"No, destituidnos mil veces de nuestro título, mas bien que destituirnos de nuestra libertad de opiniones, de nuestra dignidad, de nuestra inviolabilidad, tanto aparente como real; porque para que un gobierno sea respetado, sabedlo, es necesario que tenga, no solo la realidad, sino la apariencia de la libertad. (*¡Bien, muy bien!*)

"Comprended, pues, que nuestro poder es el vuestro, nuestra dignidad y nuestra independencia la vuestra, y dejadnos, por el interes mismo de ese pueblo, reflexionar y deliberar á sangre fria, y adoptar ó rechazar los votos á que servis de órgano. No os prometemos, y por lo que á mí hace no puedo prometeros otra cosa, que pesarlos en nuestra conciencia, sin temor como sin prevencion, y decidir lo que nos parezca, no solo la voluntad del pueblo de Paris, sino el derecho y la voluntad de toda la república." (*¡Muy bien!*)

La diputacion aplaudió este discurso, y algunos de sus miembros estrecharon la mano de Lamartine.

Uno de ellos dijo:—"Estad seguro de que el pueblo no está aquí para otra cosa que para apoyar al gobierno provisional."

Lamartine respondió:—"Estoy convencido de ello; pero podria no parecer así á la nacion. Guardaos de las reuniones de esta clase, por buenas que os parezcan: *los* 18 *brumario* del pueblo podrian traer contra su voluntad otro 18 brumario del despotismo, y ni vosotros ni nosotros lo queremos."

Un silencio profundo en el grupo de los clubs violentos, y aplausos en el grupo de los moderados, siguieron á estas palabras. Pero los mas obstinados recobraron su audacia, y con evidente tendencia de hacer salir del gobierno á Lamartine, gritaron:—"¡No tenemos confianza en todos los miembros del gobierno!—¡Sí, sí, la tenemos en todos! replicaron Snau, Sobrier, Bar-

bés y otras cien voces de sus amigos.—¡No, no! —¡Sí, sí! —¡Es menester obligarlos....!—Hay que respetarlos!" y otros mil gritos contradictorios salian de los grupos. La violencia estaba en el borde de los lábios, en el acento, en las miradas. Los miembros del gobierno permanecieron impasibles. Barbés, afecto entonces á Lamartine, Sobrier, Raspail y Cabet, se agruparon en el espacio que separaba á ambos partidos. Blanqui habia quedado inmóvil, y parecia mas bien calmar á los suyos, que ayudar y animar su insistencia.

Cabet tomó la palabra, y su discurso causó una saludable impresion en la multitud. Barbés, Raspail y otros, apoyaron las palabras de Cabet, defendiendo la independencia del gobierno. El desórden se introdujo en los grupos, la confusion en los pareceres, y los gritos de *¡viva el gobierno provisional!* que se oian en la plaza y demostraban la adhesion del pueblo, hicieron reflexionar á los hombres estremos. Estos clamores les dieron á conocer que si ponian la mano sobre el gobierno, grato al pueblo, la venganza de éste no tardaria en hacerles expiar su crímen. Barbés, Sobrier, Snau y Cabet se aprovecharon de la conmocion de la columna para hacerla retroceder y librar al gobierno de supresion. Los clubs evacuaron las salas y las escaleras, y volvieron á ocupar su sitio delante de la verja del Hotel de Ville. El gobierno, llamado á gritos por cien mil voces, bajó con su presidente á la cabeza á los escalones esteriores de la escalera principal, donde fué saludado con aclamaciones frenéticas, en las cuales predominaban los nombres de Ledru-Rollin y Luis

Blanc mas que antes. Advertido Lamartine por estas aclamaciones de que el favor de la multitud mas cercana se dirigia á ellos, los dejó presentarse en primera linea al pueblo, y gozar de su popularidad: él se colocó en segunda fila, y no recibió sino alguno que otro viva.

Luis Blanc arengó al pueblo y le dió gracias por la fuerza irresistible de que habia rodeado al gobierno con su manifestacion. Engañado el pueblo por estas acciones de gracias, creyó sinceramente que acababa de ejecutar un acto de adhesion patriótica y dar un golpe de estado contra los facciosos, cuando solo habia ejecutado una presion sediciosa al gobierno en favor de la minoria de los clubs y de la minoria de Paris.

Los miembros de la mayoría del gobierno fingieron prudentemente tomar esta manifestacion por lo que era en la intencion del mayor número; pero no se disimularon á si mismos el sentido de esta jornada, y empezaron á desconfiar de una influencia que contaba con todo, y todo lo podia. Su fisonomia aparentaba la satisfaccion y el reconocimiento, mientras que su alma estaba profundamente ulcerada por la audacia y el triunfo de los agitadores. Paris mismo no se engañó entero sobre el objeto de la manifestacion. Desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche, la capital vió desfilar por los bulevares y por los principales cuarteles al pueblo, no armado con fusiles, pero armado por su propio número, semejante á una de las emigraciones antiguas de una nacion entera desde la orilla de un rio á la otra orilla. Cuanto mas tranquilo, mas sobrio, silencioso, disciplinado

y gobernado por una secreta consigna parecia este ejército, tanto mas imponia su aspecto á la capital, sin amenazar, sin embargo, á nadie, tanto mas influia en los pensamientos de todos, y hacia aparecer á todos los ojos que Paris estaba en adelante á merced de los proletarios. Pero tambien le decia que esos proletarios, pacíficos en sus triunfos, generosos y civilizados en su fuerza, animados del instinto del órden, sublevados contra lo que creian la anarquía para sostener al gobierno que se pretendia hallarse amenazado, no era el pueblo brutal de 1793, sino el pueblo de 1848, presagio de otra civilizacion. Al anochecer, Lamartine salió solo y á pié del Hotel de Ville, y pasó dos horas sin ser conocido en medio de la multitud al estremo de la calle de San Honorato Vendoma, contemplando el desfile silencioso de aquella multitud.

Los trages de estos hombres eran decentes; su paso militar, y su fisonomía estaba inspirada por un rayo de fuerza y de paz. Conocíase que temian atemorizar á los ciudadanos y á las mugeres, y aunque eran terribles por su número, tranquilizaban por su porte. Paris retemblaba bajo sus pasos. Durante doce horas que duró la reunion, no se oyó un grito demagógico, ni hubo una señal de terror, ni un insulto, ni una violencia, ni el menor accidente que deplorar en aquella multitud. Ella lo respetó todo, y se respetó á sí misma.

Lamartine entró en el ministerio de negocios estrangeros, dudando sobre la significacion que al dia siguiente se daria al acontecimiento. Sobre su intencion no se engañaba, y veia en él

una derrota escandalosa de la mayoría moderada del gobierno, y una insolente opresion de unos cuantos hombres, oculta bajo la forma de un auxilio y un homenage á la república; una revista de las fuerzas de la minoría ultra-revolucionaria de Paris, mandada por algunos hombres que querian forzar y dominar á la república, intimidándola, y esplotando el entusiasmo real y patriótico del pueblo por su gobierno.

Lamartine resolvió fingir que se equivocaba él mismo y aparentar tomar como un apoyo lo que en el fondo tomaba por una tiranía, pues era el único medio de no dejar á Paris y á la Francia llenarse de estupor y desesperar de la conservacion del órden público. Pero desde este momento se persuadió de que en torno del gobierno habia dos espíritus difíciles de conciliar hasta el fin de la dictadura. El programa de los clubs, que consistia en perpetuar la dictadura, en diferir las elecciones, en poner á la Francia fuera de la ley, y en hacer reinar por medio de ciertos hombres á una sola ciudad y á una sola clase de esta ciudad, podia tener simpatías en el círculo del gobierno. Los clubistas, los delegados de Luxemburgo, los emisarios del club de los clubs, especie de comisaría oficial que servia de intermediario entre el ministerio de lo interior y el espíritu público, parecian imbuidos de la idea de que la Francia no estaba preparada para la libertad, tal como ellos la entendian, que no se podia dejar al pais que se gobernase á sí mismo; que la república les pertenecia á ellos esclusivamente por derecho de iniciativa y de superioridad democrática; que era menester reinar por ella y en su nom-

bre, y que para hacerla obedecer se necesitaba emplear el lenguaje y amenazarle con los comités de salud pública.

Lamartine y la mayoría del gobierno, por el contrario, estaban convencidos de que la libertad, monopolizada por algunos, era la esclavitud y la degradacion de todo; que la próroga de las elecciones y la declaracion fuera de la ley de la asamblea nacional seria la señal de la insurreccion de los departamentos y de la guerra civil; que la dictadura de los que se llamaban republicanos por derecho de superioridad democrática no seria mas que la dictadura del pueblo ínfimo á costa de violencias y de crímenes; que cada semana elevaria y devoraria uno de esos pretendidos dictadores; que en Paris reinaria la anarquía entre torrentes de sangre, y que el nombre de *república* pereceria segunda vez en medio de la execracion del presente y en la incredulidad del porvenir. En su consecuencia, resolvió Lamartine combatir á todo trance y por todos los medios legítimos los complots de los partidarios de la dictadura y de los comités de salud pública, sacrificándose, si era necesario, á la restitucion mas pronta y completa de la soberanía de la Francia entera y del gobierno á la representacion nacional.

XI.

Pero antes de llegar á este dia habia un abismo de anarquía y de despotismo eventuales que atravesar. Los hombres mas sabios y esperimentados del gobierno creian imposible que llegara á atravesarse en efecto. En esta idea, no

cesaban de repetir á Lamartine que intentaba una empresa quimérica, en cuya realizacion sucumbiria, y que el partido ultra-republicano y convencional que tenia intervencion en el gobierno, y disponia de doscientos mil hombres en Paris, y de la influencia de los comisarios y de los clubs en los departamentos, de los industriales en todas partes, de la policía, del Luxemburgo, de la plaza pública por el alejamiento del ejército, de una mitad de la guardia nacional por el armamento de los arrabales, de los talleres nacionales por el sueldo que les daban y por su turbulencia, no dejaria que le arrancasen el poder las elecciones sin destrozar y ensangrentar antes el pais.

Lamartine conocia mejor que nadie todas estas dificultades y todos estos peligros; pero tenia confianza en sus colegas, y la tenia con justicia; juzgaba á los hombres con una sagacidad benévola, es cierto, pero instintiva y rápida; ademas, él no habia hecho la eleccion, y era necesario triunfar ó perecer heróica y honrosamente en la empresa, á cuya suerte se resignaba, seguro de que su muerte seria bien pronto vengada y la señal del levantamiento general contra la tiranía de los dictadores demagogos. Continuó, pues, marchando á su objeto, sin ilusiones, pero no sin esperanza, decidido á transigir ó á combatir con tal de triunfar sobre los dos puntos dominantes: la cuestion de guerra en el esterior, y la de la convocacion de la asamblea nacional en el interior.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII.

La manifestacion del 17 de Marzo y el programa imperativo de los clubs, le habian revelado suficientemente el pensamiento de los agitadores visibles ú ocultos de aquel movimiento.

Desde dicho dia, los diarios de la revolucion, las mociones por las noches en los culbs, los oradores nómadas en los grupos, los actos, las palabras, las circulares de algunos comisarios exaltados en las provincias, las palabras escapadas con el calor de las convicciones en las conversaciones de los hombres afiliados en la intimidad de los clubs, las confidencias, las revelaciones y los pasquines, todo indicaba á Lamartine que el aplazamiento de las elecciones y la prolongacion indefinida de la dictadura eran las consignas de los comités secretos ultra-republicanos. Si estas ideas, que lisonjeaban el orgullo de la poblacion turbulenta de Paris, á quien discernia su imperio, tenian tiempo de propagarse y de infiltrarse en las masas, en el estado de dogma y de pasion, la república corria graves peligros, y no hubiera sido posible estirparlas sino con el hierro. La Francia se hubiera visto obligada á reconquistar su capital derramando torrentes de sangre, y el reinado de aquella parte turbulenta y esclusiva del pueblo, esplotada por tribunos á un tiempo soberanos y encadenados como el dictador soñado por Marat, hubiera sido inevitablemente un reinado de verdugos, muy pronto víctimas, para hacer lugar á otros verdugos, víctimas á su vez. Lamartine se estremecia por su pais de esta posibilidad, y

consagró todas sus vigilias á evitar un desenlace tan cruel de la revolucion.

Dos medios le quedaban: la fuerza y las negociaciones. Resolvió, pues, combinarlos, empleándolas alternativamente y á todo riesgo, segun los hombres y las circunstancias con quién y en que hubiese de emplearlas.

El valiente general Negrier, que despues murió por su patria, soldado intrépido, gefe adorado de sus tropas y ciudadano antiguo, mandaba el ejército del Norte. De este ejército de veintiseis mil hombres disponia enteramente aquel general por su mando vigoroso á la par que amable, que lo ligaba á su voluntad, más por el corazon que por la disciplina. Negrier habia sido atacado algunas veces en el consejo por denuncias de algunos comisarios que desconfiaban de él, por haber servido á las órdenes de los príncipes, y que, sospechando de su fidelidad á la república, dudaban de su honor. Semejantes sospechas no tenian ningun fundamento. Su corazon podia ser de los príncipes por reconocimiento, pero su persona era de la patria por deber. El ministro de la guerra, defensor constante y animoso de los oficiales del ejército, se habia negado siempre enérgicamente á atender las acusaciones de ciertos comisarios desorganizadores. Lamartine habia tambien sostenido á los generales contra la omnipotencia revolucionaria de los procónsules, y en particular á Negrier. Como ministro de negocios estrangeros queria que hubiese un ejército disponible y completo contra las facciones en la frontera de la Bélgica que, como en 1792, podia llegar á ser de un momento á otro el campo de batalla de la

Europa. Como hombre de estado, queria ademas un núcleo de ejército en Lille, á fin de que si la demagogia anárquica y sanguinaria llegaba á triunfar en Paris, los republicanos moderados, vencidos y espulsados de este punto, tuviesen una reserva disponible en el Norte. Esta reserva, bajo las órdenes de Negrier, habria en todo caso reunido bajo sus banderas á los guardias nacionales de los escelentes departamentos de aquella parte de la Francia, y reconquistado á Paris y á la república de la tirania de los demagogos de que sin cesar estaba amenazada.

XIII.

Negrier, por su parte, sin conocer personalmente á Lamartine, habia comprendido por sus palabras y sus actos que en el ministro de negocios estrangeros habia un hombre de su mismo corazon. Un amigo del general, Mr. D***, gefe de batallon de la guardia nacional en Paris, confidente activo de los esfuerzos de Lamartine para salvar el órden y contener la revolucion, hizo muchos viajes á los acantonamientos del ejército del Norte, y fué el inteligente mediador de las comunicaciones secretas entre Lamartine y Negrier. El general estuvo siempre dispuesto á recibir al gobierno en Lille en caso de retirarse de Paris, ó á marchar sobre Amiens ó Abbeville al primer llamamiento que el gobierno hiciese á estos departamentos para acudir al socorro de Paris. Esta reserva del ejército del Norte, á las órdenes de un general resuelto y fiel, era el último recurso de Lamartine, y el que le inspiraba alguna tranquilidad, no para sí, sino para los parisienses y para la Francia, porque sabia muy bien que si la demagogia llegaba á triunfar, seria su primera victima, pero no dudaba del porvenir. El ejército, que en diez dias podia reclutarse en el Norte con veinte mil hombres del ejército del Rhin, y quinientos mil guardias nacionales de los departamentos del Norte, del Este y del Oeste, no podia dejar de ahogar en su misma sangre á los dictadores del comité de salud pública, que meditaban la renovacion de las tiranias de 1793. En los mas graves trances del gobierno; semejante reserva tranquilizaba el espiritu de Lamartine, y el nombre de Negrier resonaba secretamente á su oido como la última esperanza, ó al menos, como la venganza cierta de la sociedad trastornada; pero no confiaba á nadie estos pensamientos por temor de atraer sobre Negrier las sospechas y las acusaciones de los demagogos.

XIV.

Tranquilo por esta parte, resolvió hacer esfuerzos de otra clase sobre el espiritu y el patriotismo de los principales gefes de las sectas, de las opiniones, de los clubs y de los diarios estremos, únicos que tenian entonces poder bastante para conmover á Paris, y sin los cuales los mas atrevidos no podian nada con el pueblo. Si fracasaba en sus inteligencias con ellos para obtener paciencia, razon y moderacion hasta el dia de las elecciones generales, consultaria con sus amigos del gobierno y estarian dispuestos á un combate desesperado entre los dos campos de la república en Paris. Si, por el

Europa. Como hombre de estado, queria ademas un núcleo de ejército en Lille, á fin de que si la demagogia anárquica y sanguinaria llegaba á triunfar en Paris, los republicanos moderados, vencidos y espulsados de este punto, tuviesen una reserva disponible en el Norte. Esta reserva, bajo las órdenes de Negrier, habria en todo caso reunido bajo sus banderas á los guardias nacionales de los escelentes departamentos de aquella parte de la Francia, y reconquistado á Paris y á la república de la tirania de los demagogos de que sin cesar estaba amenazada.

XIII.

Negrier, por su parte, sin conocer personalmente á Lamartine, habia comprendido por sus palabras y sus actos que en el ministro de negocios estrangeros habia un hombre de su mismo corazon. Un amigo del general, Mr. D***, gefe de batallon de la guardia nacional en Paris, confidente activo de los esfuerzos de Lamartine para salvar el órden y contener la revolucion, hizo muchos viajes á los acantonamientos del ejército del Norte, y fué el inteligente mediador de las comunicaciones secretas entre Lamartine y Negrier. El general estuvo siempre dispuesto á recibir al gobierno en Lille en caso de retirarse de Paris, ó á marchar sobre Amiens ó Abbeville al primer llamamiento que el gobierno hiciese á estos departamentos para acudir al socorro de Paris. Esta reserva del ejército del Norte, á las órdenes de un general resuelto y fiel, era el último recurso de Lamartine, y el que le inspiraba alguna tranquilidad, no para sí, sino para los parisienses y para la Francia, porque sabia muy bien que si la demagogia llegaba á triunfar, seria su primera victima, pero no dudaba del porvenir. El ejército, que en diez dias podia reclutarse en el Norte con veinte mil hombres del ejército del Rhin, y quinientos mil guardias nacionales de los departamentos del Norte, del Este y del Oeste, no podia dejar de ahogar en su misma sangre á los dictadores del comité de salud pública, que meditaban la renovacion de las tiranias de 1793. En los mas graves trances del gobierno; semejante reserva tranquilizaba el espiritu de Lamartine, y el nombre de Negrier resonaba secretamente á su oido como la última esperanza, ó al menos, como la venganza cierta de la sociedad trastornada; pero no confiaba á nadie estos pensamientos por temor de atraer sobre Negrier las sospechas y las acusaciones de los demagogos.

XIV.

Tranquilo por esta parte, resolvió hacer esfuerzos de otra clase sobre el espiritu y el patriotismo de los principales gefes de las sectas, de las opiniones, de los clubs y de los diarios estremos, únicos que tenian entonces poder bastante para conmover á Paris, y sin los cuales los mas atrevidos no podian nada con el pueblo. Si fracasaba en sus inteligencias con ellos para obtener paciencia, razon y moderacion hasta el dia de las elecciones generales, consultaria con sus amigos del gobierno y estarian dispuestos á un combate desesperado entre los dos campos de la república en Paris. Si, por el

contrario, conseguia su intento por medio de estos hombres, seria dueño de las fuerzas mas activas de la revolucion, y paralizaria las tentativas del comunismo, del terrorismo y de los partidarios de la dictadura y de la guerra. Lamartine creia en las buenas intenciones aun de los hombres mas fanáticos y en la diplomacia de la confianza y de la franqueza con ellos, y su fé salvó á Paris y á la Francia de los últimos desastres. Si no hubiera abierto su corazon á sus adversarios prevenidos contra él, si no les hubiera manifestado su alma y sus designios, estos hombres habrian continuado creyendo que Lamartine no se habia adherido á la república mas que para esplotarla y hacerla traicion, que tramaba una contra-revolucion; que soñaba para si el antiguo papel de un Monck popular, y uniéndose estos hombres contra él á los partidarios de la guerra, de la dictadura y de la purificacion del gobierno, hubiéran precipitado á la Francia en las convulsiones de un gobierno convencional.

XV.

Lamartine conocia á algunos de estos hombres, y les hizo insinuaciones para atraer á los otros á algunas entrevistas con él.

Uno de los mas eminentes escritores políticos de la actualidad, era Mr. de Lamennais. Apóstol en otro tiempo del catolicismo, habia cambiado su fé y su mision por la mision y la fé de apóstol de los proletarios. Su alma se enternecia con las miserias de éstos. Su estilo se habia exacerbado con el resentimiento del proletarismo, y hacia doce años que era la espresion de sus quejas, y algunas veces el grito de su venganza. La proclamacion de la república le habia apaciguado súbita y como milagrosamente. Este es el efecto de las victorias en los corazones generosos. Despues de la de la revolucion, se habia puesto de parte de la sociedad amenazada por el terror, el socialismo y la demagogia, y era redactor de *El Pueblo constituyente*, diario á que su nombre y su talento daba una gran influencia sobre el pueblo. Lamartine, que hasta entonces no habia visto en Mr. de Lamennais mas que al periodista, se quedó admirado de hallar en él de repente la moderacion, la firmeza, las miras del hombre político. Este diario combatia y hacia impopulares la guerra, la demagogia y las doctrinas socialistas. Si Mr. de Lamennais hubiera perseverado en estas vias, la Francia habria podido contar en él, con un hombre de estado mas. Lamartine le veia entonces frecuentemente en casa de una muger distinguida por su talento y su liberalismo. Monsieur de Lamennais habia formado un proyecto de constitucion, en que faltaba al gobierno la fuerza pública. Su nombre, moderado entonces, intimidaba á los escesos y confundia á las quimeras. Nombrado despues miembro de la asamblea constituyente, le conmovieron y le inspiraron demasiado temor las reacciones, y volviendo sobre sus pasos, se empeñó otra vez en el camino de la suspicacia y los recelos. Esta fué una inmensa pérdida para la república práctica; cuando el genio desierta, la causa abandonada sufre, y el siglo está de luto.

Raspail, que tenia gran influencia en los arrabales de Paris, consintió en una conferencia con Lamartine: esta conferencia fué larga y franca. Lamartine habia oido á Raspail defender su causa ante el tribunal de los pares, y quedó admirado de su elocuencia original, pintoresca, resignada é intrépida á la vez. La política de Raspail parecia consistir en aspiraciones religiosas, populares, niveladoras, mas bien sentidas que desarrolladas en su imaginacion. La impaciencia le consumia, y acababa de impulsar al pueblo en su diario y en su club á pedir el aplazamiento de las elecciones y un dictador popular para el gobierno. Lamartine lo apaciguó demostrándole los peligros que habia para la república en tan intolerable usurpacion; le presentó las perspectivas infinitas de progreso y de caridad social que contenia la república, que se estenderian á medida que se desarrollasen la razon y la virtud de la sociedad; le convenció de lo impracticable de las trasformaciones violentas de las bases de la propiedad, y le exhortó á que concediese tiempo y confianza al pais, no usurpando la mas mínima parte de la soberanía de todos.

Las razones y el ardor de Lamartine conmovieron á Raspail, mas filósofo que ambicioso, y prometió á aquel combatir los complots de la dictadura, esperar á que se reuniese la asamblea nacional, y no conspirar sino en alta voz y en la tribuna. La influencia supersticiosa que ejercia en el espíritu de las masas, contribuyó mucho en aquel periodo, á desanimar á los conjurados, y á contener al pueblo de los arrabales en la paciencia y en la legalidad.

Cabet, cuya imaginacion, menos fuerte, se dejaba llevar de los sueños de una ambicion ilimitada, no fué tan accesible á la razon: su fantasma de invencion comunista, veíase siempre vagar entre su interlocutor y él. Sin embargo, como ciudadano, Lamartine no pudo menos de felicitarse de sus relaciones con Cabet. Este no podia ver con gusto las tentativas de dictadura que hubieran dado la supremacía á los socialistas ó á los tribunos, sus rivales en sistema y en popularidad, y contuvo á los comunistas de su partido, y con ellos á una parte activa del pueblo, en la espectativa que Lamartine queria imponer á todos los partidos.

Un jóven, que habia demostrado una vez en la cámara de los pares un gran talento, Mr. d'Alton Shée, y que era entonces muy aplaudido en las reuniones populares, combatió con ardor y desinteres los planes anárquicos y las doctrinas exageradas. Arrastrado despues á otras vias, se desvió enteramente de la república. Lamartine, que habia fundado grandes esperanzas en su actividad, en su valor y en su talento, le perdió de vista.

En aquella época, Barbés venia aún de cuando en cuando á casa de Lamartine. Sus intenciones eran rectas, pero confusas, y comenzó á estraviarse, sin saberlo y sin quererlo, con las inspiraciones de sus antiguos compañeros de prision. Hombre de accion, los hombres de sistema le atraian á su casa, sin que lo presumiese siquiera. Era el soldado de lo imposible, y no podia tardar en pasarse á los desesperados de la democracia. Pero si Barbés era capaz de conspirar, no lo era de hacer traicion á nadie. Su

presencia en las filas de los anarquistas tranquilizaba mas que inquietaba á Lamartine, pues aunque lo creia capaz de seduccion, estaba seguro de su lealtad.

Uno de los amigos y compañeros de cautiverio de Barbés, el jóven Lamieussens, ejercia una feliz influencia sobre los republicanos exaltados de este campo de la revolucion. Lamartine le habia distinguido, y se proponia utilizar sus talentos. Por esta época colocó un gran número de jóvenes republicanos en el estrangero, en las cancillerias, en los vice-consulados y en algunos consulados dependientes de su ministerio. Estos nombramientos, vituperados al principio, fueron despues todos políticos. Lamartine no debia dejar exacerbarse y viciarse en las facciones de Paris á hombres que habian sufrido por su causa y hecho servicios á la república dirigiendo y moderando al pueblo de Paris.

XVI.

Sobrier continuaba viendo asiduamente á Lamartine. Mas entusiasta que ambicioso, adquiria cada dia mayor ascendiente sobre la juventud revolucionaria de los cuarteles del centro de Paris. Entonces empleaba este ascendiente en favor de las ideas de órden y de moderacion; equilibraba por medio de su diario y de su club la influencia de otros diarios y de otros conciliábulos del partido de los dictadores y de los escesos, y aun queria sostener la integridad del gobierno con las armas en la mano. Su diario, *La Commune de Paris*, daba cabida algunas veces á himnos y doctrinas de malas fechas; pero recomendaba el órden, la fraternidad entre todas las clases de ciudadanos, el respeto de las propiedades, la inviolabilidad de las conciencias, la paz con todas las potencias, y la calma, hasta el dia en que la asamblea nacional viniese á representar todos los derechos y á formar todas las leyes. Estas doctrinas de Sobrier tenian tanto mas crédito sobre la multitud, cuanto que á sus ojos nadie le escedia en exageracion de fanatismo y de esperanzas; pero su fanatismo era teórico y sus esperanzas tranquilas. Sobrier tenia ademas mucho valor personal, é informado de los proyectos fraguados en los conciliábulos ultra-republicanos, de diezmar al gobierno, sorprender los ministerios de hacienda y de negocios estrangeros, y apoderarse de Lamartine, sustituyéndoles hombres estremados, habia alistado quinientos ó seiscientos hombres, para los que le concedió armas Caussidiere con una intencion muy leal: tenia asi en la calle de Rivoli una especie de cuartel general de policía armada. Lamartine estaba instruido por Sobrier mismo de todas estas circunstancias, y habia contribuido á hacerle ceder por los liquidadores de la lista civil el edificio que ocupaba este cuartel general frente á las Tullerias. Siempre que causaban á Lamartine alguna inquietud las noticias que le llegaban sobre alguna manifestacion contraria á la paz pública, algun complot contra el gobierno ó contra él mismo, hacia advertir á Sobrier, quien recibia sus órdenes y disponia su gente en su cuartel y sus medios de defensa al rededor de los ministerios amenazados.

Paris estaba entonces enteramente desguarnecido de tropas del ejército y sin guardia na-

cional; los partidos recelaban unos de otros, y cada uno tenia su policía y su ejército. Sobrier era el Caussidiere de la otra mitad de Paris. Lamartine no tuvo mas que motivos para estar satisfecho del desinteresado celo de aquel por la paz pública hasta la aproximacion de las elecciones, en que se abandonó á malas inspiraciones, secundó los manejos electorales de los socialistas mas esclusivos, dejó pervertir el espíritu de su diario, y se rodeó con una obstinacion pueril de un aparato de conspiracion armada, que no era mas que una locura, pero que parecia un complot. El general Courtais informó de ello á Lamartine. Este, que no veia á Sobrier despues de sus escándalos, le hizo decir dos veces que licenciase á sus seides, entregase sus armas y volvise á entrar en el terreno legal, so pena de proceder el gobierno enérgicamente contra él. Sobrier obedeció, aunque no completamente.

Ya volveremos á hallarle el 15 de Mayo.

XVII.

Lamartine entabló tambien francas inteligencias con los hombres mas influyentes y los oradores mas populares de todas las opiniones activas y de todos los clubs democráticos de Paris y de los arrabales. Los recibió en su casa, y persuadió y atrajo á los principales agitadores de los cuarteles mas populosos, pasando muchas noches enteras en discutir con ellos sin reticencia sobre la situacion de la república en el esterior y en el interior, así como las cuestiones mas ardientes de la economía política, que servian en-

tonces de testo á los descontentos ó á las aspiraciones del pueblo. Aunque halló á aquellos rebeldes algunas veces, los convenció, sin embargo, de la necesidad de no debilitar á la república con disensiones civiles, que harian abortar todos los pensamientos de progreso social, aplazándolos para el porvenir, de combatir á los dictadores estraños y de calmar al pueblo, sometiéndole á su propia soberanía en la asamblea nacional.

Conmovidos estos hombres por el lenguaje sincero y casi siempre apasionado de Lamartine, obraban con lealtad en el sentido de sus deseos, reservando sus opiniones sobre ciertos puntos de de la discusion, pero concordando con él en las cuestiones esenciales. De cuando en cuando venian á informar á Lamartine de las disposiciones de sus cuarteles, y esta policía franca, ó mas bien estas negociaciones incesantes y leales entre uno de los miembros mas influyentes del gobierno y los principales gefes de los clubs, evitó las malas inteligencias, hizo abortar las conjuraciones, y salvó á Paris, abriendo el camino á la asamblea nacional. Fué esta una conspiracion de los hombres de bien contra las conspiraciones de los malos. Lamartine se adhirió particularmente á los jóvenes, sinceros aun en sus exageraciones revolucionarias, sin escandalizarse de los nombres que entonces inspiraban mas prevenciones en Paris, porque sabia que la fama de un hombre es con frecuencia una calumnia de buena fé de los que no saben mas que su nombre. Creia ademas que muchas sombras se disipan aproximándoles la luz del

corazon, y por otra parte ninguna repugnancia es lícita á quien quiere salvar la patria.

Así es como conoció y trató sin humillarse y sin envilecerlos á los principales agitadores de los clubs demagógicos de la Sorbona, en que cuarenta mil proletarios del cuartel del Pantheon recibian el aliento de la agitacion; á muchos delegados de los obreros del Luxemburgo, hombres de buen sentido, muy desengañados ya de los sofismas industriales y económicos de Luis Blanc, á un jóven mulato á quien la multitud seguia de club en club bajo la influencia de una ardorosa elocuencia tropical, y á de Flotte, uno de los mas fieles adeptos de Blanqui.

Servien, el jóven mulato, entusiasta y atractivo sobre el trípode, era dulce, tímido, casi mudo en la intimidad. El declaró á Lamartine que tenia mas pasion que conocimientos sobre las cuestiones sociales con que fanatizaba á sus oyentes, y éste le comunicó los resultados de sus propios estudios, sugiriéndole ese socialismo de sentimientos que hace fraternizar á las diversas clases de ciudadanos, sin privar de sus derechos á ninguna, y enseñándole que el socialismo verdadero no era mas que una cuestion de religion en los corazones y de equidad en las leyes. Servien inspiró la conciliacion y la paz á las masas fascinadas por su voz. Lamartine lo envió en seguida entre los negros sus hermanos á prepararlos para la emancipacion por la concordia con los colonos, creyendo que las colonias enviarian este notable talento á la asamblea nacional.

De Flotte era un jóven oficial de marina, de

buena familia, estudioso, honrado y adepto muy fanático de los sistemas radicalmente innovadores de las sociedades, que era partidario de Blanqui como el mas radical de los revolucionarios, pero influyendo sobre él por la elevacion de su inteligencia. Lamartine le sondeó á fondo, y no halló en su alma ni crímen, ni vicios, ni preocupaciones incompatibles con el órden social, conservador y progresivo que una república bien inspirada debe garantizar; conoció que este jóven, fuera de su lugar en las facciones, podia ser útil en la república, y pensó utilizarlo en la primera ocasion: despues supo que de Flotte, aunque estraño al motin del 15 de Mayo, habia sido arrestado á prevencion á causa de sus relaciones con Blanqui, y reclamó su libertad. Por de Flotte fué por quien hizo saber á Blanqui que le veria con interes, y quizá con éxito para la república.

XVIII.

Blanqui era entonces objeto de sospecha para el gobierno, y á la vez para los partidos estremos. Los clubs, á quienes dominaba por su violencia y su talento, le tenian envidia; los partidarios de la dictadura, que veian en él un rival ó un vengador, le temian, y todos le indicaban á la opinion pública como el único faccioso peligroso, á fin de ocultar ellos mejor sus conspiraciones tras de las de Blanqui. Este, por su parte, detestaba á esos hombres que habian intentado deshonrale; se separaba de ellos, y cifrando todo su estudio en sobrepujarlos en radicalismo, á fin de dejarlos atras en popularidad, los llamaba ambiciosos y engañadores del pueblo.

El eco de su voz les hacia temblar todas las noches, porque sabian que Blanqui estaba rodeado de algunos fanáticos capaces de vengar á su gefe á fuego y sangre. Esta fama siniestra de Blanqui era un fantasma interpuesto siempre entre su ambicion y ellos, y continuamente se esparcian los rumores mas amenazadores sobre las tramas de Blanqui y su partido, aunque no creian en ellas los mismos que los estendian. Era un Catilina de imaginacion. Tan pronto debia sitiar al gobierno en el Luxemburgo y apoderarse de él en medio de la noche para conducirlo á Vincennes, como incendiar á Paris y aprovecharse del tumulto para proclamar su tiranía en nombre del pueblo, como sorprender con algunos cómplices el ministerio de negocios estrangeros y asesinar á Lamartine. La parte crédula del pueblo repetia con misterio estos rumores. Lamartine no creia en ellos: se afligia, sí, de los escándalos de palabra de esa pequeña faccion, pero no le inquietaban lo mas mínimo las acusaciones de traicion y las amenazas de muerte que resonaban por la noche en este club. Sabia que el verdadero peligro para el gobierno y para la Francia eran las facciones menos desacreditadas, y aun le disgustaba que la faccion de este conspirador, impotente en el fondo, sirviese de contrapeso é intimidase á otras facciones de otros clubs y otros partidos. Muchas veces se habia opuesto, sin que sus colegas pudiesen comprender el motivo, á que Caussidiere hiciese arrestar á Blanqui. Sin embargo, el nombre de este nuevo tribuno estremecia á todo Paris.

Su fama llenaba de terror la imaginacion del

pueblo, cuando á las seis de la mañana de uno de los últimos dias del mes de Marzo, ó de los primeros de Abril, entró en el ministerio de negocios estrangeros y pidió hablar al ministro un hombre de aspecto miserable, acompañado de otros dos ó tres hombres de rostros desconocidos y sospechosos. Lamartine acababa de levantarse; como el dia estaba templado, trabajaba medio vestido en su habitacion, y al ver entrar á Blanqui, adelantándose hácia él con pecho descubierto, le alargó la mano:

—"Y bien, Sr. Blanqui, le dijo sonriéndose: ¿venis á darme de puñaladas? La hora es propicia y buena la ocasion; ya lo veis, no tengo coraza."

En seguida, haciendo sentar á Blanqui frente á sí:

—"Hablemos seriamente, le dijo. He deseado veros, y habeis consentido en conferenciar conmigo: este es un indicio de que nuestras ideas acerca de la república no son quizá tan inconciliables como las apariencias hacen pensar al vulgo. Entremos en materia. Voy á poneros de manifiesto todas mis ideas como un hombre que no tiene nada que ocultar, ni aun á sus enemigos. Vereis si mi horizonte político es bastante estenso y luminoso para que todos los amigos de la domocracia hallen en él una esfera de accion legal y la satisfaccion de su legítima ambicion de progreso. Podeis interrumpirme en el punto en que tengais que hacerme alguna objecion, y yo os esplicaré lo que parezca oscuro."

Lamartine espuso entonces á Blanqui sus ideas sobre la república, tal como la concebia

para un pueblo continental, largo tiempo acostumbrado al yugo monárquico, y en quien los problemas del socialismo, nacidos de la industria, del lujo y de la miseria, agitaban hacia quince años las clases inferiores de la sociedad, y le demostró las garantías que debian darse á la propiedad, las instituciones de asistencia á los proletarios que era necesario fundar. En sus teorías, Lamartine fué todo lo lejos que le permitian sus pensamientos, pero no mas allá de lo que aconsejaba el buen sentido y era realizable, y su conclusion fué un gobierno muy fuerte, espresion de la voluntad nacional libremente manifestada por todo el pueblo, y por lo mismo irresistible. Demostró los peligros de la guerra para las ideas democráticas, como para la nacionalidad francesa; se declaró enemigo inflexible de toda faccion que quisiese monopolizar el poder por medio de la dictadura, ensangrentarlo en las convenciones ó destrozarle en las anarquías, y se declaró partidario del dogma absoluto de la mayoría sincera de la nacion contra la tiranía de una sola clase, aunque esta clase usurpase el nombre del pueblo. Por último, manifestó su odio contra los ambiciosos corruptores de este pueblo, y su compasion á los sofistas, que haciéndoles soñar con quimeras radicales, le preparaban el despertar de la desesperacion.

Blanqui no le habia interrumpido ni una sola vez. Su fisonomía ascética é impresionable prestaba atencion con todos sus sentidos, y su ojo profundo y cóncavo parecia penetrar hasta en lo mas hondo del alma de su interlocutor, para descubrir en ella la intencion de seducirle ó engañarle. Pero estaba demasiado ejercitado

en la observacion para no descubrir que la actitud, la palabra, las facciones de Lamartine respiraban sinceridad. Blanqui no hizo ninguna objecion fundamental á las ideas que acababa de oir; habló con irónico desden de los hombres que se decian entonces los profetas del socialismo y del terror; admitió las teorías como teorías ó como tendencias, y reconoció que no habia ninguna realizable fuera de la propiedad garantida y de los derechos adquiridos.

Por lo que hace al gobierno, reconoció igualmente la necesidad que tenia de condiciones de fuerza contra la anarquía; concedió sin dificultad á Lamartine que era menester desanimar á los partidos ambiciosos y turbulentos de la anarquía, adhiriéndose á la convocacion de la asamblea nacional, y no vaciló en efecto, en hablar en este sentido en su club y en hacer retroceder de su propósito á las facciones que empezaban á protestar contra las elecciones.

Lamartine, despues de este dialógo político en que habia obtenido todo lo que queria; es decir, el acuerdo para la convocacion de la asamblea, y la promesa de combatir las tentativas dictatoriales, hizo parar la conferencia en una conversacion familiar. Blanqui pareció abandonarse á ella con la espansion de un alma ulcerada y comprimida por la persecucion que se abre y dilata en una intimidad de azar: contó á Lamartine su vida, que no era mas que una larga conjuracion contra los gobiernos; sus amores con una muger á quien su cautiverio no habia podido separar, y á quien habian muerto sus desgracias; sus largas prisiones y sus reflexiones solitarias; sus aspiraciones á un Dios,

y sus instintos anti-sanguinarios; pero su pasion casi invencible á las conjuraciones, especie de segunda naturaleza formada en sus primeras conspiraciones. En esta relacion estuvo sencillo, natural, elevado, algunas veces tierno. Lamartine creyó hallar en este conjurado toda la aptitud y todo el tacto de un hombre nacido para las negociaciones, si queria plegar su independencia al yugo de un gobierno. Le preguntó, pues, si consentiria en servir á una república segun sus miras en el interior ó en el esterior, y si su tarea de eterno crítico, de constante agresor de las instituciones, no le parecia pesada, estéril, ingrata, perjudicial á la república. Blanqui convino en esto último, y aun no pareció muy distante de la idea de servir á un gobierno, á cuyos ministros honrase, y con cuyas miras estuviese conforme. Blanqui y Lamartine se separaron, despues de una conferencia de muchas horas, satisfechos al parecer uno de otro, y con ánimo de volverse á ver si las circunstancias lo exigian.

XIX.

Desde este dia no dejó Lamartine de sostener inteligencias desinteresadas y leales en el seno de los diferentes partidos que se disputaban la direccion del pueblo. Su influencia se hizo sentir en ellos en un solo sentido: la convocacion y la aceptacion por el pueblo de Paris de la asamblea nacional. Seguro de la cooperacion para este objeto de los principales gefes de faccion, no tuvo ya necesidad de vigilar con sus colegas sobre las manifestaciones sediciosas que

podian hundir ó hacer desaparecer al gobierno cuando menos se pensase.

El peligro era de cada momento. La guardia movilizada no contaba aun mas que algunos batallones sin uniformar, y á cuyo equipo suscitaban mil obtáculos los delegados del Luxemburgo, que veian con repugnancia su creacion. El general Duvivier se impacientaba con razon de esta tardanza, y solo mantenia á su tropa en el deber á fuerza de estímulos y de solicitud. La guardia nacional, en número de ciento noventa mil hombres, se organizaba, se vestia y se armaba al impulso de su general y del gefe de estado mayor, Guinard, é iba muy pronto á nombrar su oficialidad; pero hasta entonces no existia mas que idealmente. El gobierno se negaba fundadamente á reunirla antes de que estuviese uniformada, para evitar que el contraste entre la indigencia de los unos y el lujo militar de los otros, crease una division aristocrática donde queria crear la unidad de los corazones y de los brazos. Los refugiados estrangeros crecian en número y en audacia en Paris, y pretendian forzar la voluntad del gobierno y apoderarse de los elementos de la guerra para llevarla á sus diferentes territorios, llevando consigo la bandera francesa. Los belgas asediaban al ministro de negocios estrangeros y al ministro de lo interior. El gobierno estaba inflexiblemente decidido á negarles todo auxilio, tan impolítico como indigno de su lealtad, pero no tenia mas que una autoridad moral que oponer á sus alistamientos y á sus proyectos de invasion.

El ministro de negocios estrangeros habia ro-

ya muchas veces sus tramas y escitado al príncipe de Ligne á obligarlos á volver á su patria. Algunos centenares de ellos habian partido en efecto de Paris; pero aun quedaban dos ó tres mil, tanto en este punto como en los departamentos del Norte. Parece que, cansados de sus insistencias y de sus reconvenciones, algunas personas cercanas al gobierno, pero poco fieles, participaron por complacencia ó por complicidad de estas pasiones de los tránsfugas, les facilitaron medios de trasporte y les prepararon carruajes llenos de armas en las fronteras de Francia. Al llegar á Lille, el coronel belga que mandaba la espedicion, hizo pedir armas al general Negrier, quien, advertido por Lamartine, se las negó. Mientras que esto pasaba en Lille, Lamartine, instruido del complot, se dirigia oficialmente al ministro de lo interior para que se opusiese por medio de todos sus agentes al armamento é invasion de los belgas, quien accedia á esta peticion, enviando, en efecto, órdenes en este sentido á la frontera.

El comisario del gobierno en Lille, que en los primeros momentos habia creido quizá obrar de conformidad á las miras del gobierno, favoreciendo el armamento de los refugiados, se arrepentia de ello y hacia tardios esfuerzos para que la entrada de los belgas en su territorio fuese inofensiva. Los belgas, que veian entre sí á tres discípulos de la escuela politécnica, y que recibian de ellos carros de fusiles, creian en la complicidad del gobierno. Al penetrar á mano armada en el suelo de su patria, fueron recibidos á tiros por las tropas del rey, y volvieron á Francia gritando *¡traicion!* Los ecos de

este grito resonaron en Paris, y agitó aun mas á los alemanes, á los polacos y á los clubs. A este hecho se le llamó la invasion de *Risgnons-Tout*, del nombre de la aldea en que el combate tuvo lugar. Aunque no hubo aquí traicion, habia, sin embargo, inteligencias de algunos demócratas de Paris, con los refugiados belgas, y las órdenes del gobierno vinieron á revocar otras dadas por agentes secretos. Las potencias estrangeras se quejaron al gobierno con razon, pero en términos moderados, de esta invasion; pero se vieron obligadas á reconocer la buena fé y aun el vigor con que la habia reprimido el ministro de negocios estrangeros.

XX.

Iguales tentativas de reunion tuvieron lugar en Strasburgo y á orillas del Rhin, á pesar de la incesante resistencia del gobierno frances. Una espedicion de voluntarios saboyanos partió de Lyon, pasó el Ródano y se adelantó sobre Chambery, de cuyo pueblo se apoderó por sorpresa, y fué espulsada al dia siguiente por una insurreccion espontánea de las montañas. Monsieur Emmanuel Arago, que apenas podia dominar la anarquía industrial de Lyon, escribió á Lamartine participándole este complot, y que no podia reprimirle sin fuerza armada. Informado de él Mr. Ledru-Rollin por el ministerio de negocios estrangeros, envió comisarios y órdenes para disolver esta reunion. Lamartine propuso el concurso del ejército de los Alpes para restablecer el órden en Chambery y reprimir el atentado de los refugiados y de los franceses que habian formado causa comun con ellos

contra la nacionalidad saboyana. El gobierno fué tan estraño á esta violacion como el gobierno anterior lo habia sido á la invasion de los italianos en saboya. Sin embargo, publicó una proclama, ofreciendo separar de las fronteras á todos los refugiados; Lamartine y el ministro de lo interior se pusieron de acuerdo para ejecutar esta disolucion, y se emplearon sumas considerables por Mr. Flocon para socorrer, diseminar é internar los millares de refugiados que se habian reunido en las fronteras.

XXI.

Pero continuaban en Paris los mas inquietos: los polacos, que son el fermento de la Europa. Tan valientes en el campo de batalla como tumultuosos en la plaza pública, los polacos son el ejército revolucionario del continente. Todo el mundo es su patria, con tal que le agiten, y ellos no solo agitaban á Paris, sino que amenazaban al gobierno. Aclimatados por la hospitalidad nacional, sostenidos por los comités franceses, provistos de protectores infatigables, como MM. Montalembert y Vavin, siempre dispuestos á hacer valer sus títulos ante el poder, los polacos eran una de las mas graves dificultades de la situacion del ministro de negocios estrangeros. Habianse creado cuadros de compañias polacas, en que podian alistarse á sueldo de la Francia, y esto era hacer todo lo que permitia el derecho de gentes. Declarar por su causa la guerra á la Prusia, al Austria y á la Rusia, era promover una cruzada para conquistar un sepulcro. Negarla, era esponerse á la impopularidad y á las sediciones en su favor. Los polacos tenian voces en todos los clubs, gritos en todas las conmociones, manos en todos los tumultos; reclutaban abiertamente simpatias en los talleres nacionales; anunciaban audazmente manifestaciones polacas para intimidar al gobierno, y los hombres sensatos de su nacion trataban en vano de contenerlos. Los demagogos franceses se servian del nombre de la Polonia para conmover á la Francia. Lamartine que vigilaba atentamente sus agitaciones, se indignaba de que fuese mas difícil contener á estos huéspedes de la Francia que á la misma Francia.

Una noche que, fatigado de su lucha diaria en el Hotel de Ville entraba en el palacio de negocios estrangeros contando con dedicar algunas horas al sueño, tan raras para él en semejantes momentos, se le vino á anunciar una numerosa diputacion de polacos de yo no sé qué club democrático, que pretendia representar á la Polonia entera. Esta era la pretension de cada uno de los cinco ó seis partidos polacos, anárquicos hasta en el suelo estrangero, y antipáticos unos á otros. La diputacion se colocó en dos grupos enfrente del ministro, en su despacho del ministerio de negocios estrangeros. Uno de sus oradores habló un lenguaje conveniente, aunque demasiado imperioso para una colonia, de estrangeros. Lamartine iba á responderle con las consideraciones debidas al patriotismo y á la desgracia, cuando voces salidas del otro grupo protestaron contra la moderacion del primero.

Otro orador, saliendo con ademanes frenéticos del círculo de los descontentos, apostrofó in-

solentemente al ministro y á la nacion en su persona. Este orador pronunció un discurso sedicioso, en el que acabó por anunciar á Lamartine que los polacos eran mas dueños que él de Paris; que contarian con el mismo gobierno; que tenian alistados cuarenta mil hombres de los talleres nacionales para unirse á ellos al dia siguiente, y marchar juntos sobre el Hotel de Ville, y que si el gobierno no cedia, eran bastante fuertes para derribarle y cambiarle.

Irritado Lamartine al oir semejantes palabras, amenazas é insultos á la liberad del gobierno y á la dignidad de la nacion, aceptó el desafio, y acabó por decirles que si la Francia dejaba derribar su gobierno por un puñado de estrangeros que viniesen á imponerle la ley, seria porque la Francia habria descendido aun mas que las naciones sin patria.

La querella se animaba, las palabras eran vivas, los rostros se llenaban de fuego. El primer grupo intentó hacer comprender la razon al segundo, pero no llegó á conseguirlo. Por último, los polacos prudentes, que se hallaban alli en mayoría, calmaron al orador faccioso, y obtuvieron de él algunas escusas. La conferencia se aplazó para el dia siguiente en el Hotel de Ville. Al despedirlos el ministro, les dijo, que si el mensage degeneraba en manifestacion, y si llevaban consigo á un solo frances, no los trataria como huéspedes, sino como perturbadores de la Francia.

XXII.

Al dia siguiente se presentaron, en efecto, en una columna numerosa, pero en actitud tranquila, sobre la plaza de Greve. En Francia y en Europa se esperaba con ansiedad la respuesta á ellos de Lamartine, porque esta respuesta contenia la paz ó la guerra para el continente entero. El ministro de negocios estrangeros les habló en estos terminos, reproducidos al dia siguiente por los taquígrafos de *El Monitor*.

—"Polacos: la república francesa recibe como un feliz augurio el homenage de vuestra adhesion y de vuestro reconocimiento por su hospitalidad. Yo no creo necesario espresaros sus sentimientos hácia los hijos de la Polonia: la voz de la Francia os los espresaba todos los años, aun cuando esta voz estaba comprimida por la monarquía. La voz y las acciones de la república son mas libres y mas simpáticas aún. Ella os repetirá estos sentimientos fraternales, y ellas os lo probará bajo todas las formas compatibles con la política de justicia, de moderacion y de paz para el mundo que ha proclamado.

"Si; desde vuestros últimos desastres, desde que la espada ha borrado de la carta de las naciones estas últimas protestas de vuestra existencia, como vestigio y gérmen de una nacion, la Polonia no ha sido solamente una acusacion, sino un remordimiento vivo, presente, en medio de la Europa. La Francia no os debe solo votos y lágrimas, os debe tambien un apoyo moral y eventual en recompensa de la sangre polaca que habeis derramado sobre todos los campos de batalla de Europa, durante nuestras grandes guerras.

"La Francia os recompensará lo que os debe; estad seguro de ello, y confiad en el corazon de

solentemente al ministro y á la nacion en su persona. Este orador pronunció un discurso sedicioso, en el que acabó por anunciar á Lamartine que los polacos eran mas dueños que él de Paris; que contarian con el mismo gobierno; que tenian alistados cuarenta mil hombres de los talleres nacionales para unirse á ellos al dia siguiente, y marchar juntos sobre el Hotel de Ville, y que si el gobierno no cedia, eran bastante fuertes para derribarle y cambiarle.

Irritado Lamartine al oir semejantes palabras, amenazas é insultos á la liberad del gobierno y á la dignidad de la nacion, aceptó el desafio, y acabó por decirles que si la Francia dejaba derribar su gobierno por un puñado de estrangeros que viniesen á imponerle la ley, seria porque la Francia habria descendido aun mas que las naciones sin patria.

La querella se animaba, las palabras eran vivas, los rostros se llenaban de fuego. El primer grupo intentó hacer comprender la razon al segundo, pero no llegó á conseguirlo. Por último, los polacos prudentes, que se hallaban alli en mayoría, calmaron al orador faccioso, y obtuvieron de él algunas escusas. La conferencia se aplazó para el dia siguiente en el Hotel de Ville. Al despedirlos el ministro, les dijo, que si el mensage degeneraba en manifestacion, y si llevaban consigo á un solo frances, no los trataria como huéspedes, sino como perturbadores de la Francia.

XXII.

Al dia siguiente se presentaron, en efecto, en una columna numerosa, pero en actitud tranquila, sobre la plaza de Greve. En Francia y en Europa se esperaba con ansiedad la respuesta á ellos de Lamartine, porque esta respuesta contenia la paz ó la guerra para el continente entero. El ministro de negocios estrangeros les habló en estos terminos, reproducidos al dia siguiente por los taquígrafos de *El Monitor*.

—"Polacos: la república francesa recibe como un feliz augurio el homenage de vuestra adhesion y de vuestro reconocimiento por su hospitalidad. Yo no creo necesario espresaros sus sentimientos hácia los hijos de la Polonia: la voz de la Francia os los espresaba todos los años, aun cuando esta voz estaba comprimida por la monarquía. La voz y las acciones de la república son mas libres y mas simpáticas aún. Ella os repetirá estos sentimientos fraternales, y ellas os lo probará bajo todas las formas compatibles con la política de justicia, de moderacion y de paz para el mundo que ha proclamado.

"Si; desde vuestros últimos desastres, desde que la espada ha borrado de la carta de las naciones estas últimas protestas de vuestra existencia, como vestigio y gérmen de una nacion, la Polonia no ha sido solamente una acusacion, sino un remordimiento vivo, presente, en medio de la Europa. La Francia no os debe solo votos y lágrimas, os debe tambien un apoyo moral y eventual en recompensa de la sangre polaca que habeis derramado sobre todos los campos de batalla de Europa, durante nuestras grandes guerras.

"La Francia os recompensará lo que os debe; estad seguro de ello, y confiad en el corazon de

treinta y seis millones de franceses. Pero dejad á la Francia lo que le pertenece esclusivamente; la eleccion y la conveniencia de la hora, del momento, de la forma de devolveros sin agresion y sin derramamiento de sangre humana el puesto que se os debe en el catálogo de los pueblos.

"Debeis conocer los principios invariables que el gobierno provisional ha adoptado en su política estrangera; pero por si no los conoceis, oidlos:

"La república es sin duda republicana, y así lo ha dicho en alta voz al mundo; pero la república no está ni estará en guerra abierta ni secreta con ninguna de las naciones, con ninguno de los gobiernos existentes, mientras que estas naciones y estos gobiernos no se la declaren á ella. No hará, pues, no permitirá ningun acto de agresion y de violencia contra las naciones germánicas. En el momento presente, estas naciones trabajan en modificar por si mismas su sistema interior de confederacion, y en crear la unidad y los derechos de los pueblos, que tienen un lugar que revindicar en su seno. Seria necesario ser un insensato ó traidor á la libertad del mundo para turbarlas en su trabajo con demostraciones de guerra, y cambiar en hostilidades, en susceptibilidad ó en odio la tendencia liberal que impulsa su corazon hácia nosotros y hácia vosotros.

"¿Y qué momento escogeis para este contrasentido del derecho de la política y de la libertad? ¿Se fragua acaso contra nosotros un nuevo tratado de Pilnitz? ¿Se forma acaso alguna coalicion de soberanos sobre nuestras fronteras y en las vuestras? No, ya lo veis; cada correo

nos trae una aclamacion victoriosa de los pueblos que se adhieren á nuestros principios, y que fortifican nuestra causa precisameute porque hemos declarado que uno de estos principios era el respeto del derecho, de la voluntad, de la forma de gobierno del territorio de todos los pueblos. ¿Son tan malos los resultados esteriores de la política del gobierno provisional, que es necesario forzarle á cambiarla y á presentarnos sobre las fronteras de nuestro vecinos con la bayoneta en la mano, en vez de la libertad y de la paz?

"No: esta política firme y pacífica, á la vez, tiene demasiado buen éxito para la república, para que esta consienta en cambiarla antes que la cambien las demas potencias. ¡Ved á la Bélgica, á la Suiza, á la Italia, á la Alemania meridional entera! ¡Ved á Viena y á Berlin! ¿Qué mas quereis? Los mismos poseedores de vuestros territorios os abren el camino de vuestra patria, y os llaman á reconstituir pacíficamente sus cimientos. No seais injustos con Dios, ni con la república, ni con nosotros. Las simpatías de las naciones alemanas, el rey de Prusia abriendo las puertas de sus ciudadelas á vuestros mártires, á vuestros proscriptos, Cracovia independiente, el gran ducado de Posen convertido de nuevo en polaco; ved aquí las armas que os hemos dado en un mes de política.

"No nos pidais otras. El gobierno provisional no dejará cambiar su política por una nacion estraña, por muy simpática que esta sea á sus corazones. Amamos á la Polonia, amamos á la Italia, amamos á todos los pueblos oprimidos; pero amamos ante todo á la Francia, y en

este momento pesa sobre nosotros la responsabilidad de sus destinos, y tal vez de los de la Europa.

"Esta responsabilidad no la dejaremos á nadie sino á la nacion misma. Confiad en ella, en el porvenir; confiad en ese pasado de treinta dias que ha hecho ya ganar á la causa de la democracia francesa mas terreno que en treinta batallas, y no la turbeis ni con los armas ni con una agitacion que haria recaer sobre nuestra causa comun, la obra que la Providencia ejecuta sin otras armas que las ideas, para la regeneracion de los pueblos y para la fraternidad del género humano.

"Habeis hablado admirablemente como polacos: nuestro deber es hablaros como franceses. Unos y otros debemos permanecer en nuestra posicion. Como polacos debeis tener una justa impaciencia por correr al suelo de vuestros padres, y responder al llamamiento que una parte ya libre de la Polonia hace á sus generosos hijos. Nosotros no podemos hacer mas que aplaudir este sentimiento, y daros, como deseais, los medios pacíficos que ayuden á los polacos á restituirse á su patria, y á volver á gozar de un principio de independencia en Posen.

"En cuanto á nosotros, como franceses, no tenemos solo que considerar á la Polonia, sino á la universidad de la política europea, que corresponde á todos los horizontes de la Francia y á todos los intereses de la libertad, de que la república francesa es la representacion, y aun esperamos que la mas gloriosa y última esplosion en Europa. La importancia de estos intereses, la gravedad de estas resoluciones hacen

que el gobierno provisional de la república no pueda abdicar en manos de ninguna nacionalidad parcial, de ningun partido, de ninguna nacion, por sagrada que sea su causa, la responsabilidad y la libertad de sus resoluciones.

"La política de la monarquía para con la Polonia, no es la política que exige la república. Esta ha hablado al mundo un lenguaje á que quiere permanecer fiel, sin que ningun poder de la tierra pueda decirle:—"Pronunciais aquí palabras distintas de vuestras acciones allí."

"La república no debe ni quiere ejecutar actos en contradiccion con sus palabras: en esto se cifra el respeto de su palabra, y no lo desacreditará jamas faltando á ella. ¿Qué ha dicho la república en su manifiesto á las potencias? Ha dicho, pensando cabalmente en vosotros: el dia en que nos pareciese sonar la hora providencial para la resurreccion de una nacionalidad borrada injustamente del mapa, volariamos á su socorro. Pero nos hemos reservado justamente lo que solo pertenece á la Francia: la apreciacion de la hora, del momento, de los medios y de la justicia de la causa porque debemos intervenir.

"Pues bien, esos medios hasta aquí los hemos escogido pacíficos, y creed que la Francia y la Europa ven si ellos nos han engañado ú os han engañado á vosotros mismos.

"En treinta y un dias los resultados naturales y pacíficos del sistema de paz y de fraternidad indicado á los pueblos y á los gobiernos han valido á la causa de la Francia, de la libertad y de la Polonia misma mas que diez batallas en que se hubiesen derramado torrentes de sangre humana.

"Viena, Berlin, la Italia, Milan, Génova, la Alemania meridional, Munich, todas esas constituciones, todas esas esplosiones espontáneas, no provocadas en el alma de los pueblos, vuestras propias fronteras, en fin, abiertas á vuestros pasos en medio de las aclamaciones de la Alemania, que renueva sus formas bajo la inviolabilidad de que rodeamos á sus gobiernos y á sus territorios: ved aquí los pasos que ha dado la república, gracias á ese sistema de respeto á la libertad de las naciones y á la sangre de los hombres. No retrocederemos, pues, á otro sistema, sabedlo. El camino recto nos lleva al término desinteresado á que queremos llegar, mejor que las vias tortuosas de la diplomacia. No intenteis separarnos de este camino. Hay alguna cosa que contiene nuestra pasion por la Polonia, y es nuestra razon. Dejadnos escucharla con completa libertad, y sabed que nuestros pensamientos no separan á los dos pueblos cuya sangre se ha mezclado tantas veces en los campos de batalla.

"Nuestra solicitud por vosotros se estenderá, como nuestra hospitalidad, hasta los límites de nuestras fronteras. Nuestras miradas os seguirán á vuestra patria. Llevad á ella la esperanza de la regeneracion que comienza para vosotros en la misma Prusia, que da al viento vuestra bandera en Berlin. La Francia no pide otra recompensa por el asilo que os ha dado, que la mejora de vuestros destinos nacionales y los recuerdos que llevareis del nombre frances.

"No olvideis que es á la república á quien debeis el poder volver á vuestra patria."

Este discurso tranquilizó á la Europa, y refrenó la audacia de los refugiados.

XXIII.

Con no menos interes aguardaba la Inglaterra la acogida que Lamartine hiciese á los insurgentes irlandeses, que habian partido de Dublin para reclamar auxilios y armas á la república francesa. El antiguo odio nacional entre la Francia y la Inglaterra favorecia la causa de los irlandeses, y el partido demagógico, el militar y el católico de Francia se unian para hacer considerar la causa de la insurreccion irlandesa como la causa de la libertad, de la Iglesia y de la Francia. Lamartine adivinaba los clamores que estos tres partidos iban á proferir contra él si se atrevia á negar el concurso de la república á una guerra civil contra la Inglaterra. Apoyado en la lealtad de la república, se atrevió sin embargo á ello, creyendo que no todas las armas eran buenas para combatir á una potencia rival, pero amiga, y con la cual queria estrechar los lazos de la Francia libre.

—"Ciudadanos irlandeses, les respondió: si necesitásemos otra prueba de la influencia pacífica de la proclamacion del gran principio democrático, ese nuevo cristianismo que aparece en la hora oportuna y separa al mundo, como en otro tiempo, en mundo pagano y en mundo cristiano, hallariamos esa prueba de la accion omnipotente de una idea en las visitas que las naciones ó fracciones de ellas vienen á hacer espontáneamente á la Francia republicana.

"No nos admira ver hoy aquí una parte de la Irlanda. La Irlanda sabe cuánto han conmovido

en otro tiempo el corazon de la Europa sus destinos, sus sufrimientos y sus progresos sucesivos en libertad religiosa, en unidad y en igualdad constitucional con las demas partes del Reino-Unido. Lo deciamos hace pocos dias á otra diputacion de vuestros conciudadanos, y lo diremos á todos los hijos de esa gloriosa isla de Erin, que por el genio de sus habitantes, como por las peripecias de su historia, es á la vez la poesía y el heroismo de las naciones del Norte. Sabed, pues, que hallareis en la Francia republicana los mismos sentimientos que venis á espresarle. Decid á vuestros conciudadanos que el nombre de la Irlanda y el de la libertad, animosamente defendida contra el privilegio, es un solo nombre para todo ciudadano frances. Decidles que será muy grato á la república acordarse de practicar siempre esa reciprocidad que invocan, esa hospitalidad de que se acuerdan. Decidles, sobre todo, que la república francesa no es ni será una república aristocrática, en que la libertad disfrace al privilegio, sino una república que siempre comprenda al pueblo entero en los mismos derechos y en los mismos beneficios.

"En cuanto á otra clase de impulso, no nos seria á nosotros conveniente dároslo, ni á vosotros obtenerlo. Lo he dicho á propósito de la Suiza, á propósito de la Alemania, de la Bélgica y de la Italia, y lo mismo digo de toda nacion que tiene cuestiones interiores que ventilar. Cuando una nacion no tiene interes de sangre en los negocios de un pueblo, no le es permitido llevar á él su intervencion ni su mano. Ni en Irlanda ni en ningun otro punto somos de otro partido que del partido de la justicia, de la

libertad y de la felicidad de los pueblos; en tiempo de paz, ninguna parte podemos tomar en los intereses y en las pasiones de naciones estrañas. La Francia quiere reservar su libertad para todos los derechos.

"Estamos hoy en paz, y deseamos conservar buenas relaciones de igualdad, no con tal ó cuál parte de la Gran-Bretaña, sino con toda ella. Esta paz, no solo la creemos útil y honrosa para la Gran-Bretaña y la república francesa, sino para el género humano. No ejecutaremos por consiguiente ningun acto, no pronunciaremos una sola palabra, no haremos insinuacion alguna en contradiccion con los principios de inviolabilidad recíproca de los pueblos que hemos proclamado, y cuyo fruto recoge ya el continente. La monarquía destruida tenia tratados y diplomáticos. Nosotros tenemos á los pueblos por diplomáticos y á las simpatías por tratados. Seriamos muy insensatos si cambiásemos tal diplomacia franca y pública por alianzas ocultas y parciales, aun con los partidos mas legítimos en los paises que nos rodean. Nosotros no tenemos autoridad para juzgarlos, ni motivos para preferir los unos á los otros. Declarándonos amigos de estos, nos declararíamos enemigos de aquellos, y nosotros no solo no queremos ser enemigos de ninguno de vuestros compatriotas, sino que, por el contrario, queremos que la lealtad de la palabra republicana desvanezca las prevenciones y las preocupaciones que existan entre nuestros vecinos y nosotros.

"Esta conducta, por penosa que nos sea, nos la inspiran, tanto el derecho de gentes, como nuestros recuerdos históricos.

"¿Sabeis lo que irritó y separó mas á la Francia de la Inglaterra en la última república? Pues fué la guerra civil reconocida, pagada y escitada por Mr. Pitt en una parte de nuestro territorio. Sus auxilios y sus armas dadas á franceses tan heróicos en la Vendé, como vosotros, pero á franceses que combatian á otros franceses, no era una guerra leal, era la propaganda realista hecha contra la república con sangre francesa. Esta conducta no se ha borrado aún, á pesar de nuestros esfuerzos, de la memoria de la Francia. Pues bien, nosotros no renovaremos jamas este motivo de resentimiento entre la Gran-Bretaña y la Francia, imitando á aquella; antes bien recibiremos con reconocimiento los testimonios de amistad de las diferentes nacionalidades que forman el Reino-Unido. Nuestros votos son porque la justicia cimente y estreche la unidad de los pueblos, para que la igualdad sea cada vez mas su base, pero proclamando con vosotros, con ella y con todos el santo dogma de la fraternidad, no ejecutaremos mas que actos fraternales, como nuestros sentimientos."

La inmensa multitud que rodeaba á los irlandeses acogió estas palabras con gritos de *¡viva la república! ¡Viva Lamartine!* Estas aclamaciones hicieron comprender á los irlandeses que la negativa del ministro, motivada en tales términos, era mas popular que su misma causa, y no insistieron en sus pretensiones, aparentando contentarse con estas palabras. Sus gefes fueron convidados como particulares para una comida al dia siguiente en casa de Lamartine, y en ella no profirieron ni una sola palabra sobre la sesion de la víspera.

LIBRO DECIMOTERCERO.

I.

Entre tanto el manifiesto de la Francia á los pueblos y á los gobiernos estrangeros daba sus resultados en el continente. Tranquilizados los pueblos sobre la ambicion de la república, se dejaban ir por la pendiente natural de su inclinacion hácia la libertad. La influencia de la revolucion de Paris, interpretada de esta suerte,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"¿Sabeis lo que irritó y separó mas á la Francia de la Inglaterra en la última república? Pues fué la guerra civil reconocida, pagada y escitada por Mr. Pitt en una parte de nuestro territorio. Sus auxilios y sus armas dadas á franceses tan heróicos en la Vendé, como vosotros, pero á franceses que combatian á otros franceses, no era una guerra leal, era la propaganda realista hecha contra la república con sangre francesa. Esta conducta no se ha borrado aún, á pesar de nuestros esfuerzos, de la memoria de la Francia. Pues bien, nosotros no renovaremos jamas este motivo de resentimiento entre la Gran-Bretaña y la Francia, imitando á aquella; antes bien recibiremos con reconocimiento los testimonios de amistad de las diferentes nacionalidades que forman el Reino-Unido. Nuestros votos son porque la justicia cimente y estreche la unidad de los pueblos, para que la igualdad sea cada vez mas su base, pero proclamando con vosotros, con ella y con todos el santo dogma de la fraternidad, no ejecutaremos mas que actos fraternales, como nuestros sentimientos."

La inmensa multitud que rodeaba á los irlandeses acogió estas palabras con gritos de *¡viva la república! ¡Viva Lamartine!* Estas aclamaciones hicieron comprender á los irlandeses que la negativa del ministro, motivada en tales términos, era mas popular que su misma causa, y no insistieron en sus pretensiones, aparentando contentarse con estas palabras. Sus gefes fueron convidados como particulares para una comida al dia siguiente en casa de Lamartine, y en ella no profirieron ni una sola palabra sobre la sesion de la víspera.

LIBRO DECIMOTERCERO.

I.

Entre tanto el manifiesto de la Francia á los pueblos y á los gobiernos estrangeros daba sus resultados en el continente. Tranquilizados los pueblos sobre la ambicion de la república, se dejaban ir por la pendiente natural de su inclinacion hácia la libertad. La influencia de la revolucion de Paris, interpretada de esta suerte,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conmovia al mundo mas que los cañones de Marengo ó de Austerlitz.

Esta influencia pacífica, y mas inesperada, se hizo sentir en Viena el 14 de Marzo. El príncipe de Metternich, cuyo gobierno hacia mucho tiempo que no era mas que una adulacion complaciente á las voluntades de la nobleza y á las supersticiones de tres mugeres que rodeaban á un emperador enteramente niño, fué sorprendido por los acontecimientos. Una conmocion imprevista é irresistible arrolló al sacerdocio, á la corte, á la aristocracia y al gobierno. La familia imperial abandonó á Viena á la revolucion, y el emperador se refugió en el Tyrol.

Berlin secundó á Viena el 18 de Marzo. El primer dia de movimiento, el rey, puesto á la cabeza de las tropas, lo resistió y triunfó. Admirado de su victoria, pero ofreciéndole menos dificultades el vencer que el gobernar, rindió la espada al pueblo vencido. Los polacos, que habian salido de las prisiones de Berlin, se hallaron el 20 de Marzo dueños de la monarquía, y querian llevar al pueblo la república. El rey, aconsejado por el único ministro que conservó su sangre fria, evitó este movimiento con una adulacion maquiavélica al genio aleman. Ambicioso por fuerza, este ministro hizo de pronto adoptar al rey los colores de la unidad alemana, pasion de los pueblos secundarios de la Alemania. Federico Guillermo reconquistó así la popularidad revolucionaria de la Alemania en el mismo momento en que estaba á riesgo de perder su corona.

II.

Algunos dias despues agitó á Viena otro movimiento revolucionario mas democrático aún que el primero, ejecutado por los polacos, en union con los estudiantes. El grito de esta tercera revolucion era la república. Ella hizo pedazos la constitucion otorgada por el emperador el 16 de Marzo, y convocó una asamblea constituyente elegida por el sufragio universal. La Hungría, nacion de veinte millones de hombres, á quienes pesaba el yugo austriaco, se aprovechó de la revolucion de Viena para intentar su emancipacion y constituirse en gobierno independiente. Esta emancipacion, complicada con una guerra civil de razas entre los croatas y los húngaros, sublevó á las poblaciones que tenian armas. Arrollada tan pronto la Hungría como amenazadora contra el Austria, esta guerra tiene aun suspensa en este momento la suerte de la independencia húngara y de la revolucion austriaca.

Mas allá de los Alpes, la Lombardía conoció que habia llegado la hora de su independencia, dado primero en Paris y repetido despues en Viena el 14 de Marzo. El 20 del mismo mes se sublevó su capital, Milan, y echó á los austriacos de sus muros.

Venecia la imitó, y templado en la servidumbre, este pueblo recobró su heroismo, enmuellecido en su antigua prosperidad.

A principios de Abril los ducados de Parma y de Módena espulsaron á sus gobiernos, que no eran mas que unos vireinatos del Austria. Estos

ducados proclamaron provisionalmente la república, esperando á que la suerte de las armas decidiese de la unidad de la Italia Septentrional.

En la Toscana, un principe popular y liberal se anticipó á los deseos del pueblo, dándole una constitucion.

Roma, iniciada en la libertad é impelida á la independencia por un pontífice mas temerario que político, se conmovia con impaciencia, alternativa ó sucesivamente agitada y retenida por él.

Nápoles habia arrancado una constitucion á su rey. El ejército continuaba siéndole fiel, y bajo su mando combatió las tentativas republicanas. La Sicilia proclamó su independencia y vertió su sangre para sellarla con ella.

En fin, el rey de Cerdeña, Cárlos Alberto, imitando al rey de Prusia, enarboló á la cabeza de cien mil hombres la bandera de la independencia de la Italia; y aunque aliado solidario, casi vasallo de la política austriaca, se aprovechó de los reveses del Austria para marchar sobre la Lombardia. Arrastrado por su antigua ambicion, impulsado por su pueblo, retenido por sus principios anti-liberales, vituperado por su mismo corazon y por su clero, aplaudido y amenazado por los republicanos, Cárlos Alberto se precipitó al fin sin prevision y sin lógica en un abismo de inconsecuencias, de faltas y de dificultades. Creyó librarse de la república por medio de las conquistas, y solo halló la ruina de su pais y el destierro para sí. Buen soldado, mal gefe, hombre inconsecuente, príncipe tan pronto revolucionario como perseguidor, habia nacido para ser un instrumento pasivo y desgraciado de los partidos dominantes. Con heroismo

personal rescató las imperfecciones de su inteligencia y de su carácter. La historia le compadecerá y le honrará.

III.

Cada uno de estos acontecimientos, agrupados así, y llegando la noticia de ellos una tras otra á Paris, tenian por eco una inmensa aclamacion de alegría. El mayor peligro de la república era el temor de una coalicion contra ella. El miedo es cruel: él es quien hace gritar *traicion;* él quien levanta los cadalsos, quien motiva las dictaduras, quien da el gobierno á los partidos estremos. Lamartine temia mas que nada estos pánicos de coalicion que podian apoderarse de la Francia é impulsarla á las convulsiones y al derramamiento de sangre. Las divisiones sucesivas de la Europa, los destronamientos, las emancipaciones de los pueblos que habia predicho, venian cada semana á dar nueva fuerza á un sistema pacífico. El horizonte se aclaraba por todas partes. La democracia fraternizaba desde el Danubio al Tíber, é inspirando confianza en Paris al espíritu público, desterraba el miedo de los corazones mas recelosos y quitaba todo pretesto de agresion á los partidarios mas desenfrenados de ella que rodeaban al gobierno. Los clubs mismos proclamaban los beneficios de la paz, mientras que los agentes confidenciales que el ministro de negocios estrangeros habia enviado á todas las capitales de Europa, le anunciaban todos los correos el triunfo popular de su diplomacia inofensiva para las naciones, irreprochable para con los gobiernos y omnipotente por los resultados.

Aun en el seno mismo del gobierno habia cesado toda discusion sobre los negocios estrangeros. El ministro dirigia por sí solo los destinos de nuestra política. La fortuna le daba la razon, y no entraba en el consejo de ministros sino para hacer augurios favorables ó darle la noticia de nuevos triunfos de la república. Sus colegas se felicitaban con él de este giro de los negocios, y las tristes preocupaciones del interior se disiparon algunos momentos en sus corazones ante las perspectivas tranquilizadoras del esterior. La Europa se desplomaba bajo el peso de la república de Paris, porque la república habia tenido la sabiduría de no violentar á la Europa.

Al ministro no se ocultaba que, despues de este movimiento de descomposicion, la Europa tendria otro movimiento de reconstitucion violenta del antiguo órden monárquico. No creia ni deseaba que los pueblos, poco dispuestos para la república, pasasen de un salto á ella. Bastaba á la Francia que el espíritu de los pueblos que la rodeaban se introdujese por medio de instituciones constitucionales en su propio gobierno, como elemento de fraternidad, de solidaridad y de paz con la Francia. Tal era el verdadero pensamiento del ministro.

IV.

Todos sus agentes en el esterior, sin escepcion alguna, tenian tambien instrucciones formales de no entrar en ninguna trama contra los gobiernos, de no mezclarse en ninguna maniobra republicana, ni impulsar á ningun pueblo á

la insurreccion, ni á ningun príncipe á la guerra. No queria comprometer á la república por la mas pequeña complicidad moral en causas ó fortunas que tal vez tuviera que abandonar mas tarde. En este punto llevaba sus escrúpulos hasta el estremo de negarse á manifestar sus intenciones por ningun signo de aprobacion ó vituperio. Así es que, cuando el rey Cárlos Alberto le hizo notificar su declaracion de guerra al Austria, le fué imposible al embajador de este soberano, el marques de Brignole, á quien Lamartine veia todos los dias, saber si el gobierno frances aprobaba ó desaprobaba aquella declaracion de guerra. Aprobarla, era contraer el compromiso tácito de seguir sus eventualidades y de hacer una guerra indirecta al Austria. Desaprobarla, era desanimar las tentativas de la Italia para hacerse por sí sola independiente. El gobierno guardó, pues, silencio, limitándose á apresurar la formacion del ejército de los Alpes, al que debia hacerlos pasar, tuviese ó no buen éxito la guerra del Piamonte al Austria, para obrar ó para negociar con las armas en la mano.

Este plan, que reasumia toda la política de Lamartine en Italia, ha sido destruido despues de los acontecimientos de Junio, por el gobierno que le sucedió. El ex-ministro no conoce ni las necesidades ni los motivos que para ello tuvo el segundo gobierno de la república, y por lo tanto no juzga, sino cuenta.

V.

En cuanto á la Alemania, el gobierno provisional no tenia mas que un plan: una respetuo-

sa y benévola neutralidad para con todas las potencias germánicas; reconquistar á toda costa la amistad de la Alemania por la abnegacion de toda conquista y de toda intervencion en sus negocios, y un ejército de doscientos mil hombres para cubrir el Rhin en seis semanas y atravesarle como auxiliar desinteresado del pueblo aleman, si la Alemania le llamaba contra una opresion estrangera.

Toda la política francesa, alemana, húngara y polaca consistia en lo dicho. Nada ha cambiado en este punto; pero hemos perdido la ocasion de una liga italiana: la mediacion no podia tener efecto sino despues de un reves de las armas italianas. Por lo demas, la democracia francesa no debe acusar á nadie mas que á sí misma, de que abortase el pensamiento del gobierno provisional sobre la Italia. Las sublevaciones demagógicas y sociales de Junio fueron sin duda las que hicieron retener en el interior al ejército de los Alpes bajo el gobierno del general Cavaignac, y las que originaron como una consecuencia fatal la odiosa guerra de la Francia contra Roma. Pero la Francia y la Italia, ligadas por tantos vínculos, no se dejarán desunir por la mala inteligencia de sus gobiernos. Ambas tienen por tratados á la naturaleza.

VI.

Tal era la situacion esterior de la Francia á principios de Abril. La Inglaterra, atraida por la prudente moderacion del gobierno á buenos sentimientes, al respeto y á la admiracion de una democracia que contenia á la vez á la anarquía

y á la guerra, no tenia ningun pretesto de acritud ó de hostilidad. La nueva república francesa era popular en Lóndres.

Un solo hombre la calumniaba con sus palabras y escritos en toda la Gran-Bretaña. Este hombre era lord Brougham, espíritu eminente, pero caprichoso y díscolo. Escritor universal, pero superficial; orador de vena, pero no de genio; advenedizo él mismo de la democracia, lord Brougham afectaba representar el papel póstumo de *Burke* contra una república cuyas manos no estaban manchadas con la sangre de una reina, ni aun con la de un solo ciudadano. Sus diatribas morian de inanicion y de impotencia, y sus sarcasmos recaian sobre él, porque lord Brougham, á imitacion de Anacharsis Klootz, habia solicitado del gobierno provisional el título de ciudadano de la república.

El parlamento y lord Palmerston se mostraban penetrados del sentimiento de la inviolabilidad de los pueblos en sus trasformaciones interiores. Ellos, como lord Normanby, embajador de Inglaterra en Paris, demostraron menos susceptibilidad política sobre algunos actos y algunas palabras de la república que la que quiza habrian demostrado con un gobierno monárquico bien afianzado. Conocíase que todos se hacian cargo de las difíciles circunstancias en que se hallaba la república y con que luchaba el gobierno provisional para conservar la paz. Considerando y concediendo tiempo al establecimiento y á la caracterizacion de la política francesa, el gobierno de lord Palmerston mereció bien de la humanidad. La democracia es receliosa, y Lamartine tuvo no pocas dificultades pa-

ra hacer desaparecer los restos de antiguas preocupaciones anti-británicas. Una impaciencia de lord Palmerston lo habria comprometido todo. Este es el periodo de su vida política en que se mostró mas grande hombre de Estado, porque fué mas paciente y mas filósofo.

VII.

La sublevacion de la Lombardía y las primeras ventajas obtenidas por Cárlos Alberto; las agitaciones de la Bohemia; la independencia de la Hungría; la convocacion de la dieta de Francfort para constituir en confederacion germánica el principio metafísico de la unidad alemana, habian desmembrado y desconcertado de tal manera al Austria, que se habia visto en la necesidad de hacer oficiosamente á la Inglaterra y á la Francia las primeras indicaciones de concesiones en Italia, capaces de satisfacer á la vez á aquellas naciones, á la Cerdeña y á la independencia del Norte de Italia.

Un hombre de Estado mal informado, monsieur Thiers, desnaturalizando mas tarde en la tribuna la política estrangera del gobierno provisional, ha dicho que el gobierno se habia desentendido de estas proposiciones. Es cabalmente lo contrario. Lamartine estaba demasiado interesado por la paz y por la Italia para desechar proposiciones que aseguraban suficientemente su paz y su independencia. Los enviados del Austria le hacian oficiosamente juez de los ofrecimientos que el gabinete del emperador estaba dispuesto á hacer á la Cerdeña. Se trataba del abandono de la Lombardía

y de los ducados de Parma, y de dar una constitucion á Venecia bajo el vireinato independiente de un príncipe de la casa de Austria. Lamartine no dudó en reconocer que estas proposiciones satisfarian ampliamente las legítimas ambiciones de emancipacion de la Italia, y en animar al gabinete austriaco á negociar sobre estas bases. Dos veces se le hicieron semi-oficialmente estas indicaciones, y en ellas tuvo el mismo lenguaje. El ministro de negocios estrangeros no hubiera sido ni hombre de estado ni buen patriota si las hubiera desechado; porque la conclusion de semejante arreglo permitia á la república rectificar una de sus fronteras, reducida despues de los cien dias por el segundo tratado de 1815, que era uno de sus pensamientos.

VIII.

En el interior, tranquila la Francia, solo pensaba en las próximas elecciones generales, acordando sus candidaturas sin prevencion y sin esclusiones. Solo las calles de Paris estaban agitadas. Un pueblo resignado, pero ocioso, de doscientas ó trescientas mil almas, esperaba la decision de su suerte de la asamblea nacional. No se creia constituida definitivamente la república hasta que fuese adoptada por la representacion del pais. La confianza y el crédito, principales móviles del trabajo, no renacerian, sino bajo un gobierno constituido; y hasta que lo hubiese todo vagaria en las regiones de lo desconocido.

Las tendencias del gobierno dictatorial eran

equívocas á los ojos de Paris. Observábanse en él síntomas contradictorios, y aun se creian posibles divisiones intestinas entre sus miembros. La inmensa mayoría de la nacion se adheria á los hombres de moderacion personificados en algunos nombres. La minoría terrible y turbulenta de Paris y de los clubs de los departamentos se adheria á dichos nombres. El palacio del ministerio de negocios estrangeros y el del ministerio del interior eran, se decia, los cuarteles generales de las dos opiniones, que no tardarian en combatirse con las armas en la mano. Esta idea estaba de tal manera difundida en el pueblo, que muchos centenares de ciudadanos armados de los arrabales y del interior de Paris venian algunas veces sin escitacion de nadie, y sin que Lamartine tuviese siquiera conocimiento de ello, á pasar la noche bajo las puertas cocheras y en las aceras de las calles inmediatas á su habitacion, para preservarle de una sorpresa y de un rapto. El ministerio de lo interior tenia por su parte, segun se decia, sus protectores y su fuerza: los miembros del club de Barbés, los discípulos de Luis Blanc y de Albert, y los gefes de una especie de reunion llamada el club de los clubs, que centralizaba la agitacion democrática, se reunian allí. Estos hombres instruian al ministro de lo interior de los movimientos que se preparaban en las regiones subterráneas de Paris, y entablaban negociaciones entre todas los partidos para adquirir sobre ellos y aun sobre el mismo gobierno una influencia dominante. Esta influencia la empleaban generalmente en la pacificacion del pueblo, pero hablaban en su nombre, y hacian valer su autoridad moral mas

de lo justo y verdadero. Los miembros del club de los clubs vinieron dos ó tres veces en diputacion al ministerio de negocios estrangeros. Lamartine les habló con franqueza, y los escitó á confiar en la asamblea nacional, diciéndoles clara y resueltamente que no escucharia ninguna proposicion para prolongar la dictadura; que se habia sacrificado el 24 de Febrero por salvar á su pais de la anarquía y para hacer de la república un gobierno regular para la Francia; pero que una vez depositada la soberanía del pueblo en la asamblea nacional, ninguna seduccion ni violencia podrian hacer de él un gobierno insurreccional. Estos hombres parecian llenos de ardor, pero de buena intencion.

Algunos desórdenes de poca gravedad, pero que podian degenerar en escándalos y en colisiones, afligian al principio de la primavera á los ciudadanos pacíficos de Paris. La causa de estos desórdenes era la ociosidad de los obreros, y el pretesto regocijos cívicos y la plantacion de árboles de la libertad en todas las plazas y delante de todos los monumentos públicos de Paris. Bandas de vagabundos y de niños iban á comprar álamos nuevos en las aldeas cercanas, traianlos sobre sus espaldas, los plantaban arbitrariamente en tal ó cual plaza, y lanzando gritos y clamores, importunaban á veces al clero para que bendijese su árbol, y sacaban á las casas inmediatas, pequeñas y voluntarias, pero odiosas contribuciones, para regar con vino las raices. El ministro de la guerra, Mr. Arago, hizo defender á mano armada contra estos grupos la entrada del patio del ministerio de marina, que querian invadir. Caussidiere no se

atrevia á escarmentarlos, por temor de aumentar el tumulto queriendo rechazarlo. Estas demostraciones degeneraron hasta el 16 de Abril en una especie de mendicidad alarmante que no podia ya tolerarse. Pero la fuerza represiva no era aun suficiente para comprometerla imprudentemente contra estas sediciones de la alegría y de la indigencia de un pueblo sin pan.

IX.

Algunos otros síntomas de sedicion mas alarmantes contristaron dos ó tres veces al gobierno.

Con motivo de una derrota sufrida por el Austria, los refugiados alemanes escitaron á reunirse á una columna del pueblo para ir á insultar al embajador de esta potencia. Informado Lamartine de ello, y no teniendo ninguna fuerza represiva á mano, se confió á la única fuerza de la influencia de la razon sobre el pueblo. Salió, pues, solo, y esperó dos horas la reunion sediciosa de centinela delante de la puerta del embajador, durante cuyo tiempo, algunos agentes hábiles y persuasivos enviados por él decidieron á los gefes de la sedicion á renunciar al vergonzoso atentado contra el derecho de gentes que meditaban. En su consecuencia tomaron otro camino, y se dirigieron al campo de Marte, y de allí al ministerio de lo interior. El ministro les arengó con elocuencia y firmeza, tendiendo sobre todo en su discurso á rehabilitar al ejército en el ánimo del pueblo de Paris, y á preparar su regreso á la capital.

Este regreso, esperado con mucha prudencia y paciencia, era el principal pensamiento de

Mr. Arago y de la mayoría del gobierno; pero no se podia motivarle mas que en el deseo de la misma guardia nacional. La entrada prematura del gobierno antes de que se hubiese estinguido la susceptibilidad del pueblo contra él, hubiera sido la señal de un choque inevitable, del que habria salido una nueva guerra civil. Empezaba á desearse vivamente el regreso del ejército, y solo el partido socialista y demagógico esparcia la alarma y preparaba la sedicion á cada anuncio de este acontecimiento.

X.

Cuanto mas se aproximaban las elecciones, fijadas desde luego para principios de Abril, tanto mas se conmovian y amenazaban á Paris los partidos que temian ser despojados de la dictadura. Los clubs, aunque influidos por las inteligencias de Lamartine con sus principales inspiradores, se sublevaban contra sus mismos gefes al oir el nombre de la asamblea nacional soberana que venia á cerrar la boca de todos estos volcanes. Mociones violentas; sediciones anticipadas; protestas de permanecer armados para vigilar á la representacion y forzarla en caso necesario; juramentos exigidos á los candidatos para oficiales de la guardia nacional de proceder contra la misma representacion si desaprobaba ó hacia traicion á la república, demostraban evidentemente la repugnancia de la revolucion á reconocer otra soberanía que la de Paris. Parecia indudable que Paris no cederia sin choque el poder absoluto y dictatorial de que lo habia investido la revolucion.

En el seno mismo del gobierno estaban encontrados los pareceres, no sobre el derecho de evocar la soberanía definitiva de la nacion, sino sobre el término que debia fijarse para la reunion de la asamblea en Paris. La mayoría queria abreviar todo lo posible el dia de las elecciones; la minoría parecia vacilar en fijarle. Las peticiones de los obreros y de los delegados del Luxemburgo no cesaban de reclamar, bajo diferentes pretestos, el aplazamiento de las elecciones. Tan pronto no estaban preparados para el ejercicio nuevo para ellos de los derechos de ciudadano, como no tenian el tiempo necesario para discutir su candidatura, como su falta de práctica del derecho electoral exigia una esperiencia en sus reuniones preparatorias. Estos pretestos, tan fútiles como diversos, descubrian los verdaderos motivos de aquella resistencia, oculta bajo sofismas de aplazamiento.

Por otra parte, el ministro de lo interior esperaba informes detallados de sus comisarios en los departamentos, para que se adoptase una resolucion definitiva en el consejo de gobierno. Estos informes no llegaban sino uno á uno, y algunos de los comisarios demostraban una gran alarma en ellos; llamaban reaccion contra la república la menor libertad de opinion manifestada en sus provincias y las demostraciones de independencia ó descontento, con frecuencia muy legítimo, contra la omnipotencia de su administracion. Los hombres que en Paris aspiraban á prolongar indefinidamente la dictadura, se apoyaban en estos informes para provocar la sospecha de traidores contra los que querian restituir á la nacion un poder afortunado y suave hasta

allí, pero que, perpetuándose, podia convertirse en tiranía ó anarquía. Ambas partes sospechaban unos de otros.

Los partidarios del aplazamiento de las elecciones acusaban á sus adversarios de conspirar con intentos de restauracion, y preparar el camino mas corto al restablecimiento de las cosas y de los hombres de las antiguas monarquías. Los partidarios de la eleccion inmediata veian en los hombres del partido contrario ambiciosos y advenedizos de la libertad, frenéticos por continuar dueños de un poder inesperado que la fortuna habia puesto en sus manos, y dispuestos á declararse los únicos tutores de la república, á fin de dominar y quizá desgarrar á la patria en su nombre.

En fin, los gefes de las sectas socialistas y los tribunos de la clase industrial temblaban de ver derribadas sus tribunas y destruido su imperio por el advenimiento de los representantes de las provincias á Paris. Esta prevencion comun contra la instalacion del poder nacional parecia aproximar á los socialistas y convencionales, dos partidos que debian unirse mas tarde, pero que en aquel momento se aborrecian.

Hasta las deliberaciones del gobierno se resentian de la influencia de estos partidos esteriores, cuyo diverso espíritu se queria hacer penetrar en ellas. Estas deliberaciones se hacian cada vez mas raras, recelosas, cortas, y con frecuencia irritadas. La mayoría estaba decidida á hacer de esta cuestion el testo de la union ó de la division del gobierno. Fijóse al fin el dia en que debia adoptarse una resolucion definitiva. La sesion fué larga, pero no agitada.

Mr. Ledru-Rollin leyó un estracto de los informes de sus comisarios, y demostró hasta la evidencia, por las fechas y la naturaleza de las operaciones preparatorias que habia que verificar, que se necesitaban siete ú ocho dias mas del plazo fijado por el gobierno para su ejecucion material. Por unanimidad se convino en que, en interes de la asamblea nacional, era menester esperar á que la guardia nacional de Paris estuviese organizada, equipada y armada, para que esta fuerza cívica pudiese rodear á la representacion de la Francia de seguridad y respeto. Se necesitaba un cierto número de dias para que la guardia nacional reformada estuviese sobre las armas; y en su consecuencia se fijaron las elecciones generales para el 27 de Abril, y la apertura de la asamblea nacional para el 4 de Mayo.

Esta resolucion, adoptada con lealtad y de comun acuerdo disipó muchas dudas en los ánimos, prevenidos unos contra otros, y calmó muchas irritaciones interiores que agitaban los corazones. La mayoría del gobierno vió que la minoría se confundia con ella, entregándose al pais con menos confianza quizá, pero con la misma sinceridad. Desde este dia los hombres que empezaban á desviarse unos de otros, se aproximaron y unieron de nuevo. La mayoría habia obtenido lo que queria, pues que todos los partidos habian abjurado lealmente á la dictadura.

Algunas contrariedades se notaron aún, sin embargo, en las palabras y en los actos de las elecciones. Con motivo de una circular del ministro de lo interior, hubo algunas disidencias;

pero, estando de acuerdo sobre su espíritu, se acabó por transigir sobre los términos. Una medida mas revolucionaria se reclamaba con mucha instancia por los delegados del Luxemburgo y de los clubs de los obreros industriales de Paris. Esta medida consistia en conceder á estas reuniones, permiso para enviar á cada departamento dos ó tres emisarios elegidos por ellos entre las diferentes categorías de los obreros de la capital, y cuya mision deberia pagarse á título de socorro de la república por los fondos del ministerio de lo interior, socorros que ascenderian á la suma de ciento ó ciento veinte mil francos. Mr. Ledru-Rollin se negaba á contraer la responsabilidad del empleo de una suma tan considerable, á menos de no ser autorizado el consejo por un acuerdo formal. El consejo autorizó la medida y el gasto, recomendando al ministro que vigilase la eleccion de los comisarios; que no se designasen sino hombres probos, honrados, moderados, modelos de estas cualidades y no agitadores, y que limitasen su mision á propagar las sanas doctrinas republicanas y á informes sobre el ejercicio de los derechos electorales. Toda intervencion de estos agentes á nombre del gobierno en las candidaturas, aun confidencialmente, les fué prohibida. Con estas condiciones se aprobó la medida. Ella estaba justificada hasta en el ánimo de los mismos que la repugnaban, y que preveian sus inconvenientes por la necesidad de atraer los doscientos mil obreros de Paris á aceptar voluntariamente el término fijado para las elecciones. Esta era una concesion á la urgencia, un sacrificio á la concordia, pues una insurreccion de doscientos mil

obreros de Paris contra el primer término de las elecciones habria costado mas oro y mas sangre. Tal fué el espíritu de esta concesion, á pesar del cual no dejó de ser una falta. El ministro de negocios estrangeros lo conocia, consintiendo en ella. Algunos de estos emisarios causaron un gran escándalo en la opinion y en la moral con actos que desacreditaron y deshonraron su mision. Pero esta, aunque pedida por unos, tolerada por los demas, reconocida necesaria por todos, no tuvo otro motivo ni otro objeto, y á pesar de la mala eleccion de las personas, contribuyó poderosamente á hacer aceptar y aproximar el plazo de las elecciones.

XI.

Por esta época, previendo Lamartine agitaciones inevitables y necesidades militares despues de la reunion de la asamblea nacional, se ocupó secreta y ardientemente de organizar el ejército de una manera mas activa, de acercarlo á Paris y de confiar su mando á un gefe enérgico, popular y republicano. Para hacer popular al ejército era necesario que el gefe definitivo que se le diese fuese á la vez un militar agradable al soldado y un hombre político exento de sospechas de traicion contra la república.

Mr. Arago, ministro á un tiempo de guerra y de marina, podia atender á estas dos grandes administraciones, por la actividad y la estension de su talento. Su nombre habia servido hasta entonces para acallar las rivalidades que fácilmente hubieran podido suscitarse entre los oficiales generales por celos de la preferencia que

el gobierno hubiera dado á unos sobre otros. El nombre de un paisano neutralizaba el mando del ejército. Mr. Arago habia sido respetado de los militares como representacion de la ley mas bien que como ministro; su imparcial energía habia restablecido y sostenido la disciplina, y el ejército se formaba y obedecia mejor que en ninguna otra época de nuestra historia. Pero se aproximaba la reunion de la asamblea, en la que probablemente entraria Mr. Arago, y esta necesitaria fuerza en Paris y sus cercanías, y un ministro que pudiese organizarla y combatir á la vez.

Lamartine no se hacia ilusiones sobre el porvenir: la historia le habia enseñado que un gobierno naciente tiene que sostener ataques por muchos años, y que la cuna de este gobierno, ora sea república, ora monarquía, tiene necesidad de ser rodeada de bayonetas. La democracia sobre todo quiere ser fuerte, y tanto mas fuerte, cuanto mas cerca se halla de la demagogia. Todos los crímenes de la anarquía provienen de la debilidad. El socialismo y el pauperismo, peligros propios para una civilizacion demasiado industrial, hacian mas evidente á todos los ojos la necesidad de armar vigorosamente á la república.

Por eso Lamartine meditaba mucho tiempo hacia tres proyectos. El primero era organizar un ejército poderoso y distribuirlo sobre el territorio frances en tres grandes cuerpos, de tal suerte, que se sirviesen de apoyo los unos á los otros, y pudiesen sus evoluciones amplias y rápidas, no solo reprimir aquí ó allí tal ó cual revolucion, sino maniobrar en grande en toda su

obreros de Paris contra el primer término de las elecciones habria costado mas oro y mas sangre. Tal fué el espíritu de esta concesion, á pesar del cual no dejó de ser una falta. El ministro de negocios estrangeros lo conocia, consintiendo en ella. Algunos de estos emisarios causaron un gran escándalo en la opinion y en la moral con actos que desacreditaron y deshonraron su mision. Pero esta, aunque pedida por unos, tolerada por los demas, reconocida necesaria por todos, no tuvo otro motivo ni otro objeto, y á pesar de la mala eleccion de las personas, contribuyó poderosamente á hacer aceptar y aproximar el plazo de las elecciones.

XI.

Por esta época, previendo Lamartine agitaciones inevitables y necesidades militares despues de la reunion de la asamblea nacional, se ocupó secreta y ardientemente de organizar el ejército de una manera mas activa, de acercarlo á Paris y de confiar su mando á un gefe enérgico, popular y republicano. Para hacer popular al ejército era necesario que el gefe definitivo que se le diese fuese á la vez un militar agradable al soldado y un hombre político exento de sospechas de traicion contra la república.

Mr. Arago, ministro á un tiempo de guerra y de marina, podia atender á estas dos grandes administraciones, por la actividad y la estension de su talento. Su nombre habia servido hasta entonces para acallar las rivalidades que fácilmente hubieran podido suscitarse entre los oficiales generales por celos de la preferencia que

el gobierno hubiera dado á unos sobre otros. El nombre de un paisano neutralizaba el mando del ejército. Mr. Arago habia sido respetado de los militares como representacion de la ley mas bien que como ministro; su imparcial energía habia restablecido y sostenido la disciplina, y el ejército se formaba y obedecia mejor que en ninguna otra época de nuestra historia. Pero se aproximaba la reunion de la asamblea, en la que probablemente entraria Mr. Arago, y esta necesitaria fuerza en Paris y sus cercanías, y un ministro que pudiese organizarla y combatir á la vez.

Lamartine no se hacia ilusiones sobre el porvenir: la historia le habia enseñado que un gobierno naciente tiene que sostener ataques por muchos años, y que la cuna de este gobierno, ora sea república, ora monarquía, tiene necesidad de ser rodeada de bayonetas. La democracia sobre todo quiere ser fuerte, y tanto mas fuerte, cuanto mas cerca se halla de la demagogia. Todos los crímenes de la anarquía provienen de la debilidad. El socialismo y el pauperismo, peligros propios para una civilizacion demasiado industrial, hacian mas evidente á todos los ojos la necesidad de armar vigorosamente á la república.

Por eso Lamartine meditaba mucho tiempo hacia tres proyectos. El primero era organizar un ejército poderoso y distribuirlo sobre el territorio frances en tres grandes cuerpos, de tal suerte, que se sirviesen de apoyo los unos á los otros, y pudiesen sus evoluciones amplias y rápidas, no solo reprimir aquí ó allí tal ó cual revolucion, sino maniobrar en grande en toda su

estension sobre ejes señalados de antemano como en las grandes guerras civiles romanas. Tres generales debian mandar estos tres cuerpos; el uno en Paris y en su radio inmediato; el otro en Bourges y en las provincias limítrofes, y el tercero de Lyon á Marsella.

El segundo proyecto era la formacion de una reserva de trescientos batallones provinciales de guardia movilizada, armados, disciplinados, equipados, ejercitados y con sus gefes y oficiales, pero que deberian permanecer en sus casas, para no salir de ellas sino en virtud de llamamiento por el consejo departamental, por el prefecto ó por el gobierno en casos de turbulencias ó de guerras intestinas. Esta era una federacion anti-socialista y anti-anárquica, instituida y movilizada en manos de los departamentos. En caso de ser derrotado el órden social en Paris, encontraba trescientos mil defensores ademas del ejército, y podia sofocar en ocho dias la sedicion bajo los muros de Paris. En vez del ejército revolucionario de 1793, era el ejército republicano de 1848, protegiendo por do quiera el órden, la propiedad, la vida de los ciudadanos contra el terror y contra la dislocacion del imperio. En caso de una guerra estrangera estos trescientos batallones entraban en segunda linea sobre nuestras fronteras y en nuestras plazas fuertes, y dejaban disponible todo el resto del ejército.

En fin, su tercer proyecto era dar á la república y á la asamblea nacional un ministro de la guerra militar y republicano, que hiciese amar al ejército la república, y á ésta aceptar sin desconfianza al ejército.

El primero de estos proyectos estaba ya casi

ejecutado por Mr. Arago y el gobierno, y el ejército debia ascender muy pronto á cerca de quinientos mil hombres.

La creacion de trescientos batallones de guardia movilizada departamental habia sido indicada muchas veces en el consejo por Lamartine, previendo las eventualidades de una guerra estrangera. Lamartine no ignoraba que este pensamiento revelado bajo su verdadero punto de vista, habia causado recelos al partido radical, que evidentemente tendia á suprimir el ejército, sobre todo en Paris, y á sustituirle la omnipotencia de la organizacion socialista de los clubs y de los obreros, organizacion dirigida por los gefes de las sectas contra los comerciantes, la propiedad, la clase media en fin. Por lo tanto aplazó varias veces el hacer formalmente esta proposicion: habló de ella separadamente á algunos de sus colegas, les imbuyó la misma idea y los dispuso á presentarla ellos mismos al gobierno.

Mr. Flocon, que acababa de volver á la vida activa despues de una larga enfermedad, y que concebia pronto todo lo que interesaba á la patria, se encargó de esponer este pensamiento bajo la forma de una proposicion urgente y formal. El patriotismo muy acreditado de este jóven, y el ascendiente de su energía sobre el partido radical, desvanecieron todas las objeciones. Lamartine le apoyó, como si tal idea hubiese sido para él una revelacion repentina del patriotismo en peligro. El decreto fué adoptado por unanimidad, y al entrar Lamartine en su casa, dijo á sus amigos:—"Si la asamblea nacional ejecuta con actividad el decreto de la creacion de tres-

cientos mil soldados, la guerra civil es ya imposible en adelante, y la sociedad solo puede sufrir un eclipse de diez dias cuando mas." Pero para ejecutar este decreto era necesario un ministro, y Lamartine creyó haberlo hallado en el general Eugenio Cavaignac.

XII.

Hijo de un hombre de fama revolucionaria y convencional, el general Cavaignac era hermano de uno de los jóvenes precursores de la república, de otro *Carrel*, cuyo carácter, talento y memoria habian pasado á ser una religion en el partido de la democracia activa. Este nombre era tan popular entre los que le sobrevivian, que hacia reflejar hasta sobre su hermano una parte de esta consagracion religiosa. Eugenio Cavaignac servia á la sazon en Africa, de la que el gobierno provisional le habia nombrado gobernador general desde sus primeras sesiones en el Hotel de Ville. Mas adelante el gobierno le habia llamado á Paris y ofrecídole el ministerio de la guerra; pero el general habia respondido al gobierno en términos algo altivos, y habia puesto tales condiciones, que el gobierno se ofendió de esta resistencia á sus insinuaciones, y renunció á los servicios del general en Paris.

En este estado se hallaban las cosas, cuando Lamartine, pensando siempre en fortificar á la asamblea nacional con el nombramiento de un gefe militar para el ejército, ojeó por casualidad un periódico y leyó en él una profesion de fé clara, breve y republicana, firmada por Cavaignac. Era una carta del jóven general á los

electores de su departamento, que le habian ofrecido la candidatura para la representacion nacional.

Esta carta espresaba con notable precision y audaz franqueza todo el republicanismo de órden, de libertad y de moralidad que deseaba el corazon de Lamartine, y por lo tanto llamó fuertemente su atencion. Resolvió, pues, intentarlo todo á fin de conquistar aquel caracter, aquella opinion y aquella espada para la asamblea y para el gobierno. No conocia al general ni á su familia, pero supo que Mr. Flocon tenia relaciones con la madre del general, y rogó á su jóven colega que le presentase á aquella muger que se decia ser eminente en corazon, en talento y en patriotismo, sin ocultarle el objeto de la entrevista que solicitaba de ella. Mr. Flocon participaba del deseo del ministro de negocios estrangeros de dar un gefe militar y republicano al ejército, pero temia que la madre del general Cavaignac, que aun llevaba luto por el mayor de sus hijos, no quisiese contribuir á comprometer la vida del segundo, llamándole en tiempos revueltos y para misiones peligrosas de una colonia pacífica, y alejándole de un clima necesario para el restablecimiento de su salud.

Mad. de Cavaignac consintió, sin embargo, en recibir al ministro de negocios estrangeros. Lamartine halló en un cuartel apartado y en una habitacion modestamente amueblada, con todas las señales de la viudedad, del recogimiento y de la piedad, á una muger vestida de luto, de fisonomía inteligente y espresiva, en que parecian luchar la sensibilidad y la fuerza con la gravedad y la resignacion. Al verla comprendió des-

de luego por qué los republicanos habian llamado á aquella muger la madre de los Gracos. Tenia en efecto en su elevacion, en su ingenuidad y en su acento algo de antiguo, pero de cristiano, sin embargo, que sorprendia y admiraba. Los hombres libres podian quedar dominados por sus miradas.

La conversacion no desmentia las esterioridades. Jamas habia encontrado Lamartine otra muger semejante sino en las mas célebres y heróicas razas de Roma ó de Florencia. La ternura de una madre, la energia de una ciudadana se manifestaban en ella con un acento viril. Lamartine entabló desde luego la conversacion, hablando á Mad. Cavaignac de los peligros que corria la república si llegaba á debilitarse ó á ser exagerada desde un principio; de la necesidad de rodearla de fuerzas moderadoras para salvarla de las convulsiones de los gobiernos débiles ó espasmódicos; de los sacrificios que la libertad exigia de todo el mundo, y aun de las madres, y del estremado deseo que tenia de ver acercarse el ejército á Paris, bajo la garantía republicana del nombre de su hijo. Mad. Cavaignac resistió, se enterneció, no por sí, sino por la libertad, y acabó por dejarse vencer.

—"Me pedís el mayor de los sacrificios, dijo á Lamartine; pero me lo pedís en nombre del mas sagrado de todos los deberes. Os lo concedo, pues. Consiento en participar vuestros deseos á mi hijo, y en influir para que acceda á ellos. Voy á escribirle nuestra conversacion, y ya iré á llevaros su respuesta."

Algunos dias despues el general mismo escribió á Lamartine. Su respuesta era digna del

hijo de tal madre: sin apresuramiento, como sin debilidad. Se convino en que el general pediria una licencia al gobierno para volver á Francia, y que haria uso de ella. Desde este dia le parecieron á Lamartine realizados sus tres previsores pensamientos contra la guerra estrangera, contra la guerra civil y contra la anarquía en Paris en el momento de reunirse la asamblea nacional. Entonces se entregó con mas confianza al porvenir.

XIII.

Pero este porvenir de algunas semanas estaba aún lleno de dificultades, de problemas y de conjuraciones.

Cuanto mas se aproximaba el término de la dictadura, tanto mas se encarnizaban en disputarla á la nacion los partidos estremos, que sentian desaparecer su reinado. Estremeciéndose al solo nombre de la asamblea nacional, declaraban en alta voz en sus conciliábulos y en sus clubs, tan pronto que derribarian á la mayoría del gobierno antes del dia de las elecciones, como que no dejarian penetrar en Paris á la asamblea nacional, sino como una representacion sospechosa y cautiva entre las filas de doscientos mil proletarios, cuyos plebiscitos tendria que promulgar y cuyas violencias habria de sufrir.

Palabras siniestras y atroces se escapaban á ciertos hombres como una esplosion involuntaria del sentimiento de rebelion que fermentaba en sus corazones. Los discursos de los clubs y de los delegados del Luxemburgo se hacian cada dia mas acerbos y significativos, é informes secretos revelaban al gobierno reuniones noctur-

nas, en que los gefes de las principales facciones opuestas á la reunion de la asamblea trataban de evitarla por un movimiento, ó de que permaneciesen en Paris las fuerzas revolucionarias armadas, de manera que la asamblea nacional no fuese mas que un juguete suyo. Los miembros de la mayoría del gobierno estaban designados á las sospechas y á la cólera de una parte del pueblo. Los periódicos les acusaban sin cesar: anuncios y pasquines, en los cuales se les denunciaba por demagogos alemanes á la execracion pública, salian durante la noche de imprentas sospechosas, é inflamaban el espíritu público contra los hombres decididos á establecer fijamente la república en el pais. Algunos de estos pasquines, dirigidos especialmente contra Lamartine, se redactaban y repartian por agentes y emisarios que abusaban de los nombres y de la proteccion de sus colegas, al paso que testigos y confidentes, indignados de unos hechos en que creian ver intrigas, iban por la noche á ponerlos en noticia de Lamartine, quien se negaba á darles crédito, porque estaba convencido de la lealtad de sus adversarios. Podian todos atacarse, mas no hacerse traicion.

Habia, sin embargo, dos campamentos en el gobierno, y en torno de cada uno de ellos se agrupaban tendencias diversas, sistemas de república opuestos, hombres antipáticos, sombrios y violentos. Estos hombres podian avasallar la voluntad de los gefes, agriarlos entre sí, sembrar en ellos la desconfianza y las celadas, y servirse de sus banderas y de sus nombres para reclutar facciones y arrastrarlas hasta los estremos.

La mayoría del gobierno se veia constantemente asediada de avisos alarmantes sobre las tramas que se urdian, segun se afirmaba, contra su seguridad. Continuamente se mudaba el sitio de reunion del consejo, á fin de libertarlo de un golpe de mano, y llamábanse tambien algunas veces en secreto hasta doscientos ó trescientos hombres armados, para que custodiasen las cercanías del ministerio de hacienda ó del Luxemburgo para prevenir una sorpresa, porque todos los partidos sospechaban entre sí y se vigilaban de cerca.

Lamartine estaba informado espontáneamente por la confianza de hombres que se hallaban en situacion de saberlo todo, y por su policía secreta respecto á los estrangeros, y sabia que mil planes contradictorios pugnaban en el ánimo de los gefes principales de las facciones y de los clubs, pronunciados contra él.

Los demagogos fanáticos hablaban sin rebozo de deshacerse de él, y al mismo tiempo recibia de Paris y de los departamentos, escritos en que se le amenazaba con el asesinato: la misma policía de Caussidiere le trasmitia estas advertencias; pero confiaba en su destino. El 24 de Febrero se habia espuesto á todo, hasta á morir, por dar su verdadero sentido á la revolucion, por conservarla pura de crímen y de sangre, y por hacerla atravesar, sin catástrofes interiores y sin guerras esteriores, el interregno que podia perder para siempre al pais. Veia el precipicio; estaba seguro de que su muerte seria la señal del levantamiento de la inmensa mayoría del pueblo de Paris y de los departamentos, y que aseguraria el triunfo de la asamblea na-

cional sobre los dictadores. Esta seguridad le hacia dichoso, y permanecia tranquilo, sin tomar la menor precaucion, aunque sabia los designios con que algunos hombres rondaban la puerta de su casa. Salia á todas horas del dia y de la noche, solo, á pié, sin mas armas que un par de pistolas de bolsillo. Su popularidad le guardaba.

Esta popularidad se engrandecia de tal modo en toda la Francia y en Europa, que recibia hasta el número de *trescientas cartas* por dia, y todos los departamentos le preguntaban si queria representarlos. Los pueblos, que siempre sienten la necesidad de personificar un instinto en un hombre, habian personificado entonces en él el instinto de la sociedad amenazada y libre, pues era el hombre de la salvacion comun. Muchos de sus colegas merecian este favor tanto como él, pero la popularidad tiene sus favoritos, y él lo era de la multitud. Pero tenia demasiada esperiencia de la historia para creer en la duracion del fanatismo que inspiraba su nombre, y así trataba de moderarlo esquivándose, con intencion, del pueblo y de sus colegas, porque preveia que habia de llegar en breve el tiempo en que aquella popularidad le exigiria cosas que él creia contrarias al interes de la república. No queria por lo mismo que un hombre fuese mas popular que la representacion nacional, y resuelto de antemano á abdicar el favor público, no era prudente animarlo hasta el delirio. Muchas veces admiraba á sus amigos prediciéndoles el cambio de la opinion respecto á su persona.

Volviendo á su casa muchas veces, despues de dias y de noches enteras de luchas, precedido ó seguido de aclamaciones que resonaban en su aposento, decia á su esposa y á sus secretarios: —¿Veis cuántos esfuerzos me cuestan la asamblea nacional y la restitucion del poder regular á la nacion? Pues bien; cuando la nacion se posesione de su imperio y la asamblea nacional se encuentre segura, el pueblo salvado se retirará de mí, y tal vez me acusará de haber conspirado contra la asamblea, que es hoy mi único pensamiento.''

Todos se sonreian de incredulidad al escuchar estas palabras; pero Lamartine conocia la injusticia y la ignorancia de los pueblos. Si fuesen justos é inteligentes, no habria mérito en servirles.

Todo indicaba á la sazon una tentativa final y desesperada de los partidos opuestos á la reunion de la asamblea.

XIV.

Se acercaba el 14 de Abril, y las elecciones debian verificarse el 27: la guardia nacional reorganizada, pero aun sin reunirse, era un problema respecto al espíritu que la animaba, y de un dia á otro podia apelar á su auxilio el gobierno, que á la sazon se encontraba desarmado. ¿Se levantaria ella á su voz? ¿Se fundiria en un solo y mismo espíritu? ¿Se dividiria en dos fuerzas como el pueblo en dos clases? ¿Se convertiria en un elemento de guerra intestina, ó en un principio unánime de fuerza y de pacificacion? Nadie podia saberlo sino por conjeturas, pues todo dependia de la direccion mas ó menos política, mas ó menos unánime, que el gobierno su-

piese imprimirla. Los partidos estremos debian intentarlo todo para prevenir el llamamiento de la guardia nacional y para apoderarse del gobierno antes que Paris se decidiese á defender la asamblea: dichos partidos conocian cuál era su verdadera posicion, y la hacian presentir al gobierno.

Hacia algunos dias que las discusiones interiores eran duras y vivas: enérgicas disensiones estallaban entre la mayoría y minoría. El ministro del interior, ocupado de los preparativos de las elecciones, acudia pocas veces al consejo. Luis Blanc y Albert, defensores públicos de los delegados del Luxemburgo y de los treinta ó cuarenta mil obreros que componian su ejército, hablaban de amenazadores descontentos, y promulgaban exigencias imperiosas en nombre de aquella parte del pueblo. No las justificaban, pero las repetian bajo la forma de advertencias hechas al gobierno.

Parecian hallarse sabedores, por medio de ciertos hombres y por sus relaciones personales con los clubs y con otros centros de accion, de algun gran movimiento popular, suficiente para imponer á la mayoría las voluntades estremas y las órdenes de la multitud.

En la sesion del 14 de Abril, que se prolongó hasta muy entrada la noche, fueron mas significativos los indicios, y los dos gefes del Luxemburgo confesaron, con un pesar mezclado de acusaciones, que el domingo 16 debia tener lugar una manifestacion semejante á la del 17 de Marzo, pero mas á propósito para obtener la próroga de las elecciones y la satisfaccion de otros agravios.

El gobierno se mostró mas indignado que sorprendido, porque muchísimos rumores, recogidos por los diferentes miembros de la mayoría, anunciaban hacia bastantes dias una tentativa de los partidos estremos para depurar al gobierno provisional de los principales miembros de la mayoría, y para cambiar la minoría en mayoría con el refuerzo de cierto número de gefes de los clubs y de las facciones. Hablábase de un comité de salvacion pública que haria consistir la dictadura en la soberanía de una sola parte del pueblo, rasgaria el decreto de las elecciones, concentraria el gobierno en la capital, ejerciéndolo por cierto tiempo, y convocaria, por último, la convencion, despues de haber rectificado las listas electorales.

Lamartine fingió que oia por primera vez de la boca de sus dos colegas aquel proyecto de manifestacion: no sospechaba ciertamente que en él tuviesen parte, ni tampoco el ministro del interior, pero pensaba que Albert, Luis Blanc y los hombres de la minoría del gobierno podian tener sobre los organizadores del movimiento una influencia y una autoridad con que él no contaba entre aquellos partidarios de la revolucion. En consecuencia les conjuró con un sentimiento verdadero, y con enérgicas palabras, exageradas á propósito, á que empleasen toda su accion sobre la parte del pueblo de que disponian, para impedir una manifestacion tan intempestiva, tan odiosa á los departamentos, tan alarmante para la tranquilidad de Paris, y tan mortal para la aceptacion de la república: les presentó con animacion las consecuencias de una ruptura violenta de la unidad del

gobierno, conservada hasta entonces al precio de tantos sacrificios. Les demostró que los nuevos dictadores por derecho de eliminacion popular, serian eliminados ocho dias despues, convirtiéndose en víctimas necesarias del pueblo, despues de haber sido sus instrumentos y cómplices. Afectó mayor terror y debilidad que la que sentia, á fin de inspirar estos síntomas á los mismos á quienes se dirigia, á fin de que por su mediacion se infiltrase el miedo y el arrepentimiento en los ánimos de los conspiradores del movimiento.

XV.

Sus colegas se mostraron decididos á interponerse, si aun era tiempo, entre los promovedores de la manifestacion proyectada y el gobierno. Flocon, que pensaba lo mismo que Lamartine, aunque estaba mas ligado que éste con los partidos estremos, juró con lealtad que detestaba semejantes proyectos, y que jamas haria traicion, asociándose á ellos, á la fé que los miembros de un mismo gobierno, aunque separados en ciertas cuestiones, se deben unos á otros. La sesion se concluyó con las amonestaciones de Lamartine, dirigidas mas bien al pueblo que á la asamblea, y con la declaracion franca de Flocon.

Al dia siguiente supo Lamartine por Luis Blanc y por Albert que sus instancias para impedir la manifestacion habian sido infructuosas; pero los cómplices subalternos les habian prometido esforzarse á fin de moderar el movimiento, desarmarlo y quitarle todo carácter de violencia. Lamartine contestó á sus colegas con desesperacion que la violencia estribaba en la reunion; que el peso de la masa y del número era un arma demasiado poderosa contra un gobierno desarmado; que el pueblo iba á violar y á perder en un momento lo que habia conquistado, si contristaba, restringia y escandalizaba a la república con jornadas semejantes ó peores tal vez que la del 17 de Marzo.

Pero la consigna estaba ya dada, estaba echada la suerte, y era demasiado tarde para que los gefes, cualesquiera que fuesen, tuviesen el poder de disolver é impedir el movimiento. Luis Blanc y Albert daban á entender hallarse profundamente afligidos. Lamartine y sus mas íntimos colegas se resignaron á sufrir el asalto que se les anunciaba, y pusieron en manos de Dios y en las del pueblo la suerte del siguiente dia.

XVI.

No obstante, desarmados los miembros del gobierno, estaban ya advertidos, y no escasearon los medios de separar por medio de sus consejos á muchos individuos del golpe que se preparaba, penetrando entre los diferentes grupos de las facciones, en los talleres nacionales y en los grandes arrabales de Paris, á fin de desanimar al pueblo, advirtiéndole el gran atentado á que querian arrastrarle las tramas tenebrosas de los clubs y los conciliábulos socialistas y terroristas. Garnier-Pagès, Duclerc y Pagnerre en el ministerio de hacienda; Marie en los talleres nacionales; Marrast en la municipalidad, conservaron los medios de observacion, de influencia y de

fuerza voluntaria de que podian disponer. Lamartine pasó mucha parte de la noche enviando emisarios al arrabal de San Antonio, al barrio del Pantheon y á los distritos, para avisar y llevar instrucciones á los buenos ciudadanos, á los gefes de los talleres, á los empresarios, á los posaderos y á todas las personas respetables é influyentes de ellos. Mandó llamar asimismo á los oficiales de la guardia nacional nombrados y aun no reconocidos por sus compañías; pero con los cuales podia contar; á los jóvenes de las escuelas, adictos al órden y capaces de arrastrar á sus camaradas y á algunos discípulos de la escuela politécnica, notables por su inteligencia, actividad y valor, los cuales le servian de ayudantes de campo, como MM. Jumel, Baude, Marechal, &c. Les puso al corriente de los proyectos que amenazaban, y los empleó toda la noche en prevenir, convocar y proveer de armas á los ciudadanos, á fin de tenerlos prontos para acudir al primer cañonazo ó al primer toque de alarma al Hotel de Ville.

Esta era la posicion destinada á defenderse ó á ser conquistada en todas las revoluciones, la cuna ó el sepulcro de todos los gobiernos, el signo de la victoria ó el de la derrota. Lamartine estaba resuelto á encerrarse allí para sostener el sitio de la grande insurreccion premeditada, para perecer ó triunfar, segun pluguiese al pueblo levantarse ó permanecer tranquilo al ruido del combate.

MM. Marrast, Buchez, Recurt, Barthelemy-Saint-Hilaire, hombre tan reflexivo como intrépido; Flottard, el coronel Rey y los principales de la administracion de la ciudad de Paris, esta-

ban avisados y se disponian secretamente contra la sedicion del siguiente dia, al paso que á sus numerosos amigos de todos los barrios y arrabales se les reunia por medio de agentes. Cada uno de ellos debia acaudillar una porcion de ciudadanos resueltos á la defensa comun. La falta de la guardia nacional y las desconfianzas existentes entre los diferentes partidos no habian permitido adoptar medidas generales: todos sospechaban unos de otros, y solo tenian confianza en sí propios y en sus amigos.

XVII.

Despues de tomar estas medidas, quemó Lamartine todos los papeles que contenian nombres propios ó secretos de gobierno, tanto interiores como esteriores, que pudiesen servir de pretesto á la venganza de las facciones, si el motin, como era demasiado de temer, proporcionaba la victoria á los hombres de proscripcion ó de sangre. En seguida se acostó para descansar un rato.

No bien se habia dormido, cuando algunos hombres adictos que tenia en los clubs se escaparon de las reuniones nocturnas, forzaron la puerta y le despertaron para enterarle de las últimas noticias.

Los clubs directores se constituyeron á las once de la noche en permanencia: se habian armado, tenian municiones de guerra, y habian determinado reunir al pueblo por la mañana en el Campo de Marte, en número de cien mil hombres, llegar allí al mediodia, tomar la direccion de aquella fuerza, marchar por los muelles, su-

blevando al paso la poblacion flotante de Paris contra el Hotel de Ville, apoderarse de esta posicion por la fuerza, espulsar al gobierno provisional y diezmarlo de los miembros que mas les repugnaban, como Lamartine, Marie, Garnier-Pagés, Marrast y Dupont de l'Eure. Ya tenian nombrado en lugar de estos hombres un comité de salvacion pública, compuesto de Ledru-Rollin, Luis Blanc, Albert y Arago, á quien equivocadamente suponian inclinado hácia el partido estremo. A él habian añadido los nombres de los principales gefes de faccion ó de las sectas terroristas ó socialistas, que representaban las violencias de un gobierno ó el desquiciamiento de la sociedad. Despues de deshacerse así de la mayoría del gobierno que les estorbaba, debian marchar ¡cosa estraña! contra el club de Blanqui, y desembarazarse igualmente de aquel tribuno rival que les intimidaba.

Esta última circunstancia no admiró á Lamartine, porque sabia que Blanqui era el terror de los terroristas menos populares y menos atrevidos que él. Era lógico en ellos aprovecharse de una sola insurreccion para descartarse á un tiempo de sus adversarios en el partido moderado del gobierno y de su enemigo en el partido desesperado de la demagogia.

Blanqui, segun todas las apariencias, sabia lo que le esperaba, pero no fingió menos por eso asociarse al movimiento que se preparaba para el dia siguiente contra Lamartine y sus amigos. Es presumible que Blanqui no quisiese hacer ver que, tanto él como su partido, se quedaban detras de los que pretendian adelantarse á ellos en la revolucion. Pensó quizá que,

una vez realizado el movimiento, se pondria al frente de sus rivales, y que su nombre los confundiria: reunió por lo tanto su club, y se declaró con él en permanencia armada como los demas conspiradores.

XVIII.

Al amanecer vió Lamartine los grupos de la manifestacion que avanzaban en pequeños pelotones de quince á veinte hombres, precedidos de tambores y de banderas, dirigiéndose por los bulevares, y al mando de algunos cabecillas mejor vestidos, enviados por los clubs á la cita del Campo de Marte. La mayor parte de ellos ignoraba completamente el verdadero objeto de aquella reunion, pues el pretesto era no sé qué escrutinio preparatorio para la designacion de candidatos obreros.

De hora en hora informaban á Lamartine sus emisarios apostados del estado del Campo de Marte, y de la marcha y fisonomía de la reunion. Constaba esta á las once, de unos treinta mil hombres, y se empezaba ya á hablar de que á las dos era preciso marchar contra el Hotel de Ville; pero los clubs no se hallaban allí todavia, y las masas parecian flotantes y poco animadas. Los obreros de los talleres nacionales, inspirados por Marie, y los numerosos emisarios de Lamartine, desbarataban los grupos á medida que se formaban, separándolos de la sedicion. El mismo Sobrier empleaba á sus amigos para que aconsejasen que no se cometiesen escesos.

Así las cosas, y cuando Lamartine esperaba, para obrar, informes mas precisos y un prin-

cipio de ejecucion, le anunciaron la visita del ministro del interior. Lamartine sabia, como acaba de verse, que el nombre de Ledru-Rollin figuraba en la lista que la insurreccion presentaba para formar el comité de salvacion pública. No ignoraba tampoco que los gefes políticos de las sectas socialistas, los hombres del golpe de estado popular del club de Barbés y del club de los clubs, se agitaban en torno del ministro del interior, trataban de conquistar su influencia y su talento, y se esforzaban por arrancarle resoluciones contrarias á la unidad del gobierno y á la paz de la república. Lamartine, sin relacion preexistente con su colega, no hubiera tenido por conducta leal el sospechar de él, ni por conveniente informarle de los rumores injustos que corrian acerca de su connivencia con los conjurados. Le esperaba, y no se engañó.

Mr. Ledru-Rollin le comunicó las noticias que habia recibido durante la noche; el proyecto de manifestacion armada; la revision del gobierno provisional; el comité de salvacion pública instituido; su propio nombre usurpado por los facciosos contra su voluntad; su indignacion porque pudiera creérsele capaz de dar su nombre para un complot contra sus colegas, y su firme resolucion de morir antes que asociarse á traicion alguna.

—"Dentro de algunas horas, añadió, vamos á ser atacados por mas de cien mil hombres. ¿Qué partido debemos tomar? Vengo á concertarme con vos, porque sé que sois hombre sereno en medio del peligro, y porque los acontecimientos estremos no os amedrentan el corazon."

—"No hay dos partidos, le contestó Lamartine, levantándose y tendiéndole su mano: no hay mas que uno; es necesario combatir, ó entregar el pais á la anarquia, la república á los aventureros y el gobierno al oprobio. Sois ministro del interior, sois leal y resuelto, y vuestras atribuciones os conceden el derecho de mandar tocar generala en Paris y de llamar á las armas á la guardia nacional. No perdamos, pues, un minuto, y dad la órden de que se levanten las legiones. Por mi parte voy á reunir los batallones de la guardia movilizada que se hallan en estado de pelear: me encerraré en el Hotel de Ville con esos dos ó tres batallones, y sostendré el asalto de la insurreccion. De dos cosas, sucederá una: ó la guardia nacional, hasta ahora invisible, no responde al llamamiento, en cuyo caso será tomado el Hotel de Ville, pereciendo yo en mi puesto; ó bien acudirá aquella y volará á socorrer al gobierno, atacado en mi persona en la posicion designada, y entonces la insurreccion, encerrada entre dos fuegos, quedará ahogada en su propia sangre, el gobierno quedará libre, y la república encontrará una fuerza organizada é invencible. Estoy pronto á cualquiera de las dos eventualidades."

Lo mismo que se dijo, se hizo. El ministro del interior, tan decidido como Lamartine á tentar los medios de resistencia, arriesgando el combate, fué á dar las órdenes convenientes para que se tocase generala.

Lamartine no volvió á ver á su colega en todo el dia, y confió su esposa á los amigos que debian ponerla en seguridad, si él llegaba á sucumbir: hecho ésto, salió, acompañado de un

jóven escolar de Saint-Cyr, hijo del valiente general Verdieres, y de Callier, coronel de estado mayor, hombre de fria inteligencia y de un denuedo impasible, á quien conoció en Oriente y habia agregado al ministerio de negocios estrangeros.

Pasó al momento á casa del general Duvivier, estado mayor de la guardia movilizada, y subió solo; pero el general se hallaba ausente. Informados por Lamartine el gefe de estado mayor y el secretario del movimiento que amenazaba, suplieron al general y eligieron los cuatro batallones mas dispuestos é inmediatos al Hotel de Ville, comunicándoles al punto las órdenes para que inmediatamente se situasen en la plaza de Greve.

Cuando Lamartine bajaba la escalera, encontró al general Duvivier, y volvió á subir con él.

Dicho general era de esos hombres á quienes ningun suceso estraordinario sorprende, ningun peligro turba, porque creen religiosamente en la ley de sus deberes, descansando en la fé de Dios mientras operan en la tierra; especie de piadosos fatalistas, cuyo destino es siempre la Providencia. Rectificó con serenidad y sangre fria, algunas de las órdenes dadas durante su ausencia, mandó que le ensillasen el caballo, y ofreció ponerse á la cabeza de sus jóvenes soldados, á quienes amaba como hijos y conducia como héroes. No habia, sin embargo, municiones, y Lamartine voló al estado mayor de la guardia nacional, situado en el patio de las Tullerias, á buscar cartuchos.

XIX.

El general Courtais estaba ausente, y se promovió un pequeño altercado, con motivo del toque de generala, entre Lamartine y el gefe de estado mayor, que no queria creer el movimiento, y se alarmaba del efecto producido en Paris por aquellas medidas, y del conflicto que no podian menos de ocasionar. Lamartine se irritaba con la tardanza; pero la llegada del general Courtais puso término á todas las dudas: el veterano declaró que el ministro del interior le habia dado órden de que hiciese tocar generala, y que la órden tendria exacto cumplimiento. Lamartine, provisto de municiones, se dirigió al Hotel de Ville. Entre tanto se aumentaba la reunion en el Campo de Marte, y empezaba á formarse en columnas para moverse.

Durante estas dilaciones forzosas, el general Changarnier, á quien Lamartine habia nombrado embajador en Berlin, fué á preguntar por el ministro al departamento de negocios estrangeros, para hablarle de algunos pormenores relativos á sus instrucciones. Mad. de Lamartine recibió al general, le enteró de lo que acontecia, y le dijo que la presencia y cooperacion de un oficial valiente y afamado, seria probablemente de gran utilidad en aquellos momentos á su esposo en el Hotel de Ville, y de un efecto moral muy poderoso para los jóvenes soldados. El general, ansioso de desafiar el peligro y de dar nuevas pruebas de su ardor, acababa de llegar al Hotel de Ville, cuando Lamartine entraba en él, acompañado del coronel Callier y de su gefe

jóven escolar de Saint-Cyr, hijo del valiente general Verdieres, y de Callier, coronel de estado mayor, hombre de fria inteligencia y de un denuedo impasible, á quien conoció en Oriente y habia agregado al ministerio de negocios estrangeros.

Pasó al momento á casa del general Duvivier, estado mayor de la guardia movilizada, y subió solo; pero el general se hallaba ausente. Informados por Lamartine el gefe de estado mayor y el secretario del movimiento que amenazaba, suplieron al general y eligieron los cuatro batallones mas dispuestos é inmediatos al Hotel de Ville, comunicándoles al punto las órdenes para que inmediatamente se situasen en la plaza de Greve.

Cuando Lamartine bajaba la escalera, encontró al general Duvivier, y volvió á subir con él.

Dicho general era de esos hombres á quienes ningun suceso estraordinario sorprende, ningun peligro turba, porque creen religiosamente en la ley de sus deberes, descansando en la fé de Dios mientras operan en la tierra; especie de piadosos fatalistas, cuyo destino es siempre la Providencia. Rectificó con serenidad y sangre fria, algunas de las órdenes dadas durante su ausencia, mandó que le ensillasen el caballo, y ofreció ponerse á la cabeza de sus jóvenes soldados, á quienes amaba como hijos y conducia como héroes. No habia, sin embargo, municiones, y Lamartine voló al estado mayor de la guardia nacional, situado en el patio de las Tullerias, á buscar cartuchos.

XIX.

El general Courtais estaba ausente, y se promovió un pequeño altercado, con motivo del toque de generala, entre Lamartine y el gefe de estado mayor, que no queria creer el movimiento, y se alarmaba del efecto producido en Paris por aquellas medidas, y del conflicto que no podian menos de ocasionar. Lamartine se irritaba con la tardanza; pero la llegada del general Courtais puso término á todas las dudas: el veterano declaró que el ministro del interior le habia dado órden de que hiciese tocar generala, y que la órden tendria exacto cumplimiento. Lamartine, provisto de municiones, se dirigió al Hotel de Ville. Entre tanto se aumentaba la reunion en el Campo de Marte, y empezaba á formarse en columnas para moverse.

Durante estas dilaciones forzosas, el general Changarnier, á quien Lamartine habia nombrado embajador en Berlin, fué á preguntar por el ministro al departamento de negocios estrangeros, para hablarle de algunos pormenores relativos á sus instrucciones. Mad. de Lamartine recibió al general, le enteró de lo que acontecia, y le dijo que la presencia y cooperacion de un oficial valiente y afamado, seria probablemente de gran utilidad en aquellos momentos á su esposo en el Hotel de Ville, y de un efecto moral muy poderoso para los jóvenes soldados. El general, ansioso de desafiar el peligro y de dar nuevas pruebas de su ardor, acababa de llegar al Hotel de Ville, cuando Lamartine entraba en él, acompañado del coronel Callier y de su gefe

de la secretaría, Payer, hombre resuelto y valeroso, que despues fué representante del pueblo.

Mr. Marrast esperaba fuerte é impasible la anunciada insurreccion. Instruyóle Lamartine de los pormenores que acababan de leerse, de la órden de convocar á la guardia nacional dada por el ministro del interior, y de la próxima llegada de los cuatro batallones. El general Changarnier, Marrast y Lamartine se concertaron respecto á la mejor disposicion que podia darse á aquella débil fuerza, conviniendo en que, en vez de dejar estos batallones, fuertes de cuatrocientas bayonetas cada uno, en la plaza, donde se verian ahogados por miles de combatientes, se les haria entrar en los patios y jardines interiores del edificio, que estaban resguardados por verjas. Haciéndose cargo el general de la direccion superior de las fuerzas allí encerradas, se portó admirablemente por su presencia de espíritu, decision, actividad y confianza.—"Si me respondeis, le dijo Lamartine, de que resistiremos tres horas, yo os aseguro la ayuda de los buenos ciudadanos y el éxito de la jornada.

—"Os respondo de que me sostendré siete horas," le contestó el general Changarnier.

Marrast poseia el valor tranquilo y paciente de los hombres que han leido mucho y practicado la historia de las revoluciones. Sus amigos, Buchez, Flottard, Recurt y el coronel Rey, habian situado en el edificio ó sus inmediaciones un batallon de voluntarios de la revolucion, llamado *los lyoneses*, y cierto número de voluntarios de los barrios próximos. Lamartine los hacia entrar sucesivamente, les arengaba y les

inspiraba todo el fuego de la pasion que sentia por la integridad de la república. El general Changarnier, los colocaba despues en los puestos que debian ocupar. Lamartine le habia insinuado la conveniencia de procurar la posibilidad de una salida por la parte tracera del palacio, á fin de coger á la insurreccion por su retaguardia cuando la atacase la guardia nacional por el puente de San Miguel.

Los batallones de la guardia movilizada llegaron uno tras otro, y saludaron con sus aclamaciones á Lamartine, que los habia formado. Aquellos jóvenes le amaban como una aparicion comprendida por ellos en los primeros dias de aquella revolucion tan rápida, y como su organizador y sosten mas tarde en el gobierno.

XX.

Al mismo tiempo los repetidos avisos enviados por Lamartine á las escuelas, á los distritos, á los trabajadores de las carreras de Belleville y al Panteon, iban apresurando la llegada de los buenos ciudadanos. Otras noticias procedentes del Campo de Marte aseguraban que el ejército de la insurreccion desfilaba ya en columna por el muelle Chaillot. Ya no se oia por ninguna parte el toque de generala, é inquieto Lamartine por la vacilacion de que habia sido testigo en el estado mayor, comunicó sus temores al general Changarnier y á Mr. Marrast, conviniendo los tres en que se comunicasen nuevas órdenes por medio del corregidor de Paris. Dichas órdenes, escritas por Mr. Marrast, se despacharon al punto y se pu-

sieron en ejecucion por todas partes. Se ha dicho que se dieron contraórdenes, despues que Lamartine se separó de las Tullerías, y que de aquí provenian la lentitud con que se habia tocado generala en diversos barrios y la necesidad de las nuevas órdenes espedidas por Mr. Marrast desde el Hotel de Ville. Sea de esto lo que fuere, el hecho era que de todas partes corrian los ciudadanos á las armas.

Seguro Lamartine desde entonces de que el ministro del interior habia dado la órden y comprometido su responsabilidad en la causa de la unidad é integridad del gobierno, adoptó políticamente como palabra de órden de la jornada y de todas sus arengas á las tropas, á las diputaciones y al pueblo armado que acudia á la plaza, la unidad del gobierno, porque le parecia que desvirtuado éste en once dias de elecciones, quedaria desgarrada la unidad de la eleccion, y por consiguiente la unidad de la república. Ahogó, pues, sus resentimientos y sus sospechas en su corazon, para hacer escuchar el grito de la concordia real ó aparente entre todos los partidos de la opinion republicana, y habiendo entrado en el Hotel de Ville el valiente Chateau-Renaud á la cabeza de una columna de voluntarios armados, que llamaban á gritos á Lamartine para que les pasase revista en el patio, bajó con Payer y les habló así:

—"Ciudadanos: se habia anunciado para hoy al gobierno provisional un dia de peligro para la república, pero de antemano sabiamos que este dia de peligro lo seria de gloria y de triunfo para la patria y para la causa del órden. Sé por una esperiencia reciente, y puedo reconocerlo

en los semblantes de muchos de vosotros y en la energía á la vez intrépida y moderada que forma el carácter de los ciudadanos armados de la capital, que podemos contar con ellos. La Francia, reasumida momentáneamente en el gobierno, no necesita otra guardia ni otro ejército que el voluntario y espontáneo que por sí mismo se forma, no al primer toque de las cajas, pues vosotros estábais ya armados antes de oir la generala, sino al primer rumor del peligro que amenaza á la patria y al órden público.

"Ciudadanos: la integridad del gobierno provisional debe ser hoy la enseña de la poblacion armada y desarmada de Paris, porque precisamente contra esta integridad, contra la indivisibilidad del gobierno, á quien venís á defender, convirtiendo en murallas nuestros pechos, se ha provocado el movimiento.

"Se esperaba, por medio de esas divisiones suscitadas entre nosotros, dividir la patria, al mismo tiempo que el gobierno; pero no existe division posible entre sus miembros, pues si bien pueden hallarse algunas diferencias de opiniones en negocios administrativos, como naturalmente sucede siempre en el seno de corporaciones numerosas, subsiste la unidad en el amor comun á la república, en la misma adhesion que les anima hácia Paris y la Francia.

"Esta union es el símbolo de la de todos los ciudadanos.

"Ahora debo daros las gracias, no en mi nombre, sino en el de todos mis colegas; no tampoco en nombre del gobierno provisional, sino en el de la Francia entera, para la cual hubiera sido este un dia de calamidad y de guerra civil si el

gobierno se hallase dividido; pero por efecto de vuestra energía y decision lo será del triunfo definitivo y pacífico de las nuevas instituciones, que queremos entregar inviolables y puras á la nueva asamblea nacional, que representará la unidad suprema de la patria. *¡Viva la república!*

"Una palabra mas, ciudadanos.

"En la época de la primera república se pronunció una palabra fatal que lo perdió todo, y que hizo que los mejores ciudadanos se desgarrasen entre sí, olvidándose del patriotismo que los habia unido. Esa palabra fué la desconfianza, la cual se esplicaba entonces por la situacion de la patria, amenazada por una coalicion esterior y por los enemigos interiores que tenia.

Pero hoy, que con la proclamacion de nuestros principios de democracia fraternal y de respeto á las nacionalidades se ha ensanchado en toda la Europa el horizonte de la Francia y nos hemos conquistado la amistad de los pueblos, en vez de anegarnos con ellos en sangre; hoy que la república es aceptada en todas partes, sin oposicion en el interior, al paso que á todos ofrece propiedad, seguridad y libertad, solo una palabra corresponde á tan halagüeña situacion, y esta palabra es *confianza*. Escribidla en vuestras banderas y en vuestros corazones, para que sea la palabra de órden entre todos los ciudadanos y en todos los ángulos del imperio: en ella consiste la salvacion de la república.

"El gobierno provisional os da el ejemplo en la confianza merecida que cada uno de sus miembros inspira á sus colegas; os presenta una prueba irrecusable, negándose decididamente á desunirse, á separarse de ninguno de sus miembros,

que constituyen su verdadera fuerza por su misma unidad. La indivisibilidad del gobierno provisional debe ser tambien la conquista cívica de esta jornada. Tranquilos Paris y los departamentos por la fuerza del gobierno y por vuestra firme adhesion, se unirán como vosotros y como nosotros para la salvacion de la república, y devolverán intacto á la asamblea nacional el depósito de la patria que el pueblo del 24 de Febrero puso en vuestras manos.

"Esta confianza que os recomiendo, ciudadanos, es el grito y el sentimiento que hemos escuchado en todos los dias de combate aquí mismo, en esas escaleras, en esos patios, en la boca de los heridos, durante la lucha del pueblo y del trono. Sí; yo la he oido repetir por los que espiraban defendiendo la república, y que parecia nos legaban en esa recomendacion suprema la palabra salvadora de la nueva república y de la patria."

XXI.

Estas palabras hicieron estallar un grito unánime de adhesion y de entusiasmo en todas las escaleras, en todos los patios y galerías del Hotel de Ville. La victoria estaba en este grito, y Lamartine lo oyó salir por espacio de dos horas de todos los grupos de ciudadanos armados, de obreros, de guardias movilizados y de alumnos de las escuelas, á quienes arengó sucesivamente treinta ó cuarenta veces en aquel momento supremo. Siempre afectó comprender el gobierno provisional por completo en sus alocuciones, para destruir de este modo y de antemano

todos los gérmenes de division que podian nacer en aquella jornada: tambien obró así para quitar todo pretesto á la guerra civil y á las recriminaciones que pudieran suscitarla. El entusiasmo que inspiraba era tan ardiente y unánime aquel dia en los batallones, en los pueblos y en los grupos de voluntarios que acudian al palacio y á la plaza, que si hubiese denunciado un complot y pedido venganza, depuracion ó dictadura, le hubieran seguido do quiera que dirigiese sus pasos. Pero declarando las divisiones existentes y entregando sus colegas á las sospechas del pueblo, no desconocia que hubiera hecho traicion á la república y desgarrado á su patria.

A pesar de todo, observaba la plaza desde una ventana del Hotel de Ville, sin saber todavia si llegarian primero á ella los batallones de la guardia nacional ó los insurrectos del Campo de Marte, ni cuál de las dos masas seria mayor.

Una columna de cerca de veinticinco á treinta mil hombres, dirigida por los clubistas mas rabiosos y por algunos gefes socialistas, acababa de desembocar por el puente real, tropezando con una fuerza bastante numerosa de guardias nacionales, que el general Courtais habia colocado en batalla en las inmediaciones del Louvre. No se habian atacado; pero aquel encuentro habia sido tumultuoso, y hubo miradas, gestos y gritos hostiles. La guardia nacional dejó pasar á los insurrectos, contentándose con cortarlos y seguirlos en su procesion hasta el Hotel de Ville. Eran aquellos dos ejércitos que marchaban sobre la misma línea,

en silencio, y observándose recíprocamente. Los primeros grupos de la columna del Campo de Marte, precedidos de banderas y de algunos hombres con gorros colorados, empezaban á desembocar desde el muelle en la plaza de Greve.

Al mismo tiempo se vió brillar un bosque de bayonetas al otro lado del Sena, en el estremo del puente de San Miguel. Eran treinta ó cuarenta mil guardias nacionales de la orilla izquierda del rio, que acudian con precipitado paso al llamamiento de Lamartine y de Marrast. La anchura del puente no bastaba para su formacion, y se precipitaron en columna cerrada en la plaza, gritando: *¡viva la república! ¡viva el gobierno!* En seguida cerraron el paso del muelle á los veinte ó treinta mil insurrectos, que permanecieron inmóviles, indecisos y consternados en el ángulo de la plaza de Greve, sin poder avanzar ni retroceder, ni recibir por consiguiente los refuerzos del Campo de Marte, interceptados por las legiones que estaban sobre las armas desde los Campos-Elíseos hasta la estremidad del muelle Lepelletier. Las legiones de la orilla izquierda se formaron en batalla en la plaza; las de los distritos de Belleville, de Bercy, del arrabal del Temple, del de San Antonio y de todas las calles de la orilla derecha, llegaron al mismo tiempo por todos los muelles y por todas las embocaduras de las grandes artérias de Paris al paso de carga y lanzando gritos de entusiasmo. Aquellas legiones llenaron de bayonetas todas las calles y plazas desde el Arsenal hasta el Louvre. En tres horas aparecia Paris armado y en actitud imponente, y no

solo era imposible ya la victoria de los conspiradores, sino que el combate hubiera sido una locura.

Lamartine dió las gracias al general Changarnier, cuyos servicios eran innecesarios por el pronto, y le rogó fuese á informar á su esposa del triunfo de los buenos ciudadanos y de la resurreccion de la fuerza pública, hasta entonces en problema, y hecho indudable para lo sucesivo.

El general Duvivier estaba á caballo en la plaza, en medio de los batallones de la guardia movilizada que habia dirigido, y dos horas trascurrieron de este modo, en imponente silencio, como si hubiera bastado á la guardia nacional enseñar sus doscientas mil bayonetas para aniquilar todo pensamiento de conspiracion y de anarquía.

Lamartine, único miembro del gobierno provisional presente con Marrast hasta las cuatro, recibió las diputaciones de todos los cuerpos, y les arengó, ya desde las ventanas, ya en las escaleras ó en los patios. Los veinte mil insurrectos del Campo de Marte, comprometidos en las esquinas de los muelles, desfilaron tristemente en medio de las rechiflas del pueblo, entre las filas de la guardia nacional, y fueron á perderse en sus clubs, desconcertados.

Doscientas mil bayonetas desfilaron en seguida por delante del Hotel de Ville, á los gritos de *¡viva Lamartine! ¡abajo los comunistas!*

Una diputacion de los obreros del Campo de Marte, se introdujo, despues del desfile, en el interior, bajo pretesto de rendir á los acontecimientos su homenage patriótico; pero Mr. Buchez y sus colegas le dirigieron severas palabras. Lamartine no le habló, pues en aquel momento se hallaba en la sala del consejo escribiendo algunas órdenes para que la guardia nacional de los distritos asegurase la tranquilidad, durante la noche. Entonces vió entrar á sus dos colegas, Luis Blanc y Albert, y prosiguió escribiendo sin saludarles. Les oyó murmurar contra la omnipotencia de los que, sin deliberacion concertada y solo por su propia autoridad, habian mandado tocar generala, rechazando una manifestacion del pueblo, y reunido la guardia nacional, á mas de haber hablado con dureza á una diputacion. Irritado Lamartine, pues no podia desconocer contra quién se dirigian aquellas murmuraciones, arrojó la pluma, se levantó, y acercándose á sus dos colegas, les contestó por primera vez con energía y con reprimida cólera. Los dos miembros de la minoría se retiraron y fueron á quejarse á Buchez y Recurt, que estaban en otra sala. Lamartine, despues de haber atendido con sus órdenes á las legiones á la seguridad de la noche, salió por una puerta secreta del Hotel de Ville, á fin de sustraerse á una ovacion de la guardia nacional y del pueblo: cubrióse el rostro con la capa, y se internó en las callejuelas tortuosas y desiertas que serpentean por detras del palacio: encontró un coche de alquiler, y se metió en él sin darse á conocer, mandando al cochero que le llevase á la calle de la Chaussée-d'Antin, en donde su esposa esperaba saber el resultado de la jornada.

En su camino fué detenido cinco veces el carruaje, al desembocar por las calles de San Antonio, la del Temple, la de San Dionisio, la

de San Martin y la de Montmartre, por columnas de diez y de veinte mil hombres de la guardia nacional, unos con uniforme, otros en traje de obreros, todos armados y conmoviendo con su paso militar el empredrado de las calles. Dichas columas interrumpian á menudo su magestuoso silencio con los gritos unánimes de *¡viva la república! ¡viva Lamartine! ¡abajo los comunistas!* Aquellos cuerpos de ejército improvisados, tranquilizaban los ánimos de los ciudadanos, de las mugeres y de los niños, que se agolpaban á las puertas y á las ventanas. Muy lejos estaban de imaginar que el hombre, cuyo nombre proclamaban, confundiéndolo en un grito nacional, estaba escuchando sus gritos entusiastas en el fondo del carruaje, cuyo paso interceptaban.

Lamartine no pudo reunirse con su esposa hasta el anocher; pero aquel fué el mas bello dia de su vida politica, porque las facciones quedaban mas que vencidas, pues se hallaban desconcertadas, y el pueblo habia pronunciado su decision, que era el presagio de la que iba á repetir el pais entero en las elecciones. Paris se habia puesto sobre las armas, sin distincion de clases ni de fortuna, y aquellas armas se habian reunido, formando un solo cuerpo para proteger la república, el gobierno moderado, el órden, la propiedad y la civilizacion.

El mundo social respiraba.

XXII.

Los miembros de la mayoría del gobierno habian pasado aquel gran dia en el ministerio de hacienda, á fin de estar prontos para todas las

eventualidades y poder evitar el ser separados por un golpe imprevisto. A las diez de la noche fueron á comer juntos á casa de Mr. Cremieux, ministro de la justicia, en donde se abrazaron como náufragos que logran llegar al puerto.

Durante la comida, varias comisiones de las legiones de la guardia nacional, á las cuales no habia bastado el dia para desfilar por el Hotel de Ville, se presentaron á pedir que se les permitiese cumplir aquel deseo al resplandor de las hachas de viento que iluminaban la plaza de Greve; consintieron los individuos del gobierno, y fueron á presenciar el desfile; pero Lamartine no pudo verificarlo, porque estaba débil de cansancio.

Las legiones, algunas de las cuales, no contaban menos de veinticinco y treinta mil combatientes, recorrieron parte de la noche las calles de Paris á los gritos de *¡viva Lamartine! ¡abajo los comunistas!* sin que ningun desórden entristeciese el despertar del verdadero pueblo. La seguridad volvia á entrar con aquellos gritos en el hogar y en el espíritu de los ciudadanos, quedando consternados, desiertos y mudos los clubs comunistas y demagógicos. Algunos grupos de muchachos, eco siempre depravado de las voces populares, fueron á gritar *¡viva Lamartine! ¡abajo Cabet!* al pié de las ventanas de este gefe de secta. Informado al punto Lamartine, mandó dispar aquella miserable turba, y escribió á Cabet ofreciendole asilo para él y su familia.

Tal fué la jornada del 16 de Abril, el primer gran golpe de estado del pueblo contra los cons.

piradores, los demagogos, los dictadores y los bárbaros de la civilizacion. Paris respiró, y la Francia adquirió la conciencia de su salvacion.

Pero el 16 de Abril no fué mas que un síntoma accidental. La mayoría del gobierno queria saber si aquel síntoma se renovaria ordenadamente á su voz, y si la fusion espontánea de todos los elementos de la guardia nacional presentaria un punto sólido y fijo de opinion y de fuerza á la república. Los buenos ciudadanos tenian necesidad de tranquilizarse, las facciones de contenerse y la Europa de presenciar un gran acto de la vida de la nueva república. La opinion pública pedia una revista general de todas las fuerzas voluntarias que habian salvado la patria y la sociedad, y el pueblo de Paris empezaba á desear la vuelta de las tropas á su seno: ademas, la inmensa mayoría del gobierno sufria las consecuencias del alejamiento del ejército, á quien se deseaba volver á inscribir en el cuadro nacional, de donde la fatalidad y la prudencia le habian separado momentáneamente. Queríase, pues, que fuese llamado por el entusiasmo, mas no impuesto á Paris por el temor, tratándose de buscar una ocasion de acostumbrar la vista del pueblo á la presencia, al brillo y al amor de la tropa. Unánime el gobierno en este pensamiento aquel dia, indicó una revista general de todos los guardias nacionales de Paris, de los alrededores y de las poblaciones inmediatas, así como de la guardia movilizada y de los regimientos de artillería, de infantería y de caballería del radio de Paris.

Esta revista se verificó el 21 de Abril, bajo el nombre de revista de la fraternidad.

XXIII.

Los miembros del gobierno provisional y los ministros se colocaron al amanecer en las primeras gradas de un estrado dispuesto en el arco de triunfo de la Estrella. Un sol de primavera iluminaba la inmensa avenida que se estiende desde aquel arco de Napoleon hasta el palacio de las Tullerías, reflejándose en los cañones, en los cascos, en las corazas y en las bayonetas de la guardia nacional y de las tropas escalonadas por baterías, escuadrones y batallones en toda la calzada de los Campos-Elíseos y en la plaza de la Concordia. Allí formaban las dos columnas del pueblo armado, siguiendo sin interrupcion una de ellas por los muelles hasta Bercy, y la otra por los bulevares hasta la Bastilla. Era aquello una capital entera con sus pueblos circunvecinos, reunida en un vasto campo: un murmullo inmenso y placentero entre el choque de las armas y los relinchos de los caballos se elevaba de aquella multitud: en todas las fisonomías se notaba el entusiasmo y la dicha de un órden social reconquistado; el pueblo se habia convertido en ejército, y el ejército en pueblo. Ninguna señal de impaciencia ó de cansancio se manifestaba en aquella reunion, sin ejemplo desde las grandes emigraciones de los pueblos.

A la voz del gobierno, y siendo las ocho de la mañana, se pusieron las masas en movimiento, desfilando al eco de las cajas y de las bandas militares por delante del estrado en que los miembros del gobierno, en pié, saludaban á las legio-

nes y regimientos, entregándoles las nuevas banderas de la república. Aquellas legiones, muchas de las cuales constaban de treinta mil plazas, llevaban en pos de sí, como las caravanas en sus marchas, una multitud inmensa de pueblo desarmado, compuesto de ancianos, mugeres y niños, complemento de la familia humana, que seguia las huellas de los padres y de los hijos armados.

Se habia despojado á los árboles y jardines de las cercanías de París de sus ramas y lilas para adornar con ellas los fusiles y cañones: las bayonetas aparecian cubiertas de flores, y los dones de la naturaleza ocultaban las armas. Un rio inmenso de hierro y de rosas serpenteaba en las bocas de los fusiles por todo el horizonte de los Campos-Elíseos. Al acercarse al estrado, delante de cuyas gradas se dividia en dos ramales aquel rio caudaloso de hombres, para correr con mayor rapidez, las mugeres, los niños y los soldados arrancaban los verdes adornos de las armas, arrojándolos como una lluvia de flores á la cabeza de los miembros del gobierno. Un grito simultáneo y atronador de *¡Viva la república! ¡Viva el gobierno provisional! ¡Viva el ejército!* resonaba sin interrupcion en los batallones y en el pueblo: los gritos de *¡viva Lamartine!* dominaban siempre á los demas, y se confundian con las imprecaciones contra los comunistas. La popularidad de aquel nombre, en vez de gastarse entre el pueblo despues de tantas angustias y miserias, parecia haberse fortificado y universalizado en el sentimiento público. El pueblo de la campiña y de los departamentos señalaba á Lamartine saludándole con las mas

fanáticas aclamaciones. El 16 de Abril lo habia presentado á sus ojos como una especie de personificacion de la sociedad defendida y rescatada.

Detras de aquellos batallones reunidos marchaban legiones de pobres ancianos y de mugeres que conducian á sus hijos en los brazos: en rústicas carretas iban los enfermos é indigentes de los pueblos. Del seno de aquellos grupos, llenos de harapos, salian los gritos mas apasionados de guerra al desórden, de odio á los comunistas, y de felicitaciones á Lamartine y á la república. El sentimiento de la sociedad es tan divino é instintivo en el hombre, que le obliga á interesarse en el restablecimiento del órden, de la propiedad y de la familia, participando de estos deseos aun los mas desinteresados en su causa y los que menos deben esperar sus beneficios. Lágrimas abundantes corrian de los ojos del pueblo y humedecian los rostros de los espectadores, y los gritos se redoblaban al presentarse aquellos regimientos de línea que inclinaban sus sables ante el gobierno y que parecian como que reconquistaban su lugar en la familia reconciliada.

El dia desapareció antes que el pueblo armado, aunque marchando al paso de ataque con un frente de treinta ó cuarenta hombres, hubiese podido pasar por delante del arco de Triunfo: el desfile continuó con hachas de viento hasta las once de la noche, pues catorce horas no habian sido suficientes para que se agotase aquel rio de hombres, de hierro, de flores y de antorchas que iluminaban las avenidas de los Campos-Elíseos. Dos legiones, que constaban de

cincuenta mil bayonetas, tuvieron que suspender su revista hasta otro dia: los militares mas esperimentados calcularon que habian desfilado en presencia del gobierno trescientos cincuenta mil hombres. Paris se entregó al descanso con el sentimiento de la resurreccion de la patria y de la sociedad.

XXIV.

Al dia siguiente dos legiones del centro de Paris, que no habian pasado revista en el anterior, por falta de tiempo, murmuraron y pidieron manifestar su adhesion al gobierno provisional, desfilando á su vista en la plaza de Vendome.

Los miembros del gobierno, reunidos en el ministerio de la justicia, aparecieron en el balcon, y fueron saludados por una aclamacion unánime de *¡viva el gobierno!* en la que sobresalia sobre todos el grito de *¡viva Lamartine!* Los colegas de éste lo señalaban con la mano á las legiones.

Bajó en seguida y penetró con sus compañeros en las filas de aquel ejército que llenaba la plaza: aunque afectaba marchar confundido entre los últimos individuos del gobierno y de los ministros, su presencia le conquistó un verdadero triunfo, y su nombre fué el casi único grito de aquel centro de Paris armado; á saber: las legiones octava y novena. Una conmocion eléctrica agitaba las filas cuando se acercaba, y el entusiasmo le perseguia despues que habia pasado: manos febriles de amor tocaban sus manos y sus vestidos, y en sus oidos resonaron sordamente algunas voces que le aconsejaban la dictadura, tentándole con un verdadero reinado popular.

Habiendo vuelto al ministerio de la justicia y asomádose al balcon para ver desfilar al pueblo armado, los mismos gritos se elevaron sin interrupcion hasta él, y se retiró confundido por un fanatismo que solo debia al capricho de la multitud, y humillado por una predileccion que, tanto como á él, se debia á sus colegas. Pero el instinto popular no elige; se precipita, y á veces se estravia. Lamartine empezó desde aquel dia á sentir el esceso de aquel favor público, que estaba resuelto á no permitir se reasumiese en un hombre, pues queria pretenderlo por entero para la representacion del pais y para la república. Conocia que, pasados algunos dias, le seria mas difícil abdicar aquel poder mudable, que usurparlo.

FIN DEL LIBRO TRECE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO DECIMOCUARTO.

I.

Todo se hizo fácil para el gobierno desde el dia 16 de Abril, pues los facciosos y los ambiciosos conspiradores habian quedado convencidos de su impotencia, y el golpe de mano dispuesto para dar la dictadura á los clubs y para perpetuar y depravar el gobierno revolucionario habia quedado sin efecto. Los partidos no se resignaron, pero temieron, y ganaron en acritud lo que habian perdido en esperanza. Los clubs se convirtieron en conspiradores, y los periódicos envenenaron las discusiones del gobierno, que fueron pocas, pero fuertes. Un motin de obreros, inspirado por los facciosos desesperados de Paris, intentó en Rouen lo que habia fracasado en la capital, pero enérgicamente reprimido por la guardia nacional y por la tropa, tanto aquel suceso como las medidas que se tomaron para evitar sus consecuencias, fueron objeto de violentas recriminaciones. Monsieur Arago defendió con valor é indignacion á los generales inculpados por las peticiones demagógicas.

Pero la hora de la asamblea nacional se acercaba. La mayoría del gobierno contemporizó, y Lamartine, fijando esclusivamente la vista en el dia de las elecciones, dió treguas desde aquel momento á todas las disensiones de pormenores, y aun de principios, que podian surgir entre la mayoría y minoría del gobierno, temiendo toda ruptura violenta que comprometiese el único objeto verdadero de sus esfuerzos y de los de la mayoría; á saber: la reunion de una asamblea nacional sin guerra civil.—"He procurado ser, decia, la resistencia de la verdadera democracia contra la odiosa demagogia en el gobierno: ahora quisiera ser el aceite que facilitase el roce entre todas las opiniones, para prevenir los choques que pueden trastornar nuestra union."

Habiéndose incomodado un dia el ministro del interior con uno de sus colegas, y retirádose con ánimo de presentar su dimision, Lamartine, que se hallaba ausente, se ofreció como mediador en cuanto lo supo: fué á ver al ministro, le representó vivamente, en interes del gobierno y del pais, el peligro de una escision, que daria paso á la anarquía, y apaciguó los ánimos de los contendientes.

II.

Se aproximaban las elecciones: el gobierno habia deliberado largo tiempo sobre si se presentaria ante la asamblea nacional con un plan de constitucion preparado, ó si se contentaria

con abdicar entre sus manos, absteniéndose de toda iniciativa que pudiera parecerse á una dictadura continuada ó á una usurpacion de la soberanía nacional. Dupont de l' Eure, hombre previsor y esperimentado, no cesaba de aconsejar á Lamartine para que se ocupase de aquel plan de constitucion, idea en que el último convenia, pues pensaba que los debates de una constitucion serian demasiado largos y tumultuosos para una asamblea; que perderia esta un tiempo que le haria falta para proveer remedio á los peligros y exigencias multiplicadas de la inauguracion del gobierno democrático, que una constitucion; esto es, los dos ó tres; principios de un gobierno debian escribirse en pocas líneas, como el resúmen en piedra de una revolucion ó de una civilizacion: y por último, que las leyes orgánicas de esta constitucion debian tambien ser flexibles, sucesivas, propias para sufrir modificaciones, y escribirse despacio, segun la urgencia y el tiempo, sin imprimirles un carácter de inmutabilidad como el de la constitucion.

En consecuencia de esto, habia redactado en cinco ó seis axiomas el testo de una constitucion, y deseaba que pudiese ser votado por aclamacion en dos ó tres sesiones, y que el gobierno emanase inmediatamente de la constitucion votada.

Lamartine estaba convencido de que la unidad del poder ejecutivo, constituido en una presidencia, en un director ó en un consejo, era la forma definitiva que la república adoptaria despues de su periodo de creacion. Mas en cuanto al primer periodo, destinado á acostum-

brar al pais á la forma republicana, y á unir estrechamente por un solo interes de concurso y de confianza las principales fuerzas de la opinion, se inclinaba á admitir durante dos ó tres años un poder ejecutivo trino, en el cual, tres hombres elegidos por la asamblea nacional, representarian los tres elementos de que se compone toda opinion; á saber: el impulso, la resistencia y la moderacion. Combinándose estas tres fuerzas en un consulado de tres años, y correspondiendo cada una de ellas á uno de los tres partidos de la nacion; el impulsivo, el destinado á contener y el moderador, le parecian sin duda una causa posible de dificultades y de languidez en el poder ejecutivo; pero lo que mas temia para la república en su origen, era la guerra civil. La dictadura mista, al paso que daba seguridad y prendas á las diversas opiniones, era de tal naturaleza, que podia evitar dicha guerra. Se ocupó, pues, de este pensamiento; conferenció acerca de él con algunos de sus colegas; se propuso sondear las disposiciones de los miembros de la asamblea nacional cuando llegasen á Paris, y decidió resolverse por el partido que le pareciese mas generalmente adoptado en la mayoría de los ánimos. Tambien tuvo otra conferencia con individuos de diferentes opiniones, en la cual procuraron entenderse; pero se aplazó la cuestion sin resolverse cosa alguna. Todo dependia de elementos desconocidos, pues jugaban en el suceso el espíritu, las disposiciones, las mayorías y las minorías entre los miembros de la asamblea nacional.

En cuanto á presentar un plan de constitucion, se renunció completamente á la idea en las últimas sesiones que precedieron al 27 de Abril. Los tres partidos que se hicieron recíprocamente la oposicion en el seno del gobierno estaban demasiado divididos, y algunas veces demasiado irritados para entenderse sobre un proyecto comun de instituciones. El partido socialista, el convencional y el republicano constitucional, no podian crear un mismo pensamiento: lo conocieron así, lo confesaron, y remitieron á la asamblea el cuidado de arreglar todas las diferencias. Los dos últimos partidos podian entenderse, salvas algunas pequeñas dificultades; pero el primero era incompatible con la asamblea nacional, porque ésta iba á proceder del pais, del tiempo y de las tradiciones. El partido socialista dimanaba de una teoria absoluta, y una teoria absoluta siempre es violenta. La violencia no puede constituir mas que la tirania.

III.

En fin, la aurora de salvacion brilló para la Francia con el dia de las elecciones generales, que fué el de Pascuas, 27 de Abril, época de solemnidad piadosa escogida por el gobierno provisional, á fin de que los trabajos del pueblo no distrajesen á éste ni le diesen pretesto para sustraerse al cumplimiento de un deber patriótico, y á fin asimismo de que el pensamiento religioso que ocupa al espíritu humano en esos dias consagrados á la conmemoracion de un gran culto, penetrase en el sentimiento público y diese á la libertad la santidad de una religion.

Aquel era el problema mas atrevido que podia presentarse á una nacion en los tiempos modernos, pero esta prueba lo resolvió para gloria y salvacion de la patria.

Al salir el sol, las poblaciones recogidas é inspiradas por el patriotismo, se formaron en columnas á la salida de los templos, bajo la direccion de los alcaldes, de los curas, de los instructores, de los jueces de paz y de los ciudadanos influyentes, encaminándose por aldeas y vallados á las cabezas de distrito, á fin de depositar en las urnas, sin otro impulso que el de su conciencia, sin violencia ni temor, los nombres de los hombres, cuya probidad, luces, virtud, talento, y sobre todo, moderacion, les inspiraban mayor confianza para la salvacion general y para el porvenir de la república.

Lo mismo sucedió en las ciudades. Se veia á los ciudadanos ricos ó pobres, soldados ó trabajadores, propietarios ó proletarios, salir uno á uno de sus respectivas casas, con la meditacion y la serenidad retratadas en el semblante, y llevar al escrutinio sus sufragios escritos, detenerse algunas veces para modificarlos bajo una nueva inspiracion ó por un arrepentimiento de su conciencia, depositarlos en las urnas, y volver con la satisfaccion de haber cumplido escrupulosamente con uno de sus mas importantes deberes. Nunca se revelaron la conciencia pública y la razon general con mas escrúpulo, con mas religion y con mas dignidad. Fué uno de esos dias, en que una nacion fija sus ojos en el cielo, y en que el cielo concede amparo á una nacion. El gobierno descansó aquel dia

despues de tres meses, pues conoció que Dios y el pueblo trabajaban por él.

IV.

Las iglesias estaban llenas de una multitud arrodillada, que invocaba la inspiracion divina y el espíritu de paz para los electores. La calma con que se seguian las operaciones electorales era un presentimiento de que la obra corresponderia al deseo del pueblo, porque la anarquía no podia ser producto de aquella unánime inspiracion hácia el bien.

Al caer el dia pasaba solo Lamartine y con el corazon henchido de reconocimiento por uno de los mas poblados barrios de Paris. Vió á la multitud bajar y subir las escaleras de una iglesia: el templo no podia contener tantos adoradores, hombres, mugeres, niños, ancianos, jóvenes, contemplando el porvenir en actitud piadosa y con las frentes serenas. Los sonidos del órgano se esparcian y llegaban hasta la calle al abrirse las puertas para dejar paso al pueblo y á los ecos de los salmos.

Lamartine entró, deslizándose por la oscuridad entre la muchedumbre que llenaba la iglesia, se arrodilló á la sombra de una columna, y dió gracias á Dios porque su obra estaba ya concluida. Grandes peligros personales podian amenazarle aun antes del dia en que la asamblea nacional se reuniese en Paris y tomase posesion de su soberanía. En pié se hallaban todavia resistencias desesperadas, esperanzas culpables, complots para nuevos motines y para

golpes de estado dispuestos por la demagogia de los clubs, y amenzas, de persecucion y de muerte contra él y contra sus colegas. Muchos hombres eminentes, incrédulos hasta la última hora, le escribian diciendo que no se estableceria la representacion nacional sin reconquistar á Paris y sin derramar torrentes de sangre: todos los dias recibia de los departamentos avisos siniestros sobre tramas verdaderas ó imaginarias urdidas contra su vida, y se le hablaba de partidos fanáticos de tal ó cual ciudad, á quienes se suponia decididos á darle de puñaladas, y á hacer proclamar sobre su cadáver el gobierno revolucionario.—"Puedo sucumbir, en efecto, decia él sondeando íntimamente la fe de su corazon; pero á estas horas no puede sucumbir la Francia, porque la eleccion está en las urnas, y saldrá mañana. Su soberanía existe, pues están ya nombrados legalmente sus representantes: si el gobierno se ve derribado por un complot, los elegidos de la Francia se reunirán en cada departamento; llegarán á las puertas de Paris escoltados por dos millones de ciudadanos armados, y subyugarán á los dictadores y á los comités de salvacion pública, arrebatando la Francia á los facciosos. ¿Qué importa que yo muera, si la Francia se salva para siempre?

La Francia podia efectivamente respirar en lo sucesivo, pues la asamblea nacional era, por casi todos los nombres que la componian, un acto de salvacion pública. El nombre de Lamartine habia salido diez veces de la urna electoral, sin que él tuviese conocimiento de ninguna de sus candidaturas. Si hubiese pronunciado una palabra, insinuado un deseo, hecho un gesto,

hubiera sido nombrado por ochenta departamentos, porque su popularidad no conocia límites en Paris y en la Francia entera, estendiéndose por Alemania, Italia y América. Para la Francia era una garantía contra el terror, para la Italia una esperanza, y para la América la república. Poseia verdaderamente en aquel momento la soberanía de la conciencia europea, y no podia dar un paso por la calle sin escitar vivas aclamaciones, que le seguian hasta su morada é interrumpian su sueño. Reconocido por dos veces en el fondo de un palco del teatro de la Opera, los espectadores se levantaron, suspendieron la representacion, y ensalzaron su nombre, aplaudiéndole estrepitosamente por espacio de cinco minutos. La Francia personificaba en él su gozo por haber encontrado un gobierno.

V.

El pais habia elegido con reflexion, con imparcialidad y sabiduría todos los hombres de bien, cuyas opiniones liberales, republicanas, probas moderadas y resueltas podian adaptarse sin impaciencia, como sin repugnancia, al nuevo órden de cosas que exigia la revolucion: la Francia habia poseido el genio de la transicion, el tacto soberano de las circunstancias, pues solo habia eliminado los nombres demasiado señalados en el favor ó en las faltas del último gobierno. No los habia proscripto, sino prorogado, porque temia los resentimientos y las recriminaciones. Aquella asamblea de novecientos

miembros era la honradez y el patriotismo de la Francia, reasumidos en su soberanía. La historia debe grabar en una página de mármol que llegue á la posteridad los nombres de los ciudadanos que la componian, á escepcion de un corto número de demagogos plagiarios que se acordaron de 1793, y de cinco ó seis fanáticos. Dichos nombres reunidos significaban la salvacion de la Francia y la fundacion de la república constitucional.

La asamblea nacional se abrió el 4 de Mayo, y nunca instaló la soberanía de un gran pueblo una solemnidad mas magestuosa por su sencillez. La guardia nacional, el pueblo, algunas brillantes comisiones del ejército llamadas á Paris para que asistiesen á la instalacion de la soberanía, estaban en pié desde muy temprano. El gobierno, reunido en el ministerio de la justicia, se encaminó á pié por los bulevares, en medio de un bosque de cien mil cabezas y precedido del general de la guardia nacional, y de su estado mayor, que abria paso entre la multitud á los dictadores que iban á abdicar. Las ventanas y los tejados de los barrios que atravesaba la comitiva estaban llenos de espectadores, que lanzaban al aire frenéticos gritos y aclamaciones. Jamas gobierno alguno, al hacer su entrada pública en una capital, precedido por la esperanza entusiasta de todo un pueblo, oyó resonar en torno suyo tantos aplausos como aquel gobierno, que iba á espirar dentro de una hora, obtuvo en sus últimos momentos. Se olvidaban sus debilidades, sus faltas, su insuficiencia y su ilegitimidad; se recordaban sus esfuerzos y su desinteres: sus miembros no brillaban; eran sim-

ples ciudadanos humildemente vestidos, que habian poseido la autoridad, pero no el lujo del poder. Allí iban Dupont de l'Eure, Lamartine, Luis Blanc, Arago, á quien acompañaba el noble respeto de la ciencia y la política; Garnier-Pagés, hombre de probidad y sencillez antiguas; Cremieux, Marie, Marrast, nombres respetables por sus servicios, Flocon, Ledru-Rollin y Albert, nombres mas queridos de los republicanos de antigua fecha, que inspiraban mayores recuerdos ó esperanzas; Carnot y Bethmon, que, aunque simples ministros, habian tenido participacion en los trabajos, peligros y responsabilidad del gobierno. Cada nombre recibia su parte de reconocimiento ó de estimacion. Iban á abdicar, y como ya no eran temibles, se les aclamaba.

VI.

Introducido el gobierno en el salon, los novecientos representantes le recibieron en pié, y un inmenso grito de *¡viva la república!* reveló á la Francia que el gobierno votado provisionalmente el 25 de Febrero por el presentimiento de Paris quedaba adoptado y ratificado por la reflexion del pais de un modo indudable y unánime.

El presidente del gobierno provisional, Dupont de l'Eure, sube á la tribuna y es acogido con el respeto que merecen sus largos servicios á la patria. Se ve en él á uno de esos ancianos que legan instituciones á la familia humana, y cuya vida parece haber prolongado la Providencia para que sirva de transicion á dos épocas.

—"Ciudadanos, dijo con acento grave y enérgico: el gobierno provisional de la república viene á inclinarse ante la nacion y á rendir su homenage al poder soberano, de que os hallais únicamente investidos. Ha llegado por fin el momento de que el gobierno deposite en vuestras manos el poder ilimitado con que la revolucion le habia revestido. Vosotros sabeis si esta dictadura ha sido para nosotros otra cosa que un poder moral ejercido en medio de circunstancias difíciles que la nacion acaba de atravesar. ¡Viva la república!"

Este grito, que acababan de pronunciar los labios del anciano, resonó de eco en eco repetido por trescientas mil voces hasta la plaza de la Concordia, y el cañon de los Inválidos lo saludó con sus salvas. Dupont de l'Eure, al bajar de la tribuna, cayó en los brazos de Beranger, precursor sabio y paciente, como su amigo, de la era republicana, Tirteo de la gloria de nuestras armas en su juventud, representante del pueblo, y moderador de su pais en la vejez.

La asamblea invirtió tres dias en el reconocimiento de los poderes, y eligió por presidente á Mr. Buchez, en recompensa de los servicios que habia prestado, así como de su valor, por espacio de tres meses en la administracion del Hotel de Ville.

El dia 7 subió Lamartine á la tribuna en lugar y en nombre del presidente del gobierno provisional, y dió cuenta en estos términos de los actos de la revolucion:

—"Ciudadanos representantes del pueblo: en el momento en que comenzais el ejercicio de vuestra soberanía; en el momento en que os en-

tregamos los poderes de urgencia que la revolucion nos confió provisionalmente, os debemos dar cuenta de la situacion en que hemos encontrado y de la en que vosotros encontrais la patria.

"El 21 de Febrero estalló una revolucion; el pueblo derribó el trono, y juró sobre sus escombros reinar solo en lo sucesivo y completamente por si mismo, encargándonos provisionalmente el cuidado de hacer frente á los peligros y á las necesidades del interregno que tenia que atravesar para llegar en órden y sin anarquia á su régimen unánime y definitivo. Nuestro primer pensamiento fué abreviar este interregno convocando al punto la representacion nacional, en la cual residen únicamente el derecho y la fuerza. Simples ciudadanos, sin mas llamamiento que el del peligro público, sin mas títulos que nuestra adhesion, temblando aceptar, obligados á restituir el depósito de los destinos de la patria, solo hemos tenido una ambicion, la de abdicar la dictadura en el seno de la soberanía del pueblo.

"Abolido el trono, derribada la dinastía por sí misma, no proclamamos la república, la proclamó todo un pueblo, y nosotros no hicimos mas que escribir el grito de la nacion.

"Nuestro primer pensamiento, como la primera necesidad del pais, despues de proclamada la república, fué el restablecimiento del órden y de la seguridad en Paris. En esta obra, que hubiera sido mas difícil y mas meritoria en otra época y en otro pais, nos ayudó el concurso de los ciudadanos. Mientras empuñaba todavia con una mano el fusil con que acababa de aniquilar la autoridad real, ese pueblo magnánimo levantaba con la otra á los vencidos y heridos del par-

tido contrario, protegia la vida y la propiedad de los habitantes, y preservaba los monumentos públicos. Cada ciudadano de Paris era á la vez soldado de la libertad y magistrado voluntario del órden. La historia ha registrado ya los innumerables actos de heroismo, de probidad, de desinteres, que caracterizaron las primeras jornadas de la república. Hasta el presente se habia adulado algunas veces al pueblo, hablándole de sus virtudes; pero la posteridad, que no lisonjea, no tendrá espresiones que encarezcan suficientemente la dignidad del pueblo de Paris en aquella crisis.

"Ese pueblo nos inspiró el primer decreto destinado á dar su verdadera significacion á la victoria, el decreto de abolicion de la pena de muerte por materias políticas: lo inspiró, lo adoptó, y lo firmó con una aclamacion de doscientas mil voces en la plaza y en el muelle del Hotel de Ville: ningun grito de cólera protestó contra él. La Francia y la Europa comprendieron que Dios tambien inspira á la multitud, y que una revolucion inaugurada por un rasgo de grandeza de alma, seria pura como una idea, magnánima como un sentimiento y santa como una virtud.

"La bandera roja, presentada por un momento, no como un símbolo de amenazas ó de desórden, sino como una enseña de victoria, fué desechada por los mismos combatientes para cubrir á la república con esa otra bandera tricolor que dió sombra á su cuna y llevó la gloria de nuestras armas á todos los continentes y á todos los mares.

"Despues de haber establecido la autoridad del gobierno en Paris, era preciso que fuese reconocida la república en los departamentos, en las colonias, en la Argelia y en el ejército: para ello bastaron los correos y las noticias telegráficas, porque la Francia, las colonias y el ejército reconocieron su propio pensamiento en el pensamiento de la república. Ni una mano, ni una voz se movieron en el pais para oponerse á la instalacion del nuevo gobierno.

"Nuestro segundo pensamiento se dirigió al esterior. Indecisa la Europa, esperaba que Francia pronunciase la primera palabra, y esta palabra fué la abolicion, de hecho y de derecho, de los tratados reaccionarios de 1815, la libertad devuelta á nuestra política esterior, la declaracion de paz á las naciones, de simpatías á los pueblos, de justicia, de lealtad y de moderacion á los gobiernos. La Francia, en aquel manifiesto, se desarmó de su ambicion, pero no de sus ideas; dejó que brillase su principio, y esta fué su declaracion de guerra. El informe particular del ministro de negocios estrangeros os enterará de lo que ha producido este sistema de franca y clara diplomacia, y de lo que debe producir de legítimo y de grande para las influencias de la Francia.

"Esta política exigia al ministro de la guerra medidas en consonancia del sistema de negociacion armada: restableció, pues, la disciplina, apenas relajada, y llamó honrosamente á Paris al ejército, alejado por un momento de nuestros muros, para que el pueblo pudiese armarse por sí mismo: el pueblo, invencible desde entonces, no tardó en pedir á gritos la vuelta de sus hermanos del ejército, no solo como una seguridad, sino como un brillante adorno de la capital. El ejército no es ya en Paris mas que una guarnicion distinguida, que prueba á nuestros valientes soldados que la patria pertenece á todos sus hijos

"Tambien decretamos la formacion de cuatro ejércitos de observacion; el de los Alpes, el del Rhin, el del Norte y el de los Pirineos.

"Nuestra marina, confiada al mismo ministro, como el segundo ejército de la Francia, se reunió á las órdenes de sus gefes, bajo una disciplina que exigia el sentimiento de su vigilancia, y la escuadra de Tolon fué á mostrar nuestros colores á los pueblos amigos de la Francia en el litoral del Mediterráneo.

"El ejército de Argel no tuvo una hora ni un instante de duda, porque la república y la patria se confundieron á sus ojos en el sentimiento de un mismo deber. Un gefe, cuyo nombre republicano, cuyas ideas y talento eran prendas seguras para el ejército y para la revolucion, el general Cavaignac, obtuvo el mando de la Argelia.

"La corrupcion que se habia infiltrado en las instituciones mas santas, obligó al ministro de la justicia á disponer depuraciones exigidas por el voto público: era preciso separar inmediatamente la justicia de la política, y el ministro llevó á efecto con dolor, pero con inflexibilidad, esta obra.

"Al proclamar la república no habia entendido la Francia que se daba únicamente una forma de gobierno; habia proclamado un principio y este principio era la democracia práctica, la igualdad de derechos y la fraternidad por medio de las instituciones: la revolucion, llevada á ca-

bo por el pueblo, debia organizarse, segun nuestra opinion, en provecho del pueblo, por una série de instituciones fraternales y tutelares, propias á todas las condiciones de dignidad individual, de instruccion, de talento, de salario, de moralidad, de elementos de trabajo, de bienestar, de ayuda, de propiedad, que suprimiesen el nombre servil de proletario y que elevasen al trabajador á la altura del derecho y del deber, alzando y enriqueciendo á unos, sin rebajar ni degradar á otros, conservando la propiedad y haciéndola mas fecunda y sagrada, por lo mismo que se multiplicaria una vez colocada entre las manos del mayor número. Tambien debian distribuirse los impuestos, de modo que la carga mas pesada recayese sobre el mas fuerte, animando y socorriendo al débil; crearse por el estado el trabajo que accidentalmente faltaria por haberse retirado los capitales, á fin de que no hubiese un solo trabajador en Francia á quien pudiesen faltar el pan y el salario, y estudiarse, por último, con los mismos obreros el fenómeno práctico y verdadero de la asociacion y las teorías todavia problemáticas de los sistemas, para buscar concienzudamente en ellas las aplicaciones convenientes, y consignar sus errores. Tal fué el pensamiento del gobierno provisional en todos los decretos, cuya ejecucion y antecedentes confió al ministro de hacienda, al de obras públicas y á la comision de Luxemburgo, laboratorio de ideas, congreso preparatorio y estadístico del trabajo y de las industrias, ilustrado por hombres estudiosos é inteligentes en todas las profesiones, y presidido por dos miembros del gobierno.

"La caida repentina de la monarquía, el desórden de la hacienda, la inactividad momentánea de una masa inmensa de trabajadores manufactureros, los sacudimientos de aquella masa de brazos desocupados podia ocasionar á la sociedad si su razon, su paciencia y su resignacion práctica no hubiesen sido el milagro de la virtud del pueblo y la admiracion del mundo; la deuda exigible de cerca de mil millones que el gobierno caido habia acumulado sobre los dos primeros meses de la república; la crisis de las industrias y del comercio, universal en el continente y en Inglaterra, coincidiendo con la crisis política de Paris; la enorme acumulacion de acciones de caminos de hierro, ó de otros valores ficticios, detenidos en manos de los portadores y de los banqueros por el pánico que habia sobrecogido á los capitalistas; en fin, la imaginacion del pais, que siempre va mas allá de lo justo en épocas de trastornos políticos y de terror social; todas estas causas habian agotado los recursos para el trabajo, hecho desaparecer el numerario y suspendido el trabajo libre y voluntario, único suficiente para treinta y cinco millones de hombres. Era preciso suplirlo provisionalmente ó faltar á todos los principios, á todas las necesidades de la república El ministro de hacienda os dirá cómo se cubrieron estas brechas abiertas en el trabajo y en el crédito, aguardando el momento, al fin llegado, en que la confianza devuelta á los ánimos, pondrá los capitales en manos de los manufactureros y proporcionará jornales á los obreros, y en que vuestra sabiduría y vuestro poder nacional se hallarán á la altura de todas las dificultades.

"El ministerio de instruccion pública y de cultos, confiado á la misma mano, fué para el gobierno una manifestacion de sus deseos y para el pais un presentimiento de la nueva situacion que la república queria y debia tomar en la doble necesidad de una leccion nacional y de una independencia mas verdadera y efectiva de los cultos iguales y libres ante la conciencia y ante la ley.

"El ministerio de agricultura y comercio, estraño por su naturaleza á la politica, no pudo hacer mas que preparar con celo y deslindar con sagacidad las nuevas instituciones llamadas á fecundizar la primera de las artes útiles. Estendió la mano del estado sobre los intereses abandonados del comercio, que solo vosotros podeis levantar por medio de la seguridad y de la confianza.

"Estos han sido nuestros diferentes é incesantes desvelos, y gracias á la Providencia, que nunca ha manifestado con mas evidencia su intervencion en la causa de los pueblos y del espíritu humano; gracias al pueblo, que jamas ha puesto mas en relieve los tesoros de razon, de civismo, de generosidad, de paciencia, de moralidad y de verdadera civilizacion, que cincuenta años de libertad imperfecta, han elaborado en su alma, hemos podido cumplir, imperfectamente sin duda, aunque no sin fortuna, una parte de la inmensa tarea que en medio de peligros hemos aceptado en servicio de nuestro pais.

"Nosotros hemos fundado la república, ese gobierno declarado imposible en Francia, á no aceptarse con él las condiciones de una guerra

estrangera, la guerra civil, la anarquía, los encarcelamientos y el cadalso. Hemos demostrado que la república es felizmente compatible con la paz europea, con la seguridad interior, con el órden voluntario, con la libertad individual, con la dulzura y serenidad de costumbres de una nacion, para la cual el odio es un suplicio y la armonía un instinto nacional.

"Hemos promulgado los grandes principios de igualdad, de fraternidad y de unidad, que deben realizar la del pueblo, por la de la representacion, desarrollándose de dia en dia en nuestras leyes, hechas por todos y para todos.

"Hemos universalizado el derecho de ciudadanía universalizando el derecho de eleccion: el sufragio universal es la contestacion que hemos obtenido.

"Hemos armado á todo el pueblo enla guardia nacional, y todo el pueblo nos ha respondido dedicando las armas que le hemos confiado á la defensa unánime de la patria, del órden y de las leyes.

"Hemos pasado el interregno sin otra fuerza ejecutiva que la autoridad moral, enteramente desarmada, cuyo derecho queria reconocer la nacion en nosotros, y este pueblo ha consentido en dejarse gobernar por la palabra, por nuestros consejos, por sus propias y generosas inspiraciones.

"Hemos atravesado mas de dos meses de crísis, de cesacion de trabajo, de miseria, de elementos de agitacion politica, de angustias sociales, de pasiones acumuladas en innumerables masas dentro de una capital de millon y medio de habitantes, sin que se hayan violado las pro-

piedades, sin que se haya visto amenazada una vida, sin que una represion, una proscripcion, un encarcelamiento político, una gota de sangre derramada en nombre nuestro hayan contristado al gobierno en Paris. Podemos descender de esta dictadura á la plaza pública, y mezclarnos con el pueblo, sin que nadie pueda decirnos: ¿qué habeis hecho de un ciudadano?

"Antes de llamar á Paris la asamblea nacional, hemos asegurado completamente su tranquilidad é independencia, armando y organizando la guardia nacional, y dándoos por custodia un pueblo entero. No hay faccion posible ya en una república en que no existe division entre los ciudadanos políticos y los no políticos, entre los ciudadanos armados y los desarmados. Todos tienen el mismo derecho, y están defendidos y auxiliados por el mismo ejército. En un estado como este, la insurreccion no es el derecho estremo de resistencia á la opresion; al contrario, seria un crímen, porque el que se separa del pueblo no pertenece ya á él. Hé aquí la unanimidad que hemos constituido; perpetuadla, y en ella encontrareis la salvacion general.

"Ciudadanos representantes: nuestra obra ha concluido y la vuestra empieza. La presentacion de un plan de gobierno ó de un proyecto de constitucion hubiera sido de parte nuestra una prolongacion temeraria de poder ó de una duda acerca de vuestra soberanía. Nosotros desaparecemos desde el momento en que vosotros os levantais para recibir la república de las manos del pueblo, y solo nos atreveremos á daros un consejo y espresar un voto como ciudadanos y

no como miembros del gobierno provisional. La Francia, ciudadanos, emite este voto con nosotros, porque es el grito de las circunstancias. No perdais tiempo, pues este es el elemento principal de las crisis humanas: despues de haber absorbido la soberanía, no dejeis que un nuevo interregno haga languidecer los resortes del pais: fórmese una comision de vuestro seno, que no permita al poder andar flotando un solo instante, precario y provisional, en un pais que tiene necesidad de afianzamiento y de seguridad: otra comision de constitucion, emanada de vuestros sufragios, debe aprontar sin demora á vuestras deliberaciones y á vuestros votos el mecanismo sencillo, breve y democrático de la constitucion, cuyas leyes orgánicas y secundarias discutireis en seguida con detenimiento.

"Entre tanto, os entregamos nuestros poderes como miembros del gobierno.

"Tambien sometemos con confianza á vuestro juicio nuestros actos, rogándoos únicamente que os remonteis al tiempo en que han tenido lugar, haciéndoos cargo de las dificultades que nos han rodeado: nuestra conciencia de nada nos acusa en cuanto á la intencion, y la Providencia ha favorecido nuestros esfuerzos. Perdonad, pues, nuestra involuntaria dictadura: solo pedimos entrar de nuevo en las filas de los buenos ciudadanos.

"Ojalá que la historia inscriba con indulgencia, debajo y á larga distancia de los grandes hechos de la Francia, la relacion de estos tres meses pasados en el vacío, entre una monarquía derribada y una república por constituir. Ojalá que, en vez de los nombres oscuros y olvidados

de los hombres que se han adherido á la salvacion comun, escriba en sus páginas dos nombres únicamente: el nombre del pueblo, que todo lo ha salvado, y el de Dios, que ha bendecido la fundacion de la república."

VII.

Estas últimas palabras escitaron unánimes aplausos de los representantes y de las tribunas.

Lamartine, de vuelta á su asiento, se vió precisado á levantarse tres veces para inclinarse ante la asamblea, y corresponder de este modo á los saludos con que la representacion nacional le honraba. Todo indicaba que la popularidad, que se habia adherido en Paris á su nombre y caracterizado por dos millones y trescientos mil votos en los departamentos, le seguiria rodeando en la asamblea nacional, si voluntariamente no renunciaba á ella.

Cada ministro leyó sucesivamente desde la tribuna el informe especial de los actos de su dependencia, y todos recibieron la sancion de los aplausos de la asamblea. Lamartine desarrolló mas que sus colegas el cuadro de la situacion de la nueva república respecto á la Europa. La Francia esperaba con impaciencia este cuadro, como habia esperado el manifiesto á las naciones, pues conocia que su suerte interior dependia de su actitud esterior, y por lo mismo deseaba ardientemente hacerse cargo de ésta para conjeturar su porvenir. Hé aquí el discurso del ministro: era su manifiesto en accion, llevado á cabo por tres meses de pruebas.

"Ciudadanos, dijo: en la historia hay dos clases de revoluciones; las de territorio y las de las ideas: las primeras se reasumen en conquistas ó en trastornos de nacionalidades y de imperios; las segundas en instituciones. La guerra es indispensable para aquellas; para estas es precisa la paz, como madre de las instituciones, del trabajo y de la libertad: á veces, no obstante, los cambios de institucion que un pueblo opera llegan á ser, aunque no salgan de sus límites, motivos ú ocasiones de inquietud y de agresion contra él de parte de otros pueblos y de otros gobiernos, ó se convierten en crisis de trastornos y de irritacion entre las naciones vecinas. Una ley de la naturaleza prescribe que las verdades sean contagiosas, y que las ideas tiendan á nivelarse como el agua. En este último caso, las revoluciones participan, por decirlo así, de dos naturalezas de movimientos que ya hemos señalado; son pacíficas como las revoluciones de ideas, y pueden verse precisadas á recurrir á las armas, como las revoluciones de territorio: su actitud esterior debe corresponder á estas dos necesidades de su situacion: se muestran inofensivas, pero están alerta, y su política puede caracterizarse en dos palabras: una diplomacia armada.

"Estas consideraciones, ciudadanos, han determinado desde la primera hora de la república los actos y las palabras del gobierno provisional en el conjunto y en el pormenor de la direccion de nuestros negocios esteriores. Ha querido y ha declarado que queria tres cosas: la república en Francia, el progreso natural del principio liberal y democrático, confesado, reco-

de los hombres que se han adherido á la salvacion comun, escriba en sus páginas dos nombres únicamente: el nombre del pueblo, que todo lo ha salvado, y el de Dios, que ha bendecido la fundacion de la república."

VII.

Estas últimas palabras escitaron unánimes aplausos de los representantes y de las tribunas.

Lamartine, de vuelta á su asiento, se vió precisado á levantarse tres veces para inclinarse ante la asamblea, y corresponder de este modo á los saludos con que la representacion nacional le honraba. Todo indicaba que la popularidad, que se habia adherido en Paris á su nombre y caracterizado por dos millones y trescientos mil votos en los departamentos, le seguiria rodeando en la asamblea nacional, si voluntariamente no renunciaba á ella.

Cada ministro leyó sucesivamente desde la tribuna el informe especial de los actos de su dependencia, y todos recibieron la sancion de los aplausos de la asamblea. Lamartine desarrolló mas que sus colegas el cuadro de la situacion de la nueva república respecto á la Europa. La Francia esperaba con impaciencia este cuadro, como habia esperado el manifiesto á las naciones, pues conocia que su suerte interior dependia de su actitud esterior, y por lo mismo deseaba ardientemente hacerse cargo de ésta para conjeturar su porvenir. Hé aquí el discurso del ministro: era su manifiesto en accion, llevado á cabo por tres meses de pruebas.

"Ciudadanos, dijo: en la historia hay dos clases de revoluciones; las de territorio y las de las ideas: las primeras se reasumen en conquistas ó en trastornos de nacionalidades y de imperios; las segundas en instituciones. La guerra es indispensable para aquellas; para estas es precisa la paz, como madre de las instituciones, del trabajo y de la libertad: á veces, no obstante, los cambios de institucion que un pueblo opera llegan á ser, aunque no salgan de sus límites, motivos ú ocasiones de inquietud y de agresion contra él de parte de otros pueblos y de otros gobiernos, ó se convierten en crisis de trastornos y de irritacion entre las naciones vecinas. Una ley de la naturaleza prescribe que las verdades sean contagiosas, y que las ideas tiendan á nivelarse como el agua. En este último caso, las revoluciones participan, por decirlo así, de dos naturalezas de movimientos que ya hemos señalado; son pacíficas como las revoluciones de ideas, y pueden verse precisadas á recurrir á las armas, como las revoluciones de territorio: su actitud esterior debe corresponder á estas dos necesidades de su situacion: se muestran inofensivas, pero están alerta, y su política puede caracterizarse en dos palabras: una diplomacia armada.

"Estas consideraciones, ciudadanos, han determinado desde la primera hora de la república los actos y las palabras del gobierno provisional en el conjunto y en el pormenor de la direccion de nuestros negocios esteriores. Ha querido y ha declarado que queria tres cosas: la república en Francia, el progreso natural del principio liberal y democrático, confesado, reco-

nocido y defendido en su existencia, en su derecho y en su tiempo; y por último, la paz, si la paz era posible, honrosa y segura con estas condiciones.

"Vamos á demostraros cuáles han sido, desde el dia de la fundacion de la república, hasta el presente, los resultados prácticos de esta actitud de desinteresada adhesion al principio democrático en Europa, combinado con el respeto debido á la inviolabilidad material de los territorios, de las nacionalidades y de los gobiernos. Esta es la primera vez que se presenta en la historia un principio desarmado y puramente espiritualista á la Europa organizada, armada y aliada en favor de otro principio; la primera vez tambien que el mundo político se trastorna y se modifica por sí mismo ante el poder, no de una nacion, sino de una idea. Para medir el poder de esta idea en toda su estension, retrocedamos hasta el año de 1815.

"1815 es una idea que cuesta trabajo recordar á la Francia. Despues del asalto de la coalicion contra la república; despues de los prodigios de la convencion y la esplosion de la Francia armada para rechazar la liga de las potencias enemigas de la revolucion, despues de la expiacion de las conquistas del imperio, de las cuales solo pretende la Francia revindicar la gloria, la reaccion de las nacionalidades violadas y de los reyes humillados se levantó contra nosotros; el nombre de la Francia no tenia ya límites, y los territoriales de la Francia geográfica se estrecharon mas por los tratados de 1814 y 1815, pareciendo desproporcionados al nombre, á la seguridad y al poder moral de una nacion que tanto se habia engrandecido en influencia, en fama y en libertad. La base del pueblo frances se consideraba tanto mas mezquina, cuanto que el mismo pueblo habia llegado á ser mucho mas grande.

"El tratado de 1814, que liquidó nuestra gloria y nuestras desgracias, nos quitó en colonias á Tabago, Santa Lucía, la Isla de Francia y sus dependencias, las Secheles, la India francesa, reducida á proporciones puramente nominales, y Santo Domingo, de la cual nos veiamos desposeidos de hecho, y que era preciso volver á vender ó reconquistar.

"En territorio anejo al suelo nacional, el tratado de 1814 reunia como compensacion á la Francia, al Norte, algunas jurisdicciones de fronteras, que consistian en diez cantones agregados á los departamentos de Mosela y de los Ardenes; al Este, un término de algunos distritos al rededor del Landau; al Mediodía, la parte principal de la Saboya, que consistia en los distritos de Chambery y de Annecy; y por último, el condado de Montbeliard, Mulhouse y las jurisdicciones alemanas encerradas en la linea de nuestras fronteras.

"Los tratados de 1815, represalias de cien dias de gloria y de reveses, nos despojaron casi repentinamente de aquellas débiles indemnizaciones de las guerras de la coalicion. Restituyeron por entero la Saboya francesa á la Cerdeña, de modo que convirtieron á Lyon, capital comercial de la Francia, en plaza de guerra fortificada. Los Paises-Bajos arrancaron de nuestro suelo á Philipeville, Mariembourg, y el ducado de Bouillon, en que teniamos antes dere-

cho de ocupacion y de establecer guarniciones; la Prusia á Sarrebourg, cuyo corazon permaneció frances; la Baviera, algunos distritos; la Suiza á Versoix, lengua del pais de Gex, que nos proporcionaba su puerto en el lago de Ginebra: se demolieron las fortificaciones de Huninga; se nos prohibió fortificar nuestra frontera á la distancia de tres leguas de Basilea, y por último, se nos hizo renunciar en favor del rey de Cerdeña el derecho de proteccion y de guarnicion que poseiamos antes de la revolucion en el principado de Monaco. Una ocupacion humillante de nuestras plazas fuertes y una indemnizacion de cerca de mil millones, castigo de nuestros triunfos, diezmaron el poder esterior y la potencia reproductiva de la nacion. La restauracion aceptó el trono con estas condiciones, y esa fué su falta y su pérdida, porque ni la paz, ni la carta, primera piedra de la libertad, fueron compensacion suficiente, ni una dinastía puede engrandecerse impunemente á espensas del aniquilamiento del pais. Sin embargo, considerando solo los intereses de la nacion, la santa alianza era un sistema antipopular, pero no esencialmente anti-frances.

"La dinastía de la rama mayor de los Borbones podia, uniéndose á este sistema, encontrar en él un punto de apoyo para su legitima influencia, ó para adquirir el complemento del territorio. Si la Italia, en la cual queria el Austria á todo trance dominar sola, prohibia al gabinete frances toda alianza sólida y simpática con esta potencia, se le abria la alianza rusa. Esta alianza, favorable al engrandecimiento oriental de la Rusia, que siempre se inclina hácia el

Oriente, podia dar al equilibrio continental, cuyo eje hubiera sido la Alemania, dos pesos iguales y preponderantes en San Petersburgo y en Paris. La restauracion tuvo algunas veces la conciencia de estas ideas; se atrevió á declarar quiénes eran sus amigos y enemigos, y se vió sostenida contra los celos de la Gran-Bretaña por el espíritu continental. Con este apoyo secreto disputó con perseverancia la supremacía del Austria, en Italia, hizo la guerra impopular pero no anti-francesa, de España, y conquistó Argel. Su diplomacia fué menos anti-nacional que su política.

"La revolucion de Julio, que abortó antes de tiempo, constituia una monarquía revolucionaria, un trono republicano. La Francia no tuvo entonces por completo el valor de sus ideas, y el carácter incompleto y contradictorio de aquella revolucion daba al gobierno producto de los tres dias los inconvenientes del trono dinástico, sin ninguna de las ventajas de la legitimidad. Era la santa alianza, menos el dogma y menos el rey; monarquía compuesta de un principio electivo y de otro republicano á los ojos de los reyes; república sospechosa de monarquía y de traicion al principio democrático á los ojos de los pueblos.

"La política esterior é interior de aquel gobierno mixto debia ser dentro y fuera una perpétua lucha entre los dos principios contrarios que representaban. El interes dinástico le prescribia entrar á todo evento en la familia de las dinastías clasificadas, y necesitaba comprar la tolerancia de los tronos por medio de incesantes complacencias: tambien le era preciso con-

quistar en el interior el derecho de ser débil en el esterior, y de aquí provino el sistema del gobierno de Julio: una Francia convertida en potencia secundaria de Europa, y una oligarquía comprada á fuerza de favores y de seducciones. La una arrastra á la otra, y ademas, el espíritu de familia, que es una virtud doméstica, puede convertirse en un vicio político en el gefe de una nacion: el nepotismo mata al patriotismo.

"La monarquía de Julio oprimia nuestra política estrangera con el peso de los tronos y de los parentescos que preparaba para sus príncipes. Uno solo de estos pensamientos era verdadero, porque correspondia á la gran necesidad humanitaria; la paz. Por este pensamiento justo ha durado aquella monarquía diez y siete años. Pero lo que conviene á la Francia no es esa paz subalterna, que compra los dias y los años haciéndose pequeña, prorogando sus influencias, violando los principios, oscureciendo el nombre y comprimiendo los brazos de la nacion: esta paz humilla á un pueblo, al paso que lo debilita.

"Para que la paz sea digna de ella, la república debe engrandecerse por la paz. Pues bien; para que se engrandeciese la monarquía de Julio, le faltaba el sello de una idea. Su bandera monárquica aparecia con la mancha de una usurpacion; su bandera democrática se veia eclipsada y oscurecida cada vez con mas empeño.

"Su política esterior se veia obligada á presentarse tan descolorida como su principio; fué, pues, una política negativa; evitaba los peligros,

y no podia por lo mismo hacer creer que era grande.

"Hé aquí aquel reinado en el esterior. Los Paises-Bajos se dividieron en dos partes al rechazo de las jornadas de Julio: la mitad formó ese poder neutral é intermediario, convertido últimamente para la Francia en reino de Bélgica, y esta fué durante los últimos diez y ocho años la única modificacion que en beneficio de la Francia se hizo en las circunscripciones territoriales de la Europa.

"La Rusia le manifestó una repulsion constante y personal, que no se dirigia á la Francia, pero que reflejaba de la dinastía en la nacion. En vano arrastraban á su gobierno hácia una alianza francesa los mas urgentes intereses de la Rusia: la antipatía de los reyes se interponia entre las simpatías de los pueblos. Aquella corte empleó en apoderarse violentamente de la Polonia, y en buscar despacio por el Cáucaso el camino de la India, los diez y ocho años de vida de la monarquía de Julio.

"Al Austria debió, alternativamente caricias é injurias. De este modo la Francia, halagada y ofendida por la mano hábil, aunque ya envejecida, del príncipe de Metternich, sacrificó la Italia entera y la independencia de los estados confederados de Alemania á las sonrisas de la corte de Viena. La insurreccion reprimida de concierto de Italia, en 1831, y Cracovia borrada en la carta geográfica en 1846, midieron la escalera siempre descendente de aquellos obsequios del gabinete de las Tullerías á la política del Austria.

"La Prusia, cuya seguridad y grandeza estriban en la alianza de la Francia, entabló otra desesperada y contra toda razon natural con la Rusia, convirtiéndose así en vanguardia del poder ruso contra la Alemania, de la cual es el puesto avanzado. De este modo perdió la popularidad germánica que el gran Federico le habia dejado.

"Los estados de la confederacion del Rhin, descuidados por la Prusia, intimidados por el Austria y oprimidos por la Rusia, flotaron entre la alianza de las dos primeras potencias, segun las circunstancias, siempre alejándose de la alianza francesa por los recuerdos de 1815, y por la connivencia del gabinete de las Tullerías, que los abandonaba á la omnipotencia austriaca. Pero durante estas oscilaciones de los estados secundarios de la confederacion germánica, se formaba en Alemania un tercer estado, gérmen de la democracia, aguardando únicamente para darse á conocer una ocasion propicia de emancipacion de dichos estados, y á que el pensamiento frances volviese á los verdaderos principios de alianza y de amistad con los estados alemanes del Rhin.

"Irritados los Paises-Bajos por el desmembramiento de la Bélgica, conservaban prevenciones contra la Francia, y se unian en el continente á la Rusia, y en el Océano á la Inglaterra. Por ambos motivos se veia escluida la Francia de su sistema de alianza.

"¿Cuáles eran nuestras relaciones con la Gran-Bretaña? Su política, enteramente marítima antes de la revolucion francesa, era á la vez marítima y continental despues de la guerra de 1808,

en España, y de 1815 en todas partes. Sin repugnancia para con la monarquía de Julio, la Inglaterra habia dado al trono un concurso útil en las conferencias de Lóndres en 1830 y 1831, por esa especie de mediacion continental que habia ejercido entre la Francia, la Alemania y la Rusia: la Inglaterra habia mantenido el equilibrio del continente, y en este equilibrio consistia la paz. Mr. de Talleyrand por su parte habia convertido esta paz en un proyecto de alianza del principio liberal constitucional, que fué lo que se ha llamado la cuádruple alianza entre la Francia, la Inglaterra, la España y Portugal. Si este gérmen no se hubiese sofocado en su orígen; si se hubiese desarrollado enérgicamente, estendiéndose á Italia, á la Suiza, á las provincias rhenanas germánicas, hubiera podido cambiarse en un sistema de progreso liberal de los pueblos del Mediodía y del Este, y crear una familia de naciones y de gobiernos democráticos invulnerables á los esfuerzos de las potencias absolutistas: para este resultado necesitaba la Francia un gobierno que se atreviese á confesar sus principios. La corte de las Tullerías solo trabajaba para borrar ó hacer olvidar los suyos, y las ambiciones puramente dinásticas, cubiertas y descubiertas continuamente por el gobierno frances, relativamente á España, no debian tardar en arruinar, con detrimento de la Francia y de los pueblos libres, aquella alianza inglesa, rebuscada con tantas complacencias y rota por tanto egoismo.

"La cuestion de Oriente sobre la cual anduvo fluctuando la política general desde 1838 hasta 1841, fué el primer motivo de desvío, y

luego de conflicto diplomático y de acritud entre los dos gobiernos. Ya conoceis esa negociacion que comprometió la paz, que armó á la Europa, y que acabó por la vergüenza y por el secuestro de la Francia.

"El imperio otomano se descomponia; el bajá de Egipto, aprovechándose de su debilidad, invadia la mitad del imperio, sustituyendo la tiranía árabe á la tiranía turca. El vacío abierto en Oriente por la desaparicion de la Turquía iba á llenarse irremisiblemente ó por el islamismo bajo otro nombre, como el de Ibrahim, ó por la omnipotencia rusa, ó por la omnipotencia inglesa. La Francia tenia tres modos de considerar la cuestion de Oriente y de resolverla: ó sostener francamente el imperio otomano contra el bajá insurreccionado y contra todo el mundo, ó aliarse con la Rusia, empujándola en su pendiente hácia Constantinopla, y obtener á este precio una alianza rusa y compensaciones territoriales sobre el Rhin, ó aliarse con la Inglaterra, cediéndole el paso en Egipto, que es su camino preciso para la India, y estrechar de este modo su amistad, recibiendo en cambio ventajas continentales y grandes protectorados franceses en la Siria.

"El gabinete de las Tullerías no supo ser franco, ni se atrevió á ser ambicioso. Abandonó la Turquía á su agresor; despues abandonó este agresor á la Rusia, á la Inglaterra y al Austria, alejando de sí las simpatías del imperio otomano, de la Rusia, de la Inglaterra, de la Prusia y del Austria. Reformó con su propia conducta la coalicion moral del mundo contra nosotros, y todo concluyó con poner á la Francia fuera de

la ley europea, y con la nota del 8 de Octubre, confesion de debilidad despues de sus actos provocadores, aceptacion de abandono en medio de la Europa, amalgamada en un resentimiento general contra nosotros.

"El tratado de reconciliacion de 30 de Julio de 841 paliό en vano aquella situacion: el matrimonio de un príncipe de la dinastía francesa con una heredera eventual de la corona de España, era desde entonces el único pensamiento de la política dinástica, á la que se sacrificaba la Francia. El cumplimiento de este deseo debia romper en breve los últimos lazos de amistad entre la Inglaterra y la Francia; pero poco ambicioso en provecho de la nacion, el gabinete de las Tullerías afectaba querer dos tronos á un tiempo para una sola familia, sustituyéndose la política póstuma de la casa de Borbon á la política de libertad y de paz en el continente. La Francia solo recogia de aquel matrimonio enemistad permanente del gabinete británico, la envidia de las córtes, la suspicacia de la España y la seguridad de una segunda guerra de sucesion. Por este primer vértigo del trono pudieron conjeturar los hombres de estado otros muchos que se sucederian, así como su próxima caida.

"No tardaron en confirmar estos síntomas otros nuevos. Sospechosa á la España, odiosa á la Rusia, deshonrada en Turquía, indiferente á la Prusia, amenazadora para la Inglaterra, la política dinástica del gabinete frances se volvió contra lo natural hácia el Austria, contrasentido que no solo le costaba su grandeza y su seguridad, sino tambien su honor. Para obtener

del Austria el perdon de la casa de Borbon, era preciso rebajar en todas partes ante esta potencia la bandera de la revolucion y sacrificarle á un mismo tiempo la Italia, la Suiza, el Rhin, la independencia y el derecho de los pueblos; era preciso formar con el Austria la liga del absolutismo, sofocando para su provecho y nuestro deshonor los gérmenes de independencia, de liberalismo y de fuerza nacional que se manifestaban desde el estrecho de Sicilia hasta el corazon de los Alpes. El gabinete frances se atrevió á conformarse con esta política servil y á defenderla en una cámara francesa: pero el alma revolucionaria de la Francia se sublevó indignada en su seno: el ministerio dinástico compró la votacion de la mayoria para vender impunemente el principio nacional y el principio democrático en las negociaciones relativas á la Suiza y á la Italia. Pocos dias despues arrastró al abismo un trono, que le habia arrastrado y confundido en su personalidad.

"Así, despues de diez y ocho años de reinado y de una diplomacia que se juzgaba hábil porque era interesada, la dinastía devolvia la Francia á la república, mas reducida, mas aprisionada entre límites y tratados, mas incapaz de movimiento, mas exhausta de influencias y de negociaciones esteriores, mas cercada de lazos y de imposibles, que jamas lo estuvo en época alguna de la monarquía; sujeta por la letra, tantas veces violada contra ella, de los tratados de 1815, escluida de todo el Oriente, cómplice del Austria en Italia y en la Suiza, esclava de la Inglaterra en Lisboa, comprometida sin provecho en Madrid, obsequiosa en Viena, tímida

en Berlin, odiada en San-Petersburgo, desacreditada en Lóndres por su falta de buena fé, desertora de los pueblos por su abandono del principio democrático, al frente de una coalicion moral anudada en todas partes contra la Francia, y que no le dejaba mas eleccion que una guerra estrema de uno contra todos, ó la aceptacion del papel subalterno de potencia secundaria, vigilada por el mundo europeo: tal era el estado de la nacion, condenada á languidecer y á humillarse, durante un siglo, bajo el peso de una dinastía que tenia que hacerse perdonar de los reyes y de un principio revolucionario, que necesitaba la amnistía de los pueblos ó les hacia traicion.

"La república, que encontraba á la Francia con estas condiciones de aislamiento y de oscuridad, podia tomar dos partidos: hacer una esplosion contra todos los tronos y territorios del continente, rasgar el mapa de Europa, declarar la guerra y lanzar el principio democrático armado por todas partes, sin saber si caeria en un suelo preparado para recibirlo y fomentarlo, ó sobre uno impuro y propio para ahogarlo en su sangre.

"O bien declarar la paz republicana y la fraternidad francesa á todos los pueblos, atraerse el respeto de los gobiernos, de las leyes, de los caractéres, de las costumbres, de las voluntades, de los territorios y de las naciones; proclamar en alta voz y tendiendo una mano amiga su principio de independencia y de democracia en el mundo, y decir á los pueblos la verdad sin temor y sin desfigurar los acontecimientos.

"Nosotros no armamos la nueva idea con el hierro y el fuego como los bárbaros, sino con su propio resplandor: á nadie imponemos formas ó imitaciones prematuras ó incompatibles tal vez con la naturaleza; pero si la libertad de tal ó cual parte de la Europa se ilumina con la nuestra; si nacionalidades esclavizadas; si derechos conculcados; si independencias legítimas y oprimidas se levantan por sí mismas, se constituyen, entran en la familia democrática de los pueblos y nos llaman á la defensa de sus leyes y á la conformidad de las instituciones, aquí está la Francia. La Francia republicana no es únicamente la patria, sino el soldado del principio democrático para el porvenir.

"Esta última es, ciudadanos, la política que el gobierno provisional ha creido deber adoptar unánimemente, aguardando á que la nacion, reasumida en vosotros, se apoderase de sus propios destinos.

"¿Cuáles han sido en setenta y dos dias los resultados de esta política de diplomacia armada en el continente? Ya los conoceis, y la Europa los contempla con una admiracion que participa mas del asombro que del miedo.

"La Italia, conmovida ya en su patriotismo por el alma italiana y demócrata de Pio IX, se agita por completo al rechazo del triunfo del pueblo de Paris: asegurada en cuanto á la ambicion francesa, alta y francamente resistida por nosotros, abraza con pasion nuestros principios, y se abandona con confianza al porvenir de independencia y libertad, en las cuales será el principio frances aliado suyo.

"La Sicilia se insurreciona contra la dominacion de Nápoles, y reclama desde luego su constitucion: irritada por la negativa, reconquista heróicamente su propio suelo y sus baluartes: las concesiones tardías no la apaciguan; se separa completamente, y convoca su parlamento, proclamándose árbitra absoluta de su suerte. Así se venga de su larga sujecion á la casa de los Borbones, declarando que los príncipes de la casa de Nápoles quedan escluidos para siempre de las eventualidades al trono constitucional de la Sicilia.

"En Nápoles tambien parece ilusoria al dia siguiente: la constitucion promulgada por el rey sitiada la monarquía por las demostraciones del pueblo, desciende de concesion en concesion al nivel de un trono democrático de 1791.

"Pio IX, aceptando el papel de patriota italiano, solo retiene la dominacion como Pontífice y hace de Roma el centro federativo de una verdadera república, de la cual se manifiesta ya menos un gefe coronado que un primer ciudadano: se sirve de la fuerza del movimiento que le conduce en vez de combatirlo, y ese movimiento se acelera.

"La Toscana sigue este ejemplo. Palermo, Plasencia y Módena intentan vanamente apoyarse en el Austria para luchar con el espíritu de vida de la Italia, pues ceden sus príncipes y triunfa la nacionalidad: la dinastía de Luca desaparece; Venecia proclama su propia república, todavía indecisa sobre si se aislará en sus lagunas, y si se unirá al movimiento republicano ó constitucional de la Italia septentrional.

"El rey de Cerdeña, esperanza por largo

tiempo de la unidad nacional en Italia, al mismo tiempo que su gobierno era el terror del espíritu liberal en Turin, hace cesar, al contacto de la revolucion francesa, esa contradiccion fatal para su engrandecimiento, y da en prenda una constitucion popular al liberalismo italiano.

"La Lombardía conoce en esta señal que ha sonado la hora de la independencia; el pueblo de Milan, desarmado, triunfa, en desigual pelea, del ejército de ocupacion que le encadena, y la Lombardía se levanta en masa contra la casa de Austria. Por lo pronto solo proclama sus franquicias, por no mezclar una cuestion de institucion á una cuestion de guerra. El grito de la Italia obliga al rey de Cerdeña á separarse, como el Papa y como la Toscana, de los antiguos tratados anti-nacionales con el Austria. Se marcha á Lombardía, y los contingentes afluyen de todas partes á su campo de batalla. La campaña de la independencia italiana se prosigue con lentitud únicamente por la Italia, pero al frente de la Suiza y de la Francia armadas y prontas á obrar si el interes de su principio ó la seguridad de sus fronteras les parece comprometida.

"Pasad los Alpes; los resultados de la política del principio frances desarmado, no se desarrollan allí con menos lógica en los acontecimientos, ni con menos rapidez en las consecuencias, pues estallan precisamente en el mismo hogar del principio contrario.

"El 14 de Marzo se pronuncia en Viena la revolucion; las tropas quedan vencidas; el pueblo abre el palacio de los emperadores para espulsar de él el antiguo sistema, personificado en

su hombre de estado mas inflexible, el príncipe de Metternich. Se convoca la asamblea de los notables de la monarquía, y se conceden todas las libertades, que son las armas de la democracia; la Hungría se nacionaliza y se aisla por medio de una separacion casi completa del imperio; anula los derechos feudales; vende los bienes del clero; nombra un ministerio popular, y para dar una prueba ostensible de su entera separacion, establece una secretaría de negocios estrangeros.

"La Bohemia se asegura por su parte una constitucion federal independiente.

"En consecuencia de estas segregaciones diversas de la Hungría, de la Bohemia y de la Italia, el Austria, revolucionada interiormente y contenida en el esterior, solo reina ya sobre doce millones de hombres.

"Tres dias despues de los acontecimientos de Viena, el 18 de Marzo, el pueblo combate y triunfa en las calles de Berlin. El rey de Prusia, cuyo espíritu ilustrado y corazon popular parecian de inteligencia con los mismos que combatian á sus soldados, se apresura á concederlo todo, y antes que se reuna la asamblea constituyente se promulga una ley completa de eleccion democrática. La Polonia prusiana reclama en Posen su nacionalidad distinta; el rey consiente en ello, y comienza á fijar así la primera base de una nacionalidad polaca, que otros sucesos contribuirán á engrandecer y asegurar por otro lado.

"En los estados de Wurtemberg anula el rey en 3 de Marzo la censura, y concede la libertad de imprenta y el armamento del pueblo.

"El 4 de Marzo, el gran duque de Baden, demasiado inmediato á la Francia para no dejar tomar su nivel á las ideas que atraviesan el Rhin, acuerda la libertad de las publicaciones, el armamento del pueblo, la abolicion de la feudalidad, y por último, ofrece concurrir al establecimiento de un parlamento unitario aleman, congreso de la democracia germánica, del cual puede salir un nuevo órden de cosas.

"El 5 de Marzo abdica el rey de Baviera y entrega el trono, despues de un combate por las calles, á un príncipe que une su causa á la causa popular en Munich.

"Desde el 6 al 11 de Marzo abdica tambien el soberano de Hesse-Darmstadt, y se establece en Maguncia el armamento del pueblo, el derecho de asociacion, la prensa libre, el jurado y el código frances.

"El elector de Hesse-Cassel, cuya resistencia á la introduccion del principio democrático, era célebre en Alemania, concede á su pueblo armado las mismas prendas, añadiendo ademas, el principio de un parlamento aleman.

"La insurreccion arranca al duque de Nassau la supresion del diezmo, la organizacion política, el armamento del pueblo y el parlamento aleman.

"El 15 de Marzo se insurreccion Leipzig, y obtiene del rey de Sajonia, príncipe ya constitucional, su aquiescencia al principio del parlamento aleman.

"El mismo dia una demostracion popular imperiosa, obliga al príncipe de Oldemburgo á convocar una representacion.

"El pueblo de Meklemburgo se arma algunos dias despues, y nombra una asamblea preparatoria para elegir el parlamento germánico.

"Hamburgo reforma en sentido mas democrático su constitucion ya republicana.

"Brema reforma asimismo su senado, y accede al parlamento aleman.

"Lubeck, despues de violentos trastornos, conquista el mismo principio.

"En fin, el 18 de Marzo, el rey de los Paises-Bajos, anula las instituciones restrictivas de la libertad, en el gran ducado de Luxemburgo, donde la bandera tricolór tremola por sí misma, como una demostracion espontánea del principio frances.

"Todas estas descomposiciones del antiguo sistema; todos estos elementos de unidad federal, se reasumen por el momento en Francfort.

"Hasta aquí habia sido esa dieta el instrumento obediente de la omnipotencia de las dos grandes córtes germánicas, Viena y Berlin, sobre sus débiles aliadas de la confederacion: la idea de un parlamento constituyente en permanencia y en el corazon de la Alemania surgió del contacto de nuestras ideas. Este parlamento de las naciones, representante de los pueblos en lo sucesivo, en vez de serlo de las córtes, llega á ser el fundamento de una nueva federacion germánica, que emancipa á los débiles y forma el nudo de una democracia diversa, pero unitaria. La libertad cada vez mas democrática de la Alemania, buscará necesariamente su apoyo en una potencia democrática tambien, sin otra ambicion que la alianza de los principios y

la seguridad de los territorios. Decir esto, es nombrar á la Francia.

"No proseguiré en los demas estados de Europa la marcha, mas ó menos rápida del principio nacional y del principio liberal, acelerados por la revolucion de Febrero: las ideas invaden todas las naciones, y esas ideas llevan vuestro nombre: en todas partes no teneis mas que escoger, ó una paz asegurada y honrosa, ó una guerra parcial con naciones por aliadas.

"Así por el solo hecho de un doble principio, el principio democrático y el principio simpático, la Francia esterior, apoyándose con una mano en el derecho de los pueblos y con la otra en la masa pacífica pero imponente de cuatro ejércitos de observacion, asiste á las conmociones del continente, sin ambicion ni debilidad, pronta á negociar ó á combatir, á contenerse ó á conquistar para engrandecerse, segun lo exijan su derecho, su honor y la seguridad de sus fronteras.

"¡Sus fronteras! Me he servido de una palabra que ha perdido una parte de su significacion bajo la república: el principio es la verdadera frontera de la Francia; no es su suelo el que se estiende, sino su influencia, su esfera de resplandor y de atraccion sobre el continente; el número de sus aliados naturales; el patrocinio desinteresado é intelectual que ejercerá en los pueblos; en una palabra, el sistema frances, sustituido en tres dias y en tres meses al sistema de la santa alianza.

"La república ha comprendido desde la primera palabra la nueva política que la filosofía, la humanidad y la razon del siglo debian inaugurar por las manos de nuestra patria entre las naciones. No se necesita mayor prueba para conocer que la democracia ha sido inspiracion divina, y que triunfará en Europa tan rápida y gloriosamente como ha triunfado en Paris. La Francia habrá cambiado de gloria, y á esto se reducirá todo.

"Si algunos espíritus todavia atrasados en la inteligencia de la verdadera fuerza y de la verdadera grandeza, ó impacientes por apresurar la suerte de la Francia, echasen en cara á la república el no haber violentado á los pueblos, ofreciéndoles con las puntas de las bayonetas una libertad que se hubiera asemejado á una conquista, les diremos:—"Mirad lo que una monarquía ha hecho de la Francia en diez y ocho años: mirad lo que de ella ha hecho la república en menos de tres meses: comparad la Francia del 23 de Julio con la Francia del 6 de Mayo: ahora tened espera aun para la gloria, y dad tiempo al principio que trabaja, que combate, que trasforma y asimila el mundo por vosotros."

"La Francia esterior se hallaba aprisionada en unos límites que no podia romper sino por medio de una guerra general: la Europa, tanto los pueblos como los gobiernos, formaban un sistema de una sola pieza contra nosotros; nosotros teniamos cinco grandes potencias coligadas y compactas por un interes anti-revolucionario comun contra la Francia. La España se veia colocada como una dote entre esas potencias y nosotros; se habia hecho traicion á la Suiza; la Italia estaba vendida, y la Alemania amenazada se presentaba hostil. La Francia se encontraba, pues, en el caso de ocultar su orí-

gen popular y hacerse pequeña por medio de agitar á un pueblo ó de inquietar á un rey; consumíase al mismo tiempo á la sombra de una paz dinástica, y desaparecia del rango de las primeras individualidades nacionales, rango que la geografía, la naturaleza, y, sobre todo, su genio le prescribian conservar.

"Quitado ya este peso, considerad el destino á que es llamada por la paz republicana. Las grandes potencias miran desde luego con inquietud, y muy pronto con seguridad, el menor de sus movimientos: ninguna de ellas protesta contra la revision eventual y legítima de los tratados de 1815, borrados por una palabra nuestra tan completamente como por un ejército de cien mil hombres. La Inglaterra no puede ya sospechar que tenemos ambiciones en España; la Rusia está en el deber de reflexionar acerca de la única revindicacion desinteresada que hoy surge entre ese imperio y nosotros: á saber: la reconstruccion constitucional de una Polonia independiente. No podemos chocar en el Norte sino defendiendo, como adictos auxiliares, el derecho y la salvacion de los pueblos slavos y germánicos. La Prusia renuncia á engrandecerse, como no sea por conducto de la libertad, y la Alemania se separa de la influencia de las córtes, y constituye su alianza natural con nosotros: esta es la coalicion próxima de los pueblos arrimados por necesidad á la Francia, en vez de volverse contra nosotros, como lo estaban antes por la política de sus gobiernos.

En una palabra, éramos treinta y seis millones de hombres abandonados en el continente;

ningun pensamiento europeo nos era permitido; ninguna accion colectiva nos era posible: nuestro sistema era la opresion; el horizonte estaba encima de nosotros, y el aire faltaba á nuestra política, así como la dignidad. Nuestro sistema actual es el de una verdad democrática, que se ensanchará en proporcion de la fe social del universo; nuestro horizonte está en el porvenir de los pueblos civilizados; nuestro aire vital es el soplo de la libertad en los pechos de los hombres que saben romper las cadenas de la esclavitud. Todavia no han trascurrido tres meses; y si la democracia debe sostener una guerra de treinta años, como el protestantismo, en vez de marchar al frente de treinta y seis millones de combatientes, contando la Francia por aliadas á la Suiza, la Italia y las demas porciones emancipadas de la Alemania, se pondrá á la cabeza de ochenta y ocho millones de amigos y de confederados. ¿Qué victoria hubiera valido á la república una confederacion semejante, conquistada sin haber costado la vida á un hombre, y cimentada por la conviccion de nuestro desinteres? La Francia se ha levantado de su abatimiento con la caida del trono, como un navío cargado de un peso enorme sobre un solo costado se endereza en cuanto el cargamento se reparte entre los dos con equidad.

"Tal es, ciudadanos, el exacto cuadro de nuestra situacion esterior é interior. La dicha ó la gloria de esta situacion pertenecen por entero á la república. Nosotros solo aceptamos la responsabilidad, y siempre nos felicitaremos por haber comparecido ante la representacion del pais, devolviéndole la paz y asegurándole su en-

grandecimiento con las manos llenas de alianzas y puras de toda sangre."

Prolongados aplausos sucedieron á este discurso, y se pidió su impresion y remision á los departamentos y á las potencias estranjeras.

La asamblea votó que el gobierno provisional habia merecido bien de la patria.

VIII.

En tanto que Paris se entregaba á la seguridad y contento que le inspiraban su soberanía nacional y la armonía que reinaba entre sus representantes y dictadores, se agitaba una gran cuestion en el espíritu público, y sobre todo en el ánimo de Lamartine.

Habia un gran intervalo que pasar entre el advenimiento de la asamblea nacional y el voto de la constitucion. ¿Quién decretaria la forma del nuevo poder ejecutivo? ¿Cuál seria la naturaleza de este poder? ¿Continuarian los dictadores ejerciéndolo en presencia y con la sancion de la asamblea? ¿Lo ejerceria la asamblea directamente por medio de comisiones de gobierno renovadas sin cesar? Por último, lo delegaria la asamblea? Y en tal caso, ¿lo delegaria á uno solo ó á muchos? Estas eran las tres hipótesis que dividian los ánimos.

El primer partido era la dictadura; el segundo la anarquía y confusion del poder; el tercero solo podia ser practicable. Todos estaban acordes respecto á la necesidad de que la asamblea delegase sus poderes; pero despues se dividian, pues los hombres recien llegados á Paris, los menos instruidos del estado de las cosas, los mas

impacientes por un retorno á las antiguas formas, querian que la asamblea nombrase un solo dictador temporal, que debia ser al mismo tiempo primer ministro, nombrar los demas ministros y gobernar por ella.

El menor número pretendia que la asamblea nombrase por escrutinio un consejo ó una comision ejecutiva del gobierno, poder intermedio y fijo entre la asamblea y la administracion: dicha comision nombraria y destituiria á los ministros, convirtiéndose, mientras se establecia la constitucion, no en dictadura, sino en presidencia colectiva de la república.

Esta cuestion interesaba sobre todo á Lamartine, y á él tocaba, en efecto, mas que á nadie resolverla. La Francia, Paris, la asamblea y la Europa tenian fijos los ojos en él en este momento, esperando su determinacion. Algunos deseaban apiaudirle y animarle para la dictadura; otros para acusarle y maldecirle si no aceptaba el papel que la inmensa mayoría le brindaba.

No podia él desconocer que su popularidad en Paris, aumentada hasta el delirio, en vez de gastarse por tres meses de gobierno dichoso, al traves de tantas tempestades; que las diez elecciones que acababan de imprimirle una especie de título representativo universal; que los siete ú ocho millones de votos, que en caso de necesidad se le ofrecian en toda la república, y en fin, que el favor de seiscientos ó setecientos representantes sobre novecientos, le designaban é imponian su nombre, por decirlo así, á la eleccion de la asamblea, como el hombre de las cir-

grandecimiento con las manos llenas de alianzas y puras de toda sangre."

Prolongados aplausos sucedieron á este discurso, y se pidió su impresion y remision á los departamentos y á las potencias estranjeras.

La asamblea votó que el gobierno provisional habia merecido bien de la patria.

VIII.

En tanto que Paris se entregaba á la seguridad y contento que le inspiraban su soberanía nacional y la armonía que reinaba entre sus representantes y dictadores, se agitaba una gran cuestion en el espíritu público, y sobre todo en el ánimo de Lamartine.

Habia un gran intervalo que pasar entre el advenimiento de la asamblea nacional y el voto de la constitucion. ¿Quién decretaria la forma del nuevo poder ejecutivo? ¿Cuál seria la naturaleza de este poder? ¿Continuarian los dictadores ejerciéndolo en presencia y con la sancion de la asamblea? ¿Lo ejerceria la asamblea directamente por medio de comisiones de gobierno renovadas sin cesar? Por último, lo delegaria la asamblea? Y en tal caso, ¿lo delegaria á uno solo ó á muchos? Estas eran las tres hipótesis que dividian los ánimos.

El primer partido era la dictadura; el segundo la anarquía y confusion del poder; el tercero solo podia ser practicable. Todos estaban acordes respecto á la necesidad de que la asamblea delegase sus poderes; pero despues se dividian, pues los hombres recien llegados á Paris, los menos instruidos del estado de las cosas, los mas

impacientes por un retorno á las antiguas formas, querian que la asamblea nombrase un solo dictador temporal, que debia ser al mismo tiempo primer ministro, nombrar los demas ministros y gobernar por ella.

El menor número pretendia que la asamblea nombrase por escrutinio un consejo ó una comision ejecutiva del gobierno, poder intermedio y fijo entre la asamblea y la administracion: dicha comision nombraria y destituiria á los ministros, convirtiéndose, mientras se establecia la constitucion, no en dictadura, sino en presidencia colectiva de la república.

Esta cuestion interesaba sobre todo á Lamartine, y á él tocaba, en efecto, mas que á nadie resolverla. La Francia, Paris, la asamblea y la Europa tenian fijos los ojos en él en este momento, esperando su determinacion. Algunos deseaban apiaudirle y animarle para la dictadura; otros para acusarle y maldecirle si no aceptaba el papel que la inmensa mayoría le brindaba.

No podia él desconocer que su popularidad en Paris, aumentada hasta el delirio, en vez de gastarse por tres meses de gobierno dichoso, al traves de tantas tempestades; que las diez elecciones que acababan de imprimirle una especie de título representativo universal; que los siete ú ocho millones de votos, que en caso de necesidad se le ofrecian en toda la república, y en fin, que el favor de seiscientos ó setecientos representantes sobre novecientos, le designaban é imponian su nombre, por decirlo así, á la eleccion de la asamblea, como el hombre de las cir-

cunstancias y como el gefe único y predestinado del poder.

Pero la ambicion y la gloria no oscurecian su buen sentido y honradez. Hé aquí lo que á sí mismo se decia y lo que contestaba á sus consejeros durante las tres ó cuatro noches de insomnio en que deliberó consigo mismo ante su conciencia y ante el porvenir.

—"El sentimiento republicano es débil en Francia, y está mal representado en Paris y en los departamentos por hombres á quienes repugna la república y que la esponen con horror á las poblaciones. La república es una sorpresa, de la cual hemos hecho un milagro, por la prudencia del pueblo de Paris y por el carácter de mansedumbre, de unanimidad y de concordia que le hemos impreso. Pero las impresiones son movibles y cortas en los pueblos, y sobre todo, en Francia. No bien recobre su ánimo la mayoría de la poblacion, que se ha lanzado por entusiasmo y por temor en el seno de la república moderada, acusará á quien le ha salvado, y se volverá contra los republicanos. Si entonces no hay republicanos de antigua fecha en el gobierno, ó si se hallan divididos delante de sus enemigos comunes, ¿qué llegaria á ser de la república? Es, pues, preciso evitar á todo trance que se dividan los republicanos, y mucho menos con motivo de la institucion que les ha de regir; es necesario proseguir conteniéndolos, moderándolos y reuniéndolos el mayor tiempo posible, hasta que la república haya echado bastantes raices en los hechos y en las ideas, para emplear indistintamente á los repu-

blicanos de todas las fechas con los republicanos de la primera hora.

"Si, pues, admito el poder de las manos de una asamblea no republicana, ó poco republicana, ¿qué va á suceder? Una de dos cosas: ó espulsaré á mis principales colegas del poder, y este entonces será sospechoso y odioso á todos los republicanos, ó bien los llamaré á ese mismo poder, y en tal caso quedaré muy malquisto con la asamblea nacional. Yo no puedo menos de conocer que la asamblea solo me nombra con la condicion tácita de escluirlos; de modo que por un lado arruino á la república, ó declaro la guerra á la representacion nacional, imponiéndole unos hombres que le inspiran desconfianza y miedo. Esta es una alternativa que ningun hombre político puede aceptar.

"Por otra parte, tampoco es admisible; porque ¿quiénes son entre mis colegas del gobierno provisional, iguales mios ayer, los que consentirán en ser mañana mis subordinados, y á comprometer sus nombres, su honor y su responsabilidad en mis actos? Ninguno. Al punto me dejarán solo, y me veré en la necesidad de escoger mis ministros, ya entre hombres desconocidos, ya entre adversarios reconocidos de la república.

"Pero supongamos que acepto esa alternativa fatal y que me hago cargo del poder unitario que me confiere la asamblea, ¿qué sucederá mañana? Lo siguiente:

"Todos mis rivales en la minoría del gobierno provisional; todos mis amigos de la mayoría; todos los republicanos, socialistas, terroristas ó moderados; todos los representantes, en número

de trescientos ó cuatrocientos, que han sido elegidos bajo los auspicios de esas opiniones mas democráticas, van á constituirse en terrible oposicion dentro de la asamblea, en la prensa, en el Luxemburgo, en los clubs, en la opinion y en los talleres nacionales. Una asamblea dividida se convierte al momento en tempestuosa, y los discursos y las votaciones pueden trastornar la capital y el pais entero. Antes de ocho dias se armará Paris si se le presenta ese espectáculo, y la representacion se verá amenazada.

"¿Y dónde está mi fuerza para defender á la representacion por cierto tiempo? ¿En el ejército? Solo tengo en Paris seis mil hombres, y antes de que pudiese reunir treinta ó cuarenta mil, la órden que dé la asamblea para reunirlos, será la de insurreccionarse contra ella, y disolverla.

"¿En la guardia nacional? Mas de la mitad de la nueva milicia está entre las manos de los republicanos socialistas ó convencionales, y les armará en su ayuda contra la asamblea y contra la antigua milicia que quiera proteger á la representacion.

"El deber de un verdadero republicano y de un buen patriota, consiste en sacrificarlo todo para que la república no se divida en su orígen, y para que la asamblea nacional, obtenida con tantos esfuerzos, y apenas introducida por nosotros en medio de tantos como la rechazan, se vea aceptada y se apodere insensiblemente de la autoridad y de la fuerza que le pertenecen. Esta fuerza le falta hoy; es preciso dársela por todos los medios posibles, y por las manos de

los hombres que quisieran aprovecharse de ella. Esos hombres disponen de ciento veinte mil hombres de los talleres nacionales, ejército dócil y paciente hoy, insurrecto mañana á su voz; tambien tienen á sus órdenes á los delegados del Luxemburgo y de los cincuenta mil obreros fanatizados, y á la parte proletaria de la nueva guardia nacional, que cuenta sesenta mil bayonetas cuando menos: son suyos ademas, los clubs, el cuerpo de *montañeses*, por sus relaciones en la prefectura de policía y en el Hotel de Ville, los *lyoneses de la guardia republicana*, los *guardianes* de Paris, los *guias*, y otras reuniones revolucionarias armadas, que solo reciben órdenes de gefes furibundos. En cuanto yo escluya á esos republicanos de su parte legítima en el gobierno de la asamblea nacional, esta se verá sitiada, vencida, violada, y tendrá necesidad de convertirse en instrumento envilecido de los vencedores, ó de ensangrentar el recinto que yo le haya señalado para entregarla á sus verdugos."

Esta evidencia convencia tanto el ánimo de Lamartine, que no le era dado atinar el motivo de que no la comprendiesen los hombres de estado que le prodigaban consejos mas ambiciosos. Consistia esto en que aquellos hombres, impregnados del espíritu de los departamentos, no conocian la verdadera situacion de Paris y las fuerzas respectivas de la asamblea y de las facciones.

—"Los departamentos acudirán," decian ellos.

Lamartine no lo ignoraba; pero entre la llegada á Paris de las fuerzas departamentales y la salvacion de la asamblea, mediarian ocho dias,

y estos ocho dias eran el lazo de la asamblea y la pérdida de la república.

Por último, habia un partido, que aconsejaban ardientemente á Lamartine algunos hombres que atendian mas á él y á su popularidad que al bien de la patria.

—"Retiraos, le decian; declarad que necesitais descanso, que no quereis formar parte del gobierno, y que habeis terminado vuestra obra, correspondiendo hoy á la Francia reunida concluir la suya.

Lamartine no siguió este consejo, y tomó su resolucion, sin hacerse ilusiones, sobre las consecuencias de su sacrificio.

Al dirigirse á la asamblea para llevar á cabo su resolucion, encontró un grupo de representantes en la plaza de la Concordia, quienes le instaron para que cediese á sus ruegos y aceptase la investidura del poder único.—"No, les contestó; he reflexionado bien: hay un abismo que no divisais entre la asamblea nacional y el dia en que la república se encuentre armada; se necesita un Decio para llenarlo; voy á arrojarme á él, pero os salvaré." Dicho esto, entró en el palacio de la asamblea.

IX.

La asamblea, aunque resistiéndose por mucho tiempo, adoptó al fin, cansada mas que convencida, este partido malo, pero necesario, de una comision ejecutiva, compuesta de cinco miembros sacados á escrutinio, para el ejercicio del poder hasta el establecimiento definitivo de la constitucion.

Este escrutinio demostró inmediatamente á Lamartine que habia perdido la confianza de gran parte de la asamblea, por el sacrificio que cababa de hacer de su popularidad y de su ambicion. Su nombre, que habia tenido en los departamentos dos millones de sufragios, solo salió el cuarto de la urna de la asamblea constituyente. Castigábasele por su desinteres, pero inclinó la cabeza y aceptó aquella señal de su impopularidad naciente.

La asamblea nombró individuos de la comision ejecutiva á los diputados Arago, Garnier Pagés, Marie, Lamartine y Ledru-Rollin.

Los miembros del gobierno se reunieron en casa de su presidente, Mr. Arago, y nombraron los ministros siguientes: Mr. Cremieux, para justicia; Mr. Bastide, para negocios estranjeros; Mr. Jules Favre, hombre de gran talento para el uso de la palabra, fué agregado á este ministerio como subsecretario para sostener las discusiones; Mr. Charras, interin llegaba el general Cavaignac, para guerra; el almirante Casy, para marina; Mr. Recurt, para el interior, con Mr. Carteret de subsecretario; Mr. Trelat, para obras públicas; Mr. Flocon, para agricultura y comercio; Mr. Bethmont, para cultos; Mr. Carnot, para instruccion pública, con la cooperacion de Mr. Reynaud, y Mr. Duclerc, para hacienda.

Mr. Pagnerre, que se habia señalado desde el 24 de Febrero por incesantes servicios hechos al gobierno en el papel modesto, pero muy importante, de secretario general del consejo, conservó este empleo con voz consultiva. Mr. Marrast siguió de corregidor de Paris, hasta que se modificase esta institucion revolucionaria.

Mr. Caussidiere conservó tambien la prefectura de policía. Habia temeridad y prudencia en esta eleccion, pues ninguna persona podia dañar ó servir mejor que él á la asamblea. Lamartine le creia capaz de hacer las dos cosas, pero creyó que preferiria lealmente lo segundo. Escluirlo era arrojarlo á las conspiraciones, que eran su elemento; admitirlo, era conquistarlo para la causa del órden.

No bien tuvo tiempo el gobierno así constituido de empuñar las riendas de la administracion, cuando se realizaron las previsiones de Lamartine, y probaron á la asamblea que su seguridad era engañosa, y que el suelo revolucionario de Paris podia tragar fácilmente una soberanía que le repugnaba.

El gobierno provisional habia decretado una fiesta militar nacional para el dia en que la representacion se instalase en Paris: queria que la capital armada acogiese con un saludo á la Francia en las personas de sus representantes, y que la asamblea pasase revista á las innumerables bayonetas cívicas, que debian inclinarse ante ella, y protegerla contra las facciones. Disposiciones mal calculadas de los directores de los preparativos hicieron prorogar al 14 de Mayo esta ceremonia, que debia tener lugar en el Campo de Marte. El 12 de Mayo, Mr. Recurt, ministro del interior, anunció de nuevo que la fiesta no se verificaria hasta el 21; pero las diputaciones de la guardia nacional de los departamentos se irritaron, murmuraron y conmovieron algun tanto á Paris. Los gefes de partido vieron estos síntomas, se aprovecharon de ellos, y buscando un pretesto para sublevar al pueblo,

lo encontraron en el nombre de la Polonia. Hacia quince años que el pueblo se habia acostumbrado á responder á este nombre, cuya causa patrocinaban hombres influyentes de la asamblea, como MM. Vavin, Volowski y Montalembert, y los facciosos dirigieron las disposiciones del pueblo, para aconsejarle una manifestacion en favor de la Polonia. Citaron al efecto para el 15 de Mayo á los clubs á la plaza de la Bastilla, para ir, despues de firmar una peticion, á la asamblea á arrancar una declaracion de guerra á la Rusia; esto es, la conflagracion del continente y la coalicion de todas las potencias contra la república: el plan era ponerse en marcha por los bulevares, reunir al paso las masas tumultuosas de Paris y llevar á la barra de la asamblea la peticion del pueblo.

Los polacos, á pesar de las inmensas reparaciones que habian obtenido por mediacion de la república, no eran estraños al movimiento, y Lamartine estaba ya informado por sus agentes confidenciales de que habian salido de Cracovia emisarios de los clubs con la mision de atizar el fuego, hasta conseguir que la asamblea declarase la guerra en favor de la Polonia.

El gobierno estaba resuelto á oponerse á aquellos proyectos, porque una peticion presentada por cien mil hombres es una opresion y no un voto. El complot no tenia inteligencias en la guardia nacional ni en la movilizada: era una tentativa de los partidos desesperados, una saturnal de la mas baja demagogia, que afligia mas que alarmaba al gobierno.

Informado el dia antes, aunque sin precision, por el ministro del interior, el gobierno llamó al

prefecto de policía. Caussidiere contestó que estaba enfermo, pero que no habia motivo alguno de temor para el dia siguiente. Su ausencia, su silencio y su inaccion durante el movimiento del 15 de Mayo despertaron sospechas de connivencia que no se han justificado; pero Luis Blanc, Albert y el partido socialista, escluido del gobierno por Lamartine y sus colegas, debian pretender agriar á Caussidiere contra una asamblea que se separaba de ellos. Los montañeses, que en número de dos ó tres mil hombres ocupaban la prefectura, fortificados en ella, estaban en relacion directa con los clubs mas agitadores.

El gobierno empleó parte de la noche en dar órdenes circunstanciadas al general Courtais, comandante de la guardia nacional, y á los generales Tampour y Foucher, el primero gefe de la guardia movilizada, y el segundo de las tropas de Paris.

FIN DEL LIBRO CATORCE.

LIBRO DECIMOQUINTO.

I.

El dia 15 de Mayo, al amanecer, fueron llamados al Luxemburgo los generales y el ministro del interior, para que diesen cuenta de las disposiciones que habian tomado, y concertar otras nuevas: nada se omitió para mantener la tranquilidad pública y para asegurar con la fuerza la inviolabilidad de la representacion. El general Courtais obtuvo el mando superior, conviniendo en que se apostasen doce mil hombres de la guardia nacional al rededor del palacio Bourbon, y que los batallones de la movilizada se estacionarian como reserva bajo los árboles de los Campos-Elíseos.

La sesion de la asamblea se abrió á las doce asistiendo á ella Ledru-Rollin y Lamartine, como tambien los ministros MM. Arago, Marie, Garnier-Pagés y Pagnerre estaban en el Luxemburgo para avisar lo que aconteciese, ó proveer lo necesario en caso de que sus colegas se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prefecto de policía. Caussidiere contestó que estaba enfermo, pero que no habia motivo alguno de temor para el dia siguiente. Su ausencia, su silencio y su inaccion durante el movimiento del 15 de Mayo despertaron sospechas de connivencia que no se han justificado; pero Luis Blanc, Albert y el partido socialista, escluido del gobierno por Lamartine y sus colegas, debian pretender agriar á Caussidiere contra una asamblea que se separaba de ellos. Los montañeses, que en número de dos ó tres mil hombres ocupaban la prefectura, fortificados en ella, estaban en relacion directa con los clubs mas agitadores.

El gobierno empleó parte de la noche en dar órdenes circunstanciadas al general Courtais, comandante de la guardia nacional, y á los generales Tampour y Foucher, el primero gefe de la guardia movilizada, y el segundo de las tropas de Paris.

FIN DEL LIBRO CATORCE.

LIBRO DECIMOQUINTO.

I.

El dia 15 de Mayo, al amanecer, fueron llamados al Luxemburgo los generales y el ministro del interior, para que diesen cuenta de las disposiciones que habian tomado, y concertar otras nuevas: nada se omitió para mantener la tranquilidad pública y para asegurar con la fuerza la inviolabilidad de la representacion. El general Courtais obtuvo el mando superior, conviniendo en que se apostasen doce mil hombres de la guardia nacional al rededor del palacio Bourbon, y que los batallones de la movilizada se estacionarian como reserva bajo los árboles de los Campos-Elíseos.

La sesion de la asamblea se abrió á las doce asistiendo á ella Ledru-Rollin y Lamartine, como tambien los ministros MM. Arago, Marie, Garnier-Pagés y Pagnerre estaban en el Luxemburgo para avisar lo que aconteciese, ó proveer lo necesario en caso de que sus colegas se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viesen cercados en el palacio Borbon. Una agitacion confusa reinaba en la sala; se leia la peticion en favor de la Polonia; varios oradores la sostenian, y Lamartine subió las gradas de la tribuna para contestarles, cuando llegaron á decirle que una inmensa columna del pueblo, precedida de los clubs, avanzaba hácia la asamblea, amenazando con forzar el puente. Lamartine disimuló por no alarmar á la asamblea, é inclinándose al oido del presidente, Mr. Bouchez, le aconsejó que tomase las medidas necesarias, supuesto que tenia autoridad sobre las tropas allí estacionadas.

Sorprendido el general Courtais de la rapidez de la demostracion, sin batallones dispuestos para contenerla, y temiendo un choque, que podia evitar abriendo el paso del puente y dejando desfilar en columna á los peticionarios, se hallaba indeciso, y buscaba consejos de acuerdo con su pensamiento. Durante su inaccion, la columna separaba á medio batallon de la plaza de la Concordia, y haciendo retroceder á los pocos guardias movilizados, insuficientes para la defensa del puente, desembocó por el muelle enfrente del peristilo, y entró en la calle de Borgoña, gritando *¡viva la Polonia!*

Los cuestores pidieron á Lamartine y á Ledru-Rollin que fuesen á arengar al pueblo desde las escaleras del palacio, en donde estaba el general Courtais tratando inútilmente de dominar el tumulto con su voz y con sus ademanes.

Miles de hombres de diversos trajes, harapos los mas, con amenazadores rostros y labios cubiertos de espuma, se apiñaban contra las rejas, haciendo esfuerzos para romperlas ó escalar-

las para profanar el recinto. Ledru-Rollin, acogido por algunos aplausos, no pudo hacerse oir. Al aspecto de Lamartine, á quien se suponia con razon muy opuesto á la guerra se levantó un clamor inmenso, y algunos gritaron *¡muera Lamartine!*

La multitud protestó con indignacion contra este grito, atropelló á los que lo habian lanzado, y esclamó:—No; *¡viva Lamartine!* "Pero cuando éste se preparaba á hablar, quince ó veinte hombres saltaron la reja, abrieron la puerta, y se precipitó por ella la multitud.—Se ha concluido, dijo Lamartine: nada puede aquí la razon, y no hay mas remedio que defendernos. A las armas, pues, y defendámonos."

Diciendo esto, se replegó con algunos diputados y soldados hácia la puerta del segundo patio, separado del peristilo por otra reja: allí habia otro medio batallon de la guardia movilizada, que se disponia á cumplir con su deber, cuando una órden, atribuida al general Courtais, les previno que no atacasen. Lamartine, al observar esto, dijo:—"Todo se ha perdido."

Entró en el recinto con los demas diputados, y esperó consternado las consecuencias del tumulto: creia, sin embargo, que los guardias nacionales, situados en otros patios, evitarian que fuese profanado el salon de las sesiones, y que la invasion se limitaria á un alarde tumultuoso en los corredores y jardines del palacio. Despues de advertir al presidente de lo que pasaba, volvió á salir solo y desesperado, para hacer frente á los sediciosos que trataban de penetrar en el último asilo.

Despues de dar algunos pasos por el salon de Columnas, se encontró al frente de un grupo de gefes de clubs, que avanzaban del brazo y de seis en seis: Albert, amigo de Luis Blanc, individuo del gobierno provisional, estaba entre ellos.

Detras de ellos iban otros ciudadanos mal encarados y furiosos.

Lamartine, decidido á cumplir con su deber, se adelantó á aquellos atrevidos, y estendiendo ambos brazos, como queriendo oponerles una barrera, les dijo:

—"Ciudadanos: no pasareis de aquí, ó si pasais, lo hareis sobre mi cadáver.—¿Y con qué título nos impedis pasar?—Con el de individuo del gobierno, encargado de defender á todo trance la inviolabilidad de la asamblea nacional.—¿Y qué nos importa la asamblea? Nosotros somos el pueblo, y queremos presentar en persona nuestras peticiones y dictar nuestra voluntad á nuestros mandatarios. ¿Habeis olvidado que el pueblo siempre se entendió directamente con el Hotel de Ville?—Entonces estábamos en revolucion, y hoy tenemos un gobierno: la asamblea nacional no puede recibir peticiones de la multitud sin perder su libertad y su decoro: os repito que solo pasareis sobre mi cadaver."

Muchas voces contestaron en tumulto al razonamiento de Lamartine, y aun se le dirigieron apóstrofes irónicos y despreciativos; pero ningun ultraje á su persona tuvo lugar durante aquel diálogo entre él y sus adversarios. El altercado degeneró en discusion acerca de los derechos respectivos del pueblo y de la asamblea, y algunos ciudadanos que no eran representantes, como el jóven Lagrange, Macon, Thomasson, Ernesto Gregoire, y algunos diputados, como Mornay y Montrol, dirigieron representaciones en el mismo sentido á los grupos: estos vacilaron al fin, y se replegaron á la sala de los Pasos-Perdidos.

Lamartine volvió á entrar en la asamblea y se sentó en su banco para asociarse á las resoluciones y á los actos de la representacion nacional. Creia que se habian cerrado ya las rejas y que las peticiones presentadas por los diputados le iban á llamar á la tribuna; pero no bien ocupó su puesto, penetrado de un dolor que en vano queria disimular, cuando las puertas de las tribunas públicas, abiertas ó hechas pedazos, dieron paso á la invasion de una muchedumbre andrajosa, que se arrojó como á un asalto á las galerías, separando brutalmente á los espectadores pacíficos, saltando las balaustradas, y llenando en un instante el salon de gritos, de banderas, de polvo y de confusion: aquella fué la verdadera imágen de una irrupcion de bárbaros en una sociedad civilizada. Lamartine reconoció al pueblo, á los gefes, á las hordas que le habian tenido sitiado sesenta horas en el Hotel de Ville. La asamblea podia creerse trasportada á las siniestras jornadas de Setiembre de 1793.

Los representantes se mostraron firmes, impasibles é indignados; ninguna esclamacion salió de sus labios; ni uno solo de ellos abrigó el mas pequeño temor. Aquellos novecientos ciudadanos intrépidos habian aceptado en sus departamentos los peligros que debian arrostrar al

plantear la ley republicana en medio de una demagogia enfurecida, que trataria de intimidarlos á fuerza de sediciones, y estaban decididos á morir como dignos representantes del pueblo.

La muchedumbre tembló al ver su actitud, y pareció avergonzada de sus propios escesos; pero algunas disputas deshonraban el recinto entre los furibundos demagogos que dirigian las masas: unos agitaban su bandera y querian tremolarla desde la tribuna; otros se oponian á esta demostracion: llegaban todos á las manos, caian, se levantaban, volvian á luchar: diálogos parciales, terribles y siniestros se entablaban entre la chusma y algunos diputados valientes que la menospreciaban y descubrian sus pechos desafiando á los sediciosos. Allí no habia izquierda ni derecha, ni mas partido que la indignacion, pues Ledru-Rollin, Barbés y Luis Blanc, manifestaban tanta afliccion y disgusto como los miembros de otros partidos de la asamblea. Dichos representantes trataban de reprimir á los sediciosos, pero el tumulto cubria sus voces é inutilizaba sus intenciones. Mas de una hora trascurrió antes que el silencio, producido por el cansancio, permitiese á la asamblea, confundida entre la multitud, la apariencia, no de una deliberacion, sino de un diálogo. El esceso de la anarquía habia paralizado su propia accion.

II.

¿Existia en alguna parte la fuerza pública? Deciase que la muchedumbre que habia invadido la representacion nacional, era la cabeza de una columna de cien mil hombres, que se estendia desde el puente de la Concordia hasta la Bastilla. El general Tampour estaba detenido en una tribuna, separado de sus tropas, á las cuales no podia dar órdenes; el comandante general Courtais erraba en el recinto, cercado por el pueblo, que no le permitia llamar á sus batallones; Charras, ministro de la guerra, estaba inmóvil y consternado; el gobierno se veia, ó aprisionado con Lamartine y Ledru-Rollin, ó en el Luxemburgo con Arago, Garnier Pagés y Marie, de modo que solo quedaba á los buenos ciudadanos su accion individual, que cada cual empleaba segun su inspiracion y sus conjeturas. El presidente firmaba sin cesar órdenes para que no se tocase generala, y mandaba en secreto que se acercasen fuerzas á la asamblea; entregaba las primeras á los sediciosos para deslumbrarlos, y advertia lo segundo á los buenos ciudadanos; pero los gefes de los cuerpos, al notar esta contradiccion, obraban al azar. Lamartine mandó tocar generala y reunir las legiones; pero entre tanto la asamblea permanecia cautiva, y un tiro, una puñalada podian convertir aquella saturnal en un degüello de la representacion.

III.

La masa del pueblo, mas arrastrada que culpable, parecia avergonzada de los desórdenes que cometia. Lamartine, que salió para juzgar del número y disposiciones de los insurrectos, fué recibido por aplausos y gritos de *¡viva La-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

martine! Tampoco al volver al salon fué objeto del mas pequeño insulto; antes bien le decian aquellos hombres, inciertos de sus propios proyectos:—"Habladnos, aconsejadnos; nada temais; nosotros os defenderemos contra todo el mundo."

El les contestaba con serenidad señalándoles con el dedo los escándalos del recinto profanado, anunciándoles la indignacion y la venganza de los departamentos ultrajados en su representacion, y la inevitable guerra civil, si no se retiraban de allí, despues de firmar un acta de reparacion y de arrepentimiento á la asamblea. El pueblo deseaba al parecer retirarse en efecto, y solo un pequeño número de demagogos y de agentes de los clubs atizaban el tumulto, llevando en triunfo de sala en sala á Luis Blanc, á Barbés y á Albert.

Luis Blanc aparecia mas humillado que satisfecho de aquellas ovaciones, y Lamartine oyó los discursos que dirigia á la multitud. Sus palabras respiraban el contento que sentia, al ver que el número y el entusiasmo de los socialistas imponia respeto á sus enemigos, pero al mismo tiempo les pedia que se retirasen, moderándose y devolviendo la libertad á los representantes del pueblo. El general Courtais no cesaba de repetir iguales amonestaciones.

IV.

En tanto que Lamartine arengaba tambien á la multitud, los gefes de los clubs se disputaban la tribuna y leian sus peticiones y discursos, y un conspirador mas osado, llamado Huber, hombre avezado á las revueltas y trastornos desde el mes de Febrero, proclamaba disuelta la representacion nacional y pedia el establecimiento del gobierno revolucionario.

Aplaudida esta mocion por las hordas que cercaban la tribuna, pasó de boca en boca como un plebiscito, y los miembros de la asamblea se dispersaron para pedir justicia y venganza al verdadero pueblo de Paris: los facciosos, precedidos de Barbés y sus cómplices, marcharon en columna hácia el Hotel de Ville, se apoderaron de él sin resistencia, y lo guarnecieron con ocho mil hombres armados.

Ledru-Rollin, detenido por los sediciosos, se resistia obstinadamente á sus instancias para que les siguiese al Hotel de Ville, diciéndoles que por nada en el mundo se dejaria imponer un gobierno establecido por un motin contra la representacion nacional. El movimiento de retirada, que se pronunció despues de declarar disuelta la asamblea, interrumpió las palabras que Lamartine dirigia á los grupos. Siete ú ocho buenos ciudadanos le rodearon entonces, conduciéndole por el jardin al palacio de la presidencia, que se estaba construyendo, hiciéronle subir á las oficinas; cerraron las puertas; colocaron de guardia á algunos valientes obreros, y se resolvió esperar allí el movimiento que iba á consumar ó reprimir el atentado de aquella jornada.

—"Si dentro de tres horas, dijo Lamartine, no oimos tocar generala al otro lado del rio, iré á dormir á Vincennes ó seré fusilado."

"Eso no durará tanto tiempo, le contestaron los que le custodiaban, pues es imposible que

la Francia sufra por tres horas semejante parodia de gobierno."

Lamartine, fatigado y cubierto de sudor, se sentó en frente de una mesa, sobre la cual habia una botella de vino, y bebieron todos por la inmediata libertad de la republica."

Instruido el general Courtais del asilo de Lamartine, se presentó en él: nada revelaba en sus facciones ni lenguaje la secreta satisfaccion de un cómplice: al contrario, estaba consternado, como hombre que fluctuaba entre dos peligros; el de faltar á sus deberes para con la representacion, y el de hacer derramar la primera sangre en tan deplorables momentos: así, pues, pedia consejos á Lamartine, quien le aconsejó que, evadiéndose por los jardines, se pusiese al frente de la primera legion y volase á restablecer la asamblea. Dió gracias á Lamartine, bebió un vaso de vino, y marchó á cumplir con su deber.

Pero volvió á entrar pocos instantes despues, sin poder hallar salida, porque su uniforme le hacia reconocer por los insurrectos: salió sin embargo, por segunda vez, atravesó la multitud, y quiso pasar por la calle de Borgoña; pero sus legiones entre tanto se reunian, se ponian en marcha, y pronto iban á arrestar á su mismo general.

V.

Los conspiradores tenian, segun se aseguraba, diez mil cómplices armados, y artillería en el Hotel de Ville; quedaba ya en su poder el ministerio del interior, y el de la guerra estaba

abandonado; la guardia nacional carecia de comandante general, y fluctuaban los ánimos entre la mas cruel incertidumbre, porque todo era posible en aquel instante.

Pronto se dejó oir un paso de carga por las dos orillas del Sena: al escucharlo un batallon encerrado en los jardines de la presidencia, corrió á las armas y se formó en batalla. Sale Lamartine con sus amigos, atraviesa el edificio, se precipita en las filas de la guardia movilizada, que le recibe gritando; ¡*Viva Lamartine*! ¡*Viva la representacion nacional*! y vuelve á entrar en el palacio por la puerta principal del muelle: los sediciosos se dispersan por todas partes; llegan los representantes, escoltados por los destacamentos, y Lamartine se ve empujado hácia la tribuna. Sube á ella, pronuncia un discurso encareciendo la necesidad de que los representantes vuelen al Hotel de Ville para salvar la patria, y resuenan en el salon interminables aplausos. Baja en seguida de la tribuna, y en union de Ledru-Rollin, sale acompañado de representantes y de ciudadanos, entre los cuales se cuentan Mr. Murat, hijo del héroe de Nápoles, Mornay y Falloux llegado al muelle, monta en el caballo de un dragon, proporcionan á Ledru-Rollin el de un oficial, síguenles dos batallones, uno de la guardia nacional y otro de la movilizada; el regimiento de dragones del valiente coronel Goyon se coloca á la cabeza de la columna, y se emprende la marcha por el muelle, gritando ¡*viva la asamblea nacional*! ¡*guerra á los facciosos*!

Aquella columna era débil por el número y fuerte por el valor: Lamartine no quiso aguar-

dar la reunion de mayores fuerzas, seguro de que en tiempos de revolucion se deben aprovechar los momentos. En medio del tumulto de las voces, de los gritos, de los sables y de las bayonetas que allí se confundian, se acordaba del 9 termidor, en que el partido de Robespierre, aunque mas numeroso, quedó destruido en aquel mismo Hotel de Ville por su inercia y por la rápida resolucion de la convencion y de Barras. Conocia á Barbés por hombre de accion, y no dudaba de que, si se le dejaban tres horas, tendria á la noche un ejército, y al dia siguiente daria á la Francia un gobierno revolucionario.

VI.

El general Courtais acababa de ser insultado, destituido y hecho prisionero por sus mismas tropas, indignadas de su inaccion, que atribuian á cálculo. Ignorábase si el general Tampour, separado durante todo el dia de sus batallones, estaba libre; el gobierno permanecia en Luxemburgo, sitiado por la rebelion, á la cual oponian Arago, Garnier-Pagés y Marie victoriosa resistencia. Ningun ministro, ningun general se hallaba investido con el mando superior, tan necesario en tan apurado estremo, y Lamartine lo tomó, obligado por la ausencia total de gefes militares. Envió á buscar cuatro piezas de artillería para derribar en caso preciso las puertas del Hotel de Ville, y se entendió con Ledru-Rollin para entregar el mando de Paris al general Bedeau, á quien hicieron buscar en el muelle del Louvre. Entre tanto, el entusiasmo unánime guiaba, inspiraba y regularizaba los movimientos de la columna, que iba aumentándose sobre la marcha. Paris, consternado, se estremecia al saber el triunfo momentáneo de la demagogia, cuyos probables escesos se comparaban por la imaginacion de los hombres pacíficos á los crímenes de 1793: de modo que aquel cambio repentino de valor, que prometia la victoria, consolaba los corazones y devolvia todas las esperanzas perdidas.

VII.

La cabeza de la columna se detuvo un momento junto á la plaza de San Miguel, ante las masas que obstruian el ángulo de la plaza de Greve y del muelle, y los dragones anunciaron que el Hotel de Ville estaba fuertemente defendido, pues los conjurados tenian artillería y se veian en las ventanas grandes preparativos contra la columna. Lamartine dijo al general que hiciese avanzar otra por las calles paralelas al muelle y que desembocan en la plaza, maniobra que llevó á cabo Bourdon de l'Oise contra Robespierre; y pasados algunos instantes, para dar tiempo á la ejecucion de este movimiento, Lamartine y su colega desembocaron al frente de sus tropas en la plaza de Greve, á los gritos de *¡viva la representacion nacional!* La confusion los separó; los artilleros y guardias nacionales aconsejaron á Lamartine que echase pié á tierra, para evitar que sirviese de blanco á las descargas, y él contestó:—"No, no; si alguno debe perecer aquí por la causa de la asamblea nacional, soy yo." Diciendo así, atravesó la plaza por

medio de un bosque de sables y bayonetas, pero ningun tiro salió del Hotel de Ville.

Los guardias nacionales y los movilizados de la columna se precipitaron al asalto de las escaleras, y se apoderaron de Barbés y sus cómplices sin resistencia. Aquello fué un tumulto sin combate; abajo se ignoraba lo que arriba sucedia; todos esperaban trágicas escenas y una resistencia desesperada, asesinatos y suicidios, como los que señalaron la prision de Henriot y de Couthon: la multitud decia á Lamartine:—"Habladnos."

VIII.

Lamartine fué llevado en brazos de los guardias y de los ciudadanos por los vestíbulos, escaleras y corredores, hasta una sala pequeña del primer piso, donde reinaban la misma afluencia, el mismo tumulto y la misma exaltacion.

Algunos gefes de la insurreccion y su cómplice, Barbés, estaban ya encerrados en una pieza inmediata: no habian hecho la menor resistencia, pues la rápida marcha de la columna de ataque, dirigida por los dos miembros del gobierno, no habia dejado á los conspiradores el tiempo necesario para engruesar su gente, llamar á todos los partidarios y organizar la defensa. Los cinco ó seis mil hombres que con ellos habian entrado en el Hotel de Ville se desbandaron al divisar las primeras compañías y los dragones de Mr. de Goyon, coronel activo y resuelto á todo.

Su triunfo, pues, no habia durado mas que dos horas, que emplearon en constituirse, por

medio de un escrutinio, en dictadura revolucionaria colectiva, compuesta de Barbés, Luis Blanc, Albet, Blanqui, Raspail, Huber, Sobrier, Proudhon, Leroux y Cabet. Aquel era el gobierno de los clubs proscribiendo el de la nacion, la coalicion de las sectas contra larepresentacion del pais; muchos de sus miembros ignoraban que se habian usurpado sus nombres, y por su parte Lamartine y Ledru-Rollin firmaron tambien revolucionariamente, con motivo de la urgencia, la órden de prender á los conjurados presentes y conducirlos á Vincennes.

Pero la multitud armada que acudia sin cesar á la plaza, y la indignacion de Paris que se exaltaba por el horror y la represion del atentado, hicieron temer á Ledru-Rollin, á Marrast y á Lamartine que no pudiesen los culpables atravesar impunemente de dia las calles y plazas sublevadas contra ellos. No querian que corriese una gota de sangre, ni aun la de aquellos que habian intentado corromper y desacreditar con un crímen la revolucion, y por lo tanto conjuraron este peligro, mandando que los presos fuesen conducidos por una fuerte escolta á Vincennes en las altas horas de la noche.

IX.

Tomadas estas medidas, la muchedumbre que habia penetrado en el palacio, separó á los dos miembros del gobierno.

Lamartine se apresuró á salir para tranquilizar á la asamblea, que estaba en sesion permanente. Mientras habia permanecido en el Hotel de Ville, la plaza y los muelles se habian

cubierto de bayonetas; allí se encontraban todas las legiones de Paris. Casi sofocado al salir del palacio por el entusiasmo que inspiraba al pueblo y á las tropas, Lamartine buscaba un caballo para huir de sus demostraciones y respirar libremente; al pasar por delante del regimiento de dragones reconoció uno de sus dos corceles que habia enviado á pedir, montó en él, y volvió por los muelles á la asamblea nacional. Grupos del pueblo, estasiados por aquella victoria de la verdadera república contra la anarquía de algunas horas, le rodeaban palmoteando; los artilleros cogian la brida de su caballo, y le seguia una cohorte de la guardia nacional, de dragones y de ciudadanos, que no cesaba de aplaudir, de estrechar sus manos y tocar sus vestidos. Un solo grito de *¡viva la república! ¡viva la asamblea nacional! ¡viva Lamartine!* acompañó su marcha, repitiéndose desde las escaleras del Hotel de Ville hasta las de la cámara de diputados. Nunca se vió tan alto el nombre de un simple ciudadano, adoptado como símbolo del órden, para caer á los pocos dias en la mas repentina impopularidad; lo cual prueba que el triunfo mas grato para el pueblo frances era el que habia conseguido sobre la anarquía.

X.

Lamartine subió á la tribuna, y anunció á la asamblea que su poder quedaba restablecido, y que el gobierno iba á tomar las medidas necesarias para castigar y prevenir tamaños atentados: la asamblea se separó gritando *¡viva la república!* La guardia nacional de las afueras y de los departamentos próximos á Paris acudieron por la noche y al siguiente dia para vengar, en caso necesario, á la representacion: el gobierno, reunido en el Luxemburgo, regularizó estos movimientos: interrogó ademas á Caussidiere, prefecto de policía; hizo arrestar á los cómplices de la sedicion; nombró á Mr. Clemente Thomas comandante general de la guardia nacional de Paris, y reemplazó á los generales cuya indecision y aturdimiento habia paralizado su energía con gefes mas activos y populares en el ejército.

Al dia siguiente no aparecian ya señales del movimiento revolucionario que habia consternado á la Francia: solo quedaban los *montañeses* en la prefectura de policía y en las casernas de la guardia republicana.

Estos cuerpos armados, que Caussidiere tenia á sus órdenes para la seguridad de Paris, habian faltado el dia antes á todos sus deberes, ó al menos su inercia habia abandonado la asamblea nacional á sus invasores y el Hotel de Ville á la conspiracion. El gobierno ordenó en consecuencia depurarlo, y los guardias republicanos obedecieron á la primera intimacion, y entregaron sus armas murmurando. El cuerpo de *montañeses* se fortificó en número de tres mil hombres en la prefectura de policía, sin querer reconocer mas autoridad que la de Caussidiere, y amenazando sostener un sitio desesperado y derramar torrentes de sangre de la guardia nacional si se pretendia desalojarlos á la fuerza. El general Bedeau recibió órden de rodear la prefectura con seis mil hombres de

tropa y veinte y cinco mil de la guardia nacional, para hacer que se rindiesen aquellos soldados rebeldes, y el general la cumplió exactamente, cercándolos por todas partes.

La exasperacion de la guardia nacional contra aquellos presuntos cómplices ó partidarios de los clubs era estrema; todos pedian á gritos el asalto, y la artillería amenazaba las puertas. Sin embargo, los *montañeses* tenian gran repuesto de municiones, y estaban resueltos á hacer pagar cara su derrota y áovlar la prefectura en caso apurado.

Llamado por segunda vez Caussidiere al Luxemburgo por la comision ejecutiva, se negó á presentar voluntariamente su dimision, y se esplicó de un modo ambiguo, en el que se confundian la obediencia y la amenaza. Lamartine, que el dia antes habia juzgdao prudente conservar á Caussidiere, como hombre útil é intrépido, no vacila; sale con él, sube á su carruaje, y ambos se dirigen á la prefectura; antes de llegar le representa el peligro de su situacion, la grande responsabilidad que sobre él pesa y la necesidad imprescindible de que haga dimision, asi como el aprecio con que será mirado si contribuye á la sumision de sus soldados sin que se derrame sangre.

Caussidiere, que no ignoraba la confianza que Lamartine habia tenido en su carácter, cede á sus instancias, le autoriza para que presente su dimision al gobierno, y se compromete á hacer los mayores esfuerzos para disolver á los *montañeses*. Lamartine por su parte ofrece suspender el ataque y disponer los ánimos á la indulgencia.

Al reconocer á Lamartine los guardias nacionales que sitiaban la prefectura, lo sacan del carruage, lo llenan de aplausos, lo sofocan con su entusiasmo y lo estrechan de tal modo, que no puede atravesar el puente en mucho tiempo, y se ve precisado á refugiarse en una calle lateral: síguele la multitud; huye de ella con dificultad metiéndose en una imprenta, y algunos oficiales atrancan la puerta por dentro para evitar las demostraciones de cariño demasiado exigentes del pueblo. Lamartine llama á los comandantes de los puestos y les hace correr la voz de un próximo arreglo: cálmase la irritacion; Caussidiere persuade á los *montañeses*; el general Bedeau los desarma, y se evita el derramamiento de sangre. El 15 de Mayo inspiró mas confianza á la asamblea nacional y mas energía al gobierno.

XI.

El general Cavaignac se hizo cargo del ministerio de la guerra en cuanto llegó á Paris, con aquella seguridad modesta que en el hombre revelan la confianza que tiene en su aptitud. Lamartine, que preveia nuevas turbulencias en el establecimiento de la república, sondeó al general, y no pudo menos de quedar sumamente satisfecho de su carácter: al punto le aconsejó que pidiese al gobierno las fuerzas disciplinadas suficientes para cubrir á la asamblea contra toda tentativa criminal, y ambos calcularon que se necesitaban en Paris cincuenta y cinco mil hombres; á saber: quince mil de la guardia movilizada, dos mil seiscientos de la guardia re-

publicana reorganizada, dos mil cincuenta de la guardia de Paris, veinte mil de tropa de línea en los cuarteles, y por último, quince mil en el distrito militar, á fin de que en pocas horas pudiesen estar dentro de la capital.

Reclamadas por Lamartine estas precauciones, no esperimentaron la menor oposicion en el consejo, pues todos deseaban con sinceridad una república que cortase los vuelos á la anarquía. Se suponia que reinaban entre los miembros del gobierno, y sobre todo entre Lamartine y Ledru-Rollin, profundas divisiones, pero no era cierto, pues habian desaparecido desde el gran acto de concordia que habia unido en un solo sentimiento á los partidos de la asamblea, á escepcion del socialista. Todos los miembros del gobierno y todos los ministros estaban interesados por deber y por ambicion en el sostenimiento del órden, y si entre ellos no habia una alianza perfecta, tampoco existian desconfianzas ni recelos.

No sucedia lo mismo entre algunos agentes de la administracion y varios miembros de la asamblea. Notábase en sus actos cierto espíritu de secta, de proselitismo personal y de tendencia á dirigir esclusivamente la república, lo cual era contrario en su esencia al verdadero pensamiento del gobierno. No se ocultaba á Lamartine que los cargos administrativos se concertaban de antemano en aquellos cenáculos; pero indiferente á los hombres y sin la menor pretension de preponderancia personal, fingió que nada veia por no dividir los ánimos.

XII.

La revista preparada por el gobierno en honor de la asamblea nacional se verificó el 21 de Mayo en el Campo de Marte: trescientos diez mil hombres desfilaron por delante del estrado que ocupaban la representacion, los ministros y el gobierno. Un solo grito de ¡*viva la república*! resonó desde las ocho de la mañana hasta la noche. Aquella fiesta dió á los representantes la conciencia de su inviolabilidad y á la patria la de su fuerza: Lamartine recibió algunas ovaciones; pero su popularidad se perdia ya entre los resentimientos del partido de la monarquía desplomada y entre la ingratitud del pueblo.

Era preciso reconocer al mismo tiempo que la situacion del gobierno era falsa, y por consiguiente fatal. Faltábale unidad, y la necesidad de no dividir la república en dos partidos hostiles hacia imposible el restablecimiento inmediato de la concordia. Si un hombre solo hubiese estado al frente del poder ejecutivo hubiera podido prever todos los sucesos, de un modo muy distinto que aquellos cinco individuos, precisados á unir sus inteligencias y voluntades: ellos no lo ignoraban, y por consiguiente aquel gobierno no era ni podia ser otra cosa que una penosa interinidad cumplida por los que habian aceptado una mision tan ingrata como imposible. Llenar el abismo de un mes ó dos entre la revolucion y el poder constitucional; estar bajo la responsabilidad de la asamblea; descontentar á esta y al pueblo; hacer

frente á las dificultades; resistir los ataques de las insurrecciones; morir en caso de que estas triunfasen, tal era la suerte de aquel gobierno temporal, que solo era bueno para los que ya le conocian por sus antecedentes, y cuya pretendida ambicion solo era un sacrificio voluntario y meritorio de su popularidad, y un martirio de su nombre.

Es por lo tanto inútil hablar de los actos de la comision ejecutiva, pues fueron una interposicion activa, vigilante y desinteresada entre las sublevaciones y la asamblea; una nube cargada de tempestades amenazaba sin cesar al gobierno; aquella nube eran los talleres nacionales.

Este ejército de ciento veinte mil trabajadores, compuesto en su mayor parte de hombres ociosos y agentes turbulentos, era el depósito de las miserias, de los vicios y de la sedicion; el gobierno provisional no trató de formar de los talleres una institucion, como se ha pretendido; lo que quiso fué socorrerlos, lo cual fué un recurso político, porque sin este subsidio de los ricos en favor de los pobres, ¿qué hubiera sido de la propiedad y de la indigencia? Un gobierno previsor y prudente debia atender á estas dos grandes necesidades sociales.

Pero el gobierno provisional no ignoraba que cuando se tratase de disolver aquella masa desocupada habria resistencia, conflictos, choques, sediciones, y tal vez sangre derramada. A esto se preparaba en silencio la comision ejecutiva, disponiendo grandes trabajos y leyes de pauperismo, propias para el alivio de las verdaderas miserias: trataba en seguida de combatir con vigor todas la dificultades, rodeándose

de una fuerza armada irresistible para disolver toda reunion opuesta á la ley, por mas que se escudase en el pretesto de la falta de recursos.

Algunos miembros de la comision ejecutiva se ocupaban de realizar esta idea, con Mr. Trelat, ministro conocido y amado por la parte proletaria del pueblo: Lamartine se encargó del segundo pensamiento con el ministro de la guerra.

La asamblea nacional, sin embargo, escitada por los resentimientos de los enemigos de la república, testigo de los escándalos recientes de los insurrectos, y poco iniciada de las dificultades de la situacion de la capital, se irritaba con las demoras de la comision. Los periódicos monárquicos no cesaban de decir que los hombres del gobierno provisional mimaban á aquel ejército de pobres para contrarestar á la representacion, para intimidarla y tenerla sujeta por medio de una amenaza visible.

La asamblea no dejaba de creer estas calumnias; y mientras el gobierno se esforzaba en preparar los medios de licenciar, sin efusion de sangre, una milicia cuya existencia deploraba, la asamblea solo miraba á los principales miembros del gobierno como cómplices perversos de la sedicion. Lamartine y Ledru-Rollin eran los mas acusados, y su presencia simultánea en la comision, á pesar de que disentian tanto en principios, era la prueba, segun se aseguraba, de una odiosa alianza, en la cual todo lo habian sacrificado, menos la ambicion.

De esto resultaron vivas reclamaciones y mociones temerarias en la tribuna de la asamblea,

que resonaron en la parte esterior, sirviendo de pretesto á los periódicos de la demagogia y á los oradores bulliciosos para calumniar á la asamblea nacional y animar al pueblo contra el supuesto egoismo de las clases acomodadas.

Las facciones anti-republicanas y las ambiciones ocultas bajo denominaciones dinásticas, contribuian tambien á la sedicion que se manifestaba en los talleres nacionales. El prefecto de policía, Mr. Trouvé Chauvel, hombre nuevo en su cargo, pero intrépido, infatigable, y enemigo declarado del desórden, no podia ocultarse los peligros que amenazaban, y conoció que se armaba una nueva faccion para confundirse con la jóven república ó para aniquilarla. Era la faccion bonapartista.

Tenia, segun se aseguraba, muchos agentes en los talleres nacionales; pero esos agentes, ¿estaban á sueldo de subsidios voluntarios, debidos á adhesiones individuales hácia la memoria del emperador? ¿Les entusiasmaba el fanatismo de un gran nombre? ¿Era una secta? Muchos han creido que todo el complot estribaba en la inmensa popularidad del nombre de Napoleon; pero esta popularidad se convertia en una amenaza para la república. Todas las noches se formaban numerosos corrillos de partidarios en los bulevares; y aunque el gobierno empleaba con energía para disolverlos á la guardia nacional y á la movilizada, volvian á renacer con mas fuerza. Mr. Clemente Thomas se multiplicaba en estas ocasiones para contener á los descontentos, y el gobierno proclamó la ley contra las reuniones sediciosas. El primero arrestó en una sola noche quinientos

agitadores; las reuniones cesaron, pero la doble levadura, que se infiltraba en la faccion proletaria y en la bonapartista, no cesó de envenenar el espíritu de los talleres nacionales.

XIII.

Lamartine conoció el peligro, y resolvió combatirlo con energía, antes que tomase proporciones irresistibles. Era enemigo de las proscripciones, pero no de las precauciones severas, que, alejando temporalmente á un individuo, salvan una institucion ó un pais. Así fué que tomó la iniciativa del decreto, que mantenia el ostracismo del príncipe Luis Napoleon Bonaparte durante el restablecimiento de la república. De todos los individuos de su dinastía proscripta, este era el mas señalado por el favor popular. Heredero del trono imperial en virtud de un senado-consulto, dicho príncipe, mal conocido y peor representado en Francia, era el único que habia procurado hacer valer su título á la soberanía, por medio de dos tentativas que le habian atraido el destierro.

El gobierno, de acuerdo con la solicitud de Lamartine, firmó el decreto, que el primero llevó á la asamblea, proponiéndose leerlo al fin de la sesion, cuando una discusion, agena á su objeto, le llamó á la tribuna. Allí supo que una multitud bonapartista llenaba la plaza de la Concordia, y que un tiro disparado al comandante general, Clemente Thomas, habia herido en la mano á uno de sus oficiales. Indignado Lamartine, sacó el decreto de proscripcion temporal contra Luis Napoleon, lo colocó en la tribuna, y dijo:

que resonaron en la parte esterior, sirviendo de pretesto á los periódicos de la demagogia y á los oradores bulliciosos para calumniar á la asamblea nacional y animar al pueblo contra el supuesto egoismo de las clases acomodadas.

Las facciones anti-republicanas y las ambiciones ocultas bajo denominaciones dinásticas, contribuian tambien á la sedicion que se manifestaba en los talleres nacionales. El prefecto de policía, Mr. Trouvé Chauvel, hombre nuevo en su cargo, pero intrépido, infatigable, y enemigo declarado del desórden, no podia ocultarse los peligros que amenazaban, y conoció que se armaba una nueva faccion para confundirse con la jóven república ó para aniquilarla. Era la faccion bonapartista.

Tenia, segun se aseguraba, muchos agentes en los talleres nacionales; pero esos agentes, ¿estaban á sueldo de subsidios voluntarios, debidos á adhesiones individuales hácia la memoria del emperador? ¿Les entusiasmaba el fanatismo de un gran nombre? ¿Era una secta? Muchos han creido que todo el complot estribaba en la inmensa popularidad del nombre de Napoleon; pero esta popularidad se convertia en una amenaza para la república. Todas las noches se formaban numerosos corrillos de partidarios en los bulevares; y aunque el gobierno empleaba con energía para disolverlos á la guardia nacional y á la movilizada, volvian á renacer con mas fuerza. Mr. Clemente Thomas se multiplicaba en estas ocasiones para contener á los descontentos, y el gobierno proclamó la ley contra las reuniones sediciosas. El primero arrestó en una sola noche quinientos

agitadores; las reuniones cesaron, pero la doble levadura, que se infiltraba en la faccion proletaria y en la bonapartista, no cesó de envenenar el espíritu de los talleres nacionales.

XIII.

Lamartine conoció el peligro, y resolvió combatirlo con energía, antes que tomase proporciones irresistibles. Era enemigo de las proscripciones, pero no de las precauciones severas, que, alejando temporalmente á un individuo, salvan una institucion ó un pais. Así fué que tomó la iniciativa del decreto, que mantenia el ostracismo del príncipe Luis Napoleon Bonaparte durante el restablecimiento de la república. De todos los individuos de su dinastía proscripta, este era el mas señalado por el favor popular. Heredero del trono imperial en virtud de un senado-consulto, dicho príncipe, mal conocido y peor representado en Francia, era el único que habia procurado hacer valer su título á la soberanía, por medio de dos tentativas que le habian atraido el destierro.

El gobierno, de acuerdo con la solicitud de Lamartine, firmó el decreto, que el primero llevó á la asamblea, proponiéndose leerlo al fin de la sesion, cuando una discusion, agena á su objeto, le llamó á la tribuna. Allí supo que una multitud bonapartista llenaba la plaza de la Concordia, y que un tiro disparado al comandante general, Clemente Thomas, habia herido en la mano á uno de sus oficiales. Indignado Lamartine, sacó el decreto de proscripcion temporal contra Luis Napoleon, lo colocó en la tribuna, y dijo:

—"Ciudadanos: me veo precisado á interrumpir el discurso que estaba pronunciando para deciros que acaban de dispararse armas contra el comandante general de la guardia nacional de Paris, contra uno de los mas valientes oficiales del ejército, y contra otro de la mencionada guardia: esos tiros se han disparado al grito de *¡viva el emperador!*

"Esa es la primera sangre que ha manchado la revolucion pura y gloriosa del 24 de Febrero; pero no se ha derramado en nombre de la libertad, sino en el del fanatismo de los recuerdos militares y de una opinion que puede ser enemiga de toda república.

"Ciudadanos: al deplorar con vosotros esa desgracia el gobierno os asegura que se habia preparado, dentro de sus atribuciones, contra cualquiera eventualidad, y esta mañana, una hora antes de venir á la asamblea, hemos firmado una declaracion que los sucesos me obligan á leeros sin pérdida de tiempo. Cuando la audacia de las facciones es tan patente, cuando ha corrido sangre francesa, la ley debe aplicarse por aclamacion. (Unánimes aplausos.)

"La declaracion que voy á leer á la asamblea solo exige que se lleve á efecto la ley existente. Era necesario para el exámen de los poderes, que puede verificarse mañana, que la asamblea nacional conociese las intenciones de la comision ejecutiva respecto á Cárlos Luis Bonaparte.

"Hé aquí, pues, el testo del decreto que os proponemos:

"La comision del poder ejecutivo:

"Visto el art. 3.° de la ley de 13 de Enero;

"Considerando que Cárlos Luis Napoleon Bonaparte se halla comprendido en la ley de 1832, la cual destierra del territorio frances á los individuos de la familia de Bonaparte;

"Considerando que si esta ley ha sido derogada de hecho por el voto de la asamblea nacional, que ha admitido en su seno tres miembros de dicha familia, estas derogaciones puramente individuales no se estienden de hecho ni por derecho á los demas miembros de la misma familia;

"Considerando que la Francia quiere establecer por medio de la paz y del órden el gobierno republicano, sin que le perturben en su propósito las pretensiones ó ambiciones dinásticas, propias para formar partidos ó facciones en el estado, y por consiguiente para fomentar una guerra civil;

Considerando que Cárlos Luis Bonaparte se ha presentado dos veces como pretendiente, revindicando una república irrisoria, en nombre del senado-consulto del año XIII;

"Considerando que en nombre de Cárlos Luis Napoleon Bonaparte se han revelado agitaciones atentatorias á la república popular que queremos establecer, las cuales pueden hacer peligrar la seguridad de las instituciones y la paz pública;

"Considerando que esas agitaciones, síntomas de culpables manejos, pueden crear dificultades al establecimiento pacífico de la república, si se viesen autorizadas por la negligencia ó por la debilidad del gobierno;

"Considerando que el gobierno no puede aceptar la responsabilidad de los peligros que

correrian la forma republicana de las instituciones y la paz pública, si faltase al primero de sus deberes, descuidando la ejecucion de una ley existente, justificada hoy mas que nunca, durante un tiempo indeterminado, por razon de estado y por la salvacion pública;

"Declara que hará ejecutar en la parte que concierne á Luis Bonaparte la ley de 1832, hasta el dia en que la asamblea nacional decida otra cosa en contrario."

La asamblea en masa se levantó al grito de *¡viva la república!* á escepcion de ocho ó diez representantes.

—"Ya conoceis, prosiguió el orador, que la emocion legítima producida por el acontecimiento que acaba de tener lugar me obliga á suprimir el discurso que tenia preparado: llego, pues, á las últimas consideraciones que dicho suceso inspiran á mi pensamiento.

"Despues de la declaracion que acabais de oir, del decreto precedente, de los que seguirán para acabar con las facciones, espero que no acusareis al gobierno de debilidad ó de negligencia en el cumplimiento de sus deberes. Por mas glorioso que sea el nombre con que se cubra una faccion, sabremos rasgar el velo y ver detras de él á los revoltosos.

"La Francia quiere la república, y la defenderá á todo trance contra los peligros que le susciten sus enemigos: no permitiremos que la Francia se envilezca hasta el punto de que la república caiga entre las manos de algunos charlatanes."

La asamblea se levanta de nuevo al oir estas palabras, y ratifica la enérgica resolucion del gobierno.

XIV.

Acosando algunos dias despues al gobierno los amotinados, resolvió aceptar la batalla, y reunió sus fuerzas en torno de la asamblea, convencido de que era mejor resistir á viva fuerza que entregar la república á las facciones. Pero la asamblea cedió esta vez por debilidad, y abandonado por ella el gobierno, conoció que las consecuencias no se harian esperar: en efecto, las concesiones solo contuvieron un dia las exigencias de los talleres nacionales; lo único que hicieron fué cambiar de bandera.

"Lamartine, apoyado por Mr. Trové-Chavel y por el almirante Casy, aconsejó al gobierno que resignase su poder, devolviendo á la asamblea una autoridad debilitada por la misma representacion: insistió muchos dias en esta idea, y solo consintió en permanecer en su puesto el tiempo necesario para combatir contra el motin que se anunciaba.

Algunos meses despues, el destierro temporal que Lamartine pedia para Luis Napoleon se cambió en su eleccion para presidente de la república por seis millones de votos. Las previsiones del primero aparecieron felizmente desmentidas por el republicanismo de este primer magistrado; Lamartine se alegró de que sus temores le hubiesen engañado, y reconoció que el pueblo era mas prudente y confiado que él.

Las tentativas y los escándalos de la anarquía se multiplicaban en Paris, y el gobierno se re-

sistia con la persuasion, con la vigilancia, con la policía y con la guardia nacional. Faltaban leyes y Lamartine no ignoraba que los clubs, el periodismo y los escándalos eran las armas mas temibles de los enemigos de la república, y que esta solo podia legitimarse por el restablecimiento del órden.

Lleno de estas ideas, propuso en el consejo su dimision ó la adopcion una serie de decretos temporales, llamados por él leyes republicanas de transicion, destinados á las imperiosas necesidades de seguridad, disciplina, fuerza armada y órden.

"Yo no quiero, dijo á sus colegas, aceptar la responsabilidad de una situacion débil y desarmada, que puede degenerar en anarquía. Pido, pues, dos cosas: leyes de seguridad contra esas reuniones tumultuosas, contra los clubs revolucionarios, contra los periódicos que predican la anarquía, y contra los agitadores de Paris: pido tambien la formacion de un campamento de veinte mil hombres bajo las murallas de la capital, para que ayuden á la fuerza pública, en la campaña inminente, inevitable, que nos aguarda contra los talleres nacionales y contra las facciones, mas culpables aún, que van á apoderarse de ese ejército, que es materia dispuesta para todas las sediciones. Sin estas condiciones, no permaneceré en mi puesto.

—"Ni nosotros tampoco," le contestaron todos sus colegas. Mr. Marie se encargó de redactar los proyectos de decreto, y el general Cavaignac fué invitado á combinar los movimientos de las tropas, de modo que pudiesen

avanzar sobre Paris á la primera órden las divisiones auxiliares del ejército de los Alpes.

Lamartine conocia que todos los gobiernos precedentes habian caido por haber diseminado los batallones en todos los puntos de Paris, y queria por lo mismo que la lucha en la capital se convirtiese en una sola batalla, arreglada á la teoría del arte de la guerra, aunque en terreno mas accidental. Pensaba, pues, que el ejército debia contar con una base de operaciones, con un centro fijo y sus correspondientes alas, lo cual evitaba el que cuerpo alguno fuese cortado: habia consultado sobre el particular á todos los generales que habian maniobrado en Paris, como Negrier, Bedeau, Oudinot y Cavaignac, y todos convenian en su pensamiento, por lo cual sostuvo al último con todas sus fuerzas en la adopcion de este plan contra el sistema opuesto que se pretendia hacer prevalecer.

Tambien se informó del subsecretario de la guerra, Charras, y del general Foucher, acerca de la fuerza efectiva que habia en Paris, y sus respuestas le parecieron completamente satisfactorias. La calumnia acusó entonces de negligencia al gobierno, cuando, por el contrario, pudo acusarse á Lamartine de demasiado precavido, pues solo tenia un pensamiento: disolver primero, y vencer despues, si era posible, la insurreccion de los talleres; mas para que la victoria fuese decisiva y pronta era preciso imponer á la masa de los sediciosos con la de lasbayonetas.

XV.

Todos los síntomas presagiaban un movimiento, y al fin estalló este el 22 de Junio á las diez

de la noche. El gobierno, avisado, se reunió en el Luxemburgo, cuyo palacio habian asaltado muchas veces las turbas á los gritos de *¡abajo Marie*! *¡abajo Lamartine*! El general Cavaignac recibió el mando superior de las tropas y de la guardia nacional: Clemente Thomas, tan desinteresado como valiente, contribuyó á esta medida, reservándose únicamente el honor de la obediencia, de la abnegacion y del peligro.

La noche se pasó tranquilamente, premeditando la defensa y el ataque: ni el partido socialista ni el ultra-republicano participaron, por medio de sus gefes ó sectarios principales, de la insurreccion. Estos hombres servian entonces al gobierno; ó le servian por conviccion, ó por esperanzas, y todo indica que aquel movimiento, indeciso, débil é incoherente en su principio, solo fué organizado en los talleres nacionales; que fué un motin de la plebe y no del pueblo; una conspiracion de subalternos y no de gefes, que abortó antes de tiempo entre torrentes de sangre.

XVI.

A las siete de la mañana del 23 de Junio supo el gobierno que en la plaza del Panteon se formaba una multitud de ocho á diez mil hombres para atacar el palacio de Luxemburgo, y envió para impedirla algunos batallones de la undécima legion, cuyo coronel era Mr. Quinet, y unos cuantos batallones de línea; Mr. Arago, conocido allí, tambien se presentó, arengó á los sediciosos, y estos se retiraron dispersándose

en los barrios del Sena, en el de San Antonio y en los bulevares.

Dichos barrios se conmueven con sus gritos, llénanse de gente las calles, los obreros bajan de las barreras, y el populacho levanta barricadas. Desde las barreras de Charenton, de Berey, de Fontainebleau y de Menilmontant hasta el corazon de Paris, se hallaba la capital desarmada y en poder de los revolucionarios; pero el toque de generala llamaba á una guardia nacional de doscientos mil hombres, suficiente para derrotarlos: sin embargo, no correspondió al principio al llamamiento en número bastante imponente, y su lentitud y su inercia en algunos barrios abandonaron las calles á la sedicion, contentándose con ver cómo se formaban unas barricadas que luego tendrian que tomar á costa de su propia sangre.

El gobierno habia abandonado el Luxemburgo para acercarse mas á la asamblea nacional y defenderla, estableciéndose á la vez en consejo y en cuartel general, con el general Cavaignac, en las habitaciones del presidente de la asamblea.

XVII.

El general dispuso, de acuerdo con el gobierno, su plan de operaciones, resolviendo presentar sus fuerzas en masa sobre el jardin de las Tullerías, Campos-Elíseos, plaza de la Concordia, esplanada de los Inválidos, cubriendo siempre á la representacion nacional. Hizo ocupar el Hotel de Ville por quince batallones á las órdenes del general Duvivier, cuyas comunicacio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

nes debian quedar libres por los muelles, y dió al valiente general Damesme, á quien el gobierno acababa de nombrar comandante de la guardia movilizada, el mando del inmenso barrio que se estiende desde el Panteon hasta el Sena. El general Lamoriciere quedó encargado de cubrir con unos cuantos batallones la orilla izquierda del Sena, desde el castillo de Eau hasta la Magdalena, superficie inmensa que por sí sola necesitaba un ejército.

XVIII.

El combate acababa de empeñarse en el bulevar, pues dos destacamentos de voluntarios de las legiones primera y segunda, asaltaron dos barricadas y murieron en ellas por el primer fuego de los insurrectos.

No narraré los diferentes encuentros de aquellos dias, en que los generales, la guardia nacional, las tropas, la guardia movilizada sobre todo, los representantes y el mismo arzobispo de Paris derramaron su sangre, llenando á la patria de luto y á sus nombres de gloria. Negrier, Duvivier, Lamoriciere, Bedeau, Brea, Bixio, Dorner, la Fontaine, Lebreton, Foucher, Lefrançois y otros muchos sellaron con la suya generosa las páginas en que la historia encontrará su desprendimiento. Yo solo referiré lo que vi.

Al mediodía faltaban tropas para contrarestar la sedicion; ciudadanos, alcaldes, ayudantes de campo y representantes acudian al gobierno pidiendo refuerzos para defender ó conquistar diferentes barrios; el general en gefe no podia dar lo que no tenia, y Lamartine y sus colegas,

aprobando la conducta del gefe militar, que no queria diseminar sus batallones, conocian muy bien que las tropas eran insuficientes. ¿En dónde estaban los veinte mil hombres de línea que debian ocupar los cuarteles de Paris? ¿Dónde los quince mil de las inmediaciones? Dónde los veinte mil del ejército de los Alpes? El general Cavaignac ha justificado que el número de tropas existentes era el fijado por el gobierno; pero en aquellos momentos de confusion, todo parecia poco. Las fuerzas para el campamento de Paris no se habian puesto todavia en marcha; las guarniciones vecinas no podian hallarse en Paris en tan poco tiempo, y la urgencia no habia parecido tan grave el dia antes para espedir órdenes demasiado apremiantes. Se habia contado con la guardia nacional, que no acababa de reunirse en masa, á pesar de los repetidos toques de generala. Por último, es preciso confesarlo: fuese fatalidad ó tibieza, las fuerzas del gobierno no correspondian por su número á la inminencia y universalidad del peligro, el cual iba á acrecentarse por esta misma causa.

Duvivier contuvo el centro de Paris delante del Hotel de Ville; Damesme y Lamoriciere se multiplicaron é hicieron prodigios de valor con los pocos soldados de que podian disponer. A las cuatro de la tarde habia barrido y reconquistado toda la orilla izquierda del Sena, y tenia en jaque á la poblacion, sublevada en masa, del barrio del Panteon: sus informes al gobierno aseguraban que respondia de la noche y de la mañana siguiente.

Lamoriciere ocupaba, aunque cercado por doscientos mil hombres, toda la superficie que

se estiende desde la calle del Temple hasta la Magdalena y de Clychy al Louvre: siempre á caballo, despues de haber perdido dos en el fuego, acudiendo á los puntos de mayor peligro, con el rostro ennegrecido por la pólvora, cubierto de sudor, ronco á fuerza de dar órdenes, y sereno en medio de la pelea, entusiasmaba á sus tropas y animaba á la guardia nacional consternada: sus partes respiraban la intrepidez de su alma, pero no disimulaba que tenia pocas fuerzas para combinar los ataques, que la insurreccion arreciaba y que se veian barricadas entre la Bastilla y el palacio de Eau, entre las barreras y el bulevar. Pedia, pues, refuerzos que el gobierno llamaba por los telégrafos, y ya iba llegando la guardia nacional de las afueras, formándose al rededor de la asamblea y mezclándose con la de Paris, á la cual daba ejemplo. Desde el momento en que el gobierno supo la llegada de aquellos cuerpos, tuvo el presentimiento de la victoria, á pesar de lo recio que iba el combate.

XIX.

El general Cavaignac se tranquilizó respecto al resultado definitivo de la batalla al leer los últimos partes que le llevaban los ayudantes. En todas partes se hallaba contenida la insurreccion, menos en el arrabal del Temple, en el de San Antonio y sus adyacentes, centro de un pueblo, en otra época turbulento, y convulsivo en la presente. Los soldados, que se batian desde el amanecer, estaban rendidos de fatiga, y la noche debia proporcionar los refuerzos pedidos

por el gobierno.—"Basta por hoy, dijo Cavaignac al consejo: es preciso que las tropas descansen, que guardemos nuestras posiciones y reorganicemos nuestras fuerzas, para libertar mañana á la patria de la orilla izquierda, que se resiste todavia." Esta advertencia se fundaba en motivos plausibles; pero si la noche debia aprontar refuerzos, tambien podia comprometer en la sedicion á los barrios mas poblados, multiplicar las barricadas, convertirlas en fortalezas, y ocasionar inmensas pérdidas en las filas defensoras de la república. Lamartine presentó estas observaciones al consejo, diciendo:—"Tenemos todavia cuatro horas de dia y una noche larga; no dejemos estas ventajas á la insurreccion; ganémosla por la mano, estrechándola vivamente antes que anochezca; si nos faltan tropas, arrastremos la guardia nacional á la pelea, formemos con algunos batallones la última columna de ataque, y llevémosla nosotros mismos al asalto de las barricadas del Temple, que es la posicion mas fuerte de los sublevados."

El general Cavaignac adoptó al punto este parecer; dió las órdenes convenientes, y se levantó para ponerse en persona al frente de la columna. Lamartine hizo que le llevasen sus caballos, montó en uno de ellos, y dió el otro á Pedro Bonaparte, intrépido hijo de Luciano y heredero del republicanismo de su padre. El ministro de hacienda Duclerc, tan tranquilo en la pelea como arrebatado en el consejo, quiso acompañarles: Lamartine y sus amigos se colocaron en las filas de los primeros pelotones de la guardia movilizada, y marcharon por la plaza de la Concordia y calle de la Paz, habiéndo-

seles reunido el general Cavaignac con la masa de la columna al desembocar en los bulevares. Una tempestad se preparaba en aquel momento, y el general, con su estado mayor, Lamartine, Duclerc, Pedro Bonaparte y otros, seguidos de unos dos mil hombres, avanzaron al resplandor de los relámpagos y entre el ruido de los truenos y de los vivas de los buenos ciudadanos hasta la altura del palacio de Eau. En tanto que el ministro de la guerra enviaba á buscar la artillería, Lamartine fué á revistar la de la guardia nacional del Temple: aquellos valientes no eran mas que un puñado de hombres metidos en el centro de un barrio convulsivo, inflamable é indeciso entre el motin y la repúbliba; apenas pudieron contenerle el nombre de Lamartine, su presencia y sus ademanes; y por último, le siguieron dando gritos hasta el bulevar. La columna estaba dispuesta, y se dió la órden de cargar.

Lamartine y sus amigos se lanzaron con los batallones de la guardia movilizada, gritando *¡viva la república!* y despues de tres cuartos de hora de repetidos asaltos y bajo una granizada de balas que diezmaron generales, oficiales y soldados, fueron tomadas las fortificaciones. Lamartine deseaba morir para descargarse de la odiosa responsabtlidad de la sangre que iba á pesar sobre él, injusta, pero inevitablemente. Tres veces saltó de su caballo para ir á buscar la muerte al pié de la barricada, y otras tantas le rodearon y contuvieron los guardias de la asamblea: el caballo que montaba Pedro Bonaparte quedó muerto, y el suyo herido. La artillería del general Cavaignac demolió la última fortificacion de los insurrectos en aquel punto, y cuatrocientos valientes, muertos ó mutilados, yacian tendidos en el arrabal.

Acompañado de Duclerc y de un guardia nacional llamado Lassaut, pasó Lamartine la línea de las avanzadas, para reconocer las disposiciones del pueblo en el arrabal de la Bastilla. Una multitud inmensa le abrió paso, acogiéndole con entusiastas aclamaciones, y él se detuvo largo rato entre ella, confianza que le preservó de la cólera de los sublevados. Aquellos hombres, cuya palidez, lágrimas de rabia y acento febril revelaban profundas emociones, le hablaron de sus quejas contra la asamblea, de su dolor al ver que la revolucion se ensangrentaba, y de lo dispuestos que estaban á obedecerle, supuesto que era su amigo y consejero, y no su adulador.—"No somos malos ciudadanos, Lamartine, le decian; no somos asesinos ni facciosos, sino desgraciados: somos trabajadores honrados, y solo pedimos que se nos atienda, y que se ocupen de nuestro trabajo y de nuestra miseria. Nosotros os amamos porque os conocemos, y estamos prontos á desarmar á nuestros hermanos."

Así hablando, aquellos hombres, enflaquecidos por cuatro meses de luchas y de agitacion, estrechaban las manos y tocaban el vestido de Lamartine: algunos corrian á despojar los tiestos de sus flores para adornar con ellas las crines del caballo; solo de vez en cuando, algun conjurado de siniestra catadura se deslizaba por el arrabal y lanzaba su grito de guerra, que era contestado por el mas numeroso de *¡viva Lamartine!*

XX.

Volvió éste sin haber sido atacado ni insultado, á reunirse con el general en el bulevar, y le hizo saber el estado de los ánimos por aquella parte, entendiéndose ambos en seguida respecto á las órdenes apremiantes que debian espedirse para llamar en masa á las tropas de fuera de Paris: dejó al general en la puerta de San Martin, disponiendo su defensa, y se dirigió á comunicar las órdenes al ministerio de la guerra y al consejo.

Era ya de noche, y el fuego habia cesado en todas partes. Durante la ausencia de Lamartine, sus colegas Arago, Garnier-Pagés, Marie y Pagnerre habian ido á visitar los barrios y á animar á la guardia nacional con su ejemplo y sus exhortaciones. Ledru-Rollin habia permanecido en la presidencia para comunicar las órdenes urgentes y velar por la seguridad de la asamblea.

A media noche entraban en masa por todas las barreras los regimientos mas inmediatos á la capital y la guardia nacional de las poblaciones proximas. La victoria podia ser todavia lenta, pero estaba ya asegurada.

XXI.

Sin embargo, no participaba la asamblea nacional de la confianza que tenia el gobierno, pues un partido suspicaz queria aprovecharse de aquella crisis para derribar á la comision ejecutiva, de la cual se proseguia desconfiando sin fundamento. Al dia siguiente algunos representantes entraron en el consejo y aconsejaron oficiosamente á sus individuos que hiciesen dimision. No deseaban unánimemente los miembros del gobierno mas que salir de una situacion en que les retenia un deber imperioso contra todos sus intereses y ambiciones; pero no quisieron retirarse delante de la tempestad ni abandonar el campo de batalla como cobardes que huyen del poder durante el combate. Lamartine, Garnier-Pagés y Barthelemy-Saint-Hilaire se indignaron con energía al escuchar aquella insinuacion, y contestaron:

—"Que nos destituya y reemplace la asamblea, y obedeceremos como buenos ciudadanos; la destitucion será una órden, pero nuestra retirada voluntaria en estos momentos seria una deshonra."

A las diez confirió la asamblea todos los poderes civiles al general Cavaignac, á quien el gobierno habia investido el dia antes con el mando superior militar. Lamartine escribió á la asamblea, en nombre de sus colegas, la carta siguiente:

—"Ciudadanos representantes: La comision del poder ejecutivo hubiera faltado á sus deberes y á su honor si se hubiese retirado teniendo al frente una sedicion y un peligro público. Ahora se retira únicamente por una votacion de la asamblea, y al devolveros los poderes con que nos habeis investido, vuelve á entrar en las filas de la misma para dedicarse con vosotros á conjurar el peligro comun y atender á la salvacion de la república."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Esta es la relacion de los principales sucesos, de los cuales he participado durante los dos primeros periodos de la revolucion de 1848 y de la fundacion de las instituciones republicanas en Francia. El destino de la república ha pasado despues á otras manos, y al porvenir corresponde retribuir, segun los hechos. Grandes servicios se han prestado y tambien se han cometido faltas: yo ruego á Dios, á mis contemporáneos, y á la posteridad, que perdonen las mias. Supla la Providencia por los errores y debilidades de los hombres. Las repúblicas parecen mas directamente gobernadas por la Providencia, porque en ellas no se ve mano intermedia entre el pueblo y su destino. ¡Proteja á la Francia la mano invisible! Sosténgala contra la impaciencia y contra el desaliento que es el doble escollo del carácter de nuestra raza; preserve á la república de estos dos azotes, la guerra y la demagogia, y haga brotar de una república conservadora y progresiva, única durable, única posible, lo que se halla aun en gérmen en esta clase de institucion: la moralidad pública y el reinado de Dios.

VIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

